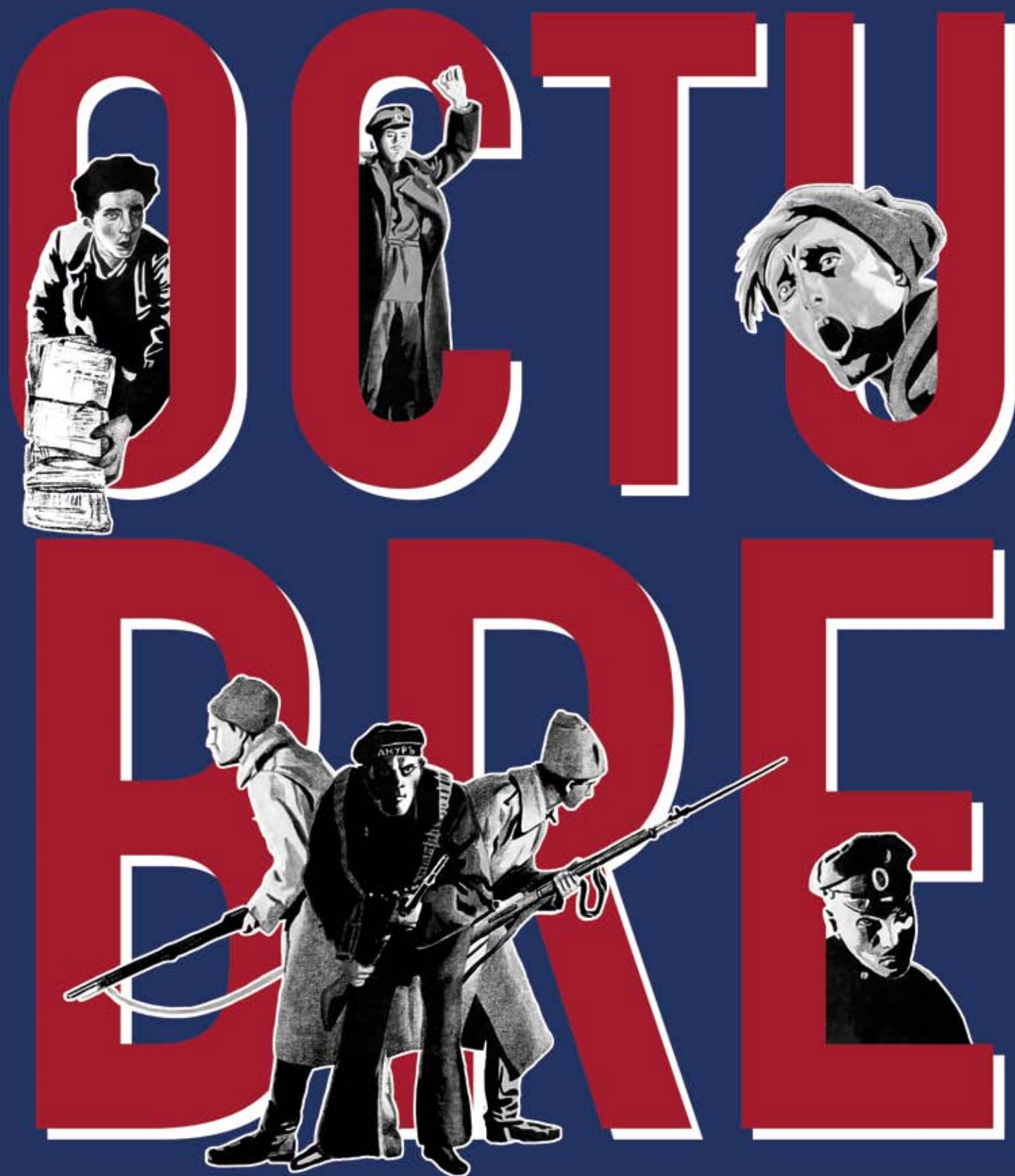


MEMORIA

NÚMERO 263 AÑO 2017-3

REVISTA DE CRÍTICA MILITANTE



1928-1967



OCTUBRE

3

REPENSAR LA REVOLUCIÓN RUSA
ALDO AGOSTI

1

EL SENTIDO DE LA REVOLUCIÓN
ELVIRA CONCEIRO BÓRQUEZ

14

LA POLÍTICA ECONÓMICA BOLCHEVIQUE
MATARI PIERRE

25

MARIÁTEGUI Y LA REVOLUCIÓN RUSA
MARTÍN BERGEL

30

1991: ¿POR QUÉ SE DERRUMBÓ LA URSS?
ENRIQUE SEMO

EL CAPITAL: 150 AÑOS

- 31** **TRADUCTORES Y EDITORES DE LA "BIBLIA DEL PROLETARIADO"**
LA SUERTE DE EL CAPITAL EN EL MUNDO HISPANOAMERICANO/2
HORACIO TARCUS

MÉXICO

- 55** **CONTRADICCIONES DE LA CONSTITUCIÓN DE LA CIUDAD DE MÉXICO**
PABLO GÓMEZ ÁLVAREZ

HACER MEMORIA

- 60** **EL CHE EN EL CHURO**
RENÉ ZAVALA MERCADO
- 66** **UTOPIA AÑO 501: PARA COMBATIR LA FALTA DE PROSPECTIVA**
ESTEBAN KROTZ

MIRADAS Y MIRADORES

- 71** **EL ARIEL: TERMÓMETRO DEL CINE MEXICANO**
GABRIEL RODRÍGUEZ ÁLVAREZ

LIBRERO

- 73** **HERRAMIENTA**
JOSÉ GUADALUPE GANDARILLA SALGADO
- 77** **OCTUBRE CONTRA EL CAPITAL**
PERLA VALERO
- 79** **NUESTRA ROSA LA ROJA**
DIANA FUENTES

MEMORIA

REVISTA DE CRÍTICA MILITANTE

DIRECTOR

Massimo Modonesi

COMITÉ DE REDACCIÓN

Elvira Concheiro, Gerardo de la Fuente, Diana Fuentes, Samuel González Contreras, Haydeé García Bravo, Fernando González, Argel Gómez, Aldo Guevara, Fernando Luna, Araceli Mondragón, Jaime Ortega, Joel Ortega, Víctor Hugo Pacheco y Matari Pierre

CONSEJO EDITORIAL

Hugo Aboites, Guillermo Almeyra, Armando Bartra, Barry Carr, Elvira Concheiro, Horacio Crespo, Gerardo de la Fuente, Enrique Dussel, José G. Gandarilla Salgado, Pablo González Casanova, Francisco López Bárcenas, Ricardo Melgar, Massimo Modonesi, Lucio Oliver, Carlos Payán, Enrique Semo, Raquel Tíbol†, Gabriel Vargas y Mario J. Zepeda

CORRECCIÓN DE ESTILO

Ricardo Águila Sánchez y Juan Luis Concheiro

DISEÑO Y FORMACIÓN

Argel Gómez Concheiro

IMAGEN DE PORTADA

Argel Gómez, a partir de cartel anónimo sobre el film *Octubre* (1927) de Sergei M. Eisenstein.

IMÁGENES DE INTERIORES

Ilustraciones de José Hernández. Carteles rusos del libro de Susan Pack *Film Posters of the Russian Avant-Garde*, Alemania, Taschen, 1995.



**CENTRO DE ESTUDIOS
DEL MOVIMIENTO OBRERO
Y SOCIALISTA, AC.**

Presidente y director fundador: Arnolando Martínez Verdugo†
Directora: Elvira Concheiro

Memoria es una publicación del Centro de Estudios del Movimiento Obrero y Socialista, AC. Pallares y Portillo 99, colonia Parque San Andrés, Ciudad de México, CP 04040. Teléfono: 55490253. ISSN 0186-1395.

revistamemoria.mx



EL CHE DE HERNÁNDEZ Y LA VANGUARDIA RUSA

Este número de *Memoria* presenta algunos trabajos del monero e ilustrador José Hernández, quien nos ofrece una selección del arte de sus libros sobre el Che Guevara.

Crítico y certero, de afilada pluma, Hernández produce cotidianamente cartones para el periódico *La Jornada* y es codirector de la revista *El Chamuco*. Inspirado por el trabajo de grandes caricaturistas como Rius, también ha publicado libros como *El sexenio me da pena* (2000) o *El sexenio se me hace chiquito* (2003).

Presentamos además una selección de carteles cinematográficos creados en los años veinte bajo la impronta de la revolución rusa, que convocó en aquellos años a cientos de artistas a desarrollar sus obras. El cine era entonces un arte relativamente nuevo y fue una herramienta importante en la transmisión de mensajes sociales, por lo que hubo un campo muy fértil para el desarrollo del diseño gráfico en torno a él. Artistas como los hermanos Stenberg —escultores y diseñadores de sets— de Mikahail Dlugach, también arquitecto y del fotógrafo Alexander Rodchenco, constituyeron un grupo de trabajo que introdujo extraordinarias innovaciones en las artes gráficas; el resultado fue una obra vasta y de grandes alcances creativos, que hoy, a cien años de aquella revolución, recordamos y celebramos.

REPENSAR LA REVOLUCIÓN RUSA

ALDO AGOSTI*

¿Cómo repensar la Revolución Rusa a 100 años de 1917? Un primer problema concierne a la definición misma de *revolución rusa*. La distinción entre un golpe palaciego y uno de Estado, de un lado, y una revolución social y política de gran escala, del otro, no requiere ser señalada. En el primer caso se observa el cambio más o menos violento de la dirección política de una sociedad, pero sin repercusión profunda en el carácter mismo de la sociedad. En la segunda, en cambio, se verifica un cambio en la dirección que puede estar acompañado también de un golpe de Estado en una fase crítica de transición —como fue el del 7 de noviembre de 1917 en Rusia—, y que promueve una restructuración radical de la sociedad e intenta romper con la herencia del pasado reorganizando la cultura de la sociedad: su modo de vida, sus instituciones, sus sistemas simbólicos, sus modelos de comportamiento, sus rituales, sus formas de expresión artística y sus valores.

Una revolución social y política puede por tanto ser un proceso que se continúa en el tiempo histórico, abarcando años o decenios, con intervalos de latencia, y que normalmente no se resuelve en el breve lapso de cambio radical que se cristaliza después en la memoria colectiva. En este caso, los “diez días que conmovieron al mundo” en octubre de 1917 y culminaron con la toma del poder por los bolcheviques. En una perspectiva más amplia —e históricamente más adecuada—, la Revolución Rusa fue un proceso que inició al menos en enero de 1917, abarcó las dos revoluciones de aquel año —la de febrero y la de octubre— y comprendió las transformaciones sociales, políticas, económicas en el periodo de la guerra civil que le siguieron, prolongándose hasta el inicio de la Nueva Política Económica (NEP) en 1921. Desde una perspectiva más amplia, la revolución inició con la Primera Guerra Mundial, se extendió durante un cuarto de siglo y se completó con la “revolución desde arriba” estaliniana de 1929-39. Conforme a esta óptica, la sociedad de la NEP fue un intervalo de relativa tranquilidad entre las dos fases del proceso revolucionario ruso.

Cada una de estas periodizaciones es legítima y puede tener utilidad específica. Para estas notas he decidido detenerme en el periodo que va de 1914 a 1921, privilegiando dos aspectos: por una parte, los rasgos específicos de la historia rusa que marcaron profundamente la revolución; y, por otra, el modo en que se insertó en el legado posterior la cultura política forjada en la tempestad de la Primera Guerra Mundial —o, mejor dicho, en aquel largo periodo de inestabilidad política y social abierto con el estallido del conflicto y prolongado en buena parte de los países europeos centro-occidentales por lo menos hasta finales de 1920.

Ambos aspectos pueden examinarse de forma separada, pero en realidad están estrechamente vinculados. Debemos concebir las transformaciones sociales no como resultados acumulados de la Primera Guerra Mundial. Las consecuencias del periodo 1914-21 y los efectos combinados de la década de 1920 y los primeros años de la siguiente fueron, para usar la afortunada definición de Moshe Lewin, “una suerte de cohete de tres etapas, cada una de las cuales brinda una durable fuerza de propulsión, pero que produce también nuevos equilibrios y elementos de crisis que se suman a los heredados del pasado”. La combinación de estos tres elementos es indispensable para una explicación, sea del decenio que sigue a la revolución de octubre, sea para el periodo estalinista, o sea para lo que sucedió tras su desenlace.

Al menos durante 70 años, el Partido Comunista y el Estado soviético insistieron obsesivamente en la idea de que la revolución de octubre había constituido una ruptura decisiva en la historia de la humanidad. Además, desde el primer momento una de las características principales de las revoluciones de febrero y de octubre de 1917 fue la convicción, nutrida por sus actores, de estar imponiendo y viviendo una ruptura radical con el pasado, de la cual nacería otro mundo; la idea de que la política revolucionaria era la clave de un cambio profundo de la sociedad y de los individuos. Naturalmente, esto era en parte cierto. Pero hoy día, tomar 1917 como el punto

de partida para analizar la Revolución Rusa equivale en esencia a aceptar los mitos creados por los propios bolcheviques, y se expone a aislar de cualquier contexto histórico sus acciones. Una de las más difundidas reflexiones de esta aproximación “metahistórica” dominó los lados opuestos de la historiografía de la época de la Guerra Fría por lo menos hasta el decenio de 1970, temporalmente revalorada en la segunda mitad de éste y en el siguiente, y resurgida con fuerza en los últimos dos como una especie de paradigma “internacionalista” común a muchos estudios, algunos serios, otros mucho menos. Tal paradigma ve en la acción de los bolcheviques y sobre todo en la concepción leninista de la organización del partido el eje en torno del cual giraron los acontecimientos de octubre y, al mismo tiempo, la raíz del estalinismo. El leninismo se presenta, para decirlo con Moshe Lewin, “como el ‘culpable’ principal, como causa primera del desenvolvimiento específico de la historia posrevolucionaria rusa, como un demiurgo que desata su potencial, ofrece su explicación y hace historia, sin que los factores sociales o históricos lo intervengan de modo notable”.

En cambio, la de la Revolución Rusa, como toda la experiencia soviética, es mucho más compleja y difícil de explicar: se alimenta de materiales propios de la historia del Imperio ruso y de factores comunes a toda Europa que, combinados con los primeros, dieron vida —en el laboratorio generado por la Primera Guerra Mundial— a un particular fenómeno histórico. A los segundos pertenecen las grandes transformaciones decimonónicas (urbanización, industrialización, *boom* demográfico y científico-tecnológico, y los primeros ejemplos de construcción estatal “nacional”), y el florecimiento de ideologías y esperanzas palingenésicas ligadas a ellas, que tocaron a Rusia tanto como al resto de Europa. Los materiales propiamente “rusos” son el relativo atraso económico y su contraste con sus ambiciones de gran potencia, el papel central del Estado en la vida social y la fuerza de su herencia autocrático-despótica, la naturaleza multiétnica del andamiaje imperial y la dialéctica entre fuerzas centrípetas y centrífugas, así como una menor autonomía respecto del modelo occidental, de la sociedad civil del Estado. Son específicamente rusas las características de aquel estrato social de intelectuales formado en el siglo XIX que abrazaron la fe revolucionaria, y que constituyó el nervio del aparato bolchevique.

Era un recuadro respecto al cual la aplicación demasiado celosa de un análisis de clase, extraída de un arsenal diseñado en y para la sociedad capitalista avanzada, en una sociedad como la de la Rusia zarista —mucho menos diferenciada, muy homogénea o muy arcaica—, resultó inadecuada. De hecho, a menudo llevó a los bolcheviques y sus adversarios a conclusiones engañosas. Incluso después de la toma del poder, los nuevos gobernantes soviéticos continuaron usando los mismos instrumentos analíticos, en un intento desesperado de identificar a plenitud en aquella sociedad posrevolucionaria varias clases, o cuando menos los signos premonitorios de algo del tipo. Esto terminó por cavar un creciente surco entre ellos y la sociedad.

Lo mismo para lo vinculado al Estado y su función, las constantes de la historia rusa llevaban a los bolcheviques a concebirlo como un fenómeno más autónomo de lo que en realidad era. Ésta era una primera causa que se desarrollaba y cambiaba su iniciativa y pasaba por alto todo un sistema de vínculos económicos, sociales y culturales, donde el Estado no era libre, y sus acciones resultaban frustradas o limitadas.

El surgimiento de una situación prerrevolucionaria en Rusia se rastrea en el decenio de 1890, en conexión con acontecimientos como la escasez del periodo 1891-92, el impulso de las luchas obreras en algunas ciudades importantes a finales de la década, la creciente fuerza de los movimientos nacionales y la agitación universitaria de 1899. La atmosfera de crisis se agravó hasta llegar al paroxismo durante la revolución de 1905-1906, producida a su vez en medio de la guerra ruso-japonesa. Tras un precario lapso de estabilización, los potentes y complejos golpes de la guerra mundial, de las revoluciones de febrero y de octubre y de la guerra civil volvieron caótica la vieja estructura del imperio; queda por evaluar a fondo la manera en que realmente la transformaron, así como por descubrir qué sobrevivió del periodo precedente que siguió condicionando al régimen revolucionario en la fase sucesiva.

El fenómeno general de la pauperización agrícola y el concomitante “excedente” de la población y de la mano de obra frenaron el desarrollo social y económico agrícola y rural, bloqueando y distorsionando en muchas regiones toda diferenciación social y económica. Por estas condiciones, el desarrollo industrial del país pagó un alto costo porque, con otros factores, el enorme superávit demográfico contribuyó a la reducción de los salarios, impidiendo a los obreros conseguir un nivel de vida y una posición social adecuada al sistema industrial moderno.

A la vez, la fuerza de la inercia de la clase terrateniente conservadora y escasamente productiva perpetuaba un sistema estatal sostenido y sostenedor de ella. Un Estado dispuesto a oponerse con toda su fuerza a la idea de la distribución de las fincas de los grandes terratenientes a los campesinos hambrientos de tierra impidió sin duda una economía de mercado moderna en el campo, aunque no sólo ahí.

En esta situación general, ¿había una alternativa a la revolución de octubre? ¿Tiene sentido sostener que, en ausencia de ésta, la Rusia de Nicolás II habría tomado la ruta de la sociedad occidental? Eric Hobsbawm ha observado mordazmente: “Algunos historiadores sostienen que la Rusia zarista, si no hubiera sido por la Primera Guerra Mundial y por el desafortunado incidente de la Revolución Bolchevique, se habría desarrollado como una floreciente sociedad industrial de cuño liberal-capitalista que ya había comenzado a producirse; pero, ciertamente, antes de 1914 nadie habría aventurado semejante profecía”. De hecho, como la revolución de febrero fue la inevitable consecuencia de la terquedad de la autocracia por no aceptar una monarquía constitucional después de la explosión de 1905, octubre resulta inevitable debido a la incapacidad del

gobierno provisional de dar una respuesta positiva a la demanda de paz y tierra emergente del cuerpo social en la revuelta. Las razones de esta incapacidad se buscaban en la debilidad de la burguesía rusa que, temerosa de perder privilegios, optó por una alianza con la aristocracia terrateniente, postergando las reformas para un futuro mejor, y deslumbrada por sueños de potencia imperial y por la guerra. La incapacidad reformadora de la burguesía rusa que, frente a la radicalización de la situación, mostraba una simpatía cada vez más abierta por una dictadura militar, posponiendo la convocatoria a una asamblea constituyente, terminó por perjudicar también a los mencheviques y los socialistas revolucionarios. Defensores de una alianza con las fuerzas progresistas de la masa revolucionaria, que habían ingresado en el gobierno provisional a inicios de mayo, fueron desacreditados a los ojos de las masas revolucionarias, entre las cuales las tendencias extremistas adquirían un peso siempre mayor. La polarización de las fuerzas sociales desgastó los posibles márgenes de una alternativa reformista y produjo la ocasión para el golpe de fuerza de los bolcheviques en octubre, que no fue un simple golpe de Estado, sino que se transformó de inmediato en una sublevación popular. Con la revolución de octubre, siguiendo también a Hobsbawm, los bolcheviques salvaron al país de dos amenazas peores: la de ser

agobiado por una revuelta de tipo anárquica destructiva o la de ser sometido por una dictadura militar.

Quizá pueda discutirse sobre la perentoriedad de esta afirmación, teniendo en cuenta la experiencia del decenio sucesivo a la revolución que tenía de todos modos el carácter de “tragedia de un pueblo”, como la definió el historiador Orlando Figes. Pero no se puede negar que los escenarios delineados a partir de 1918 dejaron vislumbrar en más de una ocasión que los posibles resultados, como los previstos por Hobsbawm, eran dramáticamente concretos.

La Revolución Soviética, en realidad, no se puede ver escindida de las guerras civiles estalladas poco después. ¿Por qué “guerras civiles” en plural? Porque, como todos los autores reconocidos aceptan, el término generalmente utilizado de *guerra civil rusa* abarca en realidad una serie de conflictos nacionales y de guerra civil entrelazados unos con otros. Este trágico acontecimiento, que causó varios millones de muertos, ha sido visto con frecuencia como el inicio de un ciclo de violencia que llevó a los horrores del estalinismo, o incluso como un parteaguas que marcó la expansión masiva de prácticas de violencia por el Estado en Europa, con la intención de remodelar el cuerpo social y remover grupos específicos, identificados como social o políticamente peligrosos. La responsabilidad de todo



esto se ha hecho caer sobre todo en los bolcheviques. Ahora bien, está fuera de duda que el bolchevismo y su análisis maniqueo de las clases sociales originaron formas particularmente duras de coerción y de violencia ejercida por el Estado contra la sociedad. Por otra parte, en la guerra civil también los “blancos” utilizaron los mismos medios contra una parte de la población a la que consideraban hostil y dañina. La violencia de los “blancos” no fue menos orientada y calculada que la de los “rojos”, pese a que los movimientos antisoviéticos se preocuparon mucho menos por justificar sus acciones programáticas. Es difícil suponer que las masacres de hebreos producidas durante la guerra civil, que provocaron algo así como 150 mil víctimas, hayan tenido lugar fuera de cualquier justificación ideológica, en particular de la que asimilaba a los hebreos al comunismo. Los prisioneros de guerra eran cuidadosamente “filtrados” (la expresión usada) por los blancos, que seleccionaban a quienes consideraban insalvables (hebreos, bálticos, chinos, comunistas), y los hacían fusilar juntos. En éste como en otros temas, los bolcheviques seguramente fueron culpables de crímenes terribles, pero nada inventaron, como instrumentos y métodos introducidos ya durante la gran guerra, y de los cuales hacían uso también sus adversarios.

La revolución de octubre fue de hecho un nuevo laboratorio que favoreció el desarrollo de prácticas nacidas en la guerra total. El régimen bolchevique se distingue así por las medidas que adoptó durante la guerra civil, pero más por el hecho de que continuó empleando los mismos métodos incluso después de cerrada esa época, y por estabilizar y cristalizar las técnicas nacidas de la movilización y de la guerra total, haciéndolas un componente duradero y no transitorio de la vida política.

La guerra civil de 1918-20 provocó un dramático revés en el desarrollo del país. Al inicio de la NEP, en 1921, no sólo la economía era presa del caos: las ciudades estaban despobladas; y la burguesía, destruida, y con ella buena parte del talento profesional, administrativo, cultural e intelectual de la nación. Significativo fue entonces el debilitamiento de la clase obrera: entre la guerra, las movilizaciones, las promociones en las filas de la burocracia y el regreso al campo, casi la mitad de la fuerza de trabajo calificada ahora hacía falta. Fue como si gran parte del desarrollo social y económico conocido en la Rusia después de 1861 hubiese sido aniquilado; y su cultura —espiritual y política—, retrocedido hasta una fase anterior, primitiva, difícil de definir o datar.

Es verdad, la revolución, habiendo eliminado a las clases privilegiadas del antiguo régimen, abrió las puertas a la promoción, la formación y el poder de los estratos populares, confinados a los últimos grados de la escala social. Esto es indiscutible, tanto que restituye al mismo término de *revolución* su significado etimológico profundo, y tiene pocas comparaciones en la historia del siglo XIX. Pero esto de hecho significaba que el partido, pese a sus pretensiones de tener el papel de vanguardia y de ser punto de encuentro de los mejores y los más brillantes, debía contentarse con lo que el país podía

ofrecer. Una organización que al inicio de la revolución, en febrero de 1917, contaba en sus filas con 24 mil personas, creció hasta cerca de 250 mil poco después de octubre del mismo año y a 1 millón en 1927 podría sin duda presentar estas cifras como un triunfo, pero el fenómeno social a la base de todo era muy complejo. El partido fue invadido por una masa políticamente analfabeta, mientras que su elite experta, política e ideológicamente vigorosa, fue debilitada por el esfuerzo requerido por la revolución y la guerra civil. Así, desgastada por el ejercicio del poder, fue enterrada por una masa de adscritos rústicos y descuidados, como señalaron más de una vez los propios bolcheviques en los primeros años de la década de 1920.

Mientras los sectores urbanos e industriales del país iban a la baja, la agricultura y los campesinos —por su atraso, y de hecho precisamente a causa de él— resistieron mucho mejor, y su aportación a la economía y la sociedad se incrementó. Como sucedía en un tiempo ya remoto, la producción agrícola constituía ahora la principal, si no la única, voz activa del país. El porcentaje de campesinos respecto a la población total era mayor que en la Rusia zarista. Después de la revolución de octubre, la tierra fue redistribuida con base en principios igualitarios, cancelando los efectos de la división social introducida por las reformas de Stolypin: las formas de conducción agrícola y de producción sobre una escala más amplia y eficiente. Al apoderarse de las tierras de la nobleza, los campesinos habían eliminado a la antigua clase dominante y privilegiada, y puesto fin a la vieja Rusia oficial y su sistema político.

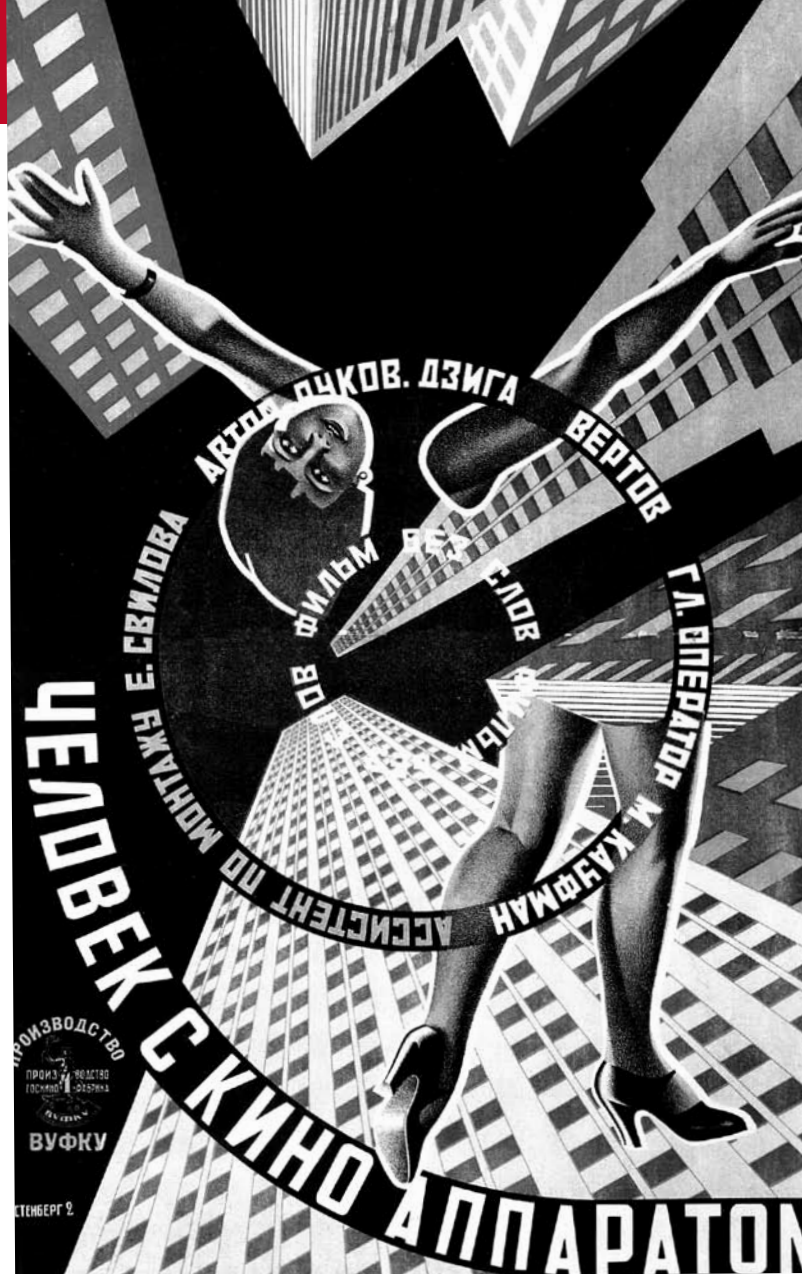
Pero esto no fue todo: con relación a la Rusia zarista, los campesinos redujeron notablemente la parte del producto suministrado a los mercados y restauraron una economía más “natural”. Así, el fenómeno se desarrolló en un plano mucho más amplio que el puramente económico. El *mir*, la comunidad de la aldea, se encerró más en sí misma, separándose de la sociedad oficial, urbana y culta, basándose en su derecho consuetudinario y en su peculiar religión, un cristianismo arcaico y rico en elementos supersticiosos. El término *pequeña burguesía* era inadecuado para definir la especificidad sociológica de esta clase. Pese a esta definición, y sumado a la afirmación de que una parte de los campesinos constituye una verdadera clase capitalista, se marcó el pensamiento oficial e incluso el no oficial, constituyendo así uno de los más graves errores de análisis de los bolcheviques, a menudo con daños incalculables para los campesinos y el sistema en general.

Para retomar los resultados de la revolución y de la guerra civil, afirmese que aun cuando los dirigentes revolucionarios sabían bien que su país no estaba en condiciones para el socialismo (y para esto alimentaron la esperanza de que una revolución en Occidente habría de liberarlos), no se dieron cuenta de que al final se encontrarían frente a una situación tan atrasada como la de la Rusia zarista. La única fuerza dinámica en esta fase la representaba el nuevo Estado que, de frente al cuerpo social menos articulado y menos capaz de iniciativa, vio aumentar dramáticamente su papel potencial, por lo que se

apoyó cada vez más en sus organizaciones —el partido, la burocracia, el ejército— hasta convertirlo en los años sucesivos en el único método admisible. Pese a que el mecanismo del Estado manifestara una serie de disfunciones por el alejamiento de las personas cultas y la afluencia de elementos sociales confiables pero profesionalmente poco preparados, era todavía, cuando menos en el periodo climático, el espacio donde se formulaban los objetivos; era un instrumento forjado en el siglo xx. Mientras que reflejaba en muchos aspectos el deterioro social y económico, estaba no obstante en condiciones de hacer lo que la mayoría de la sociedad no. Tenía una ideología, la determinación, el monopolio de toda la capacidad técnica disponible, los instrumentos de control necesarios para conducir el país hacia nuevas fases y delinear los objetivos por alcanzar a través de modernos métodos y, a veces, incluso científicos.

La situación era por tanto mucho más propicia que antes de aumento del papel del Estado. Todo esto produjo casi por reflejo espontáneo una relación entre los dos términos del binomio —Estado y sociedad— fundado en el autoritarismo. Los estudios sobre el nacimiento de la administración después de octubre, en todas las esferas de la acción gubernamental, lo demuestran de modo exhaustivo: la mentalidad militar del comando y el sentido de la supremacía burocrática se convirtieron en la estampa de la conducta de los funcionarios, sin importar su origen social. La revolución conjugaba una fe casi mística en la capacidad de la política de regenerar el mundo con la cultura de la violencia nacida de la Primera Guerra Mundial y en el periodo de fuego y hierro de la guerra civil. Para alcanzar sus objetivos, los revolucionarios recurrieron a muchas formas de intervención del Estado heredado de la guerra total. Hay por tanto una continuidad mucho mayor de cuanto se cree en general entre las medidas coercitivas adoptadas durante la Primera Guerra Mundial del gobierno zarista, retomadas por el gobierno provisional, y las que normalmente se asocian con la instauración de la dictadura bolchevique. El Estado imperial, por ejemplo, recurrió a la deportación masiva mucho antes que los bolcheviques utilizaran ese procedimiento a gran escala. Alrededor de un millón de ciudadanos rusos, sobre todo de origen hebreo o alemán, fueron deportados de las regiones de la frontera occidental y del Cáucaso hacia el interior del país bajo el mandato de la autoridad zarista. La movilización colectiva de la sociedad en el esfuerzo bélico ya había sido implantada con cierto éxito por el régimen zarista, con la introducción de un sistema de control y monitoreo de la opinión pública estrechamente articulado, fundado en el espionaje policiaco y la censura epistolar. Además, la capacidad de los bolcheviques en el poder de presentarse como continuadores de este esfuerzo explica el paso de su parte a un número no diferente del de los “especialistas burgueses”.

Por tanto, el legado de la historia rusa y el contexto histórico más general constituido por la “brutalización” de la política con el inicio de la Primera Guerra Mundial influyeron profundamente en la Revolución de 1917, en su génesis y desarrollo.



Las interpretaciones “ideológicas” dominantes de la historiografía del siglo xx con frecuencia han olvidado o sobrevalorado estos aspectos. Sin embargo, la recuperación de su importancia no debe conducirnos a relegar a la oscuridad los componentes de automovilización de las conciencias, de proyección, y de sentido de la transformación social que también constituyeron en una parte esencial de aquel evento histórico. Hoy, cuando la noción misma de revolución como transformación radical parece haber perdido sentido y legitimidad, tanto más necesario se vuelve no olvidar que si a finales de 1920 los bolcheviques ganaron un desafío que parecía imposible, fue ante todo porque consiguieron conquistar hacia una perspectiva de emancipación y de igualitarismo a la mayoría de la población de las clases urbanas y, en alguna medida, incluso del campo. En pocas palabras: lograron convencer a millones de personas de que otro mundo, mucho mejor, era posible. **M**

* Profesor emérito de la Universidad de Turín, Italia.

EL SENTIDO DE LA REVOLUCIÓN

A PROPÓSITO DE LOS 100 AÑOS DEL OCTUBRE ROJO

ELVIRA CONCHEIRO BÓRQUEZ

Casi todos los revolucionarios auténticos fracasaron cuando comenzaron a escribir la palabra revolución con mayúscula, a elevar la “revolución” a algo casi divino, a perder la cabeza y la capacidad de reflexionar; analizar y comprobar con la mayor sensatez y calma en qué momento, en qué circunstancias y en qué esfera de acción se debe actuar de modo revolucionario y en qué momento, en qué circunstancias y en qué esfera es preciso pasar a la acción reformista.

Lenin, noviembre de 1921

INTRODUCCIÓN

Hace 100 años ocurrió lejos de estas tierras una imponente revolución que agitó al mundo. En México no pasó inadvertida, y encontró un interlocutor de la importancia del general del Ejército Libertador del Sur, Emiliano Zapata, y en el movimiento muralista al que la representó de manera monumental. Sin embargo, hace décadas que la revolución rusa de 1917 dejó de decir algo a las nuevas generaciones, no sólo por su vinculación con los hechos ocurridos en 1989 sino porque, fruto de esta historia reciente, se ha intentado extirpar del imaginario a la *revolución* en sí.

Pese a esos enojados esfuerzos en los que han participado no pocos historiadores y académicos de diversas disciplinas, hablar de rebeldías, insurrecciones, sublevaciones o revoluciones comienza de nuevo a no tener tan mal cartel. Sin embargo,

no queda aún claro qué se entiende por esos términos, usados indistintamente o, más bien, con bastante ligereza.

Como sea, el cambio de esa situación se lo debemos sin duda a una terca realidad que muestra el desastre que la recurrente crisis capitalista provoca y que ha producido en este inicio de milenio, contra todo docto vaticinio, algunas revoluciones y no pocas revueltas.

Buscamos aquí una reflexión de lo que significan estos complejos hechos resumidos en el término *revolución*, siguiendo algunos aspectos del acontecimiento de octubre de 1917 en Rusia, con la convicción de que esa vuelta de tuerca actual convoca a poner en cuestión todo lo dicho hasta ahora sobre aquella gesta y, de alguna manera, de las revoluciones en general, con el propósito de pensar el futuro de la transformación social.

Revolución sobre la que hoy existe mucha mayor información gracias a la apertura de los archivos rusos y el súbito interés despertado por recontar aquella historia, no sólo en Rusia sino en occidente y, en particular, en Estados Unidos. Pero, por desgracia, topamos con que la considerable cantidad de nuevos estudios, más que aportar en su conocimiento profundo, han construido una inmensa lápida ideológica con el propósito de enterrar el hecho. Varios de esos trabajos no han hecho más que repetir lo que hace 100 años difundieron quienes tras octubre dejaron de gobernar y salieron del país; otros han elaborado un discurso más complejo y engañoso que acepta los temas de la agenda de la derecha, aunque los explica

con menos simplificación. Así que la tarea de volver a pensar la revolución rusa es doble, en muchos sentidos.

¿ACTO O PROCESO?

Uno de los usos imprecisos de la idea de *revolución* es su connotación temporal. ¿Cuánto tiempo se trata realmente de una revolución? ¿No es acaso un contrasentido hablar de *revolución* durante años? En el caso ruso, ¿cabe hablar de revolución más allá de 1921, cuando se tuvo que retroceder e implantar la Nueva Política Económica? O, concediendo, ¿resulta doble considerar que el impulso de octubre continúa después de 1923, momento en el que las posibilidades de triunfo de otros procesos revolucionarios europeos quedaron definitivamente clausuradas con el fracaso insurreccional en Alemania y Rusia que, forzada a contar sólo con sus medios, se ve en la necesidad de retroceder y aceptar cambios lentos en el terreno socioeconómico, teniendo que convivir con algunos que restituyen viejas relaciones?¹ ¿Hay acaso vestigios de revolución en el momento en que están siendo asesinados no sólo muchos integrantes de la vieja guardia bolchevique sino buena parte de la que fue base militante de la revolución, como ocurre con los

procesos estalinistas de los años treinta? ¿Es acaso la revolución de 1917 la que fracasa en 1989-1991?

Éstas son algunas de las muchas interrogantes que abre un manejo confuso de lo que es una revolución y la deliberada mezcla de tiempos y procesos evidentemente distintos y hasta contrarios de la historia rusa del siglo xx.

De alguna manera, muchos historiadores aportaron con sus diversas y hasta caprichosas periodizaciones a esa confusión entre lo que es propiamente la revolución y lo que son sus consecuencias; lo que es, por un lado, el momento en que cuaja la fuerza capaz de romper la vieja hegemonía y, por el otro, el despliegue de la capacidad de abrir paso a un nuevo régimen con el intrincado proceso de cambios, retrocesos, sobresaltos o frustraciones que puede provocar.

En efecto, no hay una línea divisoria tajante y nítida entre uno y otro, lo cual no borra la enorme relevancia que adquiere su distinción en una mirada crítica que busca entender esos acontecimientos. Como sabemos, en México muchos de esos hechos posteriores a la insurgencia son lo contrario a lo que buscó la revolución, y las fuerzas que hablan en nombre de ella destruyen persistentemente lo más avanzado construido en el momento revolucionario. De tal manera, la confusión



sólo contribuye, como es el caso, al establecimiento de un poder apoyado en la revolución, aunque la niegue en los hechos.

Ciertamente, con la revolución rusa ocurrió algo similar a lo del priismo con la mexicana que, al tomarse como fuente eterna de legitimación, se le dilató tanto en el tiempo que se siguió hablando de ella en situaciones que no tienen atisbo alguno de ser revolucionarias, aunque éstas no se expliquen al margen de la revolución. Aquí, como en la vieja Unión Soviética, la revolución dio sustancia a la ideología que cohesionó y dio soporte a un Estado que, sin fundamento democrático que le diera unidad, buscaba apropiarse de la revolución, a la cual durante décadas recreó como *historia oficial*.

Sobre todo a partir del momento en que los espacios abiertos por la acción de la masa insurrecta y las demandas que ella conquista con su acción se contraen, se abre casi inevitablemente el proceso de su negación.

Pero las revoluciones son acontecimientos tan extraordinarios y trascendentes, que no sólo el poder establecido habla por ellas sino que perviven en el imaginario social. Incluso cuando se han convertido en lejana épica, las nuevas luchas sociales las renuevan en su significado y posibilidad. Eso, entre muchas cosas, hace de las revoluciones hechos mistificados, sobre los cuales se producen muchas leyendas que sirven para construir un discurso hegemónico pero también, en cierto momento de desgaste de la dominación, regresan a ser fuente de inspiración de la lucha emancipadora.

En estos términos, es relevante el estudio concreto y hasta pormenorizado de los hechos que constituyen una revolución. En cuanto uno enfoca la lente hasta un grado de aumento de la visión que alcanza a ver la película que transcurre tras las grandes frases y las elaboradas caracterizaciones, esas mistificaciones y falsedades se derrumban pero emergen, en cambio, en el entramado complejo que desata las extraordinarias capacidades creativas exigidas por la transformación social.

Si nos detenemos en los acontecimientos constitutivos de la primera revolución de 1917, ocurrida durante los últimos cinco días de febrero, veremos que ésta tiene un preciso momento de construcción, despliegue y alcance de sus propósitos, expresados cada momento y día tras día, tejiendo con aquellos actos, gestos, descabros y logros el entramado de una historia que toma cierto rumbo. En apretada síntesis:

El 24 de febrero se produce una huelga exitosa de trabajadoras de la industria textil en el emblemático barrio obrero de Víborg en Petrogrado, que exige pan (el gobierno zarista lo había racionado unos días antes) y el fin de la guerra que tanto sufrimiento había causado ya.

Al día siguiente, a la huelga de las mujeres se suman más de 150 mil obreros de otras fábricas. Con rapidez, ésta se extenderá a otros barrios hasta hacerse general. Simultáneamente, se producen marchas y movilizaciones por la ciudad que permiten que se exprese la fuerza insurreccional que está surgiendo y ésta reconozca la dimensión que adquiere con velocidad. En esas acciones ocurre el encuentro de la masa de trabajadores

con las fuerzas represivas de un régimen caduco que ha militarizado a Rusia y la somete a sus designios. (Ésta se halla involucrada en la Primera Guerra, que azota a Europa entera, producto de lo cual el país vive en un inmenso charco de sangre). En ese encuentro se producen guiños y acercamientos que permiten sentir a los insurrectos que no sólo no los reprimirán, sino que los soldados se les sumarán.

Sin embargo, el 26 ocurre una confrontación entre trabajadores y sectores de policías y soldados. Éstos se habían negado el día anterior a reprimir, pero cuando sus mandos los fuerzan a hacerlo, ocurre un doble fenómeno, que se condiciona y alimenta: unos, los trabajadores, no retroceden y su ánimo se aviva; los otros, los soldados, se sublevan, comienzan a desertar, y terminan sumándose al campo insurreccional.

El 27, la revolución alcanza su plena forma. La fuerza única de trabajadores y soldados ha coagulado, y la ciudad es tomada por los insurrectos. Rápidamente comienza la réplica en otras ciudades del inmenso territorio ruso. El 28, Moscú abraza la causa revolucionaria y en el frente se festeja lo que –se pensaba– acabaría con la guerra.

La crisis revolucionaria provoca la abdicación del zar Nicolás II (2 de marzo) y la formación de un gobierno provisional (5 de marzo); hasta ahí se muestra como una revolución política clásica, que sigue el libreto de europeas anteriores. Pero algo inesperado ha ocurrido también: en las calles y fábricas reaparecen de inmediato, como si no hubieran dejado de existir, los consejos (*soviets*, en ruso) nacidos de la huelga en las fábricas de Rusia durante la revolución de 1905. Aquella novedosa forma de organización obrera es imitada por campesinos, soldados, estudiantes, mujeres, profesionales, de forma que pronto en las ciudades, en los campos y en las trincheras, el conjunto de la sociedad está bajo esta organización que, en las semanas siguientes a la caída del zar, seguirá fortaleciéndose con la creación espontánea de comités de muy diverso tipo.

En particular, el soviet de Petrogrado se siente con fuerza y autoridad para pedir cuentas al Gobierno Provisional, formado con una mezcla de viejos políticos del régimen que acaba de caer (por lo que muestran rápida disposición a negociar que hubiera un simple recambio y el zar dejara el trono en manos de su hermano Miguel) y algunos miembros de otros partidos, incluso los de la izquierda moderada (eseristas y mencheviques), pero nunca los bolcheviques. El 14 de marzo, el soviet de toda Rusia lanza un llamamiento que marcará el derrotero de los siguientes meses: reconoce ese gobierno, pero le define un programa. Se trata de un poder constituido por la masa que se insurreccionó en febrero y se organizó en los soviets, de un poder paralelo al que representa el gobierno, un poder de facto, pero no lo sabe; aunque lo intuye, teme dar ese paso.

Con ello se abren varios meses de una lucha difícil, en la que se disputa la dirección del proceso abierto por la revolución. En esa situación, las clases muestran sus límites o capacidades para construir una nueva hegemonía en sentido gramsciano.

Esa dirección se disputa palmo a palmo; en cada acción se pone en juego quién logrará la fuerza mayoritaria.

Así vista, la revolución de febrero ocurre pero no logra asentarse, no concluye. Logra parcialmente su propósito de liberar a Rusia del yugo del viejo régimen, pero en su fase constructiva no adquiere la fuerza transformadora para definir cuál es el nuevo. La burguesía rusa busca cierto liberalismo pactado, pero muestra sus limitaciones y compromisos ajenos a la revolución. El Soviet de toda Rusia otorga un día de legitimidad al Gobierno Provisional, pero de inmediato lo cuestiona, lo vigila, le reclama. El poder está partido, la crisis política es evidente y no se da paso a una "normalización" de la situación. Menos aún cuando ese gobierno muestra no sólo incapacidad evidente para restablecer cierto "orden" interno, sino que su compromiso con las potencias mundiales para continuar la guerra lleva el país a la quiebra.

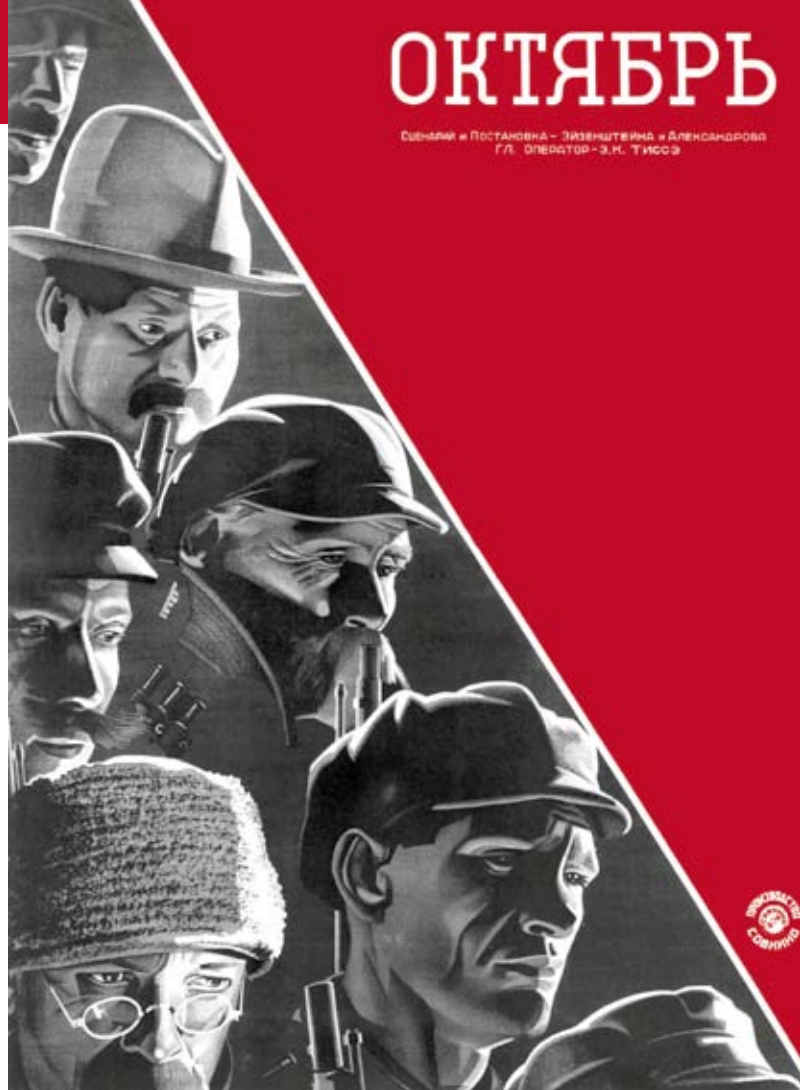
En esa situación ocurrirá la más audaz de las revoluciones, la cual ciertamente se empalma con la de febrero, pero intenta ir mucho más lejos; en realidad clausura ese dificultoso primer proceso al otorgarle todo el poder a los soviets, formar gobierno con miembros del partido bolchevique y, finalmente, disolver la Asamblea Constituyente a principios de 1918. La insurrección de octubre abre paso a un acontecimiento que, aun cuando encontró en la Comuna de París de 1871 su fuente de inspiración y la experiencia que más le enseña, resultó inédito en la historia.

Conectada con las jornadas de principios de 1917, en dramática sucesión de hechos en los que se juega el sentido de la revolución y el alcance de la caída del zar, se produce esta nueva revolución cuyo inicio no es tan claro, aunque en general se fecha el día de la *toma del Palacio de Invierno*. Y no lo es pues, en estricto sentido, la revolución se había asomado ya en la crisis de julio y desde finales de agosto, tras un intento de golpe de Estado reaccionario, las fuerzas de una nueva insurrección están ya apuntaladas con la formación de una mayoría bolchevique en el soviets.

Alimentó pronto la necesidad de una nueva revolución el compromiso de las clases dominantes de no renunciar a los jugosos negocios que les provee la guerra global. Esos poderosos intereses esperan el reparto que vendrá al final del conflicto, lo cual los decide a mantenerse en el frente aunque el país exija crecientemente pactar la paz.

Esto contribuye decisivamente a que el pueblo, que ha entrado en rebeldía, descubra que el gobierno emanado de la revolución de febrero, así hable en nombre de la democracia y proponga coaliciones políticas varias, está atado a esos intereses. Las tareas democráticas esenciales, como el reparto de la tierra y la plena abolición de la servidumbre, y la paz sin anexiones ni indemnizaciones y regida por el principio de la autodeterminación de las naciones,² tendrán que ser cumplidas por un nuevo poder, emanado de la revolución de octubre, de los obreros levantados en armas.

Hay aquí un momento de insurrección, el del 25 de octubre



(en el calendario juliano y 7 de noviembre en el gregoriano, que se usa en la actualidad), que ha dado para muchos juicios que ignoran su peculiaridad. No se trata de un golpe de mano de un pequeño grupo bien organizado que, a la usanza de Blanqui,³ se propone tomar el poder. De hecho, el tema fue debatido con amplitud por los bolcheviques, pues algunos en sus filas, contra la postura de Lenin, expresaron duda o, incluso, no aceptaron la acción de ese día.

La insurrección en octubre desempeña un papel diferente del cumplido por la de febrero. Mientras en la primera una fuerza mayoritaria cuaja en el curso mismo de las movilizaciones realizadas en forma espontánea durante pocos días, en octubre una sucesión de hechos ocurridos sobre todo desde julio permite la formación previa de una nueva mayoría *organizada*, con capacidad de encabezar la insurrección y hacer gobierno propio. En un proceso en cierto sentido inverso, octubre corrige febrero.

En rápida revisión, señalamos algunos acontecimientos que explican esta idea que hemos expresado sobre la revolución de octubre:

Durante marzo y abril de 1917 se produce un intenso debate entre los bolcheviques, los cuales han sido parte importante de las movilizaciones que terminan derrocando al zar. Es un momento de esclarecimiento de lo que ha producido la revolución, y que Lenin define como una anomalía: el *doble poder*.

Eso impone, en opinión del dirigente bolchevique, el cambio de política. De ese debate saldrá la conocida consigna “todo el poder a los soviets”, la cual tardará pocos meses en convertirse en exigencia de la masa rebelde.

El 18 de abril se produce una primera crisis entre el Gobierno Provisional y el soviets, cuando el primero declara sus propósitos guerrillistas. Pasado ese momento, ante la impaciencia de grupos exigentes de la renuncia del gobierno, Lenin escribe, insistiendo en que sólo el soviets resolverá las demandas revolucionarias:

La crisis no puede ser superada por la violencia ejercida por individuos contra individuos, ni por acciones locales de pequeños grupos armados, ni mediante intentonas blanquistas de “tomar el poder”, arrestar” al Gobierno Provisional, etcétera.

En mayo, a la par de un recrudecimiento de la ofensiva militar de Rusia y del caos económico, se forma un gobierno de “coalición” en el que no participan los bolcheviques, pero que es refrendado por el Soviet de toda Rusia. Frente a esa situación, los bolcheviques se deslindan del soviets y plantean hacer una manifestación para protestar, lo cual desata tal tormenta política que deben suspenderla. Los bolcheviques aparecen ya como la fuerza plebeya que se declara capaz no sólo de gobernar sino de llevar el país por un rumbo diferente. El creciente malestar popular los respalda.

En los primeros días de julio, las cosas se desbordan. Una manifestación de soldados y obreros que protestan por el fracaso de la ofensiva militar en el frente de guerra amenaza dar paso a la insurrección.⁴ Los bolcheviques consideran que no han madurado las cosas para ese paso y disuaden a los manifestantes. Pese a todo, el gobierno reprime; declara traidores a los bolcheviques y los persigue. Varios dirigentes, entre ellos Alexandra Kollontai, son tomados presos. Lenin pasa a la clandestinidad.

La decisión gubernamental de desarticular la fuerza que representan lleva a los bolcheviques a señalar el fracaso de la revolución de febrero y su decisión de pasar a organizar las fuerzas de un nuevo levantamiento expresado ya en esos días.

El 21 de agosto, Riga, capital de Lituania, cae en manos de los alemanes, lo cual da a la reacción pretexto para atacar. Vocifera culpando de la derrota a los obreros por no trabajar y a los soldados por no combatir. “Se hacía responsable de todos los males a la revolución”, escribe Trotsky.⁵

Así, a finales de aquel mes el jefe del ejército, el general zarista Lavr Georgiévich Kornílov, intenta un golpe de Estado, el cual se topa con la resistencia de los obreros armados quienes, a su vez, cuentan con los bolcheviques a la cabeza. Ese hecho, que no pasó a mayores, fue sin embargo un momento de inflexión, con simbólica y políticamente grandes repercusiones.

“... a finales de agosto —escribe Lenin pocos días después—, la rebelión de Kornílov provocó un nuevo viraje en la revolución, y demostró palpablemente a todo el pueblo que los cadetes, en alianza con los generales contrarrevolucionarios, tienden a disolver a los soviets y restaurar la monarquía.”⁶

Todos esos acontecimientos se reflejan en la elección de los delegados al congreso de los soviets, que se planea reunir en octubre en Petrogrado; Trotsky queda a la cabeza del organismo de la ciudad capital. En ese momento, las fuerzas internas del soviets han cambiado, los bolcheviques son ya el partido mayoritario y su consigna que exige todo el poder a los soviets ha ganado la partida.

El gobierno, en ese momento en manos del laborista Alexander Kerenski, intenta contener la crisis, al tiempo que prepara la ofensiva contra el congreso de los soviets, para lo cual llama tropas del frente que considera leales y ordena el traslado de la guarnición de Petrogrado. Éstas desobedecen, lo cual define el resultado de la acción insurreccional que encabeza el 25 de octubre los bolcheviques.

Así, los acontecimientos que culminan en el *octubre rojo* resultan de enorme complejidad, pues la crisis general está ya en curso y las fuerzas se han desatado, pues la burguesía que apuntala al Gobierno Provisional mostró no tener proyecto que satisficiera las expectativas que despertó la derrota del imperio de los zares y eso había abierto la puerta al intento de restablecimiento del régimen autocrático.

Las masas trabajadoras se rebelan crecientemente y, por momentos, se desesperan; los bolcheviques, no sin dificultades, las contienen en busca del momento maduro que haga menos vulnerable la situación por seguir a la insurrección. Pero esas masas, sin duda, marcan el ritmo de los acontecimientos y ante aquella incapacidad de las fuerzas dominantes, aceptan el reto de tomar las riendas de ese inmenso y complejo país.

Sin embargo, buena parte de la historiografía se ha encargado de simplificar aquellos acontecimientos y desaparecer de la escena decisiva a los millones de trabajadores, soldados y campesinos pobres que se movilizan en toda Rusia y que, en particular, en Petrogrado y Moscú combaten contra el restablecimiento de la postura imperial y guerrillista que definió al zarismo. El bolchevismo no es más que su expresión hecha partido, y no a la inversa.

¿OCURRE O SE HACE UNA REVOLUCIÓN?

A lo largo de la historia se han producido muchas revoluciones políticas, más o menos espontáneas, pero también muchas planeadas hasta en el más mínimo detalle. Baste recordar la insurrección de 1839 en París, con Auguste Blanqui a la cabeza de la *Sociedad de las Estaciones*, para saber de qué estamos hablando. Pero 1917 es otra cosa. Entonces se muestra, como había señalado Marx, la distinción abismal entre esas revoluciones *políticas* que se hacen frecuentes en el momento de la decadencia monárquica y la expresión del *alma social* de las revoluciones que aparece con la entrada en la escena revolucionaria de los *proletarios*, en el curso de los embates por establecer la *moderna república*.

Escribe Marx en 1844:

La *revolución* en general —o sea, derribar el poder constituido y *disolver* la anterior situación— es un acto *político*. Ahora bien, sin *revolución* el *socialismo* es irrealizable. En tanto el socialismo necesita *destrucción* y *disolución*, este acto *político* le es imprescindible. Pero allí donde comienza su *acción organizadora*, donde se abre paso su *fin inmanente*, su *alma*, el socialismo se deshace de su envoltorio *político*.⁷

Esta dimensión del análisis en que nos introduce Marx permite entender el equívoco en que fácilmente se incurre al no distinguir de qué acción revolucionaria hablamos, cuál es su alcance, su carácter, sus tareas. Ese conjunto de distinciones maneja meticulosamente Lenin, no por un afán de precisión semántica o filológica sino por las consecuencias político-prácticas que acarrea en una situación como la de Rusia.

En el artículo “Las enseñanzas de la revolución”, Lenin escribe:

Toda revolución significa un viraje brusco en la vida de enormes masas del pueblo. Si la situación no está madura para ese viraje no puede producirse una verdadera revolución...

Durante la revolución, millones y millones de hombres aprenden en una semana más que en un año de vida rutinaria y soñolienta. Pues en esos virajes bruscos de la vida de todo un pueblo se ve con especial claridad qué fines persiguen las diferentes clases del pueblo, qué fuerza poseen, y qué métodos utilizan.⁸

La historia de la mayor parte de las revoluciones muestra que éstas son imprevisibles, aunque se les presenta o anuncie. La obviedad de que las revoluciones se producen cuando la situación lo exige suele olvidarse. Esos acontecimientos no tienen un cálculo previo sobre las garantías de triunfo; se trata simplemente de un momento en el que se gesta la certeza de que la situación *debe* cambiar.

Eso explica por qué pese a que la próxima revolución en Rusia (tras el fracaso de la de 1905) es tema recurrente Lenin —a quien no puede reprocharse falta de seguimiento de las cosas en su país— puede escribir los primeros días de enero de 1917 desde su exilio en Zúrich lo siguiente:

Nosotros, los de la vieja generación, quizá no lleguemos a ver las batallas decisivas de esa revolución futura. No obstante, creo que puedo expresar con seguridad plena la esperanza de que la juventud (...) no sólo tendrá la dicha de luchar sino, también, de triunfar en la futura revolución proletaria.⁹

Pero no sólo el líder bolchevique, obligado a estar lejos de su país, desconoce lo que pocas semanas después ocurrirá, sino que incluso los propios obreros bolcheviques partícipes de la huelga de masas que estalla el día 24 en la ciudad de Petersburgo, tienen dudas sobre las dimensiones reales de los hechos



ocurridos ese día, lo que los llevó a titubear y no convocar el 25 a la gran manifestación que finalmente ocurrió y que hoy sabemos fue parte importante en el proceso insurreccional ya en curso, y al que sus propios participantes sólo registrarán en sus dimensiones hasta días después.

Más compleja es aún la historia de la revolución de octubre y más los mitos que se han construido acerca de ésta. Aquí, la forma en que se produce su desenlace generó el espejismo general de que, con esmero diario y una sólida organización, se puede *hacer* la revolución. Las interpretaciones rápidas de otras revoluciones del siglo xx, como la china y la cubana, no hicieron sino dar una imagen similar.

Sin duda, las revoluciones ocurridas en el siglo xx tuvieron la característica de tener entre sus fuerzas organizaciones partidistas de los trabajadores sumamente consolidadas. El partido obrero les imprimió un carácter diferente y las puso en la ruta de las transformaciones sociales de fondo.

Pero, por mucho que se conozca como *revolución bolchevique*, los bolcheviques no *hicieron* la revolución, aunque sí fueron la fuerza organizada que define el momento y las características de la insurrección final que, insistimos, no fue asunto

de unos cuantos. Como se observa en una lectura crítica de los hechos, un arduo esfuerzo logró dar a ese partido obrero la posibilidad de conducir el proceso hasta el triunfo, que en ocasiones estuvo a punto de írsele de las manos. El complejo discurso político, que sopesaba a cada momento las posibilidades de la acción, los cambios políticos, las situaciones de riesgo, ganó terreno en la masa de una población que estaba alzada, que buscaba la manera de lograr sus objetivos, que creyó en promesas de los viejos políticos y luego rompió con ellos a un alto costo. Lo más difícil fue sin duda reconocer la peculiaridad de lo que producía la situación particular del movimiento ruso y del riesgo que significó hacerlo en un país atrasado y devastado por la guerra.

En efecto, Rusia mostró que la revolución no se “hace” por un grupo de audaces militantes sino que ocurre por la acción de grandes contingentes que rompen su condición subalterna, para lo cual es necesario contar con la capacidad, en primer lugar, de imaginar, pensar, esperar y anhelar que ocurra, en particular cuando se trata de una transformación radical que implica la autoemancipación, lo cual no ocurre de manera evidente en la sociedad, como sí fue el caso de las revoluciones que refrendaron en la esfera política la condición dominante de la clase capitalista.¹⁰

En segundo lugar, para que supere la fase de un “estallido” y avance en sus objetivos, se hace necesaria la capacidad política de aprovechar el preciso momento y conducirlo de manera que pueda alcanzar sus propósitos. Hay aquí una combinación nada fácil, razón que quizá explica por qué las revoluciones no son tan frecuentes como pueden serlo los movimientos o, incluso, las rebeliones.

¿DIRECCIÓN O VANGUARDIA?

Lo anterior explica el relevante papel que puede llegar a desempeñar el asunto de la dirección política e ideológica en una revolución de este tipo.

Una de las más evidentes peculiaridades de la revolución de 1917 fue, precisamente, la formación de un núcleo de dirección sólido que encarna entre los bolcheviques y logra, en un poco frecuente ejercicio de intenso debate, una determinación y confianza enormes. El liderazgo peculiar forjado en ese proceso dio lugar años después a una de las mayores mistificaciones y al culto de la personalidad de Lenin, lo cual corresponde a otra historia.

Al margen de ese fenómeno que ha sido estudiado, en el momento en que se desenvuelve la crisis general en Rusia, la claridad y precisión política de Lenin asombran hasta a sus enemigos. Hoy es conocido que los bolcheviques debatieron fuertemente cada paso del complejo proceso vivido antes de octubre de 1917. Lejos de ser una organización uniforme, el partido bolchevique fue una organización con enorme vitalidad y, en particular, fuerte compenetración con el movimiento de los trabajadores urbanos como ninguna otra corriente

política, pese a que no siempre tuvieron en los soviets obreros mayoría. En realidad, el esfuerzo político de los meses transcurridos de febrero a octubre estuvo dirigido a decantar esa mayoría, a formarla con nitidez y lograr que se reflejara en el soviets de toda Rusia.

Ese horizonte desde el cual actúan permitió que sus más destacados exponentes pudieran seguir el pulso de esa voluntad colectiva que se forjaba a cada paso y cada día; un proceso que distaba de ser evidente y lineal, que vivió momentos de gran riesgo y enorme tensión de las fuerzas en disputa.

En ese proceso destaca ciertamente la actuación de Lenin por una razón que, conforme pasa el tiempo y en contraste con el quehacer político de nuestros días, resulta sorprendente: su extraordinaria capacidad de elaboración teórico-política sobre cada paso práctico del movimiento. El arte de no separarse de una voluntad colectiva dada, pero impulsarla a dar el siguiente paso, define mucho de la enorme producción del dirigente bolchevique. Esa capacidad se la da sin duda el hecho de ser parte orgánica del movimiento mismo.

VIOLENCIA Y REVOLUCIÓN

Los procesos revolucionarios, como imponentes actos colectivos de la sociedad, en los que se producen creaciones inéditas, se potencia la capacidad inventiva de los individuos y se sintetizan los anhelos de cambio acumulados por generaciones, han adquirido siempre formas impredecibles que responden a situaciones políticas específicas y a un acopio de cultura política resultado de las formas particulares de ejercicio del poder estatal y de resistencia y acción popular. Por tanto, los actores y las fuerzas que éstos forman, lo mismo que los medios de actuación que adoptan y los objetivos concretos en que se plasma la acción revolucionaria tendente a superar el viejo orden, son siempre diferentes e inesperados.

Sin embargo, el pensamiento conservador ha trabajado pacientemente para subsumir las revoluciones a hechos violentos en los que el vandalismo, el saqueo, las violaciones, los crímenes y, en pocas palabras, la destrucción generalizada e irracional las definen. Han insistido tanto que, finalmente, han logrado una especie de lugar común que simplifica el asunto de las diversas formas de lucha, sosteniendo que si se habla de revolución por fuerza se trata de lucha armada, cuando es evidente que las revoluciones en general combinan diversas formas y las ha habido incruentas. De hecho, los únicos muertos del día de la toma del Palacio de Invierno, donde se atrincheró el Gobierno Provisional, fueron los trabajadores insurrectos que mató la guardia de éste; mientras, la toma de otros lugares estratégicos se hizo después que los soldados que los custodiaban votaron sumarse a la insurrección, entre ellos los de la Fortaleza de Pedro y Pablo, ciudadela original de San Petesburgo.¹¹

Sobre este asunto de las formas de lucha y la violencia, los revolucionarios rusos dejaron importantes aportes, pues abordaron el tema con claridad y franqueza, y mostraron que, más

allá de filias o fobias, no resulta asunto sencillo, y menos aún en una sociedad como la rusa. En pocas palabras, muestran que no resulta posible entenderlo fuera de su contexto preciso.

Trotsky señala que “la revolución no escoge sus caminos”, y es cierto. Y él dio más cuenta de los pormenores de aquella sociedad policiaca y militarizada contra la que los trabajadores se levantaron y mostraron su inquebrantable determinación de transformarla.

A partir de esta situación se ha sostenido que, sobre todo después de tres años de guerra, sólo la barbarie podía marcar las relaciones entre las fuerzas participantes de aquellos acontecimientos de 1917. Pero se pasa por alto la acción constructiva y pacificadora del gobierno bolchevique, que se opuso, y logró controlar en su momento, a insurrecciones destinadas al fracaso y a terminar en un baño de sangre, como muestra la mencionada crisis de julio. Y no sólo eso. Muchas contribuciones dieron los bolcheviques en un momento, en efecto, extremadamente violento, como su determinación sobre el tema mismo de la paz pactada que, si no resolvió el conflicto, sí frenó la masacre que sufría el pueblo ruso.

El carácter armado de la insurrección tiene que ver en el caso ruso con el tipo de régimen que se destruye. Quebrar el control militar sobre la sociedad no se hizo en este caso con claveles rojos sino con la desertión y sublevación de los propios soldados. Aquí, agotadas las posibilidades pacíficas de que el poder pasase a los soviets, se formó un Comité Militar Revolucionario en el seno de éstos, el cual captó el resquebrajamiento de las fuerzas armadas, y dotó a las fuerzas revolucionarias de la capacidad de hacer frente, como ocurrió, a la resistencia armada no sólo del propio ejército blanco y los ejércitos privados de los terratenientes sino a los de las potencias europeas en guerra, unidas para combatir a la Rusia soviética. No hay que olvidar que la acción de esas fuerzas combinadas provocó la guerra civil en 1918, y no la acción de los revolucionarios.

GUERRA Y REVOLUCIÓN MUNDIAL

A lo largo de su historia, iniciada en el siglo XIX, la lucha obrera por el poder político estuvo estrechamente ligada a la enorme catástrofe que significa la guerra. Ésa fue la historia de la Comuna de París, la más lograda experiencia de poder obrero hasta la revolución rusa, la cual no se explica, en su origen y su derrota, sin la guerra franco-prusiana de 1870. De la misma manera, la tan anunciada revolución rusa, ocurrida en 1905, es difícil de disociar de la guerra que un año antes sostuvo el zarismo contra el imperio japonés, de la cual el gigante ruso salió derrotado.

Cuando el pasado siglo inicia con la insólita violencia y destrucción de la Primera Guerra Mundial, los obreros eran ya entonces una importante fuerza organizada, con disciplinados partidos que tenían más de dos décadas y media de dificultosa construcción unitaria en medio de acaloradas discusiones que les permitieron ir construyendo su programa de lucha a escala internacional.

Lenin y Rosa Luxemburgo, quienes agruparon en el seno de la II Internacional a los partidarios de la oposición revolucionaria a la guerra, compartían la idea de que la conflagración militar tenía su origen en los privilegios de las grandes potencias, que buscaban el reparto entre sí de las colonias y ejercer dominio sobre las demás naciones. Se trataba, desde ese punto de vista, de una guerra *imperialista*, frente a la que el movimiento obrero debía orientarse hacia la “guerra civil”, hacia la lucha por llegar al poder, para detenerla.

Esta postura fue determinante en los acontecimientos de 1917 en Rusia. Durante ese año, la percepción generalizada era que Rusia perdería la guerra, y el desánimo cundió de manera creciente en las filas de los voluntarios o involuntariamente involucrados. La agitación de los enemigos de la guerra tuvo entonces mucha recepción y alimentó las filas de los bolcheviques, perseguidos por el viejo régimen y, después, acusados por el Gobierno Provisional de traidores y aliados de Alemania.

Con el resultado de la primera guerra, las decadentes monarquías se desmoronaron, sobre todo desde el Rin hasta el Pacífico, no hubo país sin graves crisis de gobierno. Por su parte, las naciones oprimidas de Europa exigieron su derecho



rusas; las incursiones, con actos de violencia extrema, de las “guardias blancas” al servicio de los terratenientes, además de la reorganización de sectores del viejo ejército zarista, la guerra civil siguió desangrando durante tres años a la joven república soviética.

El nuevo poder se vio ante la necesidad de asegurar el abasto de cereal y de otros bienes contra la hambruna provocada por los acaparadores. Contra ellos fueron tomadas las más enérgicas medidas de fuerza de un poder que intentaba sacar a flote el país.

Pero ninguna medida detuvo la desorganización de la economía y el desánimo de un pueblo agotado. A principios de 1921, las medidas de control obrero y campesino se muestran como un fracaso, y el país entra en una crisis que lo semi-paraliza. En ese momento, la dirección bolchevique decide implantar la Nueva Política Económica, que restablece las relaciones capitalistas en la producción y el comercio, en espera de reactivarlos.

En esos momentos, Lenin escribe algunas de sus mejores páginas reconociendo los errores y fracasos sufridos, al tiempo que busca, sin el menor voluntarismo, abrir nuevos caminos y resistir:

En la primavera de 1921 —explica a cinco años de la revolución a sus compañeros de partido de la provincia de Moscú— se hizo evidente que habíamos sufrido una derrota en nuestro intento de implantar los principios socialistas de producción y distribución mediante el “asalto directo”; o sea, en la forma más breve, rápida y directa. La situación política en la primavera de 1921 nos mostró que en varios problemas económicos era inevitable un retroceso a la posición del capitalismo de Estado, pasar de la táctica del “asalto directo” al “asedio”.

Y más adelante agrega:

Debemos admitir que no retrocedimos suficiente, que debemos retroceder más, retroceder del capitalismo de Estado a la regulación estatal de la compra y venta y de la circulación monetaria.¹²

La historia hace en ocasiones jugadas muy extrañas. Y en el caso que aquí nos ocupa no tuvo límites.

Tras declarar que los errores y fracasos obligaban a un camino de reformas lento y dificultoso, cuando no al franco retroceso, Lenin sufre un primer accidente cerebral que anuncia su muerte. En los breves lapsos de trabajo que le permite la enfermedad revisa los problemas más acuciantes, entre los cuales destaca el de la atrofia de un Estado construido bajo fuego enemigo, con una pesada tradición autocrática que, al agotarse el impulso de los soviets, muestra poca renovación.

Frente a la persistente insistencia en identificar al bolchevismo soviético con el estalinismo y a Lenin con Stalin, hay que

señalar, por evidente que sea, que en muchos sentidos lo hecho durante los cinco años que duró la dirección revolucionaria del proceso, con Lenin a la cabeza, está muy lejos del rumbo que tomaría después el régimen autoritario de Stalin, además de la constancia que hay de los diferentes atributos de un líder y el otro, lo cual lleva a Lenin a establecer una clara distancia.¹³

EL FUTURO DE LA REVOLUCIÓN

Las revoluciones son hechos irrepetibles e inimitables, pero no hay fuente más prolija, profusa y generosa que ellas para entender el funcionamiento social y encontrar los caminos de su transformación.

Por lo mismo, analizar cualquier proceso de cambio revolucionario obliga al estudio específico de sus causas, componentes, fases y alcances para poder entender la dialéctica social que lleva a cada sociedad a plantearse tareas originales de acuerdo con su historia y sus rezagos o virtudes sociales. Así como, tras no pocos descalabros, ha quedado claro que la historia no permite la exportación de procesos de esta naturaleza, el propio estudio de acontecimientos sociales de tal magnitud no puede encasillarse en esquemas surgidos de experiencias particulares.

Más que marcar una ruta a seguir, la revolución rusa de octubre dejó señalado un horizonte, uno que antes de ella sólo habían esbozado los trabajadores en dos momentos breves de su historia, los dos en la Francia del siglo XIX: el junio de 1848 y la Comuna de París en 1871. Ese horizonte de emancipación, que se plantea superar el trabajo asalariado que permite la explotación del ser humano por el propio ser humano, ese propósito como tal sólo la revolución rusa lo pretendió. Obra, en gran medida, de la acción bolchevique, la que combate en forma enérgica y activa una mirada inicialmente bastante más corta.

Como nunca, al pensar en nuestras circunstancias actuales sobre la revolución rusa y conociendo el final de la etapa que abrió adquieren sentido las precisas palabras de Walter Benjamin:

Marx dice que las revoluciones son la locomotora de la historia mundial. Pero tal vez se trata de algo por completo diferente. Tal vez las revoluciones son el manotazo hacia el freno de emergencia que da el género humano que viaja en ese tren.¹⁴

La revolución rusa puso freno a una guerra extrema, pero por sí sola no pudo impedir el regreso de la guerra global, aun cuando el país soviético volvió a ser el gran freno a lo que hace a Benjamin pensar que Marx estaba equivocado.

Como sea, si hay algún lugar en el que apremie poner freno a un tren que nos dirige al abismo y las tinieblas, ése es México. Quizá por esa razón desde la Selva Lacandona salen estas palabras dirigidas a quienes ya saben de qué se trata ese infierno:

Cierto, habrá un cambio profundo, una transformación real en éste y en otros suelos dolidos del mundo. No una sino muchas revoluciones habrán de sacudir todo el planeta. Pero el resultado no será un cambio de nombres y de etiquetas donde el de arriba sigue estando arriba a costa de quienes están abajo. La transformación real no será un cambio de gobierno sino de una relación, una donde el pueblo mande y el gobierno obedezca. Una donde el ser gobierno no sea un negocio. Una donde el ser mujeres, hombres, otros, niñas, niños, ancianos, jóvenes, trabajadores o trabajadoras del campo y de la ciudad, no sea una pesadilla o una pieza de caza para el disfrute y enriquecimiento de gobernantes. Una donde la mujer no sea humillada, el indígena despreciado, el joven desaparecido, el diferente satanizado, la niñez vuelta una mercancía, la vejez arrumbada. Una donde el terror y la muerte no reinen. Una donde no haya reyes ni súbditos, amos ni esclavos, explotadores ni explotados, salvadores ni salvados, caudillos ni seguidores, mandones ni mandados, pastores ni rebaños.¹⁵

¹ Desde mayo de 1918, Lenin señalaba con insistencia que la *transición* presente en Rusia tras los hechos de octubre de 1917 implicaba el entrelazamiento de diferentes estructuras económico-sociales; entre ellas menciona la *patriarcal*, la de la *pequeña producción mercantil*, el *capitalismo privado*, el *capitalismo de Estado* y el *socialismo*. Véase, V. I. Lenin, *Obras completas*, tomo xxix, Cartago Ediciones, Buenos Aires, 1970, página 89.

² Véase V. I. Lenin, “Guion del Programa de las Negociaciones sobre la Paz”, obra citada, tomo xvii, páginas 460-461.

³ Auguste Blanqui fue la expresión más radical del periodo que siguió a la caída de Napoleón Bonaparte; en aquellos momentos organizó varias conspiraciones y asaltos al poder. Véase Samuel Bernstein, *Blanqui y el blanquismo*, Madrid, Siglo xxi, 1975.

⁴ Al analizar las crisis políticas de abril, junio y principios de julio, Lenin escribe: “... las tres crisis revelaron una forma de demostración nueva en la historia de nuestra revolución, una demostración de un tipo más complejo, en la cual el movimiento se desarrolla por oleadas que suben velozmente y descienden de modo súbito, la revolución y la contrarrevolución se exacerban y los elementos moderados son eliminados por un periodo más o menos largo.” Sobre esa manifestación de julio, agrega: “Fue bastante más que una demostración y menos que una revolución. Fue el estallido simultáneo de revolución y contrarrevolución, una violenta y a veces casi súbita eliminación de los elementos moderados, al mismo tiempo que hacían su turbulenta

aparición los elementos proletarios y burgueses”, V. I. Lenin, “Tres crisis”, en obra citada, tomo xxvi, página 248.

⁵ L. D. Trotsky, *Historia de la Revolución Rusa*, tomo 2, Ruedo Ibérico, España-Francia, 1972, página 272.

⁶ V. I. Lenin, “Las enseñanzas de la revolución”, en obra citada, tomo xxvi, página 323.

⁷ K. Marx, “Notas críticas al artículo ‘El rey de Prusia y la reforma social, por un prusiano’”, en *OME 5*, Barcelona-Buenos Aires-México, 1978, página 245.

⁸ V. I. Lenin, “Las enseñanzas de la revolución”, en obra citada, tomo xxvi, página 309.

⁹ V. I. Lenin, “Informe sobre la revolución de 1905”, en obra citada, tomo xxiv, páginas 274-275.

¹⁰ Al respecto, escribe René Zavaleta: “... las tareas burguesas difieren de las socialistas no sólo por su objeto sino que se diferencian como tareas mismas; es decir, en su índole. En lo básico, las tareas burguesas pueden ser realizadas desde un punto de partida consciente, pero también en muchos casos son resultado de una acumulación espontánea; o sea, que la conciencia aquí no es sino un requisito escaso. En cambio, las socialistas son todas tareas conscientes, son el uso final de una superestructura que se ocupa de sobredeterminar sistemáticamente toda la base económica y el propio resabio superestructural hasta obtener su coherencia”, en René Zavaleta, “Clase y conocimiento”, *Obras completas*, tomo II, Plural, La Paz, 2013, página 384.

¹¹ Habiendo sido la ciudadela donde surge San Petersburgo y cuya catedral alberga los restos de los zares de toda Rusia, la Fortaleza era en 1917 la sede de la guarnición de la ciudad y ahí estaba la cárcel de los prisioneros políticos.

¹² V. I. Lenin, “vii Conferencia del Partido de la Provincia de Moscú”, realizada del 29 al 31 de octubre de 1921, en obra citada, tomo xxxv, páginas 539 y 541.

¹³ No está de más citar la carta que Lenin dirigió al Congreso del Partido Bolchevique (que no se reunió sino hasta después de la muerte de aquél, ocurrida en enero de 1924), conocida como su testamento, pues pasa revista a los más destacados dirigentes bolcheviques y, en particular, a los que en ese momento podían tomar el mando. Lenin agregó ahí unas palabras exclusivas sobre Stalin que resultan relevantes: “Stalin es demasiado rudo, y este defecto, aunque del todo tolerable en nuestro medio y en las relaciones entre nosotros, los comunistas, se hace intolerable en un secretario general. Por eso propongo a los camaradas que piensen una manera de relevar a Stalin de ese cargo y de designar a otra persona que en todos los aspectos tenga sobre el camarada Stalin una sola ventaja: la de ser más tolerante, más leal, más cortés y más considerado con los camaradas, menos caprichoso, etcétera. Pero creo que desde el punto de vista de protegernos de la escisión, y desde el punto de vista de lo que escribí más arriba sobre las relaciones entre Stalin y Trotsky, no es un detalle, o es un detalle que puede adquirir importancia decisiva”. Véase, V. I. Lenin, “Últimas cartas y artículos”, en obra citada, tomo xxxvi, página 476.

¹⁴ Walter Benjamin, “Tesis sobre la filosofía de la historia” (1940).

¹⁵ Palabras del Ejército Zapatista de Liberación Nacional a los padres de los 43 normalistas desaparecidos de Ayotzinapa (Guerrero). Chiapas, 15 de noviembre de 2014.

LA POLÍTICA ECONÓMICA BOLCHEVIQUE

MATARI PIERRE

*En los momentos de revolución
hay que mostrar la máxima flexibilidad.¹*

V. I. Lenin.

Cuentas trucadas, limitación de retiros, escasez de efectivo para pagar salarios, rechazo de cheques en ventanilla, negativa a acordar préstamos, etcétera... los banqueros respondieron con contundencia a la revolución. El boicot tenía la anuencia de los grandes comerciantes y propietarios de fábricas controladas por comités obreros. El banco central denegaba las solicitudes de financiamiento del nuevo gobierno, el Consejo de Comisarios del Pueblo (*Sovnarkom*). La Unión para la Regeneración de Rusia –formación clandestina financiada por la banca privada y que vinculaba partidos de los ex gobiernos provisionales– organizaba huelgas de funcionarios. La coyuntura dictaba represalias tanto más rigurosas que los bolcheviques; habían interiorizado algunas enseñanzas de la caída de la Comuna de París: no haberse apoderado del Banco de Francia y de sus reservas. Sokolnikov y Osinsky, respectivamente futuro comisario del Pueblo a las Finanzas (*Narkomfin*) y primer presidente del Consejo Económico Supremo (*Vesenja*), denunciaban el sabotaje organizado por los banqueros.²

EL SISTEMA FINANCIERO Y LAS NUEVE DÉCIMAS PARTES DEL APARATO SOCIALISTA

El 14 de diciembre, los soldados irrumpían en los principales bancos. El mismo día un decreto oficial convertía las operaciones bancarias en monopolio estatal. Un segundo incorporaba los bancos privados al Popular de la República Soviética (el nuevo central), confiscaba las reservas y compelia a abrir las cajas fuertes.³ Pero más que una medida defensiva, la nacionalización e integración de los bancos obedecían a una concepción arraigada en el pensamiento socialista. En el capitalismo, el desarrollo del crédito refleja una distribución colectiva de

los recursos productivos, aun cuando éstos queden encostrados en los límites de la propiedad privada. De tal suerte, el control estatal del sistema bancario se convertía naturalmente en condición y herramienta de la socialización de los grandes medios de producción y distribución. Las variantes del pensamiento económico socialista se ordenaban en torno de un eje representado por relaciones cada vez más estrechas entre bancos y monopolios industriales, tesis que Hilferding había expuesto sistemáticamente en el *Capital financiero* (1909). Con el repudio de las deudas exteriores (decidido en febrero de 1918), la nacionalización de los bancos era el único punto explícito del programa financiero bolchevique. Lenin recordaba ese papel estratégico del sistema bancario pocas semanas antes de la insurrección:

El capitalismo creó un aparato de registro en forma de bancos, consorcios, servicios postales, sociedades de consumidores y sindicatos de empleados públicos. Sin grandes bancos, el socialismo sería irrealizable. Los grandes bancos son el “aparato del Estado” que necesitamos para realizar el socialismo y que tomamos ya hecho del capitalismo; nuestra tarea consiste sencillamente en extirpar lo que, desde el punto de vista capitalista, mutila este excelente aparato, en hacerlo aún más poderoso, democrático, aún más universal. La cantidad se transformará en calidad. Un solo banco del Estado [...] con sucursales en cada distrito rural, en cada fábrica, constituirá las nueve décimas partes del aparato socialista.⁴

Pero de momento, ese aparato serviría de timón para una transición económica, pues la revolución de octubre no se transmutaba en una revolución europea. Para Lenin, las nacionalizaciones bancarias no revestían, aquí, un carácter socialista. El aparato quedaba completado por el Vesenja, ente creado en diciembre de 1917 para organizar las finanzas públicas y la

economía considerada en su conjunto. El Vesenja fue primitivamente pensado por Bujarin como pieza central del aparato económico y proyectado como futura entidad de planificación. Para ello, el Vesenja absorbía el Consejo Económico, organismo de planificación para tiempos de guerra fundado por el gobierno provisional en junio.⁵ La guerra había creado la necesidad de mayor programación económica en los países beligerantes. El Vesenja acordaba una gran atención a este proceso, especialmente en Alemania, donde nacían las primeras técnicas de planificación. Para ejercer sus atribuciones, el Vesenja se apoyaría, además del sistema bancario centralizado, en un monopolio estatal del comercio exterior (establecido en diciembre de 1917).

En el corto plazo, el Vesenja buscaba métodos para enfren-
tar eficientemente la “catástrofe” económica anticipada a lo largo de 1917 y que, efectivamente, se abatía sobre Rusia. De ahí el carácter y el ritmo de las transformaciones de las relaciones de propiedad en la industria durante los primeros meses de la revolución.

EXPROPIAR DESDE ABAJO Y NACIONALIZAR DESDE ARRIBA

La forma del enfrentamiento entre el poder soviético y los bancos, así como la modalidad de la nacionalización de éstos, derivó en gran medida de la composición de clase de ese sector. Carr observó que, a diferencia de las fábricas, el origen social de los empleados bancarios explica por qué “se pasó por alto la fase de control” obrero.⁶ Porque en la Rusia insurrecta, control obrero y expropiaciones van aparejados. El desarrollo de las contradicciones de clase potenció desde febrero de 1917 una oleada de toma de fábricas. Ello abonó a los objetivos tácticos de los bolcheviques, pues el gobierno provisional se mantenía en el poder. Fue una condición negativa de la revolución de octubre, como teorizó Bujarin.⁷ Negativa, porque evidenció y precipitó la ruina del orden social existente, la toma de fábricas fue también positiva, en la medida en que fundamentó la política industrial bolchevique. Las tomas planteaban llanamente la transformación de las relaciones de propiedad y poder sobre los medios de producción.

Entre octubre de 1917 y junio de 1918, entre dos terceras y cuatro quintas partes de las fábricas nacionalizadas lo fueron por iniciativa de comités de fábricas.⁸ Empero, esas expropiaciones –por su cantidad, pero sobre todo por sus modalidades– rebasaban los límites de la línea política del momento. Ello implicó rápidamente controlar desde arriba las socializaciones conducidas desde abajo.

El Vesenja fue facultado para intervenir y canalizar este proceso. “La nacionalización de la industria estaba [sucediendo] de una manera incontrolable y no pudimos establecer conexiones regulares con fábricas socializadas”.⁹ *La Declaración sobre los derechos del pueblo trabajador y explotado*, del 12 de enero de 1918, encauzó y frenó con otros

reglamentos promulgados el 19 de enero y el 27 de abril el proceso. Tanto más que las nacionalizaciones del propio Vesenja obedecían no a motivos doctrinarios sino represivos. Se trataba de castigar, caso por caso, a los propietarios saboteadores. Los bolcheviques no preveían nacionalizaciones de ramas industriales enteras. Las primeras realizadas en ese sentido intervinieron hasta mayo de 1918 con las industrias azucarera y petrolera. El 28 de junio de 1918, ante la inminencia de la guerra civil, se iniciaron las nacionalizaciones extensivas. Para entonces, el Vesenja quedaría confinado a la función de administrador de la industria nacionalizada.

Mientras, el Vesenja, en cuanto rector de la política económica, “heredaba y reemplazaba el capital financiero”, como resumiera uno de sus dirigentes¹⁰. Promovía la formación de carteles industriales. La sumisión al control y la dirección estatal permitiría a los dueños conservar la posesión y gestión de sus empresas. De igual modo se ideó, a inicios de la primavera de 1918, una reconfiguración de los bancos privados con la forma de instituciones nacionalizadas pero gestionadas por sus antiguos directores. La controversia en torno a las negociaciones emprendidas con Alexis Meshchersky –una suerte de Carnegie ruso– ilustra el carácter exploratorio y las contradicciones de la línea económica de estos primeros meses. Se trataba de formar un cartel en la industria metalúrgica con una repartición igualitaria de las acciones entre el magnate y el Estado. En el mismo orden de iniciativas, los bolcheviques proponían crear compañías mixtas a los capitalistas extranjeros. Todos estos proyectos quedaron como letra muerta con el estallido de la guerra civil y la consiguiente exacerbación del enfrentamiento con las antiguas clases dominantes. “Los capitanes de industria y los grandes comerciantes, que antes no lo habían hecho, hicieron el equipaje y pasaron a través de las líneas del ejército blanco, y las autoridades soviéticas tuvieron necesidad urgente de ejercer control directo sobre la producción para evitar los intentos de sabotaje y asegurarse de que se daba prioridad a la fabricación de material de guerra”.¹¹

CONTROL OBRERO, MANAGEMENT SOVIÉTICO Y CAPITALISMO DE ESTADO

La tensión entre la toma de fábricas desde abajo y los intentos de control desde arriba iba aparejada con otro problema: el control obrero y las modalidades de administración de las empresas. Los patrones amenazaban con *lockouts* en caso de aplicación del decreto sobre el control obrero del 14 de noviembre. Éste confería a los comités de fábrica el “derecho a supervisar la dirección”, a fijar indicadores mínimos de producción, a acceder a la correspondencia, a las cuentas y a toda información relativa a los costes de producción de manera, a vigilar y –si se hacía necesario– a castigar el sabotaje. Pero por otra parte, el decreto supeditaba toda toma de apropiación de fábricas o intento de dirigirlas a la sanción de las autoridades. Asimismo, prohibía al comité de fábrica

anular las instrucciones del propietario a la gerencia. La justificación última del control obrero debía ser, desde el punto de vista del Vesenja, “el interés de la regulación planificada de la economía nacional”. Se trataba de conciliar necesidad de vigilancia, control obrero y eficiencia.

Pero los comités de fábrica no sólo traspasaban sus atribuciones en materia de expropiación sino que entregaban las fábricas a los trabajadores para que éstos la administraran en su beneficio propio. “El resultado fue la disminución de la disciplina en los talleres y de la producción y el desarrollo de un sentimiento, entre algunos trabajadores, de apego hacia su fábrica, lo cual iba en detrimento de la comunidad en general y les hacía resistir los intentos de una coordinación y dirección desde arriba”, resume Dobb.¹² Esta forma de administración carecía a menudo de conocimientos para la contabilidad o gestión de las capacidades industriales. Pero, más grave todavía, era “igualmente individual y antisocialista que el anterior” y prescindía de “la coherencia [nacional] de la industria”, denunciaba Piatakov, futuro dirigente del Comité Estatal de Planificación (*Gosplan*).

Para conciliar vigilancia y eficiencia, el Vesenja reconoció en marzo de 1918 la autonomía de la dirección técnica, flanqueando ésta de un comisario supervisor. Al mismo tiempo, promovía el principio de dirección personal amenazado por la reivindicación de “dirección colegial”. Las disputas sublevadas por todos esos elementos que forman el primer *management* soviético eran análogas a las controversias respecto al empleo y poder de los técnicos, especialistas, oficiales y personal calificado de las antiguas clases dominantes.¹³ Las discusiones sobre el salario a destajo y la adopción del taylorismo —mezcla de la “refinada ferocidad de la explotación burguesa y de varias conquistas científicas de sumo valor”—¹⁴ sintetizaron las disputas sobre la autonomía y composición de las direcciones.¹⁵ Lo mismo sucedía con la escala de remuneración de las diferentes categorías de trabajadores y miembros directivos, problemática en la cual la reflexión de Lenin oscila entre un principio de igualdad salarial y una diferenciación práctica según una multiplicidad de criterios (dureza y peligrosidad de las condiciones de trabajo, nivel de calificación profesional, importancia estratégica del sector). Aquí, el problema era menos la diferenciación salarial que la utilización y el ensanchamiento de estas diferencias para estimular la producción. Lo mismo valía para la remuneración del “alto personal político”, limitada al salario de un obrero calificado.¹⁶

De manera general, la política laboral de los primeros meses fue un terreno particularmente intrincado. La razón fundamental era la modificación del papel correspondiente a los sindicatos implícita en la revolución. Por una parte, la aprobación de medidas como la jornada de ocho horas, la limitación del trabajo de las mujeres y los jóvenes y la prohibición del trabajo infantil amplió las funciones administradoras y prerrogativas de los sindicatos. Por otra parte, el Vesenja entrevistó en los sindicatos —organizaciones hasta entonces más cercanas de



los mencheviques— una herramienta de control de los comités de fábricas y de restablecimiento de la disciplina de trabajo. Con ello quedaban sentadas las bases y contradicciones de un nuevo tipo de relación sindicato-partido-Estado. Finalmente, la política laboral de una dictadura del proletariado implicaba trastornar la relación de las clases dominantes con el trabajo. “¡Quien no trabaja no come!”... la máxima de Lenin resumía un principio de acción que se extremó con la radicalización de la lucha de clases al estallar la guerra civil. A partir de octubre de 1918, los burgueses de un sexo y otro de entre 14 y 54 años deberán demostrar el cumplimiento de “un trabajo socialmente útil” consignado en una libreta de trabajo para tener acceso a la libreta de alimentación.

Precisamente porque ponían en juego el papel y la suerte del proletariado en la revolución, los aspectos de organización industrial y de política laboral ocasionaron una crisis en el partido. En la primavera de 1918, los comunistas de izquierda¹⁷ denunciaron una desviación derechista encaminada hacia un “capitalismo de Estado”. La expresión fue recuperada de inmediato por Lenin, en su réplica, para conceptualizar la esencia de la política económica practicada desde octubre y,

más importante, mostrar el contenido económico de la lucha política en “un país tan grande y abigarrado” como Rusia.¹⁸ Sobredeterminada por el golpe asestado por los Acuerdos de Brest-Litovsk a la economía —Rusia perdía el 40 por ciento de la industria y de la población industrial, 70 de la siderurgia y 90 de la industria azucarera—,¹⁹ la brecha abierta por los comunistas de izquierda cesaría con la proximidad de la guerra civil y el giro de la política económica en junio. No obstante, sus señalamientos resurgirían una vez vencidos los Blancos, pero en condiciones socioeconómicas más dramáticas. Las funciones de los sindicatos, la disciplina laboral, el trabajo a destajo, la remuneración y el poder de decisión de los técnicos y especialistas, la participación de los obreros en la organización de la producción, el monopolio del comercio exterior, entre otros elementos, integrarían las disputas sobre la política económica a partir de diciembre de 1920, en vísperas del decisivo décimo congreso del partido²⁰. Asimismo, los comunistas de izquierda señalaban otra categoría de problemas, relativos a la política agraria y —por ende— a la clase social mayoritaria en Rusia.

REPARTO NEGRO, GRANJAS COLECTIVAS Y ZIGZAGUEOS DE LA POLÍTICA AGRARIA

La convergencia entre guerra campesina y movimiento obrero determinó la peculiaridad de la revolución rusa. Pero los anhelos antifeudales campesinos y las aspiraciones anticapitalistas proletarias planteaban dos revoluciones diferentes que exigían tareas y métodos distintos. Con la perspectiva de sublevaciones proletarias en Europa, la relación entre obreros y campesinos formaba el segundo término de la ecuación que condicionaba cualquier rumbo posterior de la revolución rusa. Los dos primeros decretos promulgados por el Sovnarkom el 26 de octubre —paz y tierra— respondían a ese desafío. El segundo legalizaba la situación resultante de las sublevaciones campesinas. Confiscaba sin indemnización las propiedades de los terratenientes. Las tierras y herramientas de trabajo eran puestas a disposición de los comités campesinos. Prohibía la compraventa, el alquiler, la hipoteca de la tierra y el empleo de asalariados. Subjetivamente, el decreto resucitaba el espectro del “reparto negro” que recorre la historia social rusa desde la rebelión campesina de Pugachov (1773-75). Su reivindicación de una distribución “igualitaria” y su lema “tierra y libertad” habían inspirado a los populistas del decenio de 1870 y fueron recuperados por el Partido Socialista-Revolucionario fundado en 1901 y representante de la mayoría de los campesinos. Al concretar esta secular aspiración a la tierra, el decreto sobre la tierra de octubre de 1917 ensanchaba la base social del nuevo poder revolucionario.

Dos años después, en 1919, la efímera república soviética húngara fracasaría en buscar un apoyo entre los campesinos. Bela Kun rechazó el reparto de los latifundios expropiados y pretendió transitar directamente de la gran propiedad señorial a las granjas estatales.

Pero más que zigzagueos tácticos, la política agraria de los primeros meses buscaba soluciones a un antagonismo entre las aspiraciones de los campesinos a la propiedad y las exigencias de la reproducción social. Desde la revolución de febrero, el conflicto se expresaba en la oposición entre los reclamos de autonomía de los comités campesinos, por un lado, y las rupturas de abastecimiento de cereales, por el otro. Ello provocó una crisis en el gobierno provisional entre los Ministerios de Abastecimiento, y de Agricultura. Mientras las necesidades de la guerra orientaban la acción del primero, el segundo, en mano de los dirigentes eseristas, protegía la autoridad de los comités campesinos. Sin embargo, la prolongación de la guerra, los aplazamientos de la reforma agraria y los crecientes desacuerdos sobre el contenido preciso de la “distribución igualitaria” de la tierra acentuaban las divisiones en el partido eserista. Un ala radical en favor de una paz inmediata y de una “socialización” de todas las tierras se oponía a una mayoría defensora de la participación en el gobierno provisional y de una limitación de la “socialización” a las propiedades de la Iglesia y de los terratenientes, pero sin extenderla a las tierras ya poseídas por los campesinos. De tal manera, al incorporar en el decreto sobre la tierra el principio de distribución igualitaria, Lenin provocaba la escisión definitiva entre eseristas, y dejaba abierto un estrecho abanico de soluciones.

Los primeros meses de la política agraria fueron dominados por la búsqueda de una solución intermedia entre las aspiraciones campesinas de acceso a la propiedad y las exigencias de una organización colectiva del trabajo. La reforma agraria, aprobada el 19 de febrero de 1918 —aniversario de abolición de la servidumbre, ocurrida en 1861—, sintetizaba las vistas bolcheviques y eseristas, colectivistas e individualistas. El reparto individual quedaba legalizado, pero el gobierno favorecía la agricultura colectiva, de eficiencia productiva superior a la explotación individual. Quedaban formalmente salvaguardadas las condiciones para una movilización de los campesinos con miras a una futura política de desarrollo industrial. Si la letra de la reforma resultaba eserista, el espíritu era bolchevique.

En primer lugar, las apropiaciones de fincas de terratenientes y la repartición de las tierras fueron sistemáticas y conducidas directamente por los campesinos.²¹ La importancia de la repartición trastornó las estructuras sociales del campo y tuvo consecuencias en las ciudades. Estimuló el regreso al campo de importantes contingentes de obreros, con lo cual aceleró la “desintegración del proletariado”²² que Bujarin constata desde 1917. La cercanía sociocultural entre campesinos y obreros —resultado del carácter combinado del desarrollo de la industria subyacente a la formación histórica de la clase obrera en Rusia—²³ facilitaba ese éxodo urbano a medida que arreciaban el desempleo y la carestía en las ciudades. Asimismo, la prohibición de alquilar parcelas y contratar asalariados revitalizó los mecanismos de distribución periódica del *mir*, la vieja comuna rural. Su funcionamiento parece haber favorecido a

los estratos acomodados del campesinado. Ese fenómeno se explica, entre otras circunstancias, por la composición sociológica de los órganos directivos y la ambivalencia de las funciones del *mir*, institución a cargo de la administración de la mano de obra campesina y de la percepción de pagos para los terratenientes que, además, formaba una asociación de productores. Desaparecerá oficialmente con el inicio de la colectivización forzada en 1929. La repartición generalizada de 1917-1918 arruinó los análisis socio-agrarios anteriores a la revolución fundados en un claro antagonismo entre campesinos ricos, medianos y pobres. La extensión de la pequeña explotación fortaleció en ese sentido a los campesinos medios, dificultando las condiciones sociales para la introducción de la lucha de clases en el campo. Simultáneamente, la generalización de la pequeña propiedad redujo las superficies cultivadas, y el tamaño y rendimiento de las explotaciones, e indujo una disminución de la ganadería y de los cultivos especializados de exportación. Todos esos resultados condicionarían sociológica y económicamente los posteriores episodios de la historia agraria soviética.

Finalmente, las grandes propiedades dedicadas a cultivos de exportación no fueron desmanteladas y se convirtieron en granjas estatales. Fue el caso de los cultivos de remolacha, cuya nacionalización se hizo de concierto con la de la industria azucarera. La oposición entre granja estatal y propiedad campesina individual fue hasta cierto punto el correlato del antagonismo entre los intereses colectivos y las tomas y la gestión directas que tensaban el control obrero en las ciudades.

La política agraria excitaba la crítica de los comunistas de izquierda defensores de un proseguimiento “proletario” de la revolución. Pero la guerra civil, apoyada por la intervención de 14 países, interrumpió la política agraria de igual modo que lo hizo con la política industrial. A partir de junio de 1918, con la creciente escasez urbana y el cercamiento del régimen —en control de un territorio extenso como el Gran ducado de Moscú—,²⁴ los bolcheviques sistematizaron las requisas de los excedentes agrícolas. Los comités de campesinos pobres (creados el 11 de junio), destacamentos obreros especiales y la Checa serán los principales operadores de estas requisas, esencia de la política de “comunismo de guerra”, generador de férrea resistencia campesina.²⁵ Pero la lucha por el acceso a la tierra, su uso libre y, finalmente, el empleo libre de sus productos determinaba en última instancia el comportamiento político de los diferentes estratos del campesinado. De ahí que los bolcheviques siguieran contando con el apoyo o la neutralidad “positiva” de importantes sectores campesinos, tanto más que los ejércitos blancos y las prefascistas Centurias Negras restauraban la propiedad y el despotismo señoriales en sus zonas de control.²⁶ Al finalizar la guerra civil, la nueva política económica (NEP) resultó de esta aspiración campesina por consolidar su economía individual e intercambiar “libremente” sus productos, un “concordato” con la clase campesina en su conjunto.²⁷



ON S'ENGAGE ET PUIS... ON VOIT

El rumbo y los objetivos del capitalismo de Estado en cuanto control sobre los bancos, el comercio y la industria sin una socialización de los medios de producción dependía de las condiciones sine qua non del socialismo en un país como Rusia: una revolución en los países desarrollados; un acuerdo entre el proletariado y el campesinado. Tal ecuación dejaba el poder soviético a merced del campesinado, pues la revolución internacional se demoraba y el sistema imperialista se estabilizaba. La controversia suscitada por los comunistas de izquierda contenía muchos, si no todos, los argumentos de las polémicas posteriores sobre la política económica. Entre 1903 y 1917, la relación orgánica entre las revoluciones rusa y europea había mitigado los desacuerdos sobre el programa económico. Éste no suscitaba controversias importantes entre bolcheviques y mencheviques, a diferencia de las enconadas polémicas propiamente políticas. Brest-Litovsk marcó un primer momento en la tensión entre política económica y revoluciones europeas, tanto más que los mismísimos comunistas de izquierda predecían el derrumbe del sistema imperialista para julio de 1918... De tal modo, las implicaciones y apuestas de la política económica sólo se impusieron verdadera y dramáticamente al partido tras el fracaso de la incursión del Ejército Rojo en Polonia en agosto de 1920. El episodio marcó la culminación del pavor al aislamiento de parte de los dirigentes bolcheviques²⁸ y, casi lo mismo, la merma de las expectativas de la revolución proletaria mundial avisada por Lenin en octubre 1917.

No obstante, ni las particularidades del desarrollo del capitalismo en Rusia, ni por consiguiente la ausencia de premisas económicas y culturales para el socialismo en Rusia,²⁹ ni las exigencias de la guerra civil, ni la frustración de las revoluciones proletarias europeas agotan la problemática de los determinantes de la política económica a partir de octubre. Éstos obedecían también al carácter incipiente de las técnicas de planificación y a la inexistencia de categorías para pensar los procesos de transición. De allí que para algunos pareciera muchas veces que “Lenin y sus colegas estuviesen tocando de oído”.³⁰ Lo cierto es que, más allá de la problemática de las vías

al socialismo, la experiencia del capitalismo de Estado, como después la NEP, fue determinante para la idea del papel rector del Estado que preside la historia económica del siglo xx, una contribución que los historiadores del pensamiento keynesiano y de las políticas de desarrollo en el Tercer Mundo aun subestiman.

Pero, más ocultamente, la “máxima flexibilidad” reclamada por Lenin durante la revolución traduce también cierta prudencia en un aspecto esencial: la transformación del carácter de todas las instancias de decisión y poder. Las consideraciones institucionales de Lenin distinguen, todas, dos categorías de funciones y elementos entrelazados en el Estado y en los órganos económicos. La primera reúne los elementos a cargo de la contabilidad, del control y, de manera general, las funciones colectivas consustanciales a la vida en comunidad. La segunda abarca los elementos opresores, despóticos, burocráticos y parasitarios. Esta distinción conceptual orientó la profundización de la teoría marxista de la génesis y extinción del Estado, tarea ardua que Lenin emprendería poco antes de la insurrección de octubre. La revolución debía destruir las funciones del primer tipo y retirar las segundas de las manos de las clases dominantes.³¹ Este proceso destructivo-creador era condición para que, tras un largo proceso, “la intervención de un poder estatal en relaciones sociales [vaya] haciéndose progresivamente superflua en un terreno tras otro, y acaba por inhibirse por sí misma”. De tal manera, “en lugar del gobierno sobre personas aparece la administración de cosas y la dirección de procesos de producción”.³² El año 1 de la política económica bolchevique señalaba la creatividad y las dificultades para realizar un proceso que condiciona, en última instancia, la organización emancipadora de los procesos de producción y de los poderes públicos en una sociedad comunista. **M**

¹ Lenin, “Nuestra revolución”, en *Obras escogidas* (tomo xii), Progreso, Moscú, 1973, página 163.

² Osinsky, “Origin of the Supreme Council of the National Economy”, en <http://soviethistory.msu.edu/1917-2/economic-apparatus/economic-apparatus-texts/origin-of-vesenkha/>

³ Carr constata atinadamente la “anomalía flagrante” consistente en liquidar los bancos extranjeros el 2 de diciembre de 1918; es decir, un año después... (*The Bolshevik Revolution*, volumen 2, Penguin Books, 1966, página 142).

⁴ Lenin, “¿Podrán los bolcheviques retener el poder?”, en *Obras completas* (tomo xxvii), Akal, 1976, página 216.

⁵ Osinsky, en el lugar citado.

⁶ Carr, *The Bolshevik* (volumen 2), obra citada, página 141.

⁷ Boukharine, *Economie de la période de transition*, EDI, 1976.

⁸ *Historia económica de la Unión Soviética*, Alianza, 1973. *The Bolshevik* (volumen 2), obra citada, página 56. Las mismas autoridades políticas y sindicales manejaban cifras aproximativas (Carr, *The Bolshevik*,

volumen 2, obra citada, páginas 88-90).

⁹ Osinsky, en el lugar citado.

¹⁰ Kritsman citado por Carr en *The Bolshevik* (volumen 2), obra citada, página 97.

¹¹ Dobb, *El desarrollo de la economía soviética desde 1917*, Tecnos, 1972, página 100.

¹² Ibídem, página 96. Nove, *Historia económica de la Unión Soviética*, Alianza, 1973, páginas 54 y siguientes.

¹³ Trotsky, *Ma vie*, Gallimard, 1953, páginas 366 y siguientes. Serge, *El año 1 de la Revolución*, Izquierda Revolucionaria, páginas 208-211.

¹⁴ Lenin, “Las tareas inmediatas del poder soviético”, en *Obras escogidas* (tomo viii), Progreso, Moscú, 1973, página 46.

¹⁵ Linhart, *Lénine, Les paysans Taylor*, Seuil, 2010, páginas 135-148.

¹⁶ Carr, *The Bolshevik*, volumen 2, obra citada, páginas 107-117.

¹⁷ Se formaron primitivamente para protestar contra la firma de los Acuerdos de Brest-Litovsk. Kowalski, *Bolshevik Party in conflict: the left communist opposition of 1918-11-23*, Macmillan, 1991, páginas 60-82.

¹⁸ Lenin, “Acerca del infantilismo izquierdista y el espíritu pequeño burgués”, en *Obras completas*, obra citada (tomo xxvi), página 89.

¹⁹ Carr, *The Bolshevik*, volumen 2, obra citada, página 91. El territorio del ex imperio zarista perdía Finlandia, los tres países bálticos, Polonia, Ucrania, y parte de Bielorrusia y de Armenia.

²⁰ Es decir, a partir del choque entre las plataformas de Trotsky-Bujarin y de la oposición obrera, liderada por Shliápnikov y Kolontái.

²¹ Nove, *Historia económica*, obra citada, página 52.

²² De 3.5 millones, la cantidad de obreros disminuyó a cerca de 2 millones en 1918. En Petrogrado, el número de trabajadores industriales cayó de 406 mil en enero de 1917 a 123 mil a mediados de 1920. Siegelbaum “Depopulation of the cities”, en <http://soviethistory.msu.edu/1917-2/depopulation-of-the-cities/>

²³ Trotsky, *Histoire de la Révolution Russe*, volumen 1, Seuil, 1995, páginas 71-88; Carr, *The Bolshevik*, volumen 2, obra citada, páginas 18-22.

²⁴ Trotsky, *Ma vie*, obra citada, página 404.

²⁵ Marie, *Histoire de la guerre civile*, Tallandier, 2015, páginas 297 y siguientes. Figes, *La Révolution Russe*, II, Gallimard, 2007, páginas 1071 y siguientes.

²⁶ Marie, *Histoire de la guerre civile*, obra citada, páginas 209-230.

²⁷ Carr, “Los bolcheviques y los campesinos”, en *De Napoleón a Stalin*, Crítica, 1983, páginas 94-100. Para Moshe Lewin, el arcaísmo del campesinado ruso había sido el verdadero vencedor de la guerra civil (Lewin, *La paysannerie et le pouvoir soviétique*, Mouton, 1966).

²⁸ Deutscher, *Trotsky le prophète armé* (vol 1.2), Union Générale d'Éditions, 1972, páginas 352-353.

²⁹ Aunque “nadie puede decir cuál es este determinado nivel cultural”, precisó Lenin (“Nuestra revolución”, en el lugar citado).

³⁰ Nove, *Historia económica*, obra citada, página 57. Ésta es también la opinión de Cohen, el biógrafo de Bujarin (*Bujarin y la revolución bolchevique*, Siglo XXI, 1976, páginas 83-87).

³¹ Ésta es una de las problemáticas centrales de *El Estado y la revolución*, en *Obras completas* (tomo xxvii). La problemática es también ampliamente desarrollada en el citado “¿Podrán los bolcheviques retener el poder?”, en *Obras completas* (tomo xxvii).

³² Engels, *Anti-Dühring*, Éditions Sociales, 1967, página 317.

MARIÁTEGUI Y LA REVOLUCIÓN RUSA

LA EMERGENCIA DE UN INTELLECTUAL GLOBAL SOCIALISTA EN LOS MÁRGENES DE OCCIDENTE

MARTÍN BERGEL

La Revolución Rusa tuvo hondo efecto en la trayectoria intelectual de José Carlos Mariátegui. Al calor de las noticias de la aventura bolchevique que circulaban planetariamente comenzó a identificarse como socialista. Hasta 1918 había consagrado sus principales esfuerzos como periodista a la crónica local limeña, y la suerte de las clases subalternas apenas si le había interesado. El acontecimiento de octubre de 1917, continuado luego en el viaje que emprendió a Europa en 1919, abrió una hendidura que acabaría por trastocar su cosmovisión. Pero la Revolución Rusa no fue para él meramente un proceso que lo capturó para el socialismo. Fue, de modo más amplio y trascendente, el impulso fundamental que lo instaló desde su asiento en Lima en un horizonte de pensamiento y acción eminentemente globales. En 1924, en uno de los múltiples ensayos breves que pueblan su obra, “La mujer y la política”, no dudaba en señalar que “a la historia de la Revolución Rusa se halla, en verdad, muy conectada la de las conquistas del feminismo”.¹ Y es que, para quien se impondrá como acaso ningún otro latinoamericano una premisa fundante de su praxis intelectual: la de ser radicalmente contemporáneo a su tiempo, la Revolución Bolchevique funcionó como movimiento de apertura que despertó en él una insaciable *vocación de mundo* —de sus fenómenos sociales, políticos, estéticos, intelectuales—, que se extinguiría sólo con su prematura muerte, en 1930.

Desde hace tiempo hay consenso en ubicar en la Primera Guerra Mundial y la Revolución de 1917 los eventos inaugurales del siglo xx. En cambio, sólo recientemente se ha colocado en agenda la necesidad de pensar ambos procesos desde una perspectiva en efecto global, capaz de prestar atención al conjunto de resortes y conexiones que los vinculan con hechos, actores e imaginarios de todos los continentes. Paralelamente,

en los estudios sobre Mariátegui ha tenido primacía una visión que destaca su función nacionalizadora del marxismo. Según ese prisma, si el autor de *La escena contemporánea* ha sido consagrado como “primer marxista latinoamericano” (conforme a la exitosa fórmula acuñada por Antonio Melis), ello se debe a la empresa de traducción y aclimatación a las circunstancias peruanas de la doctrina de Marx que llevó a cabo, labor leída a partir del peso que en su abordaje habría tenido la cuestión nacional. Esa premisa orientó la mirada de la más destacada generación de estudiosos de Mariátegui del decenio de 1970 y comienzos del siguiente (en la que sobresalieron los nombres de Melis, José Aricó, Óscar Terán, Robert Paris, Carlos Franco y Alberto Flores Galindo), que fijó claves de lectura que han permanecido incuestionadas por la mayoría de aproximaciones posteriores a su obra.²

Este ensayo se aparta en cambio de esa perspectiva, y ofrece otra visión respecto a la figura de Mariátegui, a mi juicio más fiel a la totalidad de su trayectoria intelectual. La Revolución Rusa significó para el peruano el acontecimiento que lo acercó no sólo a una fe socialista sino, más precisamente, a la adopción de un socialismo de tipo cosmopolita. El advenimiento al poder de los bolcheviques abrió la perspectiva de la revolución global, de la marcha del proletariado internacional, y —como tal— habilitó un campo visual en el que ingresa una multiplicidad de objetos culturales y sucesos políticos de todas las latitudes (a los que aludiría de manera constante en secciones como “Figuras y aspectos de la vida mundial”, la prolongada serie de artículos publicados en el semanario limeño *Variedades*); y viceversa, en la literatura, el psicoanálisis, el cine y otros fenómenos de la modernidad cultural Mariátegui hurgaría elementos que aportasen claves relativas a la dinámica social y política y a

la situación de las fuerzas socialistas. Y todo ello, con relación a un trabajo continuo de esclarecimiento de los elementos emergentes y declinantes de la “época”, noción central para la retícula mariateguiana que tiene en la Revolución Rusa uno de sus acontecimientos fundadores, y que es el escenario donde se fusionan sus afanes socialistas y cosmopolitas.

LA EMOCIÓN DE NUESTRO TIEMPO

En una de las conferencias pronunciadas en la Universidad Popular González Prada a su regreso de Europa en 1923 —agrupadas luego en el volumen *Historia de la crisis mundial*—, Mariátegui presentó la Revolución Rusa como el “gran acontecimiento, hacia el cual convergen las miradas del proletariado universal (...) el primer paso de la humanidad hacia un régimen de fraternidad, de paz y de justicia”.³ La aventura bolchevique se ubicaba a la vanguardia de los nuevos horizontes por los que transitaba el mundo. Pero, en un hecho revelador del foco desde el que observaba la realidad, a Mariátegui interesaban menos los avatares rusos en el camino empírico de construcción de una sociedad comunista que los efectos imaginarios —por ejemplo, los que la literatura movilizaba— que el acontecimiento revolucionario había derramado sobre el planeta.

Ese privilegio mariateguiano de la vida de los símbolos hallaría su más resonante expresión en su modulación de la temática del mito, adoptada de la figura que a su juicio ha ofrecido la más sugerente imbricación del marxismo con las corrientes filosóficas antipositivistas y vitalistas contemporáneas: Georges Sorel. En uno de los ensayos breves que agrupó luego en el artículo “La emoción de nuestro tiempo” escribió:

Todas las investigaciones de la inteligencia contemporánea sobre la crisis mundial desembocan en esta unánime conclusión: la civilización burguesa sufre de la falta de un mito, de una fe, de una esperanza (...) Lo que más neta y claramente diferencia en esta época a la burguesía y al proletariado es el mito. La burguesía no tiene ya mito alguno. Se ha vuelto incrédula, escéptica, nihilista. El mito liberal renacentista ha envejecido demasiado. El proletariado tiene un mito: la revolución social. Hacia ese mito se mueve con una fe vehemente y activa (...) La fuerza de los revolucionarios no está en su ciencia; está en su fe, en su pasión, en su voluntad. Es una fuerza religiosa, mística, espiritual. Es la fuerza del mito.⁴

Sin apelar entonces a la *imagería fantasmática* cara al *Manifiesto Comunista*, la revolución era para Mariátegui una suerte de espíritu que se desplazaba activando y contagiando sujetos y situaciones. La trashumancia de hombres e ideas era para él uno de los rasgos más fecundos de la modernidad. Por caso, en un artículo de 1929 donde se mostraba crítico de los proyectos que “querrían reducir a los judíos a una nación, a un Estado”, en un arrebato declaraba: “El pueblo judío que amo no habla

exclusivamente hebreo ni yiddish; es políglota, viajero, supranacional”.⁵ El socialismo de posguerra por el que Mariátegui apostaba, cargado de acentos vitalistas, neorrománticos y hasta místicos, adquiriría la fisonomía de una “emoción religiosa” y se avenía por ello a fluir libremente por todo el orbe.

Pero ese punto de vista encuadrado en un socialismo heroico y romántico —que, como el fascismo en ascenso con el que rivalizaba, declaraba perseguir el principio nietzscheano de “vivir peligrosamente”— se continuaba en ese espíritu inquieto que era el de Mariátegui en la visualización de una miríada de fenómenos culturales que atraían su atención ya porque ofrecían pistas acerca de la crisis civilizatoria en curso, ya porque en sus aspectos renovadores habían resultado ellos mismos portadores de una sensibilidad antiburguesa. Tal es el caso de Isadora Duncan, cuya trayectoria, “aventurera y magnífica”, dibujaba el perfil de “una de las mujeres de cuya biografía el historiador de la *Decadencia de Occidente*, entendida o no según la fórmula tudesca de Spengler, difícilmente podría prescindir”. En la silueta que esbozaba para sus lectores de la revista *Variedades*, Mariátegui registraba en la *Duncan* “una rebeldía tan radical” contra las formas establecidas de la danza (a su juicio, nadie como ella “habría hecho de Rousseau, Withman y Nietzsche sus maestros de baile”) y “sus dos años de experiencia en la Rusia bolchevique”. Y es que, cual solicitaban las vanguardias, Mariátegui elegía leer conjuntamente “su arte y su vida”, para concluir que ambos carriles “habían sido siempre una protesta contra el gusto y la razón burguesas”.⁶

Pero si, acompañada por la trama comunicacional que construía escenas y figuras de renombre mundial, en esas aproximaciones mariateguianas la presencia envolvente de esa “emoción de nuestro tiempo” cifrada en un horizonte revolucionario proyectaba su luz sobre expresiones de la emergente cultura de masas como Isadora Duncan, habilitaba aún más directamente conexiones con fenómenos sociales y políticos que bullían contemporáneamente. Lo interesante es que en ese camino, el faro que era la Revolución Rusa perdía su gentilicio, y era mera “revolución”. “En el mundo contemporáneo coexisten dos almas, las de la revolución y la decadencia”, escribía Mariátegui hacia 1926 en uno de los primeros números de su revista *Amauta*.⁷ En esa deriva, el acontecimiento bolchevique veía borradas sus especificidades de origen, y pasaba a calificar desparticularizadamente toda la época. Y si en su marcha deslocalizada se reinscribía en situaciones singulares, no dejaba de hacer sentir el peso de su potencia universal. “La marea revolucionaria no conmueve sólo al Occidente. También el Oriente está agitado, inquieto, tempestuoso”, sentenciaba Mariátegui al comienzo de la sección de *La escena contemporánea* dedicada a esa vasta zona del planeta.⁸ Y también: “La India, la China, la Turquía son un ejemplo vivo y actual de estos renacimientos. El mito revolucionario ha sacudido y reanimado, potentemente, a esos pueblos en colapso”.⁹

Con este prisma es posible observar que la fuerza antiparticularista de la revolución se hace presente incluso en el lugar

que ha servido a la causa de quienes insisten en que Mariátegui expresa paradigmáticamente la tematización de la irreductibilidad de las singularidades americanas: en el tratamiento de los “problemas nacionales peruanos”, en especial en la cuestión indígena. Puesto que si bien en los *Siete ensayos* nuestro autor escribe que “el indigenismo literario traduce un estado de ánimo, un estado de conciencia del Perú nuevo”,¹⁰ también en el mismo libro advierte acerca de “la consanguinidad del movimiento indigenista con las corrientes revolucionarias mundiales”.¹¹ Todavía más, en un artículo publicado en *Amauta* a comienzos de 1927 escribía que el indigenismo

recibe su fermento y su impulso del “fenómeno mundial”. Su levadura es la “idea socialista”, no como la hemos heredado instintivamente del extinto inkario sino como la hemos aprendido de la civilización occidental, en cuya ciencia y en cuya técnica sólo romanticismos utopistas pueden dejar de ver adquisiciones irrenunciables y magníficas del hombre moderno.¹²

De modo que si una porción del trabajo de Mariátegui (que ha recibido atención privilegiada, pero que forma sólo una zona de su producción madura) está efectivamente orientada a escudriñar las especificidades peruanas, ese enfoque no llega a cristalizar en su obra la defensa de Perú como diferencia nacional. Antes bien, esa tematización es apenas un momento de su reflexión que no se desliga de las dinámicas globales que lo contienen y participan de su configuración.¹³

DEFENSA DEL MARXISMO

A lo largo de su trayectoria, Mariátegui se muestra constantemente preocupado por precisar los rasgos y contornos de la “época”, una noción omnipresente en la economía de sus textos. Habiendo asumido decididamente que la Gran Guerra y la Revolución Rusa representaban un quiebre histórico que disponía un escenario inédito, el peruano una y otra vez alude a los tiempos nuevos de que era testigo, y que formaban el terreno ineludible donde afincaba sus reflexiones. No por casualidad ya en 1918 la primera revista de orientación socialista que funda y dirige con su amigo César Falcón lleva por nombre *Nuestra Época*. Desde entonces, esa referencia a un marco temporal englobador se repetirá con abundancia. Por caso, en el prólogo de *La escena contemporánea* escribirá que los textos allí agrupados “contienen los elementos primarios de un bosquejo o un ensayo de interpretación de esta época y sus tormentosos problemas”; en el ensayo que dedica a Henri Barbusse en el mismo libro dirá que “la verdad de nuestra época es la revolución”; y en “La emoción de nuestro tiempo” señalará que “lo que diferencia a los hombres de esta época no es tan sólo la doctrina sino, sobre todo, el sentimiento. Dos opuestas concepciones de la vida, una prebélica, otra posbélica (...) he aquí el conflicto central de la crisis contemporánea”.¹⁴



Embarcado en ese insistente afán por esclarecer las coordenadas epocales, Mariátegui se ocupará continuamente de clasificar los hechos a que asistía entre los que emergían y los que declinaban, entre los que comunicaban lozanía y los que “tramontaban” (un italianismo que utiliza en numerosas ocasiones), entre los que se ubicaban al alba y los que evocaban el crepúsculo. Siguiendo a Sorel, para él la guerra y la revolución habían dislocado el tiempo acumulativo que había sido consustancial a la era de fe en el progreso.¹⁵ En una época fracturada, partida en dos, Mariátegui estaba obsesionado con detectar los rostros de lo nuevo. De allí su profundo interés por las vanguardias. Por ejemplo:

Varias fases del arte ultramoderno concuerdan con otras fases del espíritu y la mentalidad contemporáneas (...) El dadaísmo, en el lenguaje ultraísta y extremista que le es propio, arremete contra toda servidumbre del arte a la inteligencia. Y este movimiento coincide con el tramonto del pensamiento racionalista.¹⁶

Pero si el dadaísmo era testimonio de la crisis del racionalismo decimonónico burgués, si era “como la música negra, como el box y como otras cosas actuales, un síntoma y un producto legítimos, peculiares y espontáneos de una civilización que se disuelve y que decae”,¹⁷ a Mariátegui resultará tanto más atrayente el surrealismo (cuyas estaciones persigue en varios de sus escritos) tanto porque “por su antirracionalismo se emparenta con la filosofía y la psicología contemporáneas” como “por su repudio revolucionario del pensamiento y la sociedad capitalistas”.¹⁸

Es ese marco de discernimiento, Mariátegui juzgará necesario salir vehementemente al cruce del libro de Henri de Man *Au-delà du marxisme*, que hacia 1928 se había posicionado en Europa como un texto influyente que, desde un punto de vista socialista reformista, dictaminaba el agotamiento de la doctrina inspirada en Marx. Si el autor de los *Siete ensayos* solía adoptar una postura igualmente sumaria a la hora de diagnosticar el carácter caduco o anacrónico de elementos provenientes de periodos anteriores, en esta ocasión procederá a la inversa: en la serie enjundiosa de ensayos breves motivados por el libro de De Man asumirá, desde el proyectado título que debía reunirlos, una posición de “defensa del marxismo”, entendiendo por ello la tarea de desmentir su pretendida inadecuación a la época. Para Mariátegui, tanto la era del socialismo “heroico y creador” inaugurada con la Revolución Rusa como los puentes que Sorel, Breton y otros habían trazado entre movimientos revolucionarios y “filosofías contemporáneas” (vitalismo, antirracionalismo, psicoanálisis...) eran señales evidentes del estado de plenitud del marxismo, que no encarnaba ya la matriz economicista ciega a los problemas de la subjetividad que sesgadamente quería ver De Man. Muy al contrario, en esos textos Mariátegui se esmera en mostrar las afinidades entre Freud y Marx, al tiempo que invita a concluir que “Lenin nos prueba, en la política práctica, con el testimonio irrecusable de una revolución, que el marxismo es el único medio de proseguir y superar a Marx”.¹⁹

¿Pero en qué lectores pensaba el autor al intervenir contra el libro que, traducido rápidamente a varios idiomas, se situaba a finales de la década de 1920 a la cabeza de la polémica mundial antimarxista –al menos la atendida por las izquierdas–? En contadas ocasiones Mariátegui brinda referencias incidentales relativas al público concreto que imaginaba para sus textos (sea la vanguardia del proletariado peruano, sea el más amplio y genérico campo que consumía semanarios de actualidad como *Mundial* o *Variedades*). Pero lo interesante de *Defensa del marxismo* es que allí se manifiesta ejemplarmente una actitud habitual de su escritura madura: la de suponerse de modo imaginario en diálogo con un público mundial. En su reciente libro *Deseos cosmopolitas. Modernidad global y literatura mundial en América Latina*, Mariano Siskind establece que las intervenciones de la franja de intelectuales y escritores latinoamericanos cosmopolitas se hilanaron sobre la base de “una fantasía omnipotente (una escena imaginaria que ocupa el lugar de lo

real, de acuerdo con Lacan), una fantasía estratégica y voluntarista”.²⁰ Pasando por alto su ubicación geopolítica periférica, el sujeto cosmopolita latinoamericano construye la ficción de un espacio cultural horizontal y global sobre el que inscribe su discurso en ignorancia de su condición marginal. De modo análogo a los casos estudiados por Siskind –y con marcado énfasis voluntarista–, en su producción textual Mariátegui actúa *como si* el mundo fuera un espacio liso, *como si* pudiera efectivamente participar desde la esquina excéntrica del planeta que es la ciudad de Lima en la “conversación global” con lo más actualizado y vanguardista de la cultura marxista de su tiempo.²¹ Por supuesto, el peruano es consciente de las iniquidades y fracturas de la mundialización política y cultural a que asiste, pero subráyese que en su obra se muestra mucho más atento a las coordenadas temporales que a las espaciales. Dicho de otro modo, a Mariátegui interesa mucho más la *diferencia epocal* que la *geográfico-cultural* (sobreestimada por la mayoría de los estudiosos de su obra). En definitiva, esa postura del intelectual peruano acabó siendo enormemente productiva. A distancia de la habitual e infértil posición del nacionalismo y el latinoamericanismo de queja y denuncia de los desniveles y las jerarquías del mundo (a menudo vehiculizada a través de distintas formas de antiimperialismo cultural), en su diálogo imaginario con materiales políticos y culturales de todo el mundo Mariátegui acabó produciendo una de las obras más originales e incisivas ya no sólo del marxismo latinoamericano sino de la entera historia intelectual del continente en el siglo xx.

A MODO DE CIERRE

Muchas veces se ha destacado el carácter heterodoxo del marxismo de Mariátegui. Pero no ha sido tan usual vincular ese sesgo a sus disposiciones cosmopolitas, a su vez conectadas –según he tratado de sugerir en este ensayo– al modo en que la Revolución Rusa lo orientó no sólo hacia el socialismo sino, más en general, a inscribir su praxis intelectual en contacto permanente con los materiales políticos y culturales de una época de acelerada mundialización. Mariátegui fue antes un socialista cosmopolita que un internacionalista (aun cuando algunos de sus textos sugieran lo contrario), y en parte debido a ello demoró en entrar en contacto con la III Internacional, y cuando lo hizo nunca aceptó encuadrarse en su seno. Esa inclinación le permitió no solamente mantener una autonomía intelectual que quiso defender frente al proceso de rigidización del comunismo internacional (que en América Latina apenas comenzaba a desarrollarse cuando Mariátegui murió, en 1930). Más en general, su cosmopolitismo pareció asimismo satisfacer una intuición suya, relativa al modo en que la causa de la revolución mundial podía captar la atención y la simpatía de públicos más amplios a través de artefactos culturales como la prensa, las artes o la literatura. Su praxis intelectual puede verse así como una pedagogía en sentido doble: por conectar a su público con objetos de la cultura global que podían ampliar

el horizonte geográfico de sus lectores y sensibilizarlos acerca de situaciones distantes en las que tenían también lugar batallas por el futuro del mundo; y por destilar, a través de esas referencias, orientaciones socialistas y de clase. En suma: en la trayectoria intelectual de Mariátegui, socialismo y cosmopolitismo se reenvían y refuerzan.

La clave a través de la cual hemos recuperado a Mariátegui en este artículo, además de ajustarse más fielmente a su derrotero intelectual, contribuye a iluminar la tradición del socialismo cosmopolita en América Latina. Una tradición que, no por minoritaria, dejó de tener un papel importante en la cultura de izquierdas del continente, y que deberá ocupar por fuerza un lugar de peso en cualquier proyecto de socialismo del siglo XXI que pueda vertebrarse. **M**

¹ José C. Mariátegui. “La mujer y la política” [1924], en *Temas de Educación*, ahora en *Mariátegui total* (en adelante, MT), Lima, Editora Amauta, página 398.

² En esa constelación de mariateguistas, el privilegio de la temática nacional supo ser más acusado en unos (Aricó, Terán, Flores Galindo, Franco) que en otros (Paris y Melis). En ulteriores asedios a Mariátegui, algunos de esos grandes estudiosos —ejemplarmente, Óscar Terán— desplazaron ese eje de sus consideraciones, ofreciendo interpretaciones próximas a la seguida en el presente texto.

³ José C. Mariátegui. *Historia de la crisis mundial*, ahora en MT, Lima, Editora Amauta, página 861.

⁴ José C. Mariátegui. “La emoción de nuestro tiempo” [1925], ahora en MT, páginas 497 y 499.

⁵ José C. Mariátegui. “La misión de Israel” [1929], ahora en MT, página 1221.

⁶ José C. Mariátegui. “Las memorias de Isadora Duncan” [1929], ahora en MT, páginas 593-594.

⁷ José C. Mariátegui. “Arte, revolución y decadencia”, en *Amauta*, número 3, Lima, noviembre de 1926, página 3.

⁸ José C. Mariátegui. *La escena contemporánea* [1925], Lima, Editora Amauta, 1959, página 190.

⁹ Mariátegui. “La emoción de nuestro tiempo”, páginas 500-501.

¹⁰ José C. Mariátegui. *Siete ensayos de interpretación de la realidad peruana* [1928], México, Era, 1993, página 299.

¹¹ Mariátegui. *Siete ensayos*, citado en Robert Paris. *La formación ideológica de José Carlos Mariátegui*, México, Pasado y Presente, 1981, página 184.

¹² Citado en Óscar Terán. “*Amauta*: vanguardia y revolución”, en *Prismas. Revista de Historia Intelectual*, número 12, Buenos Aires, 2008, página 182.

¹³ En el mismo célebre editorial de *Amauta* donde Mariátegui escribe que el socialismo en Perú debía evitar ser “calco y copia”, se lee lo siguiente: “La revolución latinoamericana será nada más y nada menos que una etapa, una fase de la mundial. Será simple y puramente la revolución socialista”. Y luego: “El socialismo no es, ciertamente, una doctrina indoamericana (...) Es un movimiento mundial, al cual no se sustrae ninguno de los países que se mueven dentro de la órbita occidental. Esta civilización conduce, con una fuerza y unos medios de que ninguna civilización dispuso, a la universalidad. Indoamérica, en este orden mundial, puede y debe tener individualidad y estilo;



pero no una cultura ni un sino particulares”. Confer “Aniversario y balance”, en *Amauta*, número 17, septiembre de 1928, páginas 2-3.

¹⁴ Mariátegui. *La escena contemporánea*, páginas 11 y 158; “La emoción de nuestro tiempo”, página 495.

¹⁵ Óscar Terán. *Discutir Mariátegui*, Puebla, BUAP, 1985, página 72.

¹⁶ José C. Mariátegui. “El expresionismo y el dadaísmo” [1924], ahora en MT, páginas 573-574.

¹⁷ *Ibidem*, página 573.

¹⁸ José C. Mariátegui. “El grupo suprarrealista y *Clarté*” [1926], ahora en MT, página 564.

¹⁹ José C. Mariátegui. *Defensa del marxismo*, Santiago de Chile, Universidad de Valparaíso, 2015, página 81. El ensayo citado de ese libro es de 1929.

²⁰ Mariano Siskind. *Deseos cosmopolitas. Modernidad global y literatura mundial en América Latina*, Buenos Aires, FCE, 2016, página 19.

²¹ Para señalar otro ejemplo, algo similar ocurre en el seguimiento que Mariátegui hace del itinerario de las vanguardias, en especial del surrealismo. Así, en el “Balance del suprarrealismo” que escribe en 1930, poco antes de su muerte, discute en un plano imaginario de igualdad con Breton y sus seguidores acerca de las novedades del movimiento.

1991: ¿POR QUÉ SE DERRUMBÓ LA URSS?

ENRIQUE SEMO

El 19 de agosto de 1989, Tadeusz Mazowiecki, intelectual católico, consejero de Walesa y amigo personal del papa, es elegido primer ministro de Polonia e investido cinco días más tarde. Apoyado por W. Jaruselski, presidente y general comunista, forma un gobierno de coalición con el Poup (Partido comunista polaco). Telefónicamente, Mijaíl Gorbachov reconoce de inmediato al nuevo gobierno. ¡Suceso sin precedente! ¡Un gobierno comunista en el bloque soviético acepta a un primer ministro católico y amigo del dirigente de los huelguistas de Solidaridad y del papa! ¿Quién podía prever que en menos de dos años, es decir, en el lapso 1989-1991, todo el sistema del socialismo realmente existente se iba a derrumbar? Nadie en los institutos de sovietología de Estados Unidos lo preveía.

En aquel entonces era articulista de opinión en *Proceso*, y me fui inmediatamente a ver a Julio Scherer, director de la revista. Le dije: “Julio, algo grande, muy grande va a suceder en los países del Este en los próximos meses; será algo de importancia histórica, quizás una revolución. *Proceso* debería estar ahí. Conozco bien esos países, viví durante cuatro años y medio en la República Democrática Alemana (RDA) donde hice mi doctorado. Creo que debes darme la oportunidad de estar yendo y viniendo para hacer entrevistas en los más diferentes niveles, desde funcionarios de primera fila hasta gente de la calle, y escribir una serie de reportajes.

Al principio, Julio Scherer se mostró dubitativo: ¿qué podía pasar en el bloque comunista que interesara tanto a los mexicanos? Pero ante la esperanza de que *Proceso* tuviera exclusiva en un gran suceso histórico, accedió; y no se equivocó. Gracias a su ayuda pude durante dos años decisivos visitar varios países del “socialismo realmente existente”, incluida la URSS, por

periodos bastante largos. Estaba muy preocupado por el futuro del socialismo, y quería a toda costa saber de primera mano lo que pasaba. De esos viajes nacieron una serie de entrevistas publicadas en *Proceso* y, después, un libro *Crónica de un derrumbe. Las revoluciones inconclusas del Este*.

Aventuraré algunas ideas sobre las causas del derrumbe del “socialismo realmente existente” que, con la URSS, el país más extenso, y China, el más poblado, representaban hasta 1989 un tercio de la humanidad, pero también presentaré a ustedes algunas de las entrevistas más extraordinarias que pude realizar y de los sucesos multitudinarios que presencié, grabadora en mano, con la seguridad de que esto les transmitirá una idea más viva de los sucesos que llamo hasta hoy una “revolución inconclusa”. Debido a mi pertenencia al Partido Comunista, conocía a varios de los personajes centrales del drama; muchos de ellos estaban ansiosos de dar a conocer su criterio ante la opinión mundial, y me otorgaron las entrevistas.

Mis entrevistas en la Unión Soviética incluyen la de Evgeni Evtushenko, el gran poeta ruso recientemente fallecido; Elena Bonner, secretaria y continuadora de la obra y el pensamiento de Andrei D. Sájarov; Abel Aganbegyan, rector de la influyente Universidad de Estudios Superiores y consejero principal de Gorbachov en asuntos económicos; el teniente general retirado Eraclio Djordjadze, jefe del Frente Sur en la Segunda Guerra Mundial; M. Rukharo, vocero del Movimiento Panarmenio; y Emsar Koguakze, vocero de los estudiantes en huelga de hambre de la Universidad Estatal de Tbilisi, en Georgia, egresado de la escuela de periodismo.

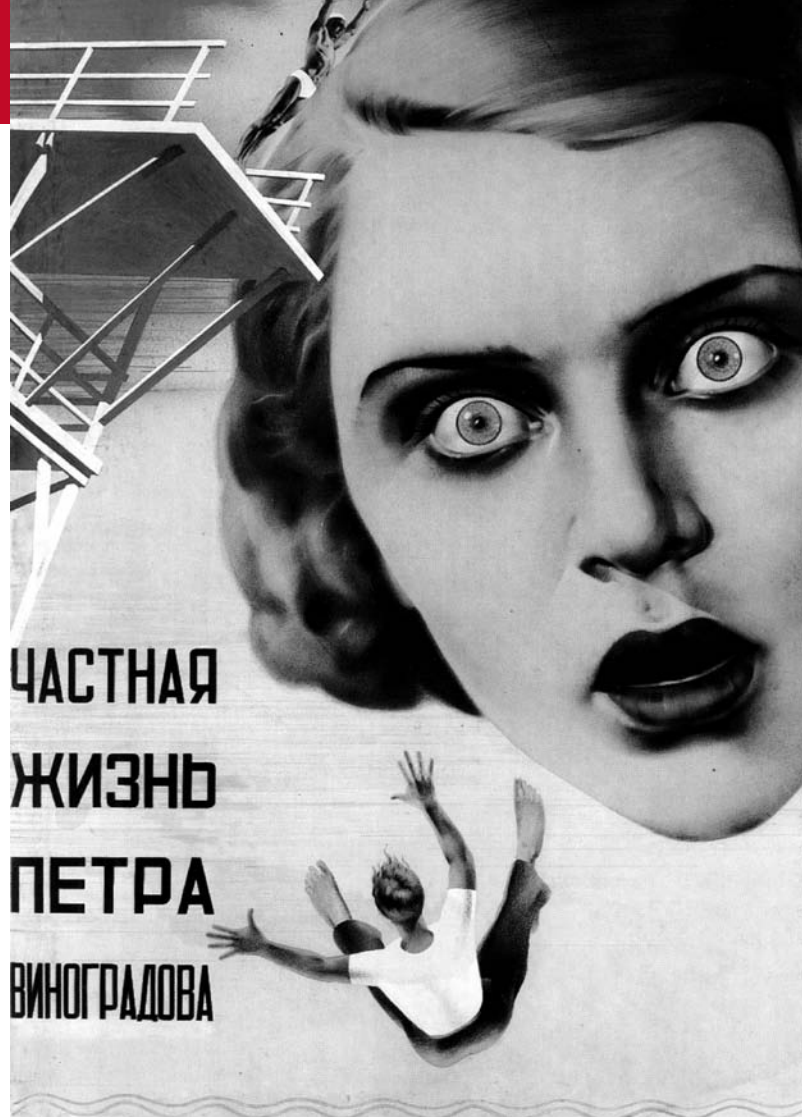
El principio del siglo xx fue marcado por una ola revolucionaria que había de durar más de 30 años y cubrir tres continentes:

Europa, Asia y América. La primera revolución se dio en el Imperio Ruso, en 1905, y fue rápidamente derrotada; la segunda fue la mexicana, a las puertas de Estados Unidos, iniciada en 1910. Un año después comenzaba la china, que duraría 38 años. En 1917 se dieron dos revoluciones en Rusia: la primera en febrero y la segunda, la bolchevique, en octubre. En 1918 siguieron las de Turquía, Hungría y Alemania. Salvo la alemana, esas revoluciones tuvieron lugar en lo que Lenin llamó *el eslabón más débil del capitalismo*: los países dependientes o semicoloniales, donde el capitalismo convivía con restos feudales y tributarios.

La Revolución Rusa tuvo una repercusión mundial mucho más vasta y tangible que la francesa, de 1789, y produjo el movimiento subversivo organizado más formidable en la historia contemporánea: el comunismo. El entusiasmo más apasionado y el rechazo más feroz marcaron la época revolucionaria que se extendió a lo largo de medio siglo, 1910-1968. Un discurso que integró experiencias históricas sin precedente, dos guerras mundiales, el fin del sistema colonial, el auge de la teoría y la política revolucionarias, movimientos sociales tumultuosos, sagas bibliográficas brillantes y escuelas vanguardistas en la cultura marcaron la época. Hoy vivimos un periodo contrarrevolucionario. De vez en cuando algo revive los fotogramas, las historias, la añoranza y el miedo a la revolución como un pasado que se niega a morir pese a que se le ignora o entierra cada día, cada hora, cada minuto. Una de las características de nuestros tiempos estriba en que la era revolucionaria es un pasado no asimilado, no discutido, no integrado a nuestra cultura. Esto explica en buena parte la situación actual de la izquierda en el mundo.

La Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas surgió el 29 de diciembre de 1922, por decisión de Rusia, Ucrania, Bielorrusia y Transcaucasia, a los cuales luego se sumaron otras naciones del antiguo Imperio Ruso. La Unión Soviética duró 69 años, para desaparecer el 25 de diciembre de 1991. Durante su existencia transformó a un país profundamente atrasado en una gran potencia mundial, con una población muy escolarizada, una vanguardia científica y técnica impresionante. Un país que no habría podido vencer a la Alemania nazi sin la superioridad en la producción industrial, el nivel técnico de su población y la firme unión alrededor de su ideología y su sistema político. Un país que todavía en los decenios de 1960 y 1970 desempeñó un papel decisivo en el desmoronamiento del sistema colonial y el movimiento por la paz. ¿Cuál fue la causa de su inesperado derrumbe? ¿Cómo explicar su rapidez y su completitud?

En 1985, Mijaíl Gorbachov fue elegido secretario general del Comité Central del Partido Comunista de la Unión Soviética. De 54 años de edad, era el primero que ocupaba este cargo sin haber conocido de adulto el régimen de Stalin. Desde el principio mostró sus tendencias a la reforma profunda de la sociedad soviética, y un año después de su ascenso lanzó los lemas de *glasnost* y *perestroika*. Al principio no se distinguía de la larga lista de dirigentes convencidos de que el comunismo podía ser



renovado y fortalecido mediante ataques a “los burócratas conservadores” obsesionados con el estatus. Su estrategia era parecida a la de Jruchov, desburocratizar el sistema, con la apertura del partido a la influencia de toda la sociedad; pero a diferencia de sus predecesores, llegó a la conclusión de que había que reducir el poder del partido como institución. Aprendió la lección de la caída de Jruchov, en 1964, y del trágico final de la Primavera de Praga, en 1968. Estaba decidido a no permitir que los burócratas resucitasen para detener o frustrar las reformas, y eso lo llevó a combatir las raíces mismas de su poder, el partido, sin darse cuenta de que con ello propiciaba la destrucción del propio sistema y, a final de cuentas, de él mismo.

Para aquel entonces ya se había declarado partidario de las posiciones de los comunistas italianos, y con sus seguidores en los otros países del “socialismo realmente existente” concluyó que no se podía reformar la estructura económica sin una democratización del sistema político. *Glasnost*, la apertura, debía movilizar apoyo para una reforma profunda de la economía, con el debilitamiento de la resistencia conservadora de la burocracia del partido, y movilizar la población sin partido a favor de los cambios económicos de beneficios no inmediatos.

Sus ideas sobre la apertura (*glasnost*) demostraron ser mucho más precisas que las de la *perestroika*, la reforma económica. Significaban la introducción y consolidación de un Estado

constitucional, basado en el dominio de la ley y las libertades civiles. Ello implicaba la separación de Estado y partido. También significaba la revitalización de los soviets (gobiernos populares) a todos los niveles en la forma de representantes genuinamente electos en asambleas que desembocarían en un soviets supremo, el cual sería una asamblea soberana, genuinamente legislativa. En cuanto a la *perestroika*, se trataba de abolir el sistema de orden y mando central que limitaba la iniciativa y la competencia en el pueblo. En pocas palabras: crear un socialismo de mercado, de empresas autónomas y económicamente viables, de propiedad pública, privada y cooperativa, dirigidas a nivel macroeconómico por un centro de decisiones planificadoras, que no siempre debía estar en el Estado. La verdad es que nadie tenía una idea clara de cómo funcionaría una economía de ese tipo, pero las reformas neoliberales de libre mercado de Thatcher y Reagan atraían con fuerza a los jóvenes economistas rusos.

Pero la verdad es que algo estaba sucediendo en la economía de los países del socialismo de Estado. Los ritmos de crecimiento se hicieron más bajos: la producción industrial y agrícola, las inversiones, la productividad del trabajo y el ingreso real per cápita no estaban estancados, pero sí crecían a un ritmo insignificante, y la estructura de las exportaciones pasó de ser de maquinaria, medios de transporte y artículos de metal a ser petróleo y gas y casi todos los relacionados con la administración de la economía; sabían que se necesitaban reformas drásticas. El fenómeno era paralelo a la crisis de 1973, que dio fin al periodo de auge del capitalismo de posguerra e inició uno largo de depresión.

Eso no significaba que la mayoría de los ciudadanos soviéticos prefiriese una economía de mercado capitalista. Cuando se les preguntó qué debía hacerse para salir de la creciente crisis económica que afectó a la URSS a partir de 1987, sólo 18 por ciento se pronunció por más empresas privadas, mientras que 50 por ciento quería más disciplina, orden y castigo a la corrupción. Todavía después, en 1991, 76 por ciento de los electores que participaron en un referéndum en marzo se declaró por el mantenimiento de la URSS como “una federación de repúblicas soberanas, en las cuales los derechos y las libertades de cada persona de cualquier nacionalidad serían plenamente respetados”. Las ideas de los pueblos eran afines a una Unión Soviética más democrática y no un conjunto de repúblicas sueltas con economía capitalista. Pero a medida que la ideología soviética dominante que usaba a Marx, Engels y Lenin hasta para cocinar la sopa se disolvía, el nacionalismo tomó su lugar, impulsado por los intelectuales de las diferentes nacionalidades.

Decido transportarme con mi traductor a Armenia para ver el nacionalismo en acción. Varios amigos nos dicen: “No vayan a Erevan; se dispara en las calles. Erevan se asemeja a Beirut —sostienen otros—; ahí se puede observar el inicio de la libanización del Cáucaso”. La situación es dramática. En la casa de un periodista veo una película clandestina de la matanza

del 27 de mayo: en la estación central, las afanadoras recogían con cubetas la sangre que corrió en la sala donde un grupo de jóvenes armenios intentó arrebatar los fusiles a un grupo de reclutas del ejército soviético. En la noche, la confrontación entre estudiantes armados y fuerzas del ejército tomó visos de batalla formal.

Llego al local del Movimiento Panarmenio. El interior me recuerda los locales de la izquierda mexicana en la década de 1960. En el segundo piso, en un amplio cuarto amueblado con piezas viejas y destartadas, me recibe un hombre joven, esbelto, de unos 35 años, de rasgos finos y delgada barba negra. Se presenta como M. Rukharo, vocero de prensa del movimiento. Me cuenta de las manifestaciones reprimidas y de la respuesta de la población.

—¿Cuáles son sus principales demandas? —le pregunto.

—Soberanía política y económica. Elecciones directas y limpias. Un fuerte parlamento armenio. Relaciones directas con el extranjero. Aquí, si no hay libertad política, no se puede tener libertad económica y cultural. La única alternativa a la independencia sería una federación como la propone Sájarov, donde las funciones del centro se reducirían a un libre mercado y a la unidad del ejército.

—¿Podrían producirse cambios en el centro que favorezcan su movimiento? Yeltsin está por mayor autonomía para los rusos también.

—Debemos liberarnos ya de ese viejo pensamiento sobre el buen zar y los malos ministros. La solución no está en un hombre o en el sistema, ya que éste se halla totalmente corrompido. La clave está en el movimiento desde abajo, el movimiento popular. Nos enfrentamos a un chantaje del centro. En esas condiciones nada perderíamos con la secesión.

—¿Con qué movimientos en otras partes del mundo se identifican?

—En primer lugar, con Solidaridad, de Polonia, que comenzó como el nuestro, como un gran movimiento espontáneo y se nutrió de las manifestaciones, las huelgas y los mítines. Se desarrolló más lentamente porque fue el primero. Nosotros, gracias a él, podemos ahora quemar etapas. También nos identificamos con los movimientos de los países bálticos, Hungría y Checoslovaquia. Estoy convencido de que ahora en la URSS, la vanguardia en la lucha por la democracia está en el Báltico y en Armenia.

—Usted es maestro en filosofía, ¿se considera a sí mismo marxista? —estruendosas risas de los asistentes.

—No, claro que no —dice Rukharo. Otro maestro agrega:

—Su pregunta me parece cómica. En Armenia, hoy no hay un solo marxista. Y no sólo aquí: creo que en toda la URSS no quedan muchos.

—Soy hombre libre, un creyente en Dios —retoma M. Rukharo.

—¿Cristiano?

—Sí. Hay un crecimiento religioso entre los jóvenes. Entre los viejos no sé. Quizá comenzó en la década de 1960. Precedió a la

toma de conciencia política. Quiero agregar algunas palabras sobre la actitud de los países occidentales hacia Gorbachov. Ustedes están fascinados con ese líder. Y no se puede negar que ha hecho mucho en materia de política exterior. Pero en cuestiones internas, ha sido terrible. ¿Cómo pueden tener confianza en su política exterior con todas sus falsedades y fracasos en la interna? Su política exterior es resultado no de sus convicciones morales sino del hecho de que el país está al borde la quiebra.

—¿Sabe? —agrega otro asistente.— Creo que Armenia desempeña hoy un papel importante para el mundo en general. La Revolución Francesa planteó tres grandes objetivos: libertad, igualdad, fraternidad. Ella avanzó sólo en el primero. Las revoluciones iniciadas con la de octubre de 1917 se plantearon el segundo, la igualdad. En 1968, con la Primavera de Praga y la rebelión en París, se abre un tercer ciclo, el de las revoluciones que luchan por la fraternidad. A él pertenece la revolución armenia, en este momento la más avanzada del mundo.

Pasemos ahora a algunas ideas vertidas por el poeta y estadista Evgeni Yevtushenko —fallecido el 1 de abril de 2017— en la entrevista que sostuvimos en plena tempestad, entre las manifestaciones en pro y en contra de las reformas de Gorbachov.

Moscú, 12 de junio de 1990. En una tarde gris llegamos a la reunión de la Asociación de Escritores Abril. En una pequeña sala de la Casa del Escritor se reúne una veintena de literatos de todas las edades. Parado, a la cabeza de la mesa, la larga figura quijotesca de Evgeni Yevtushenko se alza por encima de las demás. Los ojos azules no han perdido el brillo que tenían hace 22 años, cuando recitaban en la Arena México, en vísperas del 68, su poema “El ajedrez mexicano” con los brazos abiertos en cruz.

La reunión termina, y Yevtushenko me tiende cuatro hojas escritas en español, con grandes letras de molde. “Bueno, aquí lo tienes, un saludo para los lectores de *Proceso*. Como ves, no soy pitoniso, no sé qué pasará; pero sí sé muy bien de cuál lado estoy”.

Yevtushenko, nacido en 1933, fue el poeta más popular de la era de Jruschov (1953-1964). En la URSS fue un gran personaje, un opositor muy valiente, y en el mundo uno de los poetas más leídos y traducidos de nuestros tiempos. Para muchos ciudadanos soviéticos, fue el audaz “poeta-tribuno” de los primeros momentos del antiestalinismo. Se presenta: “Soy un poeta, no un político. No me gustan las prisiones, las fronteras, los ejércitos, los cohetes o cualquier política conectada con la represión. Nunca he glorificado en mis poemas ese tipo de cosas. Siempre los he combatido. He peleado para hacer mi país mejor y más libre, y ayudar a la gente. He escrito contra Stalin y el estalinismo, el antisemitismo, la burocracia y los burócratas. Odio profundamente a los burócratas. Secretamente, en mi interior, los mato o les arrojo tinta en la cara. Ha sido mi pasatiempo desde la infancia [...] un amigo me decía: ‘Jenia, crees en el socialismo de faz humana, pero ese tipo de socialismo es imposible’. Cierta gente cree que todas las tragedias y los crímenes de nuestra historia muestran la verdadera cara



del socialismo. En cambio, creo que esos sucesos fueron una traición al socialismo”.

—Mucha gente en la Unión Soviética se refiere a usted como el poeta de la época de Jruschov, del vigésimo Congreso. ¿Así se ve?

—En uno de los primeros discursos que pronuncié en un congreso de escritores dije: “Todos somos hijos del vigésimo Congreso”. Recuerdo cómo se leía el informe secreto de Jruschov en las fábricas, en la Unión de Escritores. Incluso gente sin partido lo leía. Muchos lloraban y se jalaban el cabello. Estaban azorados. Pero yo ya sabía la mayor parte de las cosas que Jruschov expresó en el congreso. Las había aprendido de mi familia en Siberia. Sólo me conmovía que las hubiera dicho un dirigente del partido. Muchos de nosotros comprendíamos después de la muerte de Stalin la necesidad de un cambio democrático. Heredé esos instintos de mis padres y mis dos abuelos, a quienes quería mucho. Uno era intelectual, un matemático; el otro, campesino, un autodidacto, un diamante en bruto, un verdadero revolucionario. Ambos fueron arrestados en la década de 1930. Uno murió en un campo de concentración. El otro fue liberado en 1948, pero murió poco después.

Aun cuando era sólo un niño, la hermana de mi padre, políticamente muy aguda, me explicó qué les había pasado. Ése fue un golpe para mí, y entonces comprendí. Por eso después no creía a la gente que decía que no sabía nada sobre los crímenes del periodo de Stalin. Estaban mintiendo. Era sólo un niño, y sabía.

Eso podemos decir sobre el México de hoy. Muchos se hacen los ignorantes, quienes no saben qué pasa. Pero el país vive días terribles, indignantes, días criminales. Y todos lo sabemos: mis nietos; todos.

—Mirando hacia atrás, por ejemplo: ¿cuáles son sus sentimientos hacia Jruschov? En ese periodo usted adquirió fama.

—No crea que la *glasnost* o la *perestroika* cayeron del cielo o fueron un regalo del buró político. Se prepararon durante muchos años. La nueva generación de líderes absorbió el espíritu de nuestra literatura. Ellos eran estudiantes cuando comenzaron a leer nuestros poemas en el decenio de 1950. Se apretujaban en las galerías durante nuestras lecturas de poemas, sin boletos. Mi generación de poetas hizo mucho por romper la Cortina de Hierro. Nos cortamos las manos golpeando esa cortina. A veces ganamos y a veces perdimos. Pero nuestra literatura no vino como una dádiva desde arriba. Trabajamos por ella. La forjamos para nosotros y las generaciones futuras. Escritores y poetas protegieron ideales y conciencias como dos manos una vela contra el viento. Comenzamos a transformar esas velas en antorchas [...]¹

—Vayamos del pasado al presente. Como alguien que siente haber preparado el camino, ¿qué significa la *perestroika* para usted?

—Una oportunidad para realizar muchas de nuestras esperanzas fallidas. Somos potencialmente uno de los países más ricos del mundo. Tenemos recursos naturales increíbles y un pasado cultural y espiritual maravilloso. Pero durante todos esos años hemos sido como el cazador que pone tantas trampas que acaba por caer en una. Ahora nuestro país sólo puede ser salvado por miles de manos, no por un par. Eso significa democracia, aun cuando alguna gente trata de espantarnos con el espectro de la anarquía.

—¿Y qué tipo de democracia tiene en mente?

—Ninguna democracia estadounidense en Rusia. Es suya, y a veces se vuelve *de-mockracy* (“democracia burlada”), una palabra que inventé para designar lo sucedido a Gary Hart. Quizá no un sistema multipartidista. Incluso puedo imaginar una sociedad sin ningún partido. ¿Por qué no? ¿Qué significan en realidad esos partidos? Mire nuestro Partido Comunista. Algunos de ustedes creen que es un monopolio sin cara. Nada de eso. Hay toda clase de gente ahí... El Partido Comunista no puede ganar la lucha contra la burocracia y las colas frente a las tiendas sin el apoyo del partido de los sin partido. Son más numerosos, pero su fuerza no ha sido reconocida. [...] Los burócratas tienen miedo a los sin partido. Creen que no pueden ser controlados. Pero una persona que puede ser controlada por la burocracia no es un patriota, pues la burocracia encarna la guerra contra el pueblo. Gente

controlada sólo por su conciencia es el verdadero partido del pueblo, miembros o no del Partido Comunista. En éste hay gente moral, y pillos. La verdadera línea divisoria hoy no es entre los luchadores por la *perestroika* y los sabotadores de ésta. No todos los miembros del Partido Comunista lo son de la *perestroika*. Calladamente, se presentan en mítines públicos con sus sucios temas antijudíos, mientras algunos funcionarios del partido y editores luchan contra *glasnost* porque ésta puede revelar nuestro mayor secreto de Estado: su mediocridad o falta de talento.

El poeta Evgeni Yevtushenko escribió para los mexicanos las siguientes líneas:

Todavía recuerdo mi visita a su hermoso país, hace veintidós años. Desgraciadamente, entonces corrían la sangre y las lágrimas de su heroico pueblo. Sus fantasmas no me abandonan ni el recuerdo del barco con trigo que Pancho Villa mandó a “Rusia” en plena revolución. México vive dentro de mí. ¿Qué pasa ahora en la Unión Soviética? Trágicamente esperamos nuevos barcos con trigo desde lejos. Hemos obtenido muchas victorias políticas. Ya ¡*casí!* no hay censura. El artículo 6 de la Constitución, sobre el papel dirigente del Partido Comunista, ha sido eliminado. El papel dirigente de éste ha terminado (en el papel). Pero persiste el monopolio del Estado, el latifundista y propietario industrial número uno. La libertad de palabra no estará garantizada sin la económica. El peligro principal para la *perestroika* proviene de los estalinistas y chovinistas quienes, con la máscara de “patriotas auténticos”, sostienen que la crisis económica es el resultado de la libertad de prensa. Esto equivale a encontrar la causa de la enfermedad en el diagnóstico. La derecha rusa, una fuerza muy extraña, une a los admiradores de Stalin con los del zar. Los miembros de PAMIAT combinan en sus corazones las imágenes del zar y la del mayor asesino contemporáneo. ¡Qué paradoja histórica! La izquierda rusa es muy fuerte como crítica del sistema, pero aún débil como reconstructora de la economía. El mercado libre regulado por el Estado no es libre. Mucha gente teme al mercado como el pez de río al océano, con sus tiburones y sus profundidades desconocidas. La victoria indudable de Gorbachov estriba en la desaparición del peligro de la tercera guerra mundial. Su fracaso está en el miedo a los pasos decisivos en la economía. El pueblo está cansadísimo de las colas. De las cuales las rusas pueden ser las serpientes que sofocarán a la *perestroika*. Eugenio Yevtushenko, 12 de junio de 1990.

El 18 de agosto de ese año, mientras Gorbachov descansaba en Crimea, se organizó un golpe de Estado contra él en Moscú, encabezado por su vicepresidente, el primer ministro y los ministros de Defensa y del Interior del gobierno de la Unión, que enviaron una delegación a Crimea para pedirle que dimitiese, a lo que se negó (mientras tanto, los golpistas anunciaban por la radio y la televisión que el presidente había sido sustituido por razones de salud, y que se creaba un comité estatal para el Estado de excepción).

El golpe precipitó el desenlace de la crisis soviética. Mientras la mayoría de las instituciones, ya en plena descomposición del Partido Comunista, apoyaba el golpe, Yeltsin, elegido presidente hacía algunos meses de la Federación de Rusia, salió a la calle apoyado por varios miles de habitantes de Moscú que comenzaron a construir barricadas. La fotografía de Yeltsin montado dramáticamente en un tanque arengando a las masas recorrió el mundo. Los diputados opuestos al golpe se encerraron en la Casa Blanca sede del Soviet de Rusia. Cuando Gorbachov regresó a Moscú, se encontró con que Yeltsin controlaba buena parte de los organismos decisivos, tomaba el mando de las fuerzas militares de la República Rusa, ordenaba que el pcus suspendiese sus actividades en Rusia y humillaba a Gorbachov en la Cámara, cuyas sesiones transmitía en la televisión, por el hecho de ser el secretario de un partido implicado en un *putsch* antidemocrático: un partido que había dado un apoyo mayoritario al golpe. Gorbachov lo aceptó, y renunció a su posición como secretario general del partido que lo traicionó, incitó al propio Comité Central del pcus a dimitir y anunció la disolución del partido el 6 de noviembre de 1991.

Yeltsin, a escondidas de Gorbachov, se reunía en Belovezh con los presidentes de Ucrania y Bielorrusia el 8 de diciembre de 1991 para proponerles que las tres repúblicas que en 1922 firmaron el acuerdo para crear la URSS la disolviesen ahora, reemplazándola por la Comunidad de Estados Independientes (CEI), una simple confederación sin órganos ni poderes: un proyecto al que se sumaron las repúblicas de Asia. El 12 de diciembre, el Soviet Supremo de la República de Rusia ratificaba la disolución de la URSS, como lo hacían las cámaras de Ucrania y de Bielorrusia. El 25 de diciembre de 1991, ante la situación creada por la formación de la CEI, Gorbachov dimittía del cargo de presidente. En las cámaras de televisión, en el mundo entero se vio cómo Yeltsin empujaba a Gorbachov que, instintivamente, se resistía a firmar el acta de defunción de la URSS. Como había aceptado antes la disolución del partido de que había sido secretario general, quedaba ahora reducido a la condición de ciudadano particular. El 27 de diciembre, Yeltsin ocupó su despacho en el Kremlin, donde la bandera de la Unión Soviética había sido reemplazada ya por la de Rusia. El ciudadano de la calle apenas se dio cuenta de lo que pasaba. Muchos continuaron sus actividades cotidianas.

Tras la caída de la URSS, Alexandr Zinoviev, disidente y crítico radical de los conservadores, declaró que Gorbachov y los suyos perpetraron “una traición contra los intereses de su país y de su pueblo, que por su magnitud no tiene precedente en la historia de la humanidad”. Encontré la misma actitud en mi amigo Anatoli Shulgovsky, excelente mexicanista que conocía bien a Gramsci y escribió un libro notable sobre el cardenismo. En el lapso 1985-86, en los primeros dos años del gobierno de Gorbachov, era un ferviente partidario de la *Perestroika* y la *Glasnost*. Cuando volvimos a vernos en 1992, tras la desaparición de la URSS, se había vuelto un fiero conservador antigorbachiviano. Luego de la larga plática que tuvimos, un



sentido de angustia se apoderó de mí: los fracasos de una revolución alimentan el pensamiento conservador.

Eric Hobsbawm, más profundo y perspicaz, tiene una apreciación diferente, pero no del todo absolutoria: dice que Gorbachov “era encantador, sincero, inteligente y genuinamente movido por los ideales de un comunismo que él vio corrompido por el ascenso de Stalin, pero que era, de manera paradójica, demasiado un hombre de organización, para las intrigas de la política democrática que él creó, demasiado un hombre de comité para decisiones decisivas, demasiado remoto de las experiencias urbanas e industriales de Rusia, que nunca había administrado, para tener el sentido de la realidad de base de un viejo jefe experimentado en la práctica. Su dificultad era no tanto que careciese de una estrategia eficaz para reformar la economía —nadie la tenía, incluso después de su caída— sino que estaba demasiado alejado de las experiencias cotidianas de su país”.²

Hablé con Gorbachov en mayo de 2004, cuando vino a participar en el ciclo que organizó la Universidad Panamericana *México siglo XXI*. Me impresionó sobre todo su respuesta a una pregunta que le hice: ¿Por qué no siguieron la vía china? Me contestó: “Porque en China había habido la revolución cultural que se deshizo de los viejos cuadros conservadores de la burocracia, y el cambio se pudo hacer en el partido”. Pero la respuesta me pareció demasiado simple.

El PCCh hizo las reformas económicas con un éxito sin precedente en la historia contemporánea. Para eso no hubo simultáneamente una reforma democrática. Mientras la URSS aceptaba los consejos del economista estadounidense Jeffrey Sachs y su tratamiento de choque, los chinos adoptaron un camino de cambios paulatinos cautelosos. Para Deng Xiaoping, su ingeniero, era claro que se trataba de una revolución desde arriba: “La clave para lograr la modernización —escribió— es el desarrollo de la ciencia y la tecnología... las pláticas vacías a ningún lado nos llevarán... China está atrasada 20 años respecto a los países desarrollados... La restauración Meiji de Japón comenzó a invertir un gran esfuerzo en ciencia, tecnología y educación. La restauración Meiji fue una especie de modernización encabezada por la burguesía emergente japonesa. Como proletarios, deberíamos y podemos hacerlo mucho mejor”.

Lo que llevó a la Unión Soviética a un ritmo acelerado hacia el abismo fue la combinación de *glasnost* que produjo la desintegración del poder con la *perestroika* que sólo pudo destruir los viejos mecanismos que hacían funcionar la economía sin crear una alternativa y, por tanto, un creciente y dramático colapso del nivel de vida de los ciudadanos. El país caminó hacia un sistema político electoral en los momentos en que se hundía en la anarquía económica y la inflación extrema.

El Imperio está decidido a borrar de la memoria de la humanidad la era de las revoluciones, e invierte en la tarea recursos infinitos. Acumula capas de humo y de olvido sobre el pasado reciente. Y, sin embargo, todo intento de reconstruir sobre escombros aun calientes pero no explicados ni explicables los movimientos sociales de liberación humana en la actualidad están condenados a empantanarse. ¿Por qué se derrumbaron la URSS y el bloque de países del “socialismo realmente existente” en el periodo 1989-1991? ¿Qué problemas lo llevaron a una profunda crisis? ¿Cómo podemos llamar los grandes movimientos que tocaron vigorosamente a las puertas del cambio y en ciertos aspectos fracasaron y en otros triunfaron? He hablado de revoluciones inconclusas, e insisto en llamarlas así ¿Por qué precisamente en lo que hasta hace poco se calificaba de Estados autoritarios, totalitarios, tiránicos, absolutistas cedieron el poder sin ejercer la represión, sin usar las armas contra el pueblo, con excepción de Rumanía? ¿Por qué Cuba, China y Vietnam escaparon al destino más o menos parejo “del campo socialista” europeo? Derrota del movimiento socialista la hubo indudablemente, ¿pero cuán profunda, duradera e insuperable fue?

Lo fundamental para comprender el fenómeno es que en los países del socialismo de Estado hubo una revolución por la libertad, la democracia y la solidaridad. En varios territorios tomó un carácter masivo de abajo arriba, de los ciudadanos contra la burocracia absolutista: Polonia, la RDA, Checoslovaquia, algunas partes de la URSS, como Armenia y Georgia. Se trata de una lucha inconclusa, desviada y aprovechada por

el capitalismo. El lapso 1989-1991 no fue un rayo en una noche de verano sino la culminación de un largo proceso de resistencia contra el despotismo —como infería Yevtushenko—. Una revolución a cámara lenta iniciada quizás en las calles de Budapest, Berlín y Varsovia en 1956, continuada en Checoslovaquia en 1968, cuando los tanques rusos aplastaron el socialismo de rostro humano, y que llegó hasta Gorbachov, convencido de que el dominio soviético en el área europea se debía no a la hegemonía sino a la dominación. En todo el largo proceso, papel fundamental desempeñaron los disidentes de todo tipo: en la URSS, Borís Pasternak, Aleksandr Solzhenitsyn, Roy Medvedev, Andréi Sájarov, Andrei Siniavski, Vladímir Bukovski; en la RDA, Rudolf Bahro y Stefan Heym; en Checoslovaquia, Václav Havel y Milan Kundera; en Polonia, Adam Michnik, Bronisław Geremek y Jacek Kuron; en Yugoslavia, Milovan Đilas. En Estados Unidos, el “mundo socialista” era analizado como potencia enemiga, en una perspectiva puramente tecnocrática y economicista, y en esos dos terrenos no era de despreciar, por eso nunca entendieron lo que pasaba.

Pero el problema fundamental del socialismo de Estado radicaba en la legitimidad política, y la erosión de esa legitimidad fue obra de rebeliones populares, de la acción política de disidentes y, a final de cuentas, de dirigentes de los partidos, como Josip Broz Tito, Imre Nagy, Alexander Dubcek o Enrico Berlinguer. Una revolución decididamente anterior al colapso del “socialismo realmente existente”. Hubo actores distintos en esa revolución. No comparto la idea de que fue en realidad derrotada. Ninguno de los ex países llamados *socialistas* es hoy del todo capitalista en el sentido friedmaniano o hayekeniano. Pero no sabemos qué les depara, y a nosotros, el futuro. **M**

¹ En 1986, el senador Gary Hart decidió no presentarse a un tercer mandato en el Senado y concentrarse en exclusiva en sus renovadas aspiraciones presidenciales. El 13 de abril de 1987 anunció su nueva candidatura a la Casa Blanca para las elecciones presidenciales de 1988. Tenía 50 años, y esta vez aparecía como el demócrata con mayores posibilidades de hacerse con la nominación. Todas las encuestas lo colocaban 20 puntos por encima del resto de precandidatos demócratas. Comenzaron a circular rumores sobre la relación del candidato con una joven modelo, de 29 años, llamada Donna Rice. Hart supo mantener en secreto sus encuentros, hasta que un día citó a la modelo en su casa. Los fotógrafos del periódico *Miami Herald* captaron la imagen de Rice abandonando el lugar y, enseguida, la opinión pública conoció de la aventura amorosa. Los medios de comunicación fustigaron a Hart durante siete días, al cabo de los cuales renunció a la campaña presidencial, alegando una “persecución calumniosa”.

² Hobsbawm, Eric. *Age of extremes. The short twentieth century 1914-1991*, Abacus, 1994, página 491.

TRADUCTORES Y EDITORES DE LA “BIBLIA DEL PROLETARIADO”

LA SUERTE DE *EL CAPITAL* EN EL MUNDO HISPANOAMERICANO (SEGUNDA PARTE)

HORACIO TARCUS

III.5. LAS TRIBULACIONES EDITORIALES DE LOS COMUNISTAS ARGENTINOS

Con el golpe militar que en septiembre de 1955 derroca al presidente Juan Domingo Perón, se abre en Argentina un ciclo de efervescencia política y modernización cultural, en el cual tendrán lugar dos décadas de auge de la cultura marxista.¹ Hegemonizada en los años iniciales por los intelectuales comunistas, la iniciativa modernizadora irá pasando a lo largo del decenio de 1960 a manos de una nueva generación de intelectuales partícipes de la que dio en llamarse la “nueva izquierda intelectual”.²

Pero a mediados de la década de 1950, el Partido Comunista de Argentina proyectaba una ofensiva cultural intensa, renovando su sistema de prensa y reestructurando su aparato editorial, afectado por reiteradas persecuciones durante el decenio peronista. Mientras las editoriales de los “compañeros de ruta” (como Lautaro, Procyón, Futuro, Platina o Proteo)

contribuían a modernizar la cultura marxista, el partido reactivaba la edición de los clásicos del marxismo a través de Editorial Anteo, nacida en la posguerra, y lanzando en 1956 su casa editora más ambiciosa: Cartago, SRL.³ Por ejemplo, a través de este sello se publicarán entre 1956-1960 y por primera vez en español las *Obras completas* de Lenin en 44 tomos, traducidas del ruso.⁴

Según el testimonio del que fuera entonces su gerente editorial, Cartago se propuso publicar una edición propia de *El capital*, pero se encontró con un escollo difícil de salvar: el aparato editorial partidario contaba con traductores profesionales del ruso, el italiano, el francés y el inglés, pero no sucedía lo mismo con el alemán.⁵ Los expertos en el idioma de Goethe eran escasos y, sobre todo, literarios, desconocedores de la terminología técnica del marxismo. Pero como el traductor de la edición del Fondo de Cultura Económica era en definitiva un camarada, se optó por introducir algunas correcciones a la edición de Wenceslao Roces sobre la base de un cotejo con

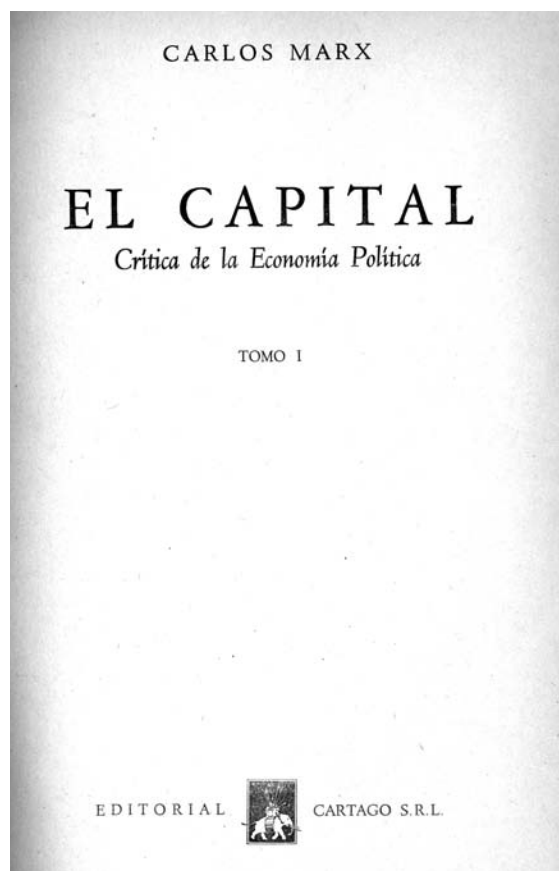
la versión francesa de Editions Sociales y la italiana de Delio Cantimori.⁶ La tarea fue llevada a cabo por un equipo de una docena de integrantes de la Comisión de Economía del partido, que encabezaba Paulino González Alberdi (1903-1989). A los tres tomos de *El capital* se añadía, como el iv y v, la *Historia crítica de la teoría de la plusvalía*, también basados en la edición mexicana de Rocés de 1945.⁷ La edición no llevaba indicación de traductor, y se limitaba a aclarar en una nota:

En base a [sic] la versión en castellano del conocido profesor Wenceslao Rocés hemos reunido en esta edición la obra completa *El capital* e *Historia crítica de la teoría de la plusvalía*.

Al presentar a profesores, intelectuales, obreros, economistas, profesionales y público en general este ya histórico trabajo del gran pensador y filósofo Carlos Marx, entendemos prestar una decidida contribución a la bibliografía económica argentina, dado que hasta la fecha no se disponía de una edición completa en castellano [sic].

Editorial Cartago, SRL, se complace, pues, en brindar este extraordinario esfuerzo editorial a todos los estudiosos de la economía política y de las ciencias sociales de nuestro país.

Los Editores.⁸



Carlos Marx, *El Capital. Crítica de la Economía Política*, Buenos Aires, Cartago, 1956, 3 vols. Vol. 1 (730 p.), Vol. 2 (458 p.), Vol. 3 (787 p.).

IMAGEN 1

Se imprimieron de esta primera edición 3 mil ejemplares. Y se reimprimieron otros 3 mil en 1960 con el mismo pie de imprenta de 1956, pues entonces la editorial estaba clausurada por el gobierno de Arturo Frondizi. (Imagen 1) Sin embargo, la edición de 1960 es fácilmente distinguible de la anterior, pues tiene un formato menor (15 por 22 centímetros) y tapas de cartón color marrón.⁹ Además, fue acompañada de un folleto con tiraje aparte que contenía un índice de temas.¹⁰ Ese año, 1965, la editorial Venceremos, de La Habana, reeditaba la *Historia crítica* basada en la edición porteña.¹¹ Y todavía en 1977 reimprimía *El capital* Librerías Allende de México.¹²

La edición porteña apareció en librerías a inicios de octubre de 1956. Si bien los 5 tomos se ofrecían a 420 pesos argentinos, competían con ventaja con el precio abultado por los costos de importación de la edición del Fondo de Cultura Económica. Antes de fin de año, cuando la sucursal de Buenos Aires del FCE advirtió la copia, inició una demanda contra Editorial Cartago. En febrero de 1957, uno de los directivos de la editorial argentina dirigió una carta personal a Rocés para solicitarle su “colaboración” en el litigio. Le informaba que “un conjunto de economistas, un traductor y diversos correctores trabajaron en la confrontación (cotejo) de expresiones, citas, cifras, etcétera” entre su traducción y “otras ediciones”. Pero le confesaba a continuación, seguramente buscando halagar su vanidad: “La verdad es que, frente a algunas particularidades o diferencias surgidas entre las mismas y que nos ofrecieron alguna duda, nos hemos inclinado en todas las ocasiones por la traducción que hizo usted”. El encargado de Cartago reconocía, mediante un rodeo, que la labor colectiva de “cotejo” no había dado otro resultado que la aprobación de la traducción de Rocés, que finalmente se había reproducido en forma casi literal. De todos modos, apelando a “sus ideales de amor a la verdad y a la justicia”, la misiva terminaba solicitando a Rocés el envío de una nota que, avalando la “labor” de “corrección” del equipo argentino, los ayudara a evitar el juicio con la editorial mexicana.¹³ Rocés no se dejó llevar por la vanidad ni por la camaradería: respondió a Cartago que su edición era, “salvo ligerísimas variantes, introducidas sin duda con el frustrado propósito de borrar las huellas del plagio, una reproducción de mi versión anterior, cuyos derechos han sido cedidos por mí debidamente al Fondo de Cultura Económica”. Y manifestaba que su proceder era “absolutamente contrario a todas las normas jurídicas y éticas de un editor. Al obrar como lo han hecho, no sólo han atentado contra los derechos formalmente reconocidos de la editorial Fondo de Cultura Económica, sino también contra los míos propios, que son los de un trabajador intelectual”.¹⁴ Y días después, en carta dirigida al presidente del FCE, Arnaldo Orfila Reynal, ofrecía un cuidadoso cotejo entre ambas ediciones para mostrar que la edición de Cartago no era sino “un plagio fraudulento de mi traducción”, al punto que reproducía incluso las erratas, los lapsus, los empastelamientos e incluso las líneas y letras saltadas por el tipógrafo, recomendando pues avanzar con el juicio a los “asaltadores cartagineses”.¹⁵

Los editores porteños apelaron al comunista, pero les había respondido el abogado. El gerente de Cartago, Antonio Giolito, debió viajar personalmente a México para encontrarse personalmente con Roces y tratar de evitar el juicio. Una vez en México, el traductor asturiano se negó reiteradas veces a recibirlo, pero ante la mediación de los camaradas mexicanos, accedió a regañadientes. Giolito llegó al encuentro cargado de una carpeta que contenía los borradores de la edición de Cartago, que ofreció antes que nada a la inspección de Roces. Según el testimonio del editor argentino, intentó convencerlo de que las modificaciones eran "tantas en realidad que superaban la autoría":

Roces pudo comprobar que el trabajo de cotejo de ediciones había sido real. Y entonces, me dijo: "¿Por qué no comenzaron por avisarme que una nueva edición argentina se haría sobre la base de las correcciones de mi texto?" Le di la razón en ese punto, de modo que finalmente llegamos a un acuerdo, y el juicio no prosiguió.

De todos modos, el equipo de Cartago emprendió una serie de reuniones para emprender una nueva edición de *El capital*.

En 1971 se decide hacer otra versión, directa del alemán: pero los alemanes en Argentina no sabían suficiente español, y los traductores argentinos no sabían suficiente alemán. Entonces viajó personalmente al Instituto de Marxismo-Leninismo de Berlín, donde me cuentan que en realidad ¡Roces no había traducido *El capital* del alemán sino del ruso! [sic] Bueno, cuando les planteo el problema, los mismos alemanes del instituto me recomiendan traducir el tomo I de la edición francesa de Roy, supervisada y corregida por el propio Marx; y que los tomos II y III los tradujéramos del francés, cotejando con la edición inglesa. Y nosotros seguimos el consejo: la traducción la dirigió Floreal Mazía apoyado por un equipo de especialistas en economía del partido. Apareció en 1973, con una tirada de 8 mil ejemplares, y se agotó en 9 meses.¹⁶ (Imagen 2)

El lanzamiento fue acompañado de un prospecto de propaganda que anunciaba "Nueva traducción exclusiva del original francés":

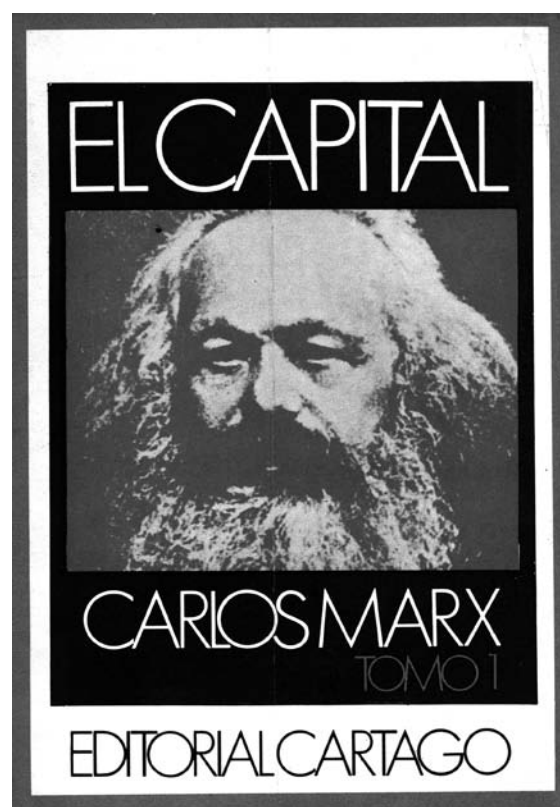
Es una versión *absolutamente nueva*, no una corrección o simple pulimiento de otras anteriores. Es además una versión *autorizada* y en todo sentido *definitiva*. La traducción se basa en fuentes certificadas y complementarias entre sí, que la convierten en un instrumento textual certero.¹⁷

La prensa partidaria lo anunció a doble página como un "gran acontecimiento cultural",¹⁸ y la editorial lo acompañó con la edición de un folleto de uno de los miembros de la Comisión de Economía partidaria, que comenzaba anunciando "un importante acontecimiento. Editorial Cartago, SRL, ha presentado

El capital en una nueva traducción, realizada por Floreal Mazía, quien trata de ceñirse al verdadero pensamiento de Marx".¹⁹ Además de la edición de Cartago en 3 tomos, se hizo un tiraje aparte de la misma versión para la edición de *Obras escogidas de Marx y Engels* en 12 tomos que se publicaba a través de la editorial comunista paralela Ciencias del Hombre.²⁰

No obstante el esfuerzo editorial, los propios intelectuales del partido, sobre todo los más jóvenes, no tardaron en advertir que la edición no soportaba los requerimientos que para entonces se esperaban de una traducción rigurosa pues, si bien Floreal Mazía (1920-1990) era un traductor profesional, una verdadera máquina de traducir,²¹ tenía escasa familiaridad con los conceptos marxianos, a lo que se añadía la contrariedad de una retraducción desde el francés. Para peor, como veremos enseguida, una editorial como Signos (luego Siglo XXI argentina), que había nacido de una fractura del propio partido, lanzaba desde 1973 cuidadas traducciones de los manuscritos económicos inéditos de Marx, vertidos directamente del alemán, y anunciaba por entonces una edición crítica de *El capital*. El testimonio de Giolitto:

Cuando aparece la nueva edición de *El capital* se arma en el partido un alboroto bárbaro: hubo que hacer una reunión con varios especialistas en economía para explicarles



Carlos Marx, *El Capital. Crítica de la Economía Política*, Buenos Aires, Cartago, 1973, 3 vols. Edición de Floreal Mazía y colaboradores.

IMAGEN 2

los criterios de traducción que, bueno... finalmente fueron aceptados.²²

III.6. EL CAPITAL PARA EXHIBIR EN LA BIBLIOTECA

Aunque sea sólo como curiosidad, consignamos la existencia de una versión retraducida del francés aparecida en Madrid en 1967 en dos tomos. Se trata de un emprendimiento comercial del sello EDAF (sigla de Ediciones y Distribuciones Antonio Fossati), que desde 1959 publicaba en España una colección de obras clásicas en papel biblia, encuadernadas en vistoso cartón de color rojo o verde, debidamente preservados en estuches plásticos. Ocho traductores, sin la menor noción de la terminología marxiana y sin mayor conexión ni coherencia entre sí, tradujeron las secciones de los tres tomos para la colección Grandes Libros de EDAF, sobre la base de la versión francesa de Editions Sociales.²³ La edición lleva una introducción del economista español Jesús Prados Arrarte, “Síntesis y crítica de *El capital* de Marx. La opinión de los economistas del presente”.

III.7. RAÚL SCIARRETA, O EL CAPITAL EN CLAVE ALTHUSSERIANA

En pleno auge del marxismo estructuralista, diversas revistas de la nueva izquierda anunciaban en 1973 el lanzamiento de una nueva traducción de *El capital*. La “autorización” ya no provenía de Moscú sino de París, y no la garantizaba el Instituto Marx-Engels-Lenin sino el pequeño círculo de la *rue d’Ulm*. Se trataba del equivalente en castellano de la nueva edición de *Le capital* que Garnier-Flammarion había lanzado en 1969 con el célebre prólogo de Louis Althusser: “Advertissement aux lecteurs du L. I du *Capital*”.²⁴

Se tiraron de esta edición 5 mil ejemplares, en formato libro de bolsillo. En verdad, este tomo I correspondía sólo a la primera sección y al inicio de la segunda (capítulos I a IV). Estaba precedido de “Palabras a los lectores del libro I de *El capital*”, de Louis Althusser. No se indicaba el nombre del traductor; apenas se señalaba en tapa y portada: “Traducción supervisada por Raúl Sciarreta”. Tampoco se daba la menor indicación de la edición que se había tomado como referencia para la traducción, pero es posible que se haya basado en la edición francesa de Garnier-Flammarion, cotejándola con alguna edición alemana (en el texto hay varias expresiones en alemán que el traductor decidió no verter al español) y con algunas ediciones castellanas existentes, sobre todo la de Rocas.

A primera vista puede sorprender que el encargado intelectual de la edición, Raúl Sciarreta (1922-1999), no la haya acompañado siquiera de un prólogo breve. Sin embargo, los testimonios de quienes lo trataron coinciden en presentarlo

como un profesor socrático de pequeños grupos extrauniversitarios. Esquivo a la escritura y proclive a la oralidad, fue el filósofo secreto de dos generaciones argentinas de epistemólogos y psicoanalistas.²⁵ En uno de sus escasos escritos, saludó la aparición de la edición castellana de *Leer El capital* con una reseña en la que, apoyado en Marx, Nietzsche, Freud, Althusser y Bachelard, postulaba en 1969 la necesidad de “una teoría científica de la lectura”:

Leer El capital, práctica “inocente”, no es el simple acceso a un libro abierto, espejo transparente donde se mostrarán resueltos todos los problemas como en un sagrado y misterioso texto de revelación. Althusser nos dice que palabras tan obvias como leer y escribir, hablar y callar, ver y no ver, escuchar, querer decir, decir sin querer están trágicamente cargadas de ambivalencias insospechadas. Marx, Nietzsche y Freud abren una nueva perspectiva desde la que hacen indispensable teorizar el hacer, el querer o el decir, que se han vuelto obstáculos fetichísticos de la práctica social.²⁶

Conforme esta perspectiva althusseriana, dictó durante años cursos privados de lectura de *El capital* entre finales de la década de 1960 y comienzos de la siguiente. “Hemos estudiado *El capital* –recordaba José Pablo Feinmann–. Incluso, para mi generación, el filósofo Raúl Sciarreta pasó a la merecida inmortalidad por haber explicado la ley del valor a toda esa generación”.²⁷ Sin embargo, Ediciones Corregidor no continuó la publicación de los siguientes volúmenes. Es posible conjeturar que la situación social y cultural de los dos años previos al golpe militar de 1976 no era propicia para una empresa de esta envergadura, sobre todo para una editorial independiente, por entonces considerablemente pequeña. Y es también cierto que en la segunda mitad de la década de 1970 Sciarreta había reenfocado sus intereses intelectuales en el estudio de la obra de Jacques Lacan, consagrándose al dictado de seminarios para psicoanalistas. Además, por fuera de los fieles seguidores de Sciarreta, la nueva edición fue recibida con cierta frialdad por los lectores de Marx. Cuando un año y medio después aparecía la cuidada edición de Siglo XXI, con sus referencias bibliográficas, su aparato de notas y sus anexos, *El capital* de Ediciones Corregidor no respondía a los estándares de “cientificidad” que Althusser mismo exigía en la advertencia. A tal punto que el traductor de Siglo XXI, Pedro Scaron, despachaba rápidamente la labor de Sciarreta, apenas con una irónica nota al pie:

No nos referimos aquí a la [traducción] efectuada por un equipo de traductores anónimos supervisados por Raúl Sciarreta [...] ya que de la misma hasta ahora sólo se ha publicado un volumen que comprende los capítulos I-IV, precedidos de una introducción teórica de Louis Althusser en la que recomienda “dejar deliberadamente de lado, en una primera lectura”, los capítulos I-III. Hemos seguido su consejo.²⁸

III.8. PEDRO SCARON, O LECCIONES PARA MARXISTAS DE UN MARXÓLOGO LIBERTARIO

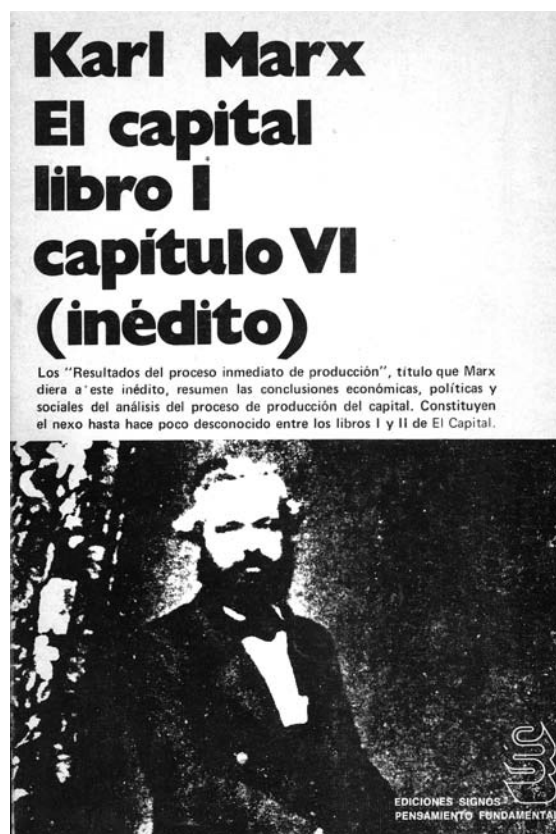
El principal acontecimiento en esta historia política de las traducciones y las ediciones se produjo en julio de 1975, cuando apareció el primer volumen de *El capital* publicado por Siglo XXI y traducido por Pedro Scaron. En todo caso, un acontecimiento cuya importancia sólo puede equipararse con la primera traducción directa del alemán por Juan Bautista Justo en 1898. Sin llegar a ser —ni pretenderlo— una edición crítica de *El capital*, Scaron sometía a una crítica demoledora las traducciones previas amparadas en sucesivas fuentes de autoridad y reponía el problema de la necesaria elección entre las ediciones “originales”; sentaba así las coordenadas para una futura edición crítica. De todos modos, que la versión preparada por Scaron fuera la más rigurosa y cuestionase la autoridad de los centros políticos de edición —ya fueran Stuttgart, Moscú o Pekín— no significa que ella misma quedara ajena a las querellas políticas.

La editorial Siglo XXI, fundada en México en 1966 por el argentino Arnaldo Orfila Reynal (1897-1998), después de haber sido defenestrado del Fondo de Cultura Económica, si bien no respondía a una orientación política, desarrollaba en el continente desde una década atrás intensa labor de modernización intelectual, en la cual la actualización crítica del marxismo fue uno de los pivotes, publicando autores como Gramsci, Marcuse, Althusser, Balibar, Mandel o Löwy, junto a otros no pertenecientes a la tradición marxista pero que dialogaban productivamente de un modo u otro con ella, como Foucault, Barthes o Bachelard.

La filial porteña de Siglo XXI, que comenzó a funcionar en 1966 sobre todo como casa importadora, alcanzó un elevado nivel de productividad propia desde 1971, cuando se fusionó con Editorial Signos, un emprendimiento de intelectuales de la nueva izquierda —José Aricó, Héctor Schmucler, Juan Carlos Garavaglia, Santiago Funes y Enrique Tándeter— que habían roto con el Partido Comunista de Argentina pocos años atrás. El grupo editor de Signos había lanzado en 1970 un programa de ediciones críticas de Marx que significaban tomar el relevo de las editoriales comunistas. Un dato que puede parecer menor, pero que en su formalidad encierra enorme significación: es la primera casa editorial que abandona la españolización de los nombres propios que se arrastraba al menos desde la España del siglo XIX, estampando en tapas y portadas “Karl Marx”, en lugar de “Carlos Marx”.

Comenzaron ese año con el lanzamiento de una cuidada edición de *Miseria de la filosofía*²⁹ y siguieron en marzo de 1971 con la primera versión castellana del manuscrito correspondiente al capítulo VI (inédito) del libro I de *El capital*, redactado por Marx entre 1863 y 1866.³⁰ (Imagen 3)

En un folleto promocional aparecido el mismo año, Editorial Signos anunciaba para febrero de 1971 el lanzamiento del primer volumen de los *Grundrisse*, traducido por un equipo



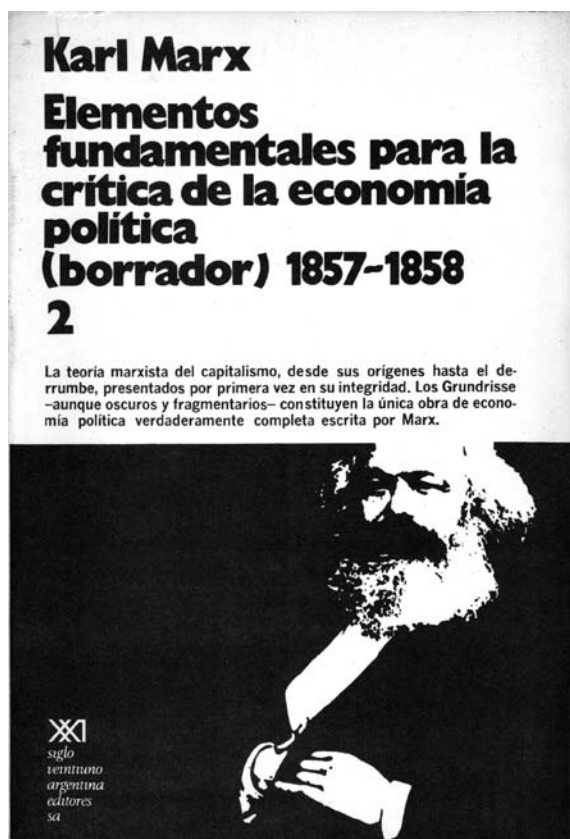
Karl Marx, *El Capital. Libro I, Capítulo VI (inédito)*, Buenos Aires, Signos, marzo 1971, Colección Pensamiento Fundamental. “Presentación” de José Aricó. Trad. de Pedro Scaron, que firma además una “Advertencia del traductor”.

IMAGEN 3

que formaban Pedro Scaron, Miguel Murmis y José Aricó.³¹ Se trataba de una edición crítica de los manuscritos redactados por Marx entre 1857-1858 y editados por el Instituto Marx-Engels-Lenin de Moscú, en dos volúmenes, con el título de *Grundrisse der Kritik der politischen Oekonomie*.³² Pero en el ínterin se produjo la fusión de Signos con Siglo XXI de Argentina, de modo que la obra apareció finalmente por esta casa editorial en tres volúmenes, publicados de manera sucesiva en 1971, 1972 y 1976.³³ (Imagen 4)

En forma simultánea a la edición argentina aparecían otras versiones castellanas en Madrid³⁴ y La Habana³⁵, pero retraducidas del francés. Sólo a finales de la década de 1970 y comienzos de la siguiente se emprendieron nuevas ediciones basadas en el original alemán, una en Barcelona³⁶ y otra en México, esta última realizada por el incansable Roces.³⁷ Pero ninguna de ellas alcanzó el reconocimiento y la circulación internacional de la edición traducida por Scaron, que aún se reimprime.

El lanzamiento del primer volumen de *El capital* fue promovido por Siglo XXI de Argentina con otro folleto que circulaba en librerías en forma gratuita a finales de 1974 o comienzos de 1975. Una presentación carente de firma, sin duda redactada



Karl Marx, *Elementos fundamentales para la Crítica de la Economía Política (Borrador) 1857-1858*, Buenos Aires, Siglo XXI, 3 vols., 1971, 1972, 1976.

IMAGEN 4

por José Aricó, anunciaba un plan general de ediciones de la obra de Marx que después de *Miseria de la filosofía*, *El capital. Capítulo VI (inédito)* y los *Grundrisse*, seguiría con una “edición popular” de *El capital* en ocho pequeños volúmenes, *Teorías sobre la plusvalía* en seis pequeños volúmenes y, finalmente, *La Guerra Civil en Francia* traducido por Ramón Alcalde. Es curioso que el folleto promocional hable aún de *plusvalía* cuando uno de los signos distintivos de la edición de Siglo XXI es corregir la traducción de ese concepto por el de *plusvalor*.³⁸

La traducción de Pedro Scaron fue el primer esfuerzo por establecer una edición crítica de *El capital* en cualquier idioma, incluso el alemán, ruso o francés.³⁹ (Imagen 5) Era el primer volumen de una colección llamada a alcanzar enorme significación en los años siguientes para la cultura marxista hispanoamericana: la Biblioteca del Pensamiento Socialista, que dirigirá José Aricó. En una antológica “Advertencia del traductor” que alcanzaba 40 páginas, numeradas en romanos, Pedro Scaron ponía en cuestión la noción de “texto definitivo”, ya fuese que se tratara del establecido en la edición preparada por Engels, en la de Kautsky o en la del Instituto Marx-Engels-Lenin. Scaron señalaba que en vida de Marx se habían publicado tres versiones distintas: la original alemana

de 1867; la segunda versión alemana de 1872-1873, donde el autor suprimió algunos pasajes al mismo tiempo que añadió o reelaboró otros; y la “popular” francesa (1872-1875) para la cual Marx, “quien solía estimar a los franceses como revolucionarios prácticos pero no como teóricos, *simplificó* —por momentos adocenó— muchos de los pasajes más complejos y profundos del original”. No obstante, Marx “compensó en cierta medida esas simplificaciones al injertar en el tronco endeble del texto francés una serie de agregados, en su mayor parte muy valiosos” y al reelaborar algunos tramos. “El tomo 1 de *El capital* —concluye Scaron— comienza a convertirse en algo así como un enorme palimpsesto en el que capas de redacción *generalmente (no siempre)* más ricas recubren buena parte de la redacción originaria”.⁴⁰

Ante la existencia de estas tres versiones marxianas, quienes asumieron la tarea de editar *El capital* tras la muerte de Marx debían escoger entre diversas opciones. Para preparar la tercera (1883) y cuarta (1890) ediciones alemanas, Engels optó razonablemente por tomar como base la segunda edición alemana, corrigiéndola con un ejemplar de la versión francesa que Marx había dejado anotada, indicando qué pasajes de ésta debían incorporarse a aquélla. Esta labor presentó a Engels no pocas dificultades, manifestadas en ciertos problemas de ensamblamiento y algunas frases repetidas. Kautsky, quien tuvo dicho ejemplar a la vista, señaló que Engels “no tomó en consideración todas las anotaciones manuscritas de Marx”. Por otra parte, el albacea y amigo de Marx incorporó cierto número de comentarios y aclaraciones de su cosecha que no siempre aparecían distinguidas con sus iniciales.⁴¹

Scaron concluía que no había “una versión del primer tomo de *El capital* sino varias. [...] Optar por una es sacrificar las otras (en la medida en que no coinciden con la elegida”:

Descartar cualquiera de ellas es desechar una etapa en la evolución dialéctica de *El capital* —que no brotó de la cabeza de Marx tan cabalmente formado como Atenea de la cabeza de Zeus— y renunciar al conocimiento de textos y variantes de enorme valor.⁴²

Por tanto, una edición crítica del tomo 1 debería “necesariamente incluir (además de los borradores *éditos* e *inéditos* correspondientes a él) todas las versiones del libro publicadas por Marx. Podría reproducirlas sucesivamente, con el registro más completo posible de sus coincidencias y diferencias”. O bien, tomar como referencia la segunda edición alemana y registrar en notas y apéndices: a) las diferencias entre primera edición y segunda; b) los agregados y las variantes de la versión francesa; c) las enmiendas y los comentarios introducidos por Engels; d) el texto original de todas las citas efectuadas por Marx.⁴³

Scaron anticipaba el *criterio* que una década después adoptarían los editores de la sección II de la nueva Mega. La edición preparada por Siglo XXI no aspiraba “a tanto. Pretende ser, sencillamente —declaraba Scaron—, una primera aproximación

a una edición crítica de *El capital en castellano*".⁴⁴ Llevar a cabo una edición crítica escapaba a sus posibilidades: ni una editorial como Siglo XXI habría podido solventarla, ni Scaron y su reducido equipo de traductores y colaboradores podían acceder, en una capital periférica, a la totalidad de ediciones que tal trabajo habría requerido. Por ejemplo, no les fue posible obtener en Buenos Aires un ejemplar de la primera edición alemana de 1867. En cambio, localizaron la segunda edición en la biblioteca de la antigua asociación *Vörrwärts*, fundada por exiliados alemanes a finales del siglo XIX.

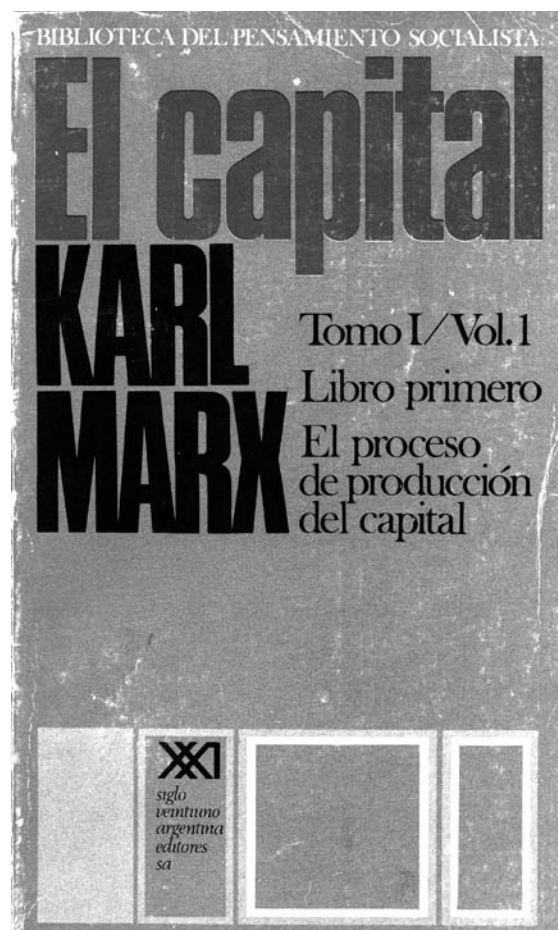
Su versión castellana tomó como referencia la segunda edición alemana (1873), reponiendo en notas y apéndices las variaciones respecto a la primera edición, de 1867. Así, por ejemplo, Scaron optó por ofrecer en anexos la versión primera del capítulo I ("La mercancía") y el apéndice sobre las formas del valor, así como los subrayados de la edición de 1867, cuyas itálicas se habían suprimido en la segunda edición por un simple problema de costos de imprenta. Además, ideó un sistema de subnotas para registrar todas las variantes y notas introducidas por Engels. Para no recargar más de la cuenta esta edición, Scaron optó por incorporar sólo de modo excepcional los pasajes de la versión francesa señalados por Marx que Engels no había incorporado a la tercera y cuarta ediciones alemanas. Asimismo, ofreció las citas que Marx hace de terceros en versión castellana, sin retraducirlas del alemán sino acudiendo a las versiones originales inglesa, francesa, italiana, etcétera.⁴⁵

En la labor de traducción del alemán confesaba haberse ceñido "al texto original con la mayor fidelidad posible, aun al precio, aquí y allá, de sacrificios estilísticos". Los términos técnicos, por ejemplo, debían ser traducidos a otra lengua siempre por una misma expresión, conforme había establecido Engels.⁴⁶ Scaron había contado para ello "con la importante colaboración de Miguel Murmis, defensor tenaz —a veces demasiado inflexible, a nuestro juicio— de la norma enunciada por Engels. Murmis leyó las primeras 300 páginas de la traducción y contribuyó a establecer el vocabulario empleado" en ella.⁴⁷ El recuerdo del propio Murmis:

El trabajo con Perico Scaron fue dialógico. Oh, ¡qué memorables, casi apasionadas discusiones! Teníamos traducciones distintas, muchos libros de referencia y hacíamos largas sesiones. ¡Eso era trabajar! Aun cansados, buscar y buscar cómo entender, cómo encontrar las palabras necesarias para traducir a Carlitos. Un trabajo con sentido. [...]

Pancho [Aricó] era verdaderamente el hombre de consulta. Sabía más que nosotros sobre los temas en que estábamos trabajando y estaba cerca de nosotros. [...]

También revisamos *El capital* con una lista de términos que los de la Academia soviética pensaban que habían sido mal transcritos en su edición. Enrique Tándeter había andado por Moscú y nos consiguió esas hojitas. Todavía recuerdo un caso gracioso incluido en la lista: "Donde dice *Revolution* debe decir *Revaluation*".⁴⁸



Karl Marx, *El Capital. Crítica de la Economía Política*, Buenos Aires / Madrid / México, Siglo XXI, 1975-1981, 8 vols., traducción, advertencia y notas de Pedro Scaron.

IMAGEN 5

Acaso la decisión más osada del traductor fue de la verter *mehrwert* por "plusvalor", allí donde Pedroso y Roces (o el propio Scaron en los *Grundrisse*) habían establecido "plusvalía". Desafiendo el uso arraigado en la cultura marxista, el uruguayo se proponía ligar morfológicamente ciertas categorías establecidas en el idioma alemán: *wert*, "valor"; *mehrwert*, "plusvalor". Si *wert* se traducía como "valor" —sostenía el traductor uruguayo haciendo gala de casticismo idiomático frente a los propios españoles—, no tenía sentido el femenino "valía" cuando se vertía *mehrwert*. "En castellano —ironizaba Scaron—, las mercancías tienen valor y no valía".⁴⁹

Su historia crítica de las traducciones de *El capital* merece un párrafo aparte. Destacaba Scaron la "fidelidad al original" del precursor Juan Bautista Justo, reconocía méritos en la labor de Pedroso y se dedicaba luego a demoler sin piedad durante varias páginas la traducción de Roces, tanto por su sumisión a la autoridad de los soviéticos en la elección de las ediciones de referencia como por el uso de equivalencias inadecuadas en el léxico técnico, formulaciones incomprensibles, inversiones

de sentido (convertir una negación en afirmación, o viceversa; o un sustantivo en su contrario), omisiones de palabras, de grupos de palabras, de frases y, ocasionalmente, de párrafos enteros. “El éxito de la versión se basa, si no estamos equivocados, en el elegante, cálido estilo español de Roces, quien en no pocos lugares redacta con tanta frescura e inspiración como si él fuera *autor*, no *traductor* de la obra”.⁵⁰

Finalmente, no sólo identificaba graves errores de traducción en la edición de Cartago llevada a cabo por Mazía, sino que cuestionaba incluso el carácter “autorizado” por Marx de la edición francesa que los comunistas argentinos habían tomado como referencia. Era improbable —sostenía Scaron— que Marx hubiera revisado totalmente la traducción francesa de Roy, donde figuran “errores que no podían escapar a la atención del autor si éste hubiese leído los pasajes correspondientes”. Si a los errores de Roy no corregidos se sumó la simplificación practicada por Marx mismo, hay que convenir que la edición francesa constituye otra edición⁵¹, una versión más vulgarizada que popular, por momentos una “vulgarización defectuosa de la obra original” en la cual se desdibuja y confunde “la terminología en general tan precisa de las versiones alemanas”. Scaron no sólo presentaba la versión de Mazía como la mala traducción de una mala traducción, sino que llegaba incluso a considerar inconcebible que en la propia Francia, en lugar de una nueva traducción científica, se siguiera publicando la “defectuosa versión de Roy”.⁵² Y hasta sugería, no sin ironía, una hipótesis explicativa: una versión tan deshegelianizada era perfectamente funcional a la lectura althusseriana de *El capital*.⁵³

Un criterio semejante adoptó a la hora de encarar los tomos II y III de *El capital*. Éstos, señalaba en una segunda advertencia, acrecentaban las dificultades señaladas para el tomo I, pues no eran otra cosa que manuscritos de Marx seleccionados y compaginados por Engels. Cuando éste, tras la muerte de Marx, acometió “la ímproba y sacrificada tarea de publicar esos dos tomos de *El capital*” se encontró ante un cúmulo de manuscritos y frente a un dilema: transcribir dichos manuscritos en el estado en que se encontraban, ofreciendo una edición científica a los especialistas; o bien, “seleccionar, compaginar, redactar de nuevo partes oscuras o elaboradas sólo a medias, introducir títulos y nexos explicativos” de modo de conferir coherencia a una obra destinada a los militantes socialistas. Engels optó por lo segundo, decisión que en aquel momento y en esas circunstancias Scaron consideraba “perfectamente defendible”.⁵⁴ Sin embargo, a la hora de establecer una edición crítica, o de sentar las bases para su realización futura, se tornaba necesario distinguir la activa, casi autoral, labor de Engels respecto a los manuscritos legados por Marx. Ahora bien, para establecer su edición sin tener acceso directo a los manuscritos de Marx depositados en el Instituto de Historia Social de Ámsterdam, Scaron “deconstruyó” hasta donde le fue posible la edición de Engels, sometiéndola a un minucioso cotejo con las ediciones parciales de dichos manuscritos

ofrecidos en el tomo XXIV de las *Werke* alemanas y en la edición francesa de *Oeuvres* preparada por Rubel.⁵⁵ La labor del editor científico consistía, para Scaron, en hacer transparentes al lector sus intervenciones, en revelar las sucesivas intervenciones que fueron configurando una “obra” sin confundirse o solaparse jamás con el autor. Por ello, si bien se apoyaba en la labor de Rubel, no dejaba de censurar la decisión del marxólogo francés de proceder a una “selección” e incluso “abreviación” de los manuscritos económicos de Marx, aplicando en 1968 y “con menos autoridad” los mismos criterios que guiaron a Engels al editar a Marx en 1885. “Por este camino [...] podemos llegar a tener tantos tomos II de *El capital* como investigadores estudien los manuscritos”.⁵⁶

¿Quién era este ignoto traductor que se atrevía a tomar semejantes libertades para enjuiciar no sólo la labor de Kautsky o de los comunistas sino, también, la de Engels e incluso la del mismísimo Marx? Resulta difícil establecer la biografía de Pedro Scaron. Gracias a su viejo amigo Luis Sabini, sabemos que nació en Montevideo en 1931 y murió exiliado en París en 2014. Sin estudios regulares, “fue autodidacto radical, aprendió alemán y ruso a partir de lecturas”. Tuvo una experiencia de vida comunitaria a los 20 años en la selva paraguaya con los cristianos primitivistas de la Bruderhof, las iglesias de paz. Poco después formó parte de otra experiencia comunitaria, ahora de signo anarquista, la Comunidad del Sur, de la que fue fundador en 1955. Permaneció en ella sólo hasta 1957, pero enseguida fue parte de las Juventudes Libertarias, acompañando en forma independiente el giro de la Federación Anarquista de Uruguay, en apoyo de la Revolución Cubana, que lideraba su amigo Gerardo Gatti. “Perico” Scaron formó parte de los colectivos editores de las revistas *Lucha Libertaria* (1957-1958) y *Rojo y Negro* (1968), “pero ya nunca volvió a integrarse a organización anarquista alguna”.⁵⁷ Hugo Cores dejó testimonio de una generación de anarquistas que ponían en tensión los viejos esquemas doctrinales y se abrían a nuevos horizontes, como la Revolución Cubana o el “tercermundismo” y a nuevas lecturas, como las del marxismo. Tal fue el caso de Scaron, “fundamental en el sesenta y pico para sacar, con Gatti, Cariboni y Marta Casal, la revista *Rojo y Negro*. Scaron era otro anarquista que se abría del anarquismo ortodoxo por otro camino, por influencia directa del marxismo. Tenía una influencia compleja en nosotros: era y es muy erudito, a veces agobiadoramente erudito”.⁵⁸

A comienzos de la década de 1960 tradujo textos anarquistas, como el clásico de Landauer, *La revolución, o La problemática de la autoridad en Proudhon*, de Peter Heintz.⁵⁹ Pero la cultura marxista latinoamericana debe a este traductor libertario algunas de las mejores y más cuidadas ediciones de Marx, comenzando por la recopilación de los escritos de éste y Engels sobre América Latina, aparecidos inicialmente en 1968 en *Cuadernos de Marcha*, de Montevideo.⁶⁰ La cuidada edición, profusamente anotada, atrajo la atención al otro lado del Río de la Plata de José Aricó, quien le propuso

reeditar esa recopilación en forma extensa en uno de los más celebrados *Cuadernos de Pasado y Presente*.⁶¹ Aparentemente, su labor de traductor lo condujo a Buenos Aires a comienzos de la década de 1970, componiendo un singular equipo con José Aricó y Miguel Murmis en las oficinas porteñas de Siglo XXI de Argentina.⁶² El espacio intelectual de la nueva izquierda había hecho posible que aunaran en una misma labor y camaradería tres figuras provenientes de diversas tradiciones: el anarquismo (Scaron), el socialismo (Murmis) y el comunismo (Aricó). Apenas dos días después del golpe militar del 24 de marzo de 1976, las fuerzas represivas allanan las oficinas porteñas de Siglo XXI, secuestrando a dos de sus editores, Alberto Díaz y Jorge Tula. Scaron debió exiliarse en París, donde continuó en soledad la traducción de *El capital*, cuyas copias enviaba ahora a la sede de Madrid, completándose entre la capital española y la mexicana una edición imposible de proseguir en Buenos Aires. Scaron es un caso singular de anarquista marxólogo, una suerte de Maximilien Rubel rioplatense. Como veremos enseguida, los traductores de *El capital* venidos después debieron tomarlo como referencia obligada, aunque más no fuera para discutir sus criterios de traductor y editor.

Una vez clausurada la sede argentina de Siglo XXI, donde se alcanzaron a publicar los primeros cuatro volúmenes, su continuidad fue asumida por la filial de México en coedición con la de España. La obra iniciada en 1975 con el primer volumen sólo pudo completarse con el volumen octavo en 1981. Pese a esta vida accidentada, la edición de Siglo XXI disputó con éxito la comercialización de *El capital* con la casa madre, Fondo de Cultura Económica. Entre 1975 y finales de 2016, los diversos volúmenes habían conocido en promedio más de 20 reimpresiones.⁶³ A comienzos de 2017, coincidiendo con los 150 años de la aparición del primer tomo de *El capital*, Siglo XXI de España relanzó la edición de Scaron, pero ahora en los clásicos tres tomos y en una nueva colección: *Clásicos del pensamiento crítico*.

III.9. LA EDICIÓN DE BOLSILLO DE AKAL

Para mediados de la década de 1970, Editorial Akal, sello independiente fundado poco tiempo atrás en Madrid, también proyectaba una edición popular de *El capital* en ocho tomos. A diferencia de Argentina, donde concluía un periodo de intensa politización y auge de la cultura marxista, cuando Ramón Akal González creaba en 1972 su sello editorial, España se encontraba en las postrimerías del franquismo y en los albores de un proceso de radicalización política e intelectual.

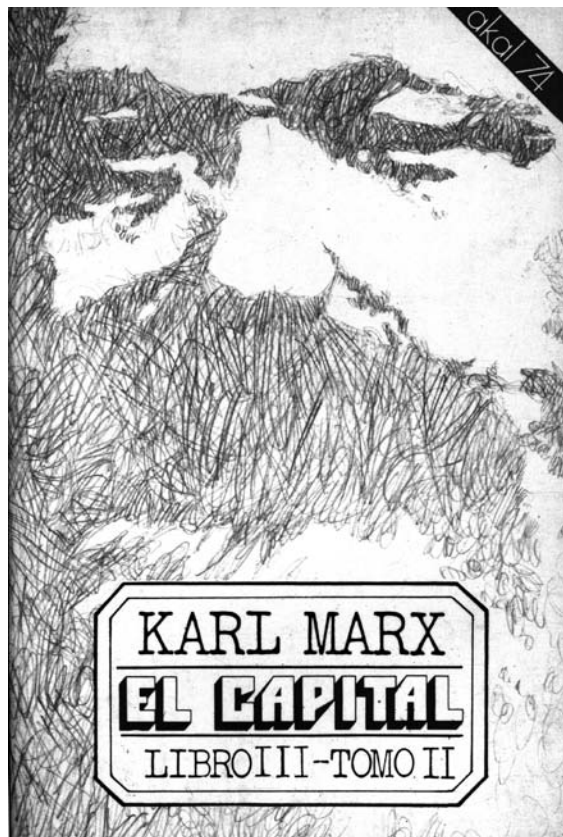
La labor de traducción había sido encomendada a Vicente Romano García (1935-2014), comunicador social que había iniciado estudios superiores en la Universidad Complutense de Madrid y los había completado en Alemania, en la Universidad de Münster. Sus múltiples intereses en el mundo de la comunicación y la cultura, su conocimiento de la lengua

alemana y su formación política en el Partido Comunista Español aseguraban los créditos necesarios. En septiembre de 1975, cuando el traductor castellano –Vicente Romano nació en Alamillo– ya tenía traducido el primer volumen de *El capital*, lo sorprendió la reimpresión madrileña de la traducción de Pedro Scaron. Hasta entonces se había propuesto una misión menos ambiciosa que la emprendida por el uruguayo y más circunscrita al universo de los editores comunistas. Según su testimonio, se había basado en la edición de Dietz de 1962, preparada por los institutos de marxismo-leninismo de Moscú y de Berlín sobre la base de la cuarta edición alemana dispuesta por Engels. Había apelado complementariamente para su labor a la versión francesa de Joseph Roy, había desestimado la retraducción de Floreal Mazía para Editorial Cartago y tenido “siempre a la vista la versión más conocida de Wenceslao Roces”.⁶⁴ Ahora, la aparición de una edición que se anunciaba como “la más completa de las ediciones de *El capital* publicadas en cualquier idioma y la primera aproximación crítica de la obra en castellano” lo obligaba a “hacer referencia a esta versión, aunque no la hayamos cotejado línea a línea con el original”.⁶⁵ Pero Romano, más que “hacer referencia”, consagra a la versión de Scaron dos tercios de su prólogo. Además, no los dedica tanto a defender su traducción como la versión de su camarada Wenceslao Rocés, que habría sido objeto de “la obsesión” de Siglo XXI, pues si Rocés había cometido, como Romano mismo reconocía, “algunos errores”, “Scaron los exagera, amplifica y, por tanto, deforma”.⁶⁶

La meritoria versión de Romano, que no pudo enriquecerse como la de Scaron de un control terminológico de conocedores de la obra de Marx como Murmis o Aricó, no alcanza el rigor conceptual de la traducción de Scaron. Acepta, por ejemplo, *sistema de producción* y *modo de producción* como conceptos equivalentes, según él “empleados indistintamente en la terminología económica”.⁶⁷ O rechaza el uso de *plusvalor* como un neologismo innecesario, pues *plusvalía* había adquirido “carta de naturaleza en la terminología marxista de nuestra época”.⁶⁸

La edición de ocho volúmenes en formato bolsillo se completó entre 1976 y 1977, dentro de la colección Akal 74, totalizando 3 mil 230 páginas. En contratapa se remarcaba su condición de edición popular: “*El capital*, reputado por economistas y propagandistas burgueses como algo intrincado y difícil, es una obra escrita para las masas trabajadoras, las cuales la encontrarán fácilmente asequible por ellas, estimulante, esclarecedora, vigente”. (Imagen 6)

En 2000 se reeditó en otra colección (*Akal Básica de bolsillo*) con un estudio preliminar del economista Enrique Palazuelos, “*El capital* a casi siglo y medio de distancia”, que se ofrecía en folleto complementario. Nuevas reimpresiones se lanzaron en 2007 (primera), 2012 (segunda), 2014 (tercera) y 2016 (cuarta) en un estuche donde los lomos de los 8 volúmenes formaban un retrato de Karl Marx, según un modelo del diseñador Sergio Ramírez.



Karl Marx, *El Capital. Crítica de la Economía Política*, Madrid, Akal, 1976-1977, 8 vols.

IMAGEN 6

III.10. MANUEL SACRISTÁN, O LA LEALTAD A LA EDICIÓN HISTÓRICA

La cultura marxista hispanoamericana tiene una deuda considerable con el filósofo español Manuel Sacristán (1925-1985), cuya labor se desplegó desde sus perfiles de investigador, ensayista, docente, editor y traductor. Vertió al castellano más de 80 títulos, entre ellos obras de Antonio Gramsci, Theodor W. Adorno, Rosa Luxemburg, Georg Lukács, Karl Korsch, Galvano della Volpe, Antonio Labriola, Agnes Heller y E. P. Thompson. A comienzos de la década de 1970, mientras se alejaba del Partido Comunista español para convertirse en un faro intelectual de la nueva izquierda, proyectó en acuerdo con Editorial Crítica (por entonces parte de Grupo Grijalbo) una edición en lengua castellana de las *Obras de Marx y Engels* (conocidas por su siglas, OME) en 68 volúmenes, que tomaba como referencia los conocidos tomos de tapas azules de la edición alemana MEW (Marx-Engels-Werke). El reflujo que conoció la cultura marxista en España en el decenio de 1980 en tiempos del “desencanto” y la prematura muerte de su impulsor poco antes de cumplir 60 años hicieron que de aquel ambicioso proyecto llegaran a ver la luz sólo 12 volúmenes,

entre ellos las traducciones de los libros I y II de *El capital*.⁶⁹

Sacristán introdujo la “Nota editorial sobre OME 40-44 (*El capital*)”, donde justificaba su decisión de llevar a cabo su traducción sobre la base de la edición MEW, fundada a su vez en las ediciones preparadas por Engels.⁷⁰ Aunque no cite expresamente a Scaron sino a Maximilien Rubel como “un caso digno de nota” en lo que hacía a poner en discusión el criterio tradicional de aceptación de la edición de Engels, es evidente que Sacristán ha considerado la edición de *El capital* de Siglo XXI a la hora de llevar a cabo su labor. Si el filósofo español ha optado por traducir dicha obra con base en la versión MEW, es porque la considera la forma “más corriente en la tradición editorial”, si bien admite que su “solución editorial es discutible, nada inconcusa”.⁷¹

En la presentación de la segunda parte del libro I, Sacristán discutía explícitamente algunos criterios adoptados por Scaron, a la que por otra parte reconoce como una “importante traducción de *El capital*”.⁷² Y en la presentación del libro II, fechada en enero de 1980, admitía las consideraciones de Rubel y de Scaron según las cuales “*El capital II* es una composición de Engels con materiales de Marx”,⁷³ pero seguía sosteniendo que “*El capital* de Engels es un libro muy libro en la historia de la Europa moderna[...] presente durante casi un siglo en la historia del movimiento socialista y en las universidades”, mientras que las postuladas ediciones críticas que quieren recuperar los textos marxianos “no son más que fantasmas de libros que nunca fueron”.⁷⁴

Sacristán admitía los problemas que enfrentaba el editor contemporáneo de *El capital*, pero optaba finalmente por una solución que, sin renunciar a la calidad y el rigor de la traducción, respondía sobre todo al respeto por la tradición editorial, a la lealtad por los libros históricos.

De todos modos, a comienzos de la década de 1980 Sacristán se refirió en diversas oportunidades a los méritos de la labor de Pedro Scaron, a quien incluso convocó para integrar el equipo de traductores de OME.⁷⁵ En un curso dictado en la Universidad Nacional Autónoma de México en el invierno de 1981-1982 se refería a la traducción de Scaron de los *Grundrisse* como “literariamente la mejor”, reconociendo que la que había traducido Pérez Royo para su colección OME era “literariamente más dura”, aunque ofrecía la ventaja comparativa de haberse basado en la nueva Mega.⁷⁶ Lamentablemente, Sacristán dejó inconclusa su traducción del libro III de *El capital*, por lo cual esta cuidada edición engelsiana no ha sido objeto de reediciones.

III.11. UN REGALO SOVIÉTICO INESPERADO: LA TRADUCCIÓN DE CRISTIÁN FAZIO

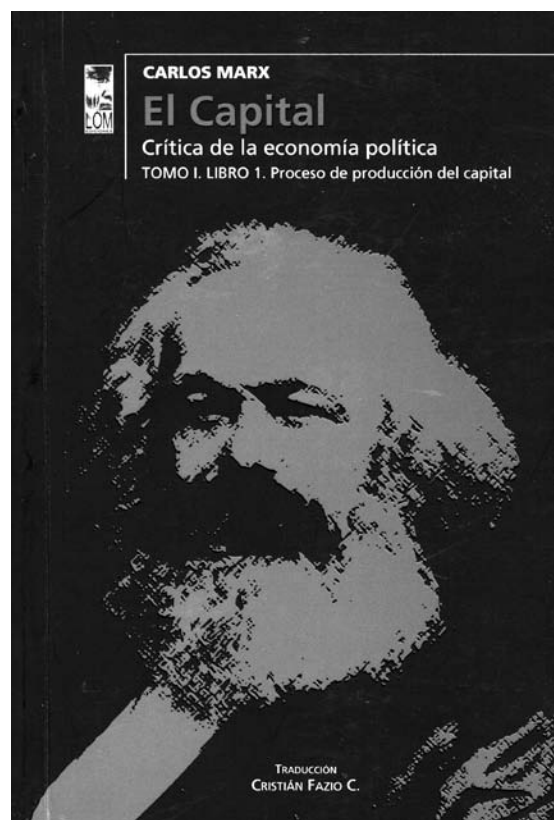
La Unión Soviética inició en 1931 una política de ediciones de clásicos del marxismo y de autores rusos con el nombre de *Editorial de los Trabajadores Extranjeros en la URSS*, con sede en Moscú. En 1939 cambió de nombre por *Ediciones en Lenguas*

Extranjeras hasta que, tras una reorganización ocurrida en 1963, adoptó el definitivo: *Editorial Progreso*. Sus cuidadas ediciones, impresas en tapas de cartón e interiores en papel ilustración, se ofrecían en un principio en inglés, francés, alemán y español, pero para las décadas de 1970 y 1980 sus publicaciones destinadas a satisfacer una demanda global superaban las 40 lenguas. Era política suya mantener en el anonimato el nombre del equipo de traductores, en un principio formado por un grupo de exiliados españoles para las versiones en lengua castellana que en años posteriores fue renovándose con el arribo sucesivo de exiliados latinoamericanos a Moscú.

A mediados del decenio de 1980, los editores de Progreso decidieron "llenar un vacío" en "su línea de publicaciones en español con relación a la obra de Marx".⁷⁷ En efecto, contaban desde hacía medio siglo con cuidadas traducciones de obras como *El manifiesto comunista*, *Miseria de la filosofía* o *El XVIII Brumario de Luis Bonaparte*, pero nunca habían emprendido una traducción española de *El capital* en la propia URSS. Acudieron entonces a un economista exiliado, el chileno Hugo Fazio, quien fuera vicepresidente del Banco Central de Chile en el gobierno de la Unidad Popular. Pero éste delegó la labor de traducción en su hijo Cristián, entonces estudiante de economía en la Universidad de Lomonósov y buen conocedor de alemán y del ruso, reservándose para sí el papel de revisor técnico. Padre e hijo trabajaron, como era previsible en el mundo comunista, sobre la cuarta edición alemana preparada por Engels, teniendo además a la vista la edición soviética. Hugo Fazio estima hoy que el trabajo de traducción del libro 1 "debe haber durado su par de años", facilitado por el hecho de que su hijo era entonces "estudiante universitario y podía traducir en horas libres". Respecto al método de trabajo, Fazio recordaba que el hijo "iba traduciendo y escribiendo en un cuaderno, luego lo pasaba a máquina de escribir, porque no había computadoras, y finalmente yo entraba a trabajar en la traducción y le hacía observaciones". El primer tomo apareció en Moscú en 1990.⁷⁸ Lamentablemente, el segundo que entregaron ya traducido al castellano a Editorial Progreso ese año, en vísperas de la disolución de la Unión Soviética, hoy está perdido, y ellos no tuvieron la precaución de guardar siquiera un borrador.⁷⁹

De regreso del exilio, los traductores entregaron un ejemplar de la edición soviética de *El capital* a LOM Ediciones, de Santiago de Chile, con vistas a la publicación de una versión chilena. La editorial encomendó a un equipo de jóvenes economistas —Sebastián Zarricueta Cabieses, Manuel Hidalgo, Rafael Agacino— una revisión de erratas, pero éstos consideraron imprescindible someter la traducción de los Fazio a un examen minucioso con la última versión de la traducción de Wenceslao Roces para el Fondo de Cultura Económica, así como con la edición de Pedro Scaron para Siglo XXI.⁸⁰ (Imagen 7)

Si bien la edición de referencia, como en todas las comunistas, es la cuarta alemana de 1890 preparada por Engels, en la de LOM se hace visible una vez más la marca del criterio editorial de Scaron, en decisiones como la adopción del término *plusvalor*



Carlos Marx, *El Capital*. Proceso de producción del capital. Tomo Primero, Libro I, Santiago de Chile, LOM, 2010. Traducción de Cristián Fazio. Redactor de la revisión en castellano: Hugo Fazio.

IMAGEN 7

en lugar del tradicional *plusvalía*, o la reposición de las itálicas de la edición príncipes. Resultado de esta labor colectiva fue la publicación de la primera edición chilena de *El capital* en 2010, dos décadas después del lanzamiento de la soviética.⁸¹

IV. LOS RESÚMENES POPULARES DE *EL CAPITAL*

Marx aspiraba a que *El capital* fuera leído por la clase obrera. Sin embargo, su obra magna constituía, como señaló Andreucci, "una lectura difícil". En la Europa de las últimas dos décadas del siglo XIX, los obreros socialistas preferían ampliamente obras de divulgación, como *La mujer* de Bebel, *La doctrina económica de Marx* de Kautsky o los populares ensayos de Paul Lafargue y Gabriel Deville. Además, los volúmenes segundo y tercero de *El capital* no tuvieron siquiera la acogida del primero, el que —como había señalado Rosa Luxemburg— había interesado al militante socialista porque ofrecía una "explicación científica de la explotación, así como de la tendencia a la socialización del proceso de producción; es decir, la explicación científica de los fundamentos objetivos de la transformación socialista". Pero incluso el primer volumen de *El capital* fue más conocido por los resúmenes populares

de Cafiero, Deville y otros que a través de su lectura directa.⁸²

Las dificultades de lectura de *El capital* aparecen incluso entre los dirigentes socialistas de fin de siglo. En Estados Unidos, Eugene V. Debs, líder del Socialist Party, confesaba que Marx lo “dejaba frío”, pero que leía a “Kautsky con mucho gusto”. El inglés William Morris reconocía: “Si bien he apreciado plenamente la parte histórica de *El capital*, mi cerebro ha experimentado el miedo a la confusión al leer la parte meramente económica de esta gran obra”. Y en Italia, Antonio Labriola se quejaba de la falta de lectura directa de los textos de Marx y Engels. Sin embargo, pese a que era escasamente leído, *El capital* se iba instalando a finales del siglo XIX y comienzos del XX como la “Biblia del movimiento obrero”. Como escribía el español Adolfo Posada en 1904:

Hasta hoy no ha habido en la historia una popularidad tan grande y universal como la de *El capital* de Marx. Es suficiente hablar con nuestros obreros para convencerse de ello. Desde luego, no lo han leído. ¿Cómo podrían leer una obra de tales proporciones y características? Pero saben de ella: están informados, discuten con argumentos y reflejan, con mayor o menor fidelidad y pureza, la doctrina de *El capital*.⁸³

En efecto, si bien abordaba la lectura directa de *El capital* sólo una franja de los dirigentes socialistas y un sector de la intelectualidad, las categorías y las concepciones de la *opera magna* de Marx, aunque pasadas por cierta criba, se difundían a través de reseñas, resúmenes, debates teóricos y políticos, artículos en la prensa burguesa y en la obrera. “Así pues, en vísperas de la Primera Guerra Mundial, el marxismo había llegado al ama de casa de Chicago, a grupos de intelectuales chinos, a numerosos estudiantes de todas partes, y sobre todo a millones de obreros de todo el mundo. Éstos no habían leído a Marx, pero discutían con argumentos procedentes de sus obras. No conocían *El capital*, pero sabían que su destino estaba finalmente en sus manos: habían conquistado, a través del partido y del marxismo, formas más elevadas de conciencia, aunque se trataba de un marxismo pobre, reducido a esquema, transformado en argumentos para la discusión de café”.⁸⁴

En el contexto latinoamericano, las dificultades de recepción de este texto complejo fueron acaso mayores que en Europa. Recordemos que en 1873, cuando Wilmart trae entusiasmado los fascículos de la versión francesa de *El capital* para difundirlo entre los internacionalistas franceses, no encontró eco alguno. No había en la Buenos Aires de 1873 contexto posible de recepción. Dos y hasta tres décadas después, cuando se constituye el movimiento socialista en el cono sur y aparece la traducción castellana de Justo, es una obra frecuentemente citada en los medios de prensa, en los mítines y en el aula, e infaltable en todas las bibliotecas públicas y populares. La biblioteca popular Bernardino Rivadavia, de Buenos Aires, según consta en su catálogo, disponía a principios del siglo XX de una edición castellana de *El capital* de Marx; incluso contaba con

otro ejemplar la biblioteca popular de Salta, según un catálogo de 1908.⁸⁵ Pero a pesar de su relativa circulación y del reconocimiento intelectual que alcanzó fue, según Aricó, una obra “más referenciada que leída, excepto por el propio Justo”.⁸⁶

Robert Paris señala que la introducción del marxismo en América Latina seguirá pasando un largo tiempo por divulgadores como Loria y Ferri, mientras que la difusión de *El capital* se realizará a través de los compendios de Deville o Cafiero. Trae, a propósito, el testimonio del socialista chileno (más tarde dirigente comunista) Elías Lafertte:

Creo que ninguno de nosotros –salvo Recabarren– había leído a Marx o a Engels. Los libros de estos pensadores eran escasísimos. [...] No éramos propiamente marxistas. El marxismo llegó al POS [Partido Obrero Socialista] andando el tiempo, a través de los estudios, de los libros que vinieron de Europa, de las relaciones internacionales, de los viajes de los compañeros y de la cooperación de la Internacional Comunista.⁸⁷

De modo similar, contamos para el socialismo argentino con el sincero testimonio de Nicolás Repetto, uno de los dirigentes de la primera línea del Partido Socialista:

Confieso, para que se me crea, que no alcancé a leer todo *El capital* de Carlos Marx, traducido al español por el doctor Juan B. Justo; me resultaba más comprensible el compendio escrito por Gabriel Deville, el exegeta francés más autorizado del fundador del llamado *socialismo científico*.⁸⁸

Otro testimonio significativo es el del socialista argentino Roberto F. Giusti, cuando recapitulaba el universo de lecturas de los jóvenes que llegaban a la vida política y universitaria a principios del siglo XX:

Nadie había leído, en verdad, *El capital*, a lo más, hojeado en un compendio... Atemorizados por el tecnicismo de las teorías económicas del genial profeta de Tréveris, preferíamos enfrascarnos en las glosas y polémicas, no siempre tampoco de fácil comprensión, suscitadas por la doctrina del determinismo histórico o las inexorables leyes de la evolución y crisis de la sociedad capitalista; o bien, en las más accesibles divulgaciones de Engels. Aunque habíamos leído el *Manifiesto comunista*, nadie se decía tal. La palabra no estaba todavía entre nosotros.⁸⁹

Como ha señalado Ribas, la verdadera difusión de *El capital* entre los lectores obreros tuvo lugar a través de las ediciones resumidas. La primera de todas, preparada en prisión por Johann Most y reeditada con correcciones introducidas por Marx y Engels, apenas encontró un traductor en el mundo hispanoamericano.⁹⁰ La de Kautsky conoció numerosas ediciones en alemán y en ruso, pero se difundió en español sólo de modo

tardío y parcial.⁹¹ De las versiones resumidas, las más difundidas fueron las del italiano Carlo Cafiero, el francés Gabriel Deville y las de los alemanes Julian Borchardt y Otto Rühle.

iv.1. Una de las primeras en aparecer en el ámbito de las lenguas latinas es la del anarquista italiano *Carlo Cafiero* (1846-1892), precursor del movimiento obrero italiano y miembro de la AIT. Es indudable que la edición de Cafiero, de 1879, muy popular en Italia, circuló en América Latina, y sobre todo en Argentina. Sin embargo, es probable que la temprana traducción del resumen de Deville por los socialistas españoles haya restringido la circulación de la versión italiana de Cafiero a los años de la Segunda República española, donde conoció tres ediciones (1931, 1932 y 1937).⁹²

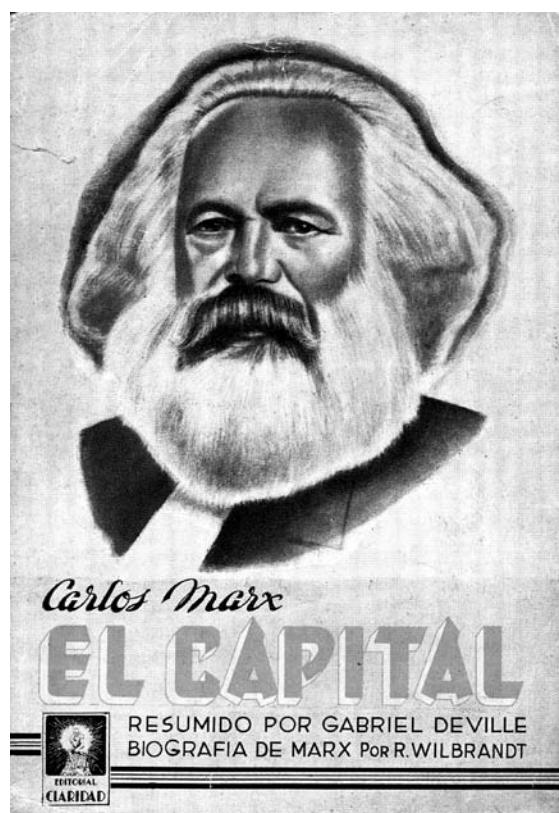
iv.2. De las ediciones resumidas de *El capital*, la que alcanzó mayor difusión en lengua española fue la preparada por *Gabriel Deville* (1854-1940), socialista francés vinculado en su juventud a Jules Guesde y Paul Lafargue, y una de las estrellas de la publicística socialista de fines de siglo XIX, aunque alejado del movimiento tempranamente, hacia 1900. Deville había propuesto a Marx realizar un compendio de *El capital* cuando para 1876 la traducción gala se había agotado. Marx, temiendo complicaciones contractuales con La Châtre, su editor francés, le responde en carta del 23 de enero de 1877 y le propone aplazar el proyecto. Más tarde, en 1882, Marx se reunió con Deville en París, y el proyecto revivió: Marx pudo ver parte del manuscrito y el resto fue revisado por Engels, quien lo calificó en carta a Kautsky como el mejor de los realizados hasta entonces.⁹³

El volumen apareció en París en 1884 como *Le capital de Karl Marx. Résumé et accompagné d'un aperçu sur le socialisme scientifique*. Según el testimonio de un contemporáneo, no tardó en llegar "a las librerías madrileñas". Tan sólo dos años después, un tipógrafo de *El Socialista* de Madrid, Juan Gómez Crespo, que trabajaba también en la imprenta de Ricardo Fe, propuso a éste la publicación por su establecimiento de esta versión de Deville, pagando los derechos de traducción con "unos cientos de ejemplares".⁹⁴ "Aceptó la idea, se logró permiso del autor y realizó la traducción óptimamente Antonio Atienza".⁹⁵

Un nivel extraordinario de circulación, tanto en España como en América Latina, alcanzó sin embargo la versión castellana de T. Álvarez que publicó Sempere de Valencia a partir de 1903, que incluía ahora sólo el resumen de Marx, pues el estudio de Deville sobre el socialismo científico había cobrado vida editorial aparte.⁹⁶ Según una carta de Sempère a Miguel de Unamuno, las ediciones y tiradas hasta 1909 fueron las siguientes: "Primera, noviembre de 1903, 8 mil; tres posteriores, a 4 mil; una, a 6 mil; venta en España, 9 mil; América, 14 mil".⁹⁷ Además, otros editores españoles como Beltrán y Bergua de Madrid, o Cervantes y Helios de Barcelona, se lanzaron con el resumen de Deville.⁹⁸

En Argentina, la posta de Sempère será retomada a partir de la segunda mitad de la década de 1920 por un editor socialista local, el emigrado español Antonio Zamora (1896-1976), cuya Editorial Claridad realizará al menos seis ediciones masivas del célebre resumen de Deville entre 1930 y 1961.⁹⁹ (Imagen 8) Las editoriales comunistas argentinas Problemas y Calomino lanzarán sus propias ediciones.¹⁰⁰ Y harán lo propio algunas casas comerciales, como el sello Tor.¹⁰¹ Ediciones semejantes se realizaron en Chile, Cuba, Colombia, México.¹⁰²

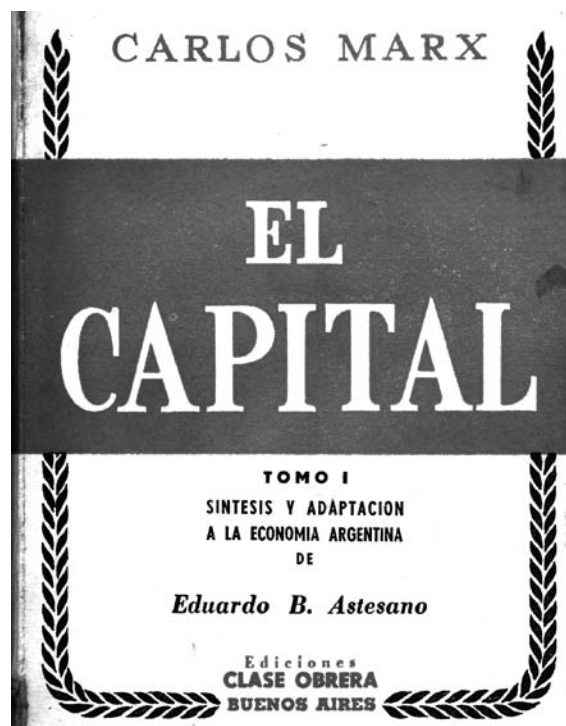
iv.3. Otro resumen fue realizado en 1920 por el socialista de izquierda alemán Julian Borchardt (1868-1932), cuya singularidad consiste en que resume por primera vez los tres volúmenes de *El capital*. Enseguida se llevaron a cabo numerosas traducciones, siendo las primeras la inglesa en 1921 (*The people's Marx*, Londres) y la rusa en 1922. Pero la francesa tuvo mayor difusión en América Latina.¹⁰³ Probablemente en esta versión se basó el aprista peruano Carlos Manuel Cox (1902-1986), entonces exiliado en Chile, para traducir la primera edición latinoamericana aparecida en Santiago.¹⁰⁴ Sólo muchos años después fue reeditada en México.¹⁰⁵



El Capital resumido por Gabriel Deville, Buenos Aires, Claridad, s/f (1930), 201 p., versión de Gabriel Deville. Estudio preliminar sobre Marx de R. Wilbrandt y Apéndice de P. Lafargue. Trad. de Luis Beltrán Contreras.

iv.4. Un cuarto resumen fue realizado por otro comunista de izquierdas alemán, Otto Rühle (1874-1943), entonces exiliado en México. La editorial Losada de Buenos Aires ofreció a León Trotsky la preparación de una antología de Karl Marx precedida de un estudio, para la colección Biblioteca del Pensamiento Vivo. Trotsky escribió una introducción al resumen de *El capital* preparado por Otto Rühle, fechado en Coyoacán el 9 de abril de 1939. También fue publicado como folleto en Nueva York en 1940 por Longman, Green, & Co., con el título *Marxism in our time*. El volumen de Losada apareció en Buenos Aires en 1940 y conoció numerosas reediciones.¹⁰⁶

iv.5. Un caso curioso es una versión argentina adaptada a la economía del país por el nacionalista de izquierdas Eduardo B. Astesano (1913-1991) en las postrimerías de la segunda presidencia de Juan Domingo Perón.¹⁰⁷ (Imagen 9) En su prólogo, el decano de los disidentes comunistas argentinos recomendaba “este resumen y adaptación de *El capital* de Carlos Marx a los problemas argentinos y latinoamericanos”, pues ni siquiera Juan B. Justo, su primer traductor, “ni ningún otro después aplicaron la teoría del nacimiento y desarrollo del capitalismo y del paso al socialismo a la realidad nacional”.¹⁰⁸ El problema de la adaptación estaba en que las contradicciones del capitalismo no se resolvían, como en la obra de Marx, en la revolución proletaria sino en la “nueva síntesis dialéctica del gran monopolio del Estado liberador” erigido por el peronismo.¹⁰⁹



Carlos Marx, *El Capital*. Tomo I. Síntesis y adaptación a la economía argentina de Eduardo B. Astesano, Buenos Aires, Clase Obrera, 1955, 252 p. Prólogo de Rodolfo Puiggrós.

IMAGEN 9

V. PRESENTE DE *EL CAPITAL* EN EL MUNDO HISPANOAMERICANO

La mayor parte de estos resúmenes ha caído en desuso y no se reimprime desde hace décadas. Su declive coincide con la desaparición del universo de la folletería popular y de los libros impresos en papel de diario, ofrecidos a centavos a un público lector compuesto por obreros autodidactos ávidos de aprender. Ese mundo de la cultura obrera, muy intenso en el mundo hispanoamericano entre finales del siglo XIX y primeras décadas del XX, ha desaparecido.¹¹⁰ Si bien se han producido últimamente nuevos compendios como el del español Diego Guerrero,¹¹¹ la divulgación se canaliza sobre todo a través de los medios audiovisuales, comenzando por el cómic y las ediciones ilustradas¹¹², pasando por el cine¹¹³ y llegando hasta los videos didácticos, cuya oferta en YouTube es múltiple y creciente.

Además, si la obra de Marx ha perdido sus viejos lectores obreros, ha conquistado otros lectores, mejor capacitados para un abordaje sin mediadores ni vulgarizadores. En la década de 1960, *El capital* comenzó a ser abordado en forma directa por amplias franjas de la intelectualidad radical. En la medida en que su estudio exhaustivo estaba excluido de la universidad (con la excepción de Cuba, del Chile de los breves años de la Unidad Popular y de la UNAM de México, donde el Seminario de *El Capital* fue reconocido curricularmente en 1974), la forma privilegiada que adoptaron los intelectuales fueron los grupos de lectura extracurriculares, muy difundidos en países como Brasil y Argentina.¹¹⁴ En las últimas tres décadas, el marxismo ha ingresado por derecho propio en las universidades hispanoamericanas, y son frecuentes los seminarios curriculares sobre *El capital*. Los estudiosos que acuden a la obra original cuentan hoy con herramientas de apoyo más elaboradas y rigurosas que las del pasado¹¹⁵, como la excelente *Guía de El capital de Marx* del británico David Harvey, editada recientemente en España y difundida en Latinoamérica.¹¹⁶

Para comienzos del siglo XXI, cuando los centros de lectura canónica han desaparecido y la aureola de la “Biblia del Proletariado” se ha difuminado, *El capital* conquista incluso más lectores que en el pasado, aunque seguramente otros que los que Marx imaginaba. Objeto de abordajes acaso más profanos y menos candorosos, los lectores del presente siguen buscando en sus páginas, un siglo y medio después, las claves para comprender la mundialización del capital y sus crisis. Paradojas de la traducción: mientras las versiones españolas envejecían, reemplazándose unas a otras, el texto original alemán permanecía, e incluso se actualizaba con nuevas lecturas. De cualquier modo, con sus oscuros y sus claros, gracias a la labor acumulativa de Correa y Zafrilla y de Juan Bautista Justo, de Manuel Pedroso y de Wenceslao Roces, de Vicente Romano y de Manuel Sacristán, de Pedro Scaron y de Cristián Fazio, acompañando el quehacer de reconocidos editores y de ignotos tipógrafos e impresores, los lectores hispanoamericanos tenemos hoy acceso a las más cuidadas ediciones de *El capital* en español. **M**

¹ Horacio Tarcus, "El corpus marxista, 1955-1976", en Susana Cella (coordinadora), *La irrupción de la crítica*, Buenos Aires, Emecé, 1999, volumen 10 de Noé Jitrik (editor), *Historia crítica de la literatura argentina*, páginas 465-500.

² Óscar Terán, *Nuestros años sesentas. La formación de la nueva izquierda intelectual argentina. 1955-1966*, Buenos Aires, Puntosur, 1991.

³ Horacio Tarcus, "Las colecciones de cultura marxista en la Argentina: un mapeo de las estrategias políticas y las prácticas editoriales entre 1893 y 1976", conferencia presentada en el segundo *Coloquio argentino de estudios sobre el libro y la edición*, Córdoba, 21 a 23 de septiembre de 2016.

⁴ Para ser precisos, entre 1956 y 1960 se publicaron 42 tomos, sobre la base de la cuarta edición soviética. En 1967 se agregan dos volúmenes complementarios (43 y 44) con los artículos incluidos en la quinta edición soviética publicada por el Instituto de Marxismo-Leninismo tras la apertura posterior al vigésimo congreso del PCUS. Una nueva edición de 52 volúmenes apareció entre 1970 y 1972. En ambos casos, el tiraje fue de 3 mil ejemplares. Sobre la base de las ediciones argentinas se publicaron *Obras completas* de Lenin de la Editora Política de La Habana (1963) y de Akal, de Madrid (1975).

⁵ Testimonio de Antonio Giolito (Ingeniero Luigi, La Pampa, 1927-Buenos Aires, 20 de abril de 2006, seudónimo: Héctor Blanco) al autor, sede del Comité Central del Partido Comunista de Argentina, Buenos Aires, 4 de abril de 2001.

⁶ Carlo Marx, *Il Capitale. Critica dell'Economia Politica*, editado por Delio Cantimori, Roma, Editori Riuniti, 1964.

⁷ Carlos Marx, *El capital. Crítica de la economía política*, Buenos Aires, Cartago, 1956, 3 volúmenes: 1, 730 páginas; 2, 458 páginas; 3, 787 páginas. Carlos Marx, *Historia crítica de la teoría de la plusvalía*, Buenos Aires, Cartago, 1956, dos volúmenes. Tomo iv, 569 páginas; v, 409 páginas.

⁸ Página sin numerar, al inicio de cada volumen.

⁹ Carlos Marx, *El capital. Crítica de la economía política*, Buenos Aires, Cartago, 1956, tres volúmenes: 1, 730 páginas; 2, 458 páginas; y 3, 787 páginas. Carlos Marx, *Historia crítica de la teoría de la plusvalía* apareció como tomo iv (569 páginas) y v (413 páginas).

¹⁰ Carlos Marx, *El capital. Índice analítico*, Buenos Aires, Cartago, 1965.

¹¹ Carlos Marx, *Historia crítica de la teoría de la plusvalía*, La Habana, Venceremos, 1965, 2 volúmenes: 569 + 413 páginas. "Editorial Venceremos ha tomado la versión de Editorial Cartago, SRL, de Buenos Aires".

¹² Carlos Marx, *El capital. Crítica de la economía política*, México, Librerías Allende, 1977, 3 volúmenes.

¹³ De "Julio" por Cartago, SRL, a Wenceslao Roces, Buenos Aires, 10 de febrero de 1957, en Archivo Histórico del Fondo de Cultura Económica, Sección Autores, caja 1, expediente 287, "Roces, Wenceslao", legajo 1, folios 7 y 8. Gentileza de María Antonieta Hernández Rojas.

¹⁴ De Wenceslao Roces a Editorial Cartago, SRL, México, 28 de febrero de 1957, ibídem, folios 9 y 10.

¹⁵ De Wenceslao Roces a Arnaldo Orfila Reynal, México, 1 de marzo de 1957, en ibídem, folios 11 a 13.

¹⁶ Carlos Marx, *El capital. Crítica de la economía política*, Buenos Aires, Cartago, 1973, 3 volúmenes. Edición de Floreal Mazía y colaboradores.

¹⁷ "Carlos Marx. *El capital* en tres tomos. Nueva traducción exclusiva del original francés", Buenos Aires, Cartago, sin fecha [1973].

¹⁸ "Gran acontecimiento cultural: *El capital* traducido y editado en la Argentina", en *Nuestra Palabra*, segunda época, año 1, número 17,

17 de octubre de 1973, página 10; [Floreal Mazía], "Cómo se tradujo la genial obra de Marx, explicado por Floreal Mazía", en *Nuestra Palabra*, segunda época, año 1, número 17, 17 de octubre de 1973, página 10.

¹⁹ Mauricio Lebedinsky, "La obra básica del comunismo científico. *El capital*", Buenos Aires, Cartago, febrero de 1974.

²⁰ *Obras escogidas de Marx y Engels*, Buenos Aires, Ciencias del Hombre, 1973, volúmenes 1 a 3.

²¹ Aunque vertió al castellano cierto número de textos de psicología y epistemología (para Editorial Proteo, Paidós y Granica de Buenos Aires), fue sobre todo un traductor literario (Sudamericana, Jorge Álvarez, Tiempo Contemporáneo, Orión, Fausto, Corregidor, Vergara, Hermes de México, etcétera). "Hijo de inmigrantes centroeuropeos, aducía que su inmensa capacidad para los idiomas —se manejaba perfectamente en 5 de ellos y en 17 dialectos— provenía del contacto con vecinos de múltiples rincones de la Tierra, con los que había convivido en los conventillos del barrio de Villa Crespo, donde transcurrió su infancia. Fue poeta, narrador y periodista y, fundamentalmente, dueño de una sólida formación en español, base ineludible de todo buen traductor". Jorge Fondebrider, "Recuerdos de un traductor", en la web del Club de Traductores Literarios de Buenos Aires, disponible en <http://clubdetraductoresliterariosdebaires.blogspot.com.ar/2009/10/recuerdo-de-un-traductor-vi.html>

²² Testimonio de Antonio Giolito al autor, Buenos Aires, 4 de abril de 2001.

²³ *El capital. Crítica de la economía política*, Madrid, EDAF, 1967, 2 volúmenes, 2 mil 600 páginas, traducido de la versión francesa por Juan Miguel Figueroa, Rodrigo Peñaloza, Miguel Ángel Muñoz Moya, Aníbal Froufe, Antonio Sama, Mauro Fernández Dios, Francisco Crespo Méndez y Francisco Álvarez Velasco.

²⁴ Carlos Marx, *El capital 1. Crítica de la economía política*, Buenos Aires, Corregidor, diciembre de 1973, 288 páginas.

²⁵ Horacio Tarcus, *Diccionario biográfico de la izquierda argentina. De los anarquistas a la "nueva izquierda". 1870-1976*, Buenos Aires, Emecé, 2007, entrada "Sciarreta, Raúl".

²⁶ Raúl Sciarreta, "Leer *El capital*", en *Los Libros*, número 4, Buenos Aires, octubre de 1969, páginas 23-24. Disponible en el portal AméricaLee: <http://americalee.cedinci.org/wp-content/uploads/2016/08/LOS-LIBROS-4.pdf>

²⁷ José Pablo Feinmann, "Distribuir es crecer", en *Página/12*, Buenos Aires, 14 de noviembre de 2004, contratapa.

²⁸ Pedro Scaron, "Advertencia del traductor", obra citada, página xxviii, n. 24.

²⁹ Karl Marx, *Miseria de la filosofía. Respuesta a La filosofía de la miseria del señor Proudhon*, Buenos Aires, Signos, 1970, 210 páginas. Edición a cargo de José Aricó. Ésta se basaba en la del Instituto Marx-Engels-Lenin de Moscú, pero había sido cotejada, corregida y aumentada con el sistema de notas que Maximilien Rubel había preparado para la edición de *Oeuvres de Karl Marx* que había publicado La Pléiade en 1963, incluyendo las observaciones marginales de Proudhon.

³⁰ Karl Marx, *El capital. Libro 1, capítulo VI (inédito)*, Buenos Aires, Signos, marzo de 1971, colección Pensamiento Fundamental. "Presentación" de José Aricó. Traducción de Pedro Scaron, quien firma además una "Advertencia del traductor". Scaron tradujo de la edición ruso-alemana: *Das Kapital. Erstes Buch, Der Produktionsprozess des Kapitals. Sechstes Kapitel. Resultate des unmittelbaren Produktionsprozesses*, en *Arjik Marksa e Engelsa*, Instituto Marx-Engels, Moscú, 1933,

tomo II (VII), páginas 4-266, edición bilingüe (alemán/ruso), y cotejó dicha edición con la italiana (de Bruno Maffi, 1969) y la francesa (de Maximilien Rubel, 1967-1968). A partir de la segunda edición fue publicado por Siglo XXI: segunda edición (corregida): Buenos Aires, Siglo XXI, febrero de 1972; tercera edición: Buenos Aires, septiembre de 1974; quinta edición Buenos Aires, Siglo XXI, 1975, etcétera.

³¹ “Karl Marx. Elementos fundamentales para la Crítica de la Economía Política (Borrador) 1857-1858 (borrador)”, Buenos Aires, Signos, sin fecha [finales de 1970]. Además de la “Presentación” firmada por Signos, el folleto ofrecía el texto de Martin Nicolaus, “El Marx desconocido”, que sería utilizado como estudio preliminar a la edición porteña de los Grundrisse.

³² Karl Marx, *Grundrisse der Kritik der politischen Ökonomie*, Moscú, Verlag für Fremdsprachige Literatur, volumen I: 1939, xvi + 764 páginas; volumen II, 1941, 339 páginas. Una reedición de ésta apareció en Berlín, Dietz, 1953, en un volumen de mil 102 páginas. La edición rusa está incluida en Marx-Engels, *Sochinenia*, tomo 42, Moscú, 1968-69, 2 volúmenes. Respecto a las lenguas latinas, los *Grundrisse* también se tradujeron al francés e italiano a finales de la década de 1960: Karl Marx, *Fondements de la Critique de l'Économie Politique*, París, Anthropos, 1967-68, 2 volúmenes: XII, 513; y XII, 762 páginas. Traducción de Roger Dangeville; Karl Marx, *Lineamenti fondamentali della critica dell'economia politica*, Firenze, La Nuova Italia, 1968-69, 2 volúmenes, traducción de Enzo Grillo.

³³ Karl Marx, *Elementos fundamentales para la crítica de la economía política (borrador) 1857-1858*, Buenos Aires, Siglo XXI, 3 volúmenes, 1971, 1972, 1976. Traducción de Pedro Scaron, edición a cargo de José Aricó, Miguel Murmis y Pedro Scaron, a partir de la edición alemana: *Grundrisse der Kritik der Politischen Ökonomie (Rohentwurf) 1857-1858*, Berlin, Dietz Verlag, 1953. Antecedida de “Presentación” de los tres editores, “El Marx desconocido”, de Martin Nicolaus, “Prólogo a la primera edición en alemán (Moscú, 1939)”. A partir de la segunda edición la reedita Siglo XXI de México; totalizó, entre 1971 y 1997, 7 ediciones. Los primeros dos volúmenes aparecieron en la colección Pensamiento Fundamental, retomando la denominación de Signos, pero luego se integró en la Biblioteca del Pensamiento Socialista de Siglo XXI.

³⁴ Carlos Marx, *Los fundamentos de la crítica de la economía política*, Madrid, Alberto Corazón, 1972, 2 volúmenes, 399 y 708 páginas. Serie Comunicación, 14, 15. Traducción de Agustín García Tirado y Socorro Thomas.

³⁵ Carlos Marx, *Fundamentos de la crítica de la economía política*, La Habana, Instituto del Libro / Ediciones de Ciencias Sociales, 1970, 1971. Traducción del francés de Mario Díaz Godoy. Incluye el prólogo a la edición francesa de Roger Dangeville.

³⁶ Karl Marx, *Líneas fundamentales de la crítica de la economía política (Grundrisse)*, Barcelona, Grijalbo / Crítica, 1977, 2 volúmenes, mil 138 páginas, OME 21, 22, traducción de Javier Pérez Royo.

³⁷ Marx, Carlos, *Grundrisse. Lineamientos fundamentales para la crítica de la economía política 1857-1858*, México, FCE, 1985, 2 volúmenes, 461 y 544 páginas, traducción de Wenceslao Roces. Colección Economía.

³⁸ “Karl Marx. *El capital. Libro primero...*”, Buenos Aires, Siglo XXI, sin fecha [cerca de 1974], 36 páginas. El folleto ofrecía también la conferencia de Roman Rosdolsky, “Observaciones sobre el método de *El capital*” [1967], en la que es interpelado por Iring Fetscher, Alfred Schmidt y Oskar Negt.

³⁹ Karl Marx, *El capital. Crítica de la economía política*, Buenos Aires / Madrid / México, Siglo XXI, 1975-1981, 8 volúmenes, traducción,

advertencia y notas de Pedro Scaron.

⁴⁰ Pedro Scaron, “Advertencia del traductor”, en Karl Marx, *El capital. Crítica de la economía política*, Buenos Aires, Siglo XXI, 1975, tomo I, volumen I, página VIII. Las itálicas son de Scaron.

⁴¹ *Ibidem*, página IX.

⁴² *Ibidem*, página X.

⁴³ *Ibidem*, página XI.

⁴⁴ *Ibidem*, página XI. Las itálicas son de Scaron.

⁴⁵ *Ibidem*, páginas XIII-XVI.

⁴⁶ Friedrich Engels, “Wie man Marx nicht übersetzen soll” [Cómo no debe traducirse a Marx], en Marx-Engels, *Werke*, Berlín, Dietz, 1962, tomo XXI, página 230. Citado en Pedro Scaron, obra citada, página XVII.

⁴⁷ Pedro Scaron, “Advertencia del traductor”, obra citada, página XVII.

⁴⁸ Testimonio de Miguel Murmis al autor, Buenos Aires, correo electrónico del 28 de septiembre de 2016. Para ciertos pasajes complejos se consultó a Margarita Rittau. En la traducción de los siguientes tomos se constituyó un pequeño equipo de traductores por Diana Castro (quien tuvo a su cargo la primera versión del tomo II), León Mames (llevó a cabo la primera versión del tomo III) y el propio Scaron, que revisó dichas versiones. [Pedro Scaron], “Diálogo con el traductor de la nueva edición de *El capital*. Arrojar la cara, no el espejo”, en *La Opinión Cultural*, Buenos Aires, 7 de diciembre de 1975, página 8.

⁴⁹ [Pedro Scaron], “Diálogo con el traductor de la nueva edición de *El capital*. Arrojar la cara, no el espejo”, obra citada, página 8.

⁵⁰ Pedro Scaron, “Advertencia del traductor”, obra citada, página XXI.

⁵¹ Como sugiere el propio Marx, al afirmar que “posee un valor científico independiente del original”. Karl Marx, “Al lector” [1875], en Karl Marx, *El capital. Crítica de la economía política*, Buenos Aires, Siglo XXI, 1975, tomo I, volumen I, página 22.

⁵² Pedro Scaron, obra citada, página XXXVII.

⁵³ *Ibidem*.

⁵⁴ P. S., “Advertencia a la presente edición”, en *El capital*: Karl Marx, *El capital. Crítica de la economía política. Tomo II, volumen IV. El proceso de circulación del capital*, Buenos Aires, Siglo XXI, enero de 1976, página VII.

⁵⁵ *Ibidem*, páginas XII-XIII.

⁵⁶ *Ibidem*, página XI, n. 5.

⁵⁷ Testimonio de Luis Sabini al autor, Buenos Aires, sucesivos correos electrónicos de octubre, noviembre y diciembre de 2016.

⁵⁸ Ivonne Trías, *Hugo Cores. Pasión y rebeldía en la izquierda uruguaya*, Montevideo, Trilce, 2008, páginas 49-50.

⁵⁹ Gustav Landauer, *La revolución*, Buenos Aires, Proyección, 1961; Peter Heintz, *La problemática de la autoridad en Proudhon*, Buenos Aires, Proyección, 1963.

⁶⁰ Pedro Scaron (selección, traducción y notas), “Karl Marx y América Latina”, en *Cuadernos de Marcha* número 14: *Marx y la evolución del marxismo (II)*, Montevideo, junio de 1968, páginas 12-40. En su “Advertencia”, Scaron hace referencia a los marxistas latinoamericanos y también a quienes “no nos denominamos marxistas”, obra citada, página 12.

⁶¹ Pedro Scaron (editor), Karl Marx-Friedrich Engels, *Materiales para la historia de América Latina*, Buenos Aires, PyP, agosto de 1972, primera edición.

⁶² Testimonio de Miguel Murmis al autor, Buenos Aires, octubre de 2016.

⁶³ A finales de 2016, el primer volumen conocía 28 reimpressiones, el

segundo 24 y el tercero 8, más una nueva edición con índice en 1988 que, a su vez, alcanzaba las 10 reimpresiones. El cuarto volumen fue reimpreso 19 veces y el quinto 6, a las que se suma una segunda edición con índice en 1987, que conoció 9 reimpresiones. El volumen 6 conoció 21 ediciones, el séptimo 16 y el octavo 13. Datos proporcionados por Siglo XXI de México el 13 de octubre de 2016, que debo a la amabilidad de la gerente de Producción, María Oscos, y de la editora de Siglo XXI de Argentina, Caty Galdeano.

⁶⁴ Vicente Romano, "Nota preliminar del traductor", en Karl Marx, *El capital. Crítica de la economía política*, Madrid, Akal, 1976, páginas 7-8.

⁶⁵ Ibídem, página 8.

⁶⁶ Ibídem, página 9.

⁶⁷ Ibídem, página 9.

⁶⁸ Ibídem, página 12.

⁶⁹ Karl Marx, *El capital. Crítica de la economía política*, Barcelona, Grijalbo, 1976, libro I, parte I: El proceso de producción del capital. Colección OME (Obras Marx-Engels), volumen 40, 424 páginas; Karl Marx, *El capital. Crítica de la economía política*, Barcelona, Grijalbo, 1976, libro I, parte II: El proceso de producción del capital. Colección OME, volumen 41, 482 páginas; Karl Marx, *El capital. Crítica de la economía política*, Barcelona, Grijalbo, 1980, volumen II: El proceso de circulación del capital. Colección OME, volumen 42, 563 páginas.

⁷⁰ "La forma en que se presenta en OME *El capital* es la más corriente en la tradición editorial, la forma última que le dio Engels: la de la cuarta edición alemana del libro I y las primeras ediciones alemanas de los libros II y III. [...] El criterio de OME para la edición de *Capital* I-III es el MEW, edición tomada como base". Manuel Sacristán, "Nota editorial sobre OME 40-44 (*El capital*)", en Karl Marx, *El capital. Crítica de la economía política*, Barcelona, Grijalbo, 1976, libro I, parte I, volumen 40, página XIII.

⁷¹ "Esta solución editorial es discutible, nada inconcusa. Y ha sido ya puesta en discusión y abandonada en la práctica en un caso digno de nota: Maximilien Rubel, pese a expresar gran estimación del trabajo editorial de Engels, ha optado por separarse de él en algunos puntos de su edición de las obras económicas de Marx (también se aparta en un punto de los criterios del mismo Marx, al organizar el libro I de *El capital*). De acuerdo con los principios generales de OME, aquí no se va a emprender la discusión posible sobre ese asunto, del mismo modo que, en general, los prólogos y las notas de esta edición intentarán abstenerse de afirmaciones doctrinales y de interpretaciones. En la presente nota se trata sólo de reunir para comodidad del lector informaciones, elementos de juicio acerca de la forma editorial en que se suele presentar y se presenta en OME la obra: principalmente, se ofrece un fichero de textos de Marx y Engels que documentan el proceso editorial de *El capital*". Ibídem, página XIII.

⁷² Manuel Sacristán, "Nota editorial sobre OME 41 (*El Capital*)", en Karl Marx, *El capital. Crítica de la economía política*, Barcelona, Grijalbo, 1976, libro I, parte II, volumen 41, página XIII.

⁷³ Sacristán comenta aquí la "Advertencia a la presente edición" que aparece firmada "P. S." en Karl Marx, *El capital. Tomo II, volumen IV*, Buenos Aires, Siglo XXI, obra citada, páginas VII-XVI.

⁷⁴ Manuel Sacristán, "Nota editorial sobre OME 42 (*El capital*, libro II)", en Karl Marx, *El capital. Crítica de la economía política*, Barcelona, Crítica. Grupo Editorial Grijalbo, 1980, libro II, volumen 42, página xv.

⁷⁵ Manuel Sacristán, *Escritos sobre El capital (y textos afines)*, Barcelona, El Viejo Topo / Fundación de Investigaciones Marxistas, 2004, página 391.

⁷⁶ Manuel Sacristán, *Escritos sobre El capital (y textos afines)*, obra citada, página 95.

⁷⁷ Sebastián Zarricueta Cabieses, Manuel Hidalgo, Rafael Agacino, "La edición chilena del tomo I de *El capital*", en Carlos Marx, *El capital. Crítica de la economía política*, Santiago de Chile, LOM, 2010, tomo I, página 11.

⁷⁸ Carlos Marx, *El capital. Proceso de producción del capital. Tomo primero, libro I*, Moscú, Progreso, 1990, 790 páginas. Traducción de Cristián Fazio. Redactor de la revisión en castellano: Hugo Fazio.

⁷⁹ "A fruncir el ano los momios: ¡Marx a la vista!", en *The Clinic*, 11 de septiembre de 2010, Santiago de Chile, disponible en <http://www.theclinic.cl/2010/09/11/a-fruncir-el-ano-los-momios-%C2%A1marx-a-la-vista/>

⁸⁰ Carlos Marx, *El capital. Proceso de producción del capital. Tomo primero, libro I*, Santiago de Chile, LOM, 2010. Traducción de Cristián Fazio. Redactor de la revisión en castellano: Hugo Fazio. Véase Javier Olivares, "El joven economista que redactó el prefacio de *El capital*", Santiago de Chile, 4 de mayo de 2011, disponible en <http://colectivoandamios.blogspot.com.ar/2011/04/el-joven-economista-que-redacto.html>

⁸¹ Carlos Marx, *El capital: Proceso de producción del capital. Tomo primero, libro I. Proceso de producción del capital*, Santiago de Chile, LOM, 2010, 856 páginas. Traducción de Cristián Fazio. Redactor de la revisión en castellano: Hugo Fazio.

⁸² Franco Andreucci, "La difusión y vulgarización del marxismo" [1979], en Eric Hobsbawm, y otros, *Historia del marxismo*, Barcelona, Bruguera, volumen 3, 1980, páginas 76-78.

⁸³ Adolfo Posada, "Socialismo y reforma social" [1904], citado en Andreucci, obra citada, página 80.

⁸⁴ Ibídem, páginas 85-86.

⁸⁵ *Catálogo general de la Biblioteca Popular de Salta. Confeccionado por el bibliotecario Sr. Francisco E. Gallegos*, Salta, Imprenta y Librería del Comercio, 1908. Figura el tomo I de *El capital*, aunque lamentablemente no indica datos de edición.

⁸⁶ José Aricó, *La hipótesis de Justo. Escritos sobre el socialismo en América Latina*, Buenos Aires, Sudamericana, 1999, página 40.

⁸⁷ Elías Lafertte, *Vida de un comunista (Páginas autobiográficas)*, Santiago de Chile, Talleres Gráficos Lautaro, 1957, páginas 95-96.

⁸⁸ Nicolás Repetto, *Mi paso por la política. De Roca a Yrigoyen*, Buenos Aires, Rueda, 1956, páginas 34-35.

⁸⁹ Roberto F. Giusti, *Visto y vivido. Anécdotas, semblanzas, confesiones y batallas*, Buenos Aires, Losada, 1965, página 86.

⁹⁰ Johann Most, *Kapital und Arbeit. Ein populärer Auszug aus „Das Kapital“ von Karl Marx*, Chemnitz, Zweite verb. Aufl., Genossenschafts-Buchdruckerei Chemnitz, 1876; Johann Most, *Capital y Trabajo. Extracto popular de El Capital, revisado y reelaborado por Marx y Engels*, México, Extemporáneos, 1973, trad. de Manuel Arbolí Gazcón sobre la base de la reedición preparada por Hans Magnus Enzensberger en 1972.

⁹¹ *Karl Marx's ökonomische lehren. Gemeinverständlich dargestellt und erläutert von Karl Kautsky*, Stuttgart, Dietz, 1887. La primera traducción completa que registramos es Carlos Kautsky, *La doctrina económica de Carlos Marx*, Buenos Aires, Lautaro, 1946, traducción de Anny Dell'Erba. Esta versión fue reeditada en la década de 1970 por diversos sellos: Santiago de Chile, Quimantú, 1972; Buenos Aires, El Yunque, 1973; Buenos Aires, Distribuidora Baires, 1974.

⁹² *El capital de Carlos Marx al alcance de todos*, Barcelona, Biblioteca Liberación, 1931, prólogo de J. Guillaume; *El capital de Carlos Marx*

al alcance de todos, Valencia, Biblioteca Orto, 1932, 101 páginas. Versión española de Eloy Muñiz. Dos pesetas; El capital de Carlos Marx al alcance de todos, Mataró, Ediciones Julio Pi, 1937, versión española de Eloy Muñiz.

⁹³ Pedro Ribas, *La introducción del marxismo en España (1869-1939)*, obra citada, páginas 43-44.

⁹⁴ El capital. *Resumido y acompañado de un estudio acerca del socialismo científico*, por Gabriel Deville, Madrid, Establecimiento Tipográfico de Ricardo Fe, 1887, LVI + 263 páginas. Traducción de Antonio Atienza. Cuatro pesetas.

⁹⁵ “La traducción castellana de *El capital*”, obra citada, página 20.

⁹⁶ Carlos Marx, *El capital*. Traducción del arreglo francés hecho bajo la dirección del autor. Versión española de T. Álvarez, Valencia, F. Sempere y Cía., [sin fecha noviembre de 1903], 251 páginas. *Biblioteca Filosófica y Social*; Carlos Marx, *El capital*. Traducción del arreglo francés hecho bajo la dirección del autor. Versión española de T. Álvarez, Valencia, F. Sempere y Cía., [sin fecha, cerca de 1904?], 251 páginas. *Biblioteca Filosófica y Social*; Carlos Marx, *El capital*. Traducción del arreglo francés hecho bajo la dirección del autor. Versión española de T. Álvarez, Valencia, Prometeo [sin fecha, cerca de 1905], 246 páginas; Carlos Marx, *El capital*. Traducción del arreglo francés hecho bajo la dirección del autor. Versión española de T. Álvarez, Valencia, Prometeo [sin fecha, cerca de 1907].

⁹⁷ Rafael Pérez de la Dehesa, “Estudio preliminar” a Federico Urales (seudónimo de Juan Montseny), *La evolución de la filosofía en España*, Barcelona, Laia, 1977, página 33; Ribas, *La introducción del marxismo en España (1869-1939)*, obra citada, página 44. En total, 26 mil ejemplares del resumen de Deville editados en menos de 9 años: la cifra es importantísima para el mercado de lectores de la época, pero en términos relativos es apenas poco más de la mitad de lo que vendió *La conquista del pan*, de Kropotkin, para un periodo algo más breve en la misma editorial. La cultura anarquista seguía siendo hegemónica en el mundo de habla hispana, al menos en España y Argentina.

⁹⁸ *El capital*, por Carlos Marx, resumido por Gabriel Deville. Nueva traducción española precedida de un estudio crítico por Wilfredo Pareto y seguida de un apéndice de Pablo Lafargue, Madrid, Beltrán, 1922, 270 páginas. *Biblioteca Moderna de Filosofía y Ciencias Sociales*; Carlos Marx, *El capital*, Barcelona, Editorial B. Bauzá [1930], 264 páginas + VIII. *Biblioteca Helios*. Tres pesetas. Traducción de Dionysios [Dionysios era el seudónimo del anarquista catalán Antonio García Birlan (1891-1984)] Edición resumida por Gabriel Deville; Carlos Marx, *El capital*, Barcelona, Editorial B. Bauzá [1932], 200 páginas + VIII. *Biblioteca de Cultura*. Tres pesetas. Traducción de Dionysios (seudónimo). Edición resumida por Gabriel Deville; Carlos Marx, *El capital. Crítica de la economía política*, Barcelona, Editorial Cervantes, 1931, 215 páginas. Versión española de Vicente Clavel. Edición resumida por Gabriel Deville; *El capital* resumido por Gabriel Deville. Nueva traducción española precedida de un estudio crítico por Wilfredo Pareto y seguida de un apéndice por Pablo Lafargue, Madrid, Beltrán, 1932, 270 páginas, segunda tirada. *Biblioteca Moderna de Filosofía y Ciencias Sociales*. Rústica, cinco pesetas, tela, siete pesetas; “El capital”, en Carlos Marx, *El capital. Manifiesto comunista. Precios, salarios y ganancias*, versión de Juan España, Madrid, Bergua, 1932, 389 páginas. Biblioteca de Bolsillo, 6; “El capital”, en Carlos Marx, *El capital. Manifiesto comunista. Precios, salarios y ganancias*, Versión de Juan España, Madrid, Bergua, 1935, 375 páginas. Biblioteca de Bolsillo.

⁹⁹ *El capital resumido por Gabriel Deville*, Buenos Aires, Claridad [sin fecha, cerca de 1930], 201 páginas, versión de Gabriel Deville. Estudio

preliminar sobre Marx de R. Wilbrandt y apéndice de P. Lafargue. Traducción de Luis Bertrán Contreras. No sabemos los años de publicación de la segunda y tercera ediciones. Una de esas ediciones, sin fecha, de los decenios 1930 o 1940, 228 páginas. Según la sexta edición (de 1961), las ediciones siguientes fueron cuarta: 1946, quinta: 1957, sexta: 1961.

¹⁰⁰ Carlos Marx, *El capital (resumido por Gabriel Deville)*, Buenos Aires, Problemas, sin fecha [cerca de 1939]; Carlos Marx, *El capital*, La Plata, Calomino, 1946. Traducido del alemán [sic] por Carlos Kolbert.

¹⁰¹ *El capital. La producción capitalista y su desarrollo*, Buenos Aires, Tor, 1946, 189 páginas, prólogo de Walter Oldson (versión resumida de Deville). Incluye una nota erudita sobre “La[s] traducción[es] castellana[s] de *El capital*”, escrita presumiblemente por un español.

¹⁰² Carlos Marx, *El capital*. Resumido por Gabriel Deville. Nueva traducción española y seguida de un apéndice por Pablo Lafargue, México, Impresora Clásica, 1963, 215 páginas. *Síntesis de El capital de Carlos Marx*, La Habana, Imprenta Nacional de Cuba, 1961, 295 páginas.

¹⁰³ Karl Marx, *Le capital*. Édition populaire par Julien Borchardt. Texte français établi par J.-P. Samson, Paris, Presses Universitaires de France, 1935, 488 páginas. Una tercera reimpresión apareció en 1956 y una cuarta en 1963.

¹⁰⁴ Carlos Marx, *El capital. Análisis de la producción capitalista*. Edición compendiada de los tres libros que abarca la obra, por Julian Borchardt, Santiago de Chile, Ercilla, 1935. Traducción especial para Ercilla por Carlos Manuel Cox.

¹⁰⁵ Carlos Marx, *El capital*. Versión abreviada de Julian Borchardt, México, Sánchez Mato editor, 1980, 1981, 3 mil ejemplares.

¹⁰⁶ León Trotsky, *El pensamiento vivo de Karl Marx*, Buenos Aires, Losada, 1940. Traducción de Luis Echávarry.

¹⁰⁷ Carlos Marx, *El capital. Tomo 1*. Síntesis y adaptación a la economía argentina de Eduardo B. Astesano, Buenos Aires, Clase Obrera, 1955, 252 páginas. Prólogo de Rodolfo Puiggrós.

¹⁰⁸ Rodolfo Puiggrós, “Prólogo” a Carlos Marx, *El capital. Tomo 1*. Síntesis y adaptación a la economía argentina de Eduardo B. Astesano, Buenos Aires, Clase Obrera, 1955, página 12.

¹⁰⁹ Eduardo B. Astesano, obra citada, página 211.

¹¹⁰ Luis Alberto Romero, “Una empresa cultural: los libros baratos”, en Leandro Gutiérrez y Luis Alberto Romero, *Sectores populares, cultura y política. Buenos Aires en la entreguerra*, Buenos Aires, Sudamericana, 1995, páginas 45-68; Dora Barrancos, *La escena iluminada. Ciencias para trabajadores. 1890-1930*, Buenos Aires, Plus Ultra, 1996; Luis de Francisco, *Cincuenta años de cultura obrera en España*, Madrid, Fundación Pablo Iglesias, 1994.

¹¹¹ Diego Guerrero, *Un resumen completo de El capital de Marx*, Madrid, Maia Ediciones, 2010.

¹¹² Karl Marx, *El capital (el manga)*, Barcelona, Herder, 2013, 400 páginas. Traducido del japonés; *Polylux Marx. Material educativo para la lectura de El Capital*, México, Fundación Rosa Luxemburgo, 2014, traducido del alemán.

¹¹³ Alexander Kluge, *Nachrichten aus der ideologischen Antike. Marx - Eisenstein - Das Kapital*, 2008.

¹¹⁴ Roberto Schwarz, “Un seminario de Marx”, en *Punto de Vista* número 54, Buenos Aires, abril de 1996, páginas 34-43.

¹¹⁵ Marta Harnecker, *El capital. Conceptos fundamentales* / I. Lapidus y K. Ostrovitianov, *Manual de economía política*, Santiago de Chile, Universitaria, 1971. Luego reeditado ampliamente por Siglo XXI.

¹¹⁶ David Harvey, *Guía de El capital de Marx*. Libro primero [2009], Madrid, Akal, 2014.

CONTRADICCIONES DE LA CONSTITUCIÓN DE LA CIUDAD DE MÉXICO

PABLO CÓMEZ ÁLVAREZ

La Constitución de la Ciudad de México (CCM) es una mezcla de ley fundamental, declaración de principios y programa de gobierno. No sólo prescribe derechos y sus garantías —muchos de ellos diferidos y de logro gradual, aunque sin fechas— y define el sistema político sino, también, incluye principios y metas muy generales, así como definiciones sociológicas y filosóficas.

Esta nueva Constitución se caracteriza por la introducción de varios derechos que no se encuentran expresamente en el orden jurídico nacional, no sólo fundamentales sino también de otro carácter. Mas también crea instituciones y procedimientos para hacer valer los derechos conferidos, entre ellas la acción ciudadana de inconstitucionalidad y la acción de protección efectiva de derechos, con resolución inmediata de parte de jueces de tutela.

Sin embargo, en materia del sistema político, la nueva Constitución no modifica el presidencialismo ni fortalece el Congreso, más allá de que el jefe del gobierno se encuentra obligado a comparecer ante el Poder Legislativo. En cuanto a las alcaldías, debido al contenido de las disposiciones constitucionales federales, se mantiene el criterio de contar con instancias locales que no son ayuntamientos sino que los nuevos concejos funcionarán sólo como órganos de control, escenario deliberativo e instancia para sancionar proyectos presupuestales.

La forma en que se integró la Asamblea Constituyente arrojó una falsificada relación de fuerzas como consecuencia de la presencia de 40 legisladores, de un total de 100, que no fueron elegidos sino nombrados por los poderes establecidos, introduciendo un inaudito elemento antidemocrático de ilegitimidad. Además, todas las resoluciones tuvieron que ser tomadas mediante una mayoría de dos tercios, lo cual hizo aún más complicada la lucha parlamentaria.

La Constitución tiene 427 mil caracteres con espacios, equivalentes a 237 cuartillas con 64 mil 672 palabras. Su extensión, la mayor en el país, es consecuencia de su diseño, el

cual la convierte en un documento de difícil manejo debido al sistema de exposición, ya que con frecuencia un mismo tema está presente en varios lugares. El texto se caracteriza por ser repetitivo y en ocasiones farragoso, pero sus mayores problemas son las contradicciones que contiene, algunas de las cuales se abordarán en el presente artículo.

La CCM incluye dos concepciones diferentes y contradictorias sobre los derechos. Por un lado, se declara “la dignidad humana” como principio rector supremo y sustento de los derechos humanos. Con esto se asume que los derechos son naturales, provienen de un carácter humano definido antes. Por otro lado, al referirse a los fines de la “soberanía”, se proclama como objeto de ésta “preservar, ampliar y garantizar los derechos humanos y el desarrollo integral y progresivo de la sociedad”, con lo cual se refleja una concepción de los derechos como conquistas, como productos históricos de la lucha política.

Se prescribe la existencia de figuras de democracia directa y participativa (se crean los instrumentos democráticos de referéndum, consulta popular, iniciativa ciudadana, consulta ciudadana y revocación de mandato), pero la forma de gobierno no se define como participativa sino sólo bajo la conocida fórmula de “republicana, representativa, laica y popular”. Sin embargo, como parte del “sistema” sí se agrega el concepto “participación social”, y como elemento del “ejercicio del poder” se introduce el término “democracia directa, representativa y participativa”.

Dice la Constitución que “la sustentabilidad de la ciudad exige *eficiencia*” y que de “ello dependen su *competitividad*, productividad y prosperidad”, pero dos artículos más abajo agrega como “principio” la “defensa del Estado democrático y social”. De esa forma se reproduce, aunque sin definición, el término de “competitividad”, tomado del artículo 25 de la Constitución federal, pero al mismo tiempo se incluye el concepto de “Estado democrático y social”, el cual no proviene de

la Carta Magna. En esta revuelta política, la derecha ha admitido el Estado social, mientras la izquierda ha asumido la “competitividad” como parte del artículo 1o. que define la entidad.

En el artículo 3o. hay un pronunciamiento a favor de “la más justa distribución del ingreso”, dejando de lado el hecho de que ahora es injusta. Mas para proseguir el cuadro contradictorio, se proclama “el respeto de la propiedad privada”, con lo cual se va mucho más lejos que el artículo 25 de la Carta Magna, donde se habla de apoyar “empresas de los sectores social y privado”, y se postula el mandato de alentar y proteger “la actividad económica que realicen los particulares”. Todo ello no parece refutar el artículo 27 de la misma Constitución federal, que reivindica la propiedad originaria de la nación sobre la tierra y las aguas, así como la capacidad exclusiva de ésta de constituir la propiedad privada sobre esos bienes. Tampoco contradice ese artículo 25 la declaración del 27 de la Constitución federal: “La nación tendrá en todo tiempo el derecho de imponer a la propiedad privada las modalidades que dicte el interés público”. Sin embargo, el texto de la CCM que prescribe el “respeto de la propiedad privada” es ya otra definición ideológica y también otro compromiso político que, además, podría crear problemas adicionales a los existentes, en especial cuando se requiera hacer expropiaciones, ya que éstas, evidentemente, no respetan la propiedad privada sino la eliminan.

Entre el manojo de contradicciones de la CCM se encuentra una que tiene carácter de acotación estructural de derechos sociales: el límite para hacerlos efectivos es el “máximo de recursos públicos” de que dispongan las autoridades. La cuestión debió ponerse al revés: los poderes públicos deben asegurar los ingresos necesarios para garantizar los derechos constitucionales. Pero, con el anclaje de “recursos disponibles”, no habrá derecho social alguno que pueda ser efectivamente reclamado.

Como prevención del *anclaje*, se establece, en el mismo artículo 5o., que en contextos de “limitaciones graves de recursos”, se optará por programas específicos y económicos que permitan salvaguardar “los niveles esenciales de los derechos”. Pero ¿cuáles podrían ser éstos, digamos, en la educación básica? Con “limitaciones graves de recursos”, ¿quiénes tendrían acceso y quienes no al ejercicio de derechos sociales? Quizá la nueva Constitución se refiere a fenómenos existentes como el que se observa en la atención médica. Podemos ahora observar que a los más pobres no se proporciona atención médica de todas las enfermedades; es decir, en realidad no se cubren todos los “niveles esenciales”.

Es conocido que no todos los derechos aceptados son alcanzables para todos, ni sus garantías operan siempre, pero una carta fundamental no debería ponerles un tope ni declararlos en estado de “nivel esencial”. Las constituciones abren un espacio de lucha social, pero la recién aprobada en la Ciudad de México pretende cerrarlo, pues limita de por sí la efectividad de los derechos.

La CCM crea el Sistema Integral de Derechos Humanos, el cual contará con un comité formado por representantes de la

Jefatura del Gobierno, el Congreso, el Poder Judicial, el Cabildo, cuatro personas de la sociedad civil, tres más de las instituciones de educación y la Comisión de Derechos Humanos de la Ciudad de México.

Está de moda abordar grandes problemas a través de articulaciones formalistas de diversas entidades públicas, llamadas “sistemas”. La CCM tiene varios. Mas en el plano de los derechos humanos, esto lleva a confusiones. La Constitución federal dice en el artículo 1o. que todas las autoridades están obligadas a promover, respetar, proteger y garantizar tales derechos. No se requiere por tanto ningún “sistema”, pues ya está previsto en la Carta Magna, sin burocracias adicionales. Además, la CDH de la Ciudad de México es el defensor del pueblo y tiene carácter muy especial en cuanto a su independencia, por lo cual es del todo inconveniente que forme parte de estructuras gubernamentales. Para propiciar una intervención ciudadana en sus tareas, la CDH cuenta con su consejo, integrado por personas designadas por el Congreso y sin retribución.

Asimismo, si ya se confiere a la Comisión de Derechos Humanos la capacidad de recurrir a la nueva sala constitucional cuando la autoridad no acepte su recomendación (innovación que deberá llevarse cuanto antes a todos los estados y la federación), entonces ¿qué objeto tiene crear un “comité” a cuya mesa estarán sentados los mismos demandados por la CDH?

En un sentido contrario a la tendencia de crear sistemas inoperantes y simplemente burocráticos, la CCM crea instancias nuevas para defender derechos, tanto en forma individual como colectiva. Así, se han creado instituciones: la *acción de protección efectiva de derechos* y el *juicio de restitución obligatoria de derechos humanos*.

Estos instrumentos se procesarán en juzgados especializados y en la Sala Constitucional del Tribunal Superior de Justicia. Respecto a esta última, una de las muchas propuestas previas consistía en crear un tribunal constitucional de derechos como órgano especializado del Poder Judicial de la ciudad, con su organicidad e independencia, pero la Constituyente prefirió innecesariamente formar una sala en un tribunal viejo no acostumbrado a garantizar los derechos humanos.

La nueva Constitución habla del derecho de cada persona a “actuar de acuerdo con sus convicciones éticas”. Este elemento, incluido en la parte relativa a la *libertad de creencias* (artículo 6.I.) y aparentemente inocuo, podría ser materia de incontables controversias no producidas en el país durante décadas. Un profesor que imparta religión o ateísmo estaría “actuando” de acuerdo con sus convicciones éticas, pero la escuela ya no sería laica. Podría haber otros ejemplos en el campo de la medicina y otras profesiones, así como respecto a las obligaciones constitucionales de toda persona. Las creencias son absolutamente libres en un sistema jurídico sin tribunales de conciencia. La Constitución federal prohíbe la discriminación por las opiniones, por lo cual no se legisla en realidad sobre el libre pensamiento sino acerca de las libertades de expresión y de difusión de las ideas por cualquier medio; es decir, del pensamiento.

Pero ahora se habla de la libertad de cada persona de *actuar* “conforme a sus *convicciones éticas*” y, por tanto, nunca en contra de ellas, lo cual ya sería diferente de la libertad de manifestar y difundir dichas convicciones.

“Queda prohibida la criminalización de la protesta social y la manifestación pública”, dice la CCM. Indica también, pero en el apartado de *libertad de expresión* (7.C.4), que “la protesta social es un derecho individual y colectivo que se ejercerá de manera pacífica sin afectar derechos de terceros”. Aquí se entiende por “social” sólo el tema, como las reivindicaciones laborales, agrarias o estudiantiles. Así ubicada la cuestión, ¿sólo se trata de protestas y no de actos masivos de difusión de ideas o convocatorias? ¿Por qué no se agregó el concepto de “protesta política”? Enseguida se repite el requisito de expresión *pacífica*, el cual está en la Constitución federal, pero se agrega “sin afectar derechos de terceros”, lo que no se encuentra en la Carta Magna en referencia a las peticiones, protestas y manifestaciones, sino a la libertad de expresión y de difusión de las ideas; es decir, del contenido del discurso, pero nunca de la realización de actos colectivos como reuniones y manifestaciones públicas. Confundir estas últimas con la libertad de manifestación de ideas y su difusión no podría tener otro propósito que abrir resquicios para limitar la libertad del uso del espacio público para realizar marchas con el argumento de que, por su contenido, se afectarán “derechos de terceros”.

Ahora bien, si la movilidad supone un derecho, resulta inevitable que toda manifestación de cierto tamaño afecte en algo a otras personas, en alguno de sus derechos, lo que literalmente significaría que las manifestaciones, en especial las mayores, pudieran ser impedidas por la autoridad.

En el derecho a la información se toman textos vigentes (7.D.), pero no se hace lo mismo con el de difusión por cualquier medio, introducido recientemente en el artículo 7o. de la Constitución federal. Esta omisión no es menor porque la libre difusión abarca la prensa y los medios modernos de comunicación social.

El derecho a la educación también está tratado en forma contradictoria. Primero se refiere a ésta “en todos sus niveles” (8.1), pero luego, como “derecho universal”, se limita a la obligatoria que abarca hasta el bachillerato (8.2). Cuando se aborda más adelante (8.B.3) en forma suelta el tema de las becas (“apoyos materiales educativos”), tampoco se incluye la educación superior. Luego, en un giro inexplicable, el derecho de los adultos a la educación se confiere sólo hasta la secundaria.

En cambio, la nueva Constitución avanza respecto de la federal cuando establece que “toda educación pública” será gratuita. Esto es diferente del actual precepto del artículo 3o. de la Carta Magna, el cual limita la gratuidad a la educación que “imparta el Estado” y luego señala que éste “impartirá” educación desde preescolar hasta media superior y sólo “apoyará” la educación superior.

Sobre el ingreso, la nueva carta habla del derecho a un “mínimo vital” (9.A.2) “para asegurar una *vida digna* en los *términos* de esta Constitución”. Sin embargo, el concepto no se encuentra definido: no hay “términos”.

Respecto a la salud (9.D.1), la Constitución declara que a nadie será denegada la atención médica de urgencia, lo cual se hace necesario en un sistema de derechohabientes, como el mexicano, pero mantiene la ausencia del derecho universal porque reduce a las urgencias el derecho a la salud.

En relación con la vivienda, no se aprecia ningún cambio, pues no se aceptó la propuesta de que las familias adquirieran el derecho a tener aquella si cumplían el requisito de haber residido en la ciudad durante determinada cantidad de años y estar fuera de los institutos de vivienda con el sistema de cotización.

En cuanto al agua, se declara que ésta “será pública y sin fines de lucro”, y en otra parte se prohíbe su privatización, todo lo cual brinda un elemento de certeza en el debate sobre el líquido. Sin embargo, en la mencionada prohibición no fueron incluidos expresamente la administración, la distribución al usuario y el cobro, donde radica la más enconada polémica.



Aunque la Constitución habla (10.B.5.b) de un “seguro de desempleo”, en realidad define ayudas por tiempo limitado para desempleados, como funciona actualmente, pero sin que se constituya un fondo social de aseguramiento que pudiera cubrir el riesgo del desempleo.

La flamante Constitución, por vez primera, reconoce el trabajo en el hogar, pero de ahí no deriva derecho alguno (10.B.5.f).

Un precepto que pudo ser de importancia se mediatizó en el mismo texto constitucional: el derecho de los trabajadores de aprobar sus contratos colectivos y elegir a los líderes sindicales (10.B.8) mediante “voto personal, libre y secreto”, aunque sin mencionar el carácter *directo y universal* de dicha votación. Esta omisión se explica en la última parte del precepto, el cual especifica que “para la elección de dirigentes, los estatutos sindicales podrán fijar modalidades procedimentales aplicables a los respectivos procesos” (10.B.8). Esto significa que no hay nada nuevo.

Un elemento en verdad nuevo prescribe que la administración de los contratos de trabajo y de las condiciones generales se encuentra a cargo de *todos* los sindicatos existentes en proporción al número de sus integrantes. Esto supone que no hay legalmente sindicato único ni se puede excluir a los demás de la contratación colectiva y de la administración del contrato.

La nueva Constitución reconoce la pensión no contributiva para los adultos mayores, con carácter universal, con lo cual un programa social ampliamente acreditado se convierte en un derecho constitucional (11.F).

En el artículo 11.7. se habla de “grupos de atención prioritaria”. En ese concepto, en el Apartado C, se abordan los derechos de las mujeres. Aunque el texto no abunda en ellos sino sólo señala algo sobre la condición de las mujeres, el gran problema es que se les considera un “grupo”, cuando se trata de la mitad de la humanidad. Además, se les sitúa como un “grupo de atención prioritaria”; es decir, que se “debe atender” antes que a otros, sin saberse cuáles son. En esa madeja de confusiones, fallos e impertinencias, se tiene como resultado que, como dice el texto, para “erradicar la discriminación, la desigualdad de género y toda forma de violencia contra las mujeres”, en realidad se minusvalora a éstas al declarar que forman “un grupo de atención prioritaria”: se les considera igual que antes.

En línea con los derechos civiles de las personas comprendidas en las siglas LGTBTI, la Constitución reconoce su libertad para formar sus familias y gozar de los derechos y beneficios que tienen todas las demás. Éste es un precepto coherente con el matrimonio con derechos plenos entre personas del mismo sexo incorporado en las leyes locales y confirmado por la Suprema Corte de Justicia.

El artículo 57 define *pueblos y barrios* originarios como los integrados por los descendientes de los habitantes previos a la Colonia *que conservaron sus instituciones y cosmovisión*. Sin duda, hay pueblos y barrios indígenas en la Ciudad de México, y deben tener derechos como tales, pero la Constitución

crea un debate sobre un requisito hasta ahora inexistente: conservar sus instituciones anteriores a la Conquista y su cosmovisión también anterior. Esto parece más bien un obstáculo porque no es posible probar tales extremos: han pasado casi cinco siglos desde la caída de Tenochtitlán.

En el tema indígena, tratado con extensión, se introducen aspectos polémicos, entre ellos las políticas tendentes a separar a la población indígena de la que no lo es mediante la creación de instituciones sólo para indígenas, incluidas escuelas, y la asignación de funciones agrarias a autoridades tradicionales aunque no sean las regidas por la ley federal de la materia.

Se define la *autonomía* como la capacidad de los pueblos y barrios indígenas de la ciudad para “adoptar por sí mismos decisiones e instituir prácticas propias para desarrollar sus facultades económicas, políticas, sociales, educativas, judiciales, culturales”, pero éstas son justamente las que no tienen y no se les confieren con el nuevo texto constitucional. Se afirma que se deberá “garantizar su representación en el acceso a cargos de elección popular, atendiendo al porcentaje de población que constituyan en el ámbito territorial de que se trate”, mas tampoco se prescribe cómo y en qué instancia de representación.

Si el mayor problema actual es la separación histórica de los pueblos originarios del ejercicio del poder político a partir de la Conquista, la CCM no lo trata, en parte porque la ciudad carece de potestades para crear instancias de gobierno y en parte porque faltaron acuerdos políticos en la Constituyente.

Entre otros desatinos en el tema indígena, la Constitución sostiene el concepto de que el comercio en vía pública es una “actividad económica tradicional” de los indígenas que debe ser protegida como “factor de mantenimiento de su cultura”. Aquí, como en otros inesperados giros constitucionales, hay una confusión: los pueblos indios de México no tienen sustento cultural alguno en los precarios puestos callejeros donde los ha conducido el estado de opresión, explotación, discriminación y pobreza a que han estado sometidos.

En otro giro inesperado, la Constitución habla de los “derechos de las minorías religiosas” (10.P), pero no se precisa ninguno adicional a la libertad de los creyentes de todos los cultos y la aplicación del universal principio de no discriminación por motivos religiosos. Por otro lado, ¿hay en México, oficialmente, una *mayoría religiosa* como para poder hablar de *minorías*? Está claro que la religión mayoritaria es la católica, pero tal hecho no es de la incumbencia del Estado laico, para el que todas las religiones son iguales.

En el artículo 24 se confiere derecho al voto pasivo (ser votado) a los mexicanos por naturalización. Se trata de algo nuevo en el derecho político mexicano.

El artículo 14 se denomina “Ciudad segura”. Sobre la protección civil, la Constitución se abstiene de formar un servicio popular, aunque en otra parte se habla en forma suelta del “voluntariado”. Todo lo que se prescribe corresponde a la autoridad, por lo cual no se realiza el menor aporte a la protección civil en una ciudad de frecuentes desastres y que ha

demostrado enorme capacidad de solidaridad popular.

Lo que podría denominarse *derecho a la ciudad*, en especial de los espacios públicos, también está tratado en forma contradictoria. El artículo 13.D.2 ordena a la autoridad que evite la privatización de espacios públicos, pero no la prohíbe ni prevé su sanción, de tal forma que sólo se manifiesta una inquietud existente.

Pero, luego, asoman las prescripciones que sí tendrán expresiones concretas y prácticas. Dice la Constitución que las autoridades de la ciudad “garantizarán el rescate, mantenimiento e incremento progresivo del espacio público” y que “en ningún caso podrán tomarse medidas que tiendan a su destrucción o disminución.” (16.G.1). Sin embargo, en la modalidad del *traspaso*, dice también: “El gobierno de la ciudad, por causa de interés público, tendrá la facultad de transmitir el uso, goce o disfrute a los particulares”, lo cual evidentemente disminuiría el espacio público. Dispone que, al respecto, el Ejecutivo “establecerá los gravámenes que determine la ley”, lo cual supone un absurdo, pues no es posible que alguien establezca lo ya *determinado* mediante una ley. Mas se trata de que el Congreso indique que habrá gravamen por el uso privado de espacios públicos y que el Ejecutivo imponga las tarifas.

En el artículo 18 se declara que “los bienes culturales de dominio público y uso común no serán objeto de permiso o concesión a particulares, a excepción de la prestación de servicios que no sean ajenos a su naturaleza”. Como se dice algo se dice lo contrario.

A lo anterior se agrega que en los espacios públicos se podrán realizar “actividades culturales que permitan *financiar* su preservación, protección, conservación, uso sustentable y disfrute”. En este concepto hay dos posibilidades: se cobra a los usuarios o se encuentra patrocinio privado. En ambos casos habría una restricción en el acceso y, por tanto, una limitación del espacio público.

En el tema de los espacios públicos de la ciudad, en el fondo se expresa la conocida tendencia privatizadora, no obstante algunas frases que pudieran dar la impresión contraria.

En materia fiscal, la Constitución mandata a *las autoridades* a definir “las políticas de estímulos y compensaciones fiscales en términos y condiciones que señale la ley”. Otra vez se permite que el Congreso dé a la administración la función de *definir* lo prescrito en la ley. El propósito es situar los llamados *estímulos fiscales* en el Ejecutivo, como hace el Código Fiscal de la Federación, los cuales en realidad suelen ser exenciones de impuestos prohibidas en la Constitución federal.

Las principales contradicciones de la carta fundamental de la Ciudad de México consisten en que, por un lado, se admiten derechos nuevos y se crean instituciones para garantizarlos y, por otro, se permite la limitación en el ejercicio de los derechos sociales por falta de fondos a fin de sostenerlos y se imponen limitaciones para la libre manifestación. Algunos derechos nuevos se posponen, pero sin fecha cierta. En cuanto al sistema político, se proporcionan a la ciudadanía vías para

impugnar las decisiones del poder público, mas se deja intacto el sistema presidencialista. Mientras la Constitución se declara defensora de la propiedad pública, abre las puertas a la transmisión del dominio a los particulares, con lo cual mantiene en alto la tendencia privatizadora. Además, reconoce iniquidades sociales y culturales, pero no aterriza en derechos nuevos, mientras proclama algunos derechos que no encarnan sistemas para hacerlos valer.

Si durante casi tres décadas la izquierda ha sido mayoría en la Ciudad de México, la novísima Constitución debió reflejar tal situación política. Lo que impidió esto fue el mal acuerdo de convertir la entidad en una “ciudad autónoma”, cuando en realidad debió ser un nuevo estado de la Unión, como se ha venido señalando desde el olvidado 1823. La claudicación que al respecto realizó el todavía jefe del gobierno, cuando ya el federal había aceptado la creación del estado 32, es incomprensible, aun considerando la mediocridad característica de la administración local, pues se hizo a un lado la vieja aspiración, sostenida siempre por todas las izquierdas, de dotar a la Ciudad de México de plenos derechos, en lugar de seguir en el cajón especial de tratamiento discriminatorio que es el artículo 122 de la Constitución de la República. Al mismo tiempo, haber admitido 40 diputados biónicos para formar la Asamblea Constituyente fue un factor decisivo que derivó en las contradicciones incluidas en la nueva carta fundamental.

A partir de hora, todo será más difícil porque el conjunto de partidos minoritarios podrá a cada paso impedir las reformas tendentes a superar los contrasentidos, las ambigüedades y las ambivalencias de la CCM, cuyos contenidos supondrán materia de interminables disputas judiciales y políticas. **M**



HACER MEMORIA

EL CHE EN EL CHURO

RENÉ ZAVALA MERCADO



El tiempo resulta breve ahora, cuando se cumplen varios años de la caída de Ernesto “Che” Guevara, en la quebrada del Churo, lugar de matas quebradizas que la historia eligió para que hallaran remate los combates que discurrieron en la serranía de Nancahuazu y las abras hacia Vallegrande, durante casi todo el año 1967. Es cierto que, desde entonces, han sucedido muchas cosas, desde la muerte de Barrientos y el colapso mundial de la política de Johnson, hasta el propio gobierno bonapartista de Perú, pero se trata, a la vez, de esa clase de acontecimientos que nunca quedan definitivamente atrás.

Desde mi posición, que es solamente la de un nacionalista revolucionario boliviano, tengo ahora interés en hacer no el análisis general de la teoría de la guerrilla, que tiene tantísimo especialista, y ni siquiera de la teoría que sirvió o fue utilizada por esta guerrilla, sino el caso concreto en su más exterior expresión, la práctica tal como fue el movimiento armado de Cordillera, Vallegrande y Chuquisaca, sin hacer caso del origen ideológico que tuvo o del que reclamaba para sí, que dan para mucho más. Se podría decir que el Che boliviano no siempre se atuvo a los cánones del Che como teórico en general y, en algunos momentos, hasta se podría escribir que este Che negaba las teorías generales del Che. Para saberlo bastaría un cotejo no muy ambicioso de los textos que escribió, con su magnífica prosa creciente, con los hechos en que fue actor en Nancahuazu, pero ésa es la tarea que yo no me he propuesto.

Para la frustración de este extraordinario empeño actuaron algunos factores de la eventualidad que eran impredecibles en lo concreto, aunque previsibles en lo general, como el estallido prematuro de las acciones, la delación de algunos desertores, que eran quizás agentes de la seguridad, y la evasión política de los partidos comunistas bolivianos, que en esto no hicieron cosa distinta que seguir la línea política de sus iguales latinoamericanos. Pero también debemos considerar las buenas condiciones de tipo excepcional en el poder represor y su precaria eficacia, y a ello deben sumarse elementos de fracaso mucho más esenciales, los factores estructurales constantes dados por la geografía y el *fatum* demográfico pero, sobre todo, la básica desconexión campesina y minera de la guerrilla, que es sólo la prolongación de su soledad política y es ya resultado de su desdén por el pasado. Las reflexiones hechas acerca del incumplimiento de las normas de seguridad por la guerrilla de Nancahuazu son exactas, pero también sospechosamente fáciles, y hay que cuidarse de las explicaciones sencillas, porque suelen ser no una explicación sino un consuelo. Es evidente, en grueso, que no era necesario sacar tantas fotografías ni redactar diarios tan taxativos, y lo es, asimismo, en un grado todavía más intenso, que la guerrilla se vio obligada a existir en las acciones cuando estaba dispuesta a existir solamente en la exploración y el asentamiento. Pero, desde otro punto de vista, es claro que éstas son emergencias a las que está expuesta toda guerrilla rural en su proceso de instalación, y parece que nada hay más prematuramente descubierto que el desembarco del Granma que, sin embargo, no significó el fin del movimiento cubano porque había un mar social que lo hizo sobrevivir.

Si es “socialmente necesario” que la rebelión exista, ella tiene más posibilidades de permanecer. En todo caso, de la lectura del *Diario del Che* se deduce que la precipitación de las acciones no fue vista por los combatientes como algo totalmente desgraciado. Por el contrario, se entra en ellas —en las acciones— con una dosis sorprendente de optimismo, lo que significa que el carácter prematuro de Nancahuazu estaba previsto por los guerrilleros y que hechos similares lo están normalmente en cualquier empresa semejante.

Se podrían también mencionar las pretensiones de la CIA que, siquiera indirectamente, ha querido dar a entender que la presencia del Che fue afectada por rayos infrarrojos que enseñaron que los fuegos prendidos a lo largo de sus 330 almuerzos en Bolivia tenían tan ilustre estirpe. Hay muchos fuegos en la selva de Bolivia, y en el fuego no hay señal digital, pero hay mucho en esta historia para convencernos de que se sabe el paso más furtivo de nuestra vida y que la más recóndita de nuestras intenciones está sin embargo bajo el infrarrojo de su mirada ubicua. El infrarrojo existe ahora, y creo que no existía en el tiempo de la Sierra Maestra, pero los medios en Bolivia no necesitaron ser tan sofisticados, y más de una vez la tradicional inoperancia del ejército boliviano hubo de sorprenderse de la incompetencia de sus asesores, ellos sí engañados por su propia sobreinformación. Éste, desde luego, tampoco es el tema que nos interesa.

EL ANTECEDENTE DE 1949

“Nancahuazu —dice Pombo en su informe de septiembre de 1966— es un cañón entre las serranías de Piririnda al este y las serranías de Incahuasi al oeste”. Pues bien, para cualquier boliviano medio, *Incahuasi* es una palabra que tiene un significado. Es el apelativo con que se recuerda una de las mayores acciones libradas en la guerra civil de 1949: allí resistió el último bastión de los sublevados en un mes, allí la batalla que concluyó con varias centenas de muertos, campesinos de la zona en su mayoría armados apenas con lanzas de tacuara en un buen número. De Incahuasi, el ejército pasó a Camiri, donde fusiló a los presos más importantes (Mariaca y Zaconeta, entre otros) como corolario de la guerra civil en la que el MNR se apoderó de cinco de los nueve departamentos: Cochabamba, Santa Cruz, Potosí, Chuquisaca y Tarija. Las matanzas de Catavi, donde los mineros ultimaron en represalia a varios técnicos norteamericanos, el fin de la sangrienta resistencia de Potosí, cuyos alrededores fueron rodeados de cuerpos de mineros colgados en los postes de luz por el ejército, la espectacular toma de Chuquisaca y el enfrentamiento final de Incahuasi, son hechos muy conocidos en Bolivia.

El levantamiento fue concebido en términos de avanzar de la periferia al centro: Paz Estenssoro y su comando exiliado intentaron tomar Villazón, de donde debían avanzar hacia La Paz, distribuyendo las tierras entre los campesinos. El alzamiento fracasó en La Paz y en Oruro porque la policía lo descubrió;

es decir, porque hubo delación, pero ni ella pudo impedir el movimiento por su dimensión que, como contenido de clase y como extensión geográfica, era realmente nacional.

El MNR, que demostraría después ser un partido heterogéneo al máximo y de gran hibridez ideológica, que es un conjunto acumulativo de hombres y un archipiélago clasista, logró sin embargo organizar un movimiento de envergadura semejante. Fracasó en 1949 sangrientamente, y sangrientamente alcanzó el éxito en 1952. La delación pudo poco contra la ancha fuerza de su proyecto, y se sabe que la movilización del país junto a los insurrectos fue de tal naturaleza que a veces los mecanismos policiales delataban a la policía, y no al revés. La pregunta salta sola:

¿Por qué el MNR, híbrido y sin otra coherencia que la de su ser masivo, pudo conspirar con éxito en Bolivia y con el Ejército de Liberación Nacional (ELN), que reunía sin duda a los hombres más puros del continente entero, que expresaban además una ideología ya sistemática? ¿Por qué el MNR es capaz, en 1949, de movilizar a los campesinos hasta llevarlos a luchar en la misma zona de Ñancahuazú e Incahuasi, en la que el propio Che no logró después sino laterales pruebas de apoyo campesino?

Hay aquí, sin duda, un vacío notorio, una desconexión flagrante, una falla en el terreno que tenemos que descubrir.

CARÁCTER NO DECISIVO DE LA SEPARACIÓN DEL PC

Es una cuestión que incluye naturalmente la del fenómeno de la delación como tal, del descubrimiento policial como la vía de la catástrofe. Toda la inteligencia reaccionaria del mundo trabaja sobre el supuesto de que cualquier movimiento tiene su precio, y de que la delación es el método para alcanzarlo. Mientras no consiguen la delación, están luchando contra un fantasma. Pero el arte de la conspiración consiste en que la delación pueda poco; no en que el delator no exista, porque eso es imposible (es una tradición del hombre), sino en que no pueda detallar el alma de un asunto. Pero se dice: en Bolivia, la delación se volvió catastrófica porque el PC, al abandonar la guerrilla, la había hecho vulnerable a la delación. Entramos en lo que se puede llamar *el carácter no decisivo de la deserción del PC boliviano*. No hay duda de que los de Monje en Ñancahuazú eran argumentos no para luchar sino para no luchar. Es un viejo recurso de abogados hacer una mala oferta porque se quiere ser rechazado. Monje, por una razón probablemente más política que personal, pidió lo que no se le iba a dar, porque quería ser rechazado. Pero creer que la historia habría cambiado si el PC boliviano hubiera colaborado abiertamente con la guerrilla es también una inexactitud. Si la hubiera apoyado, el resultado habría sido casi el mismo, porque la existencia del PC en Bolivia es limitada: se reduce a una corta influencia sobre direcciones estudiantiles y algunos sindicatos. Pero, además, con el *no* de Monje o sin él, casi todos los mili-

tares proguerrilleros pasaron al ELN, y la verdad es que no eran muchos los que pasaron ni los que no pasaron. Lo que importa decir es que la guerrilla había logrado el máximo alcance que podía lograr dentro del contexto que se había fijado a sí misma, que era resultado de una visión exacerbada de la historia del continente y de una visión abreviada de la historia de Bolivia. Pero resulta siempre extraño que el Che, que fue tan lejos en la desconfianza hacia los aparatos partidarios clásicos y de los partidos comunistas en lo concreto, hubiera buscado nexos únicamente en el PC. Es algo que realmente llama la atención.

LAS VENTAJAS MILITARES

No se trataba, empero, solamente de una desproporción. En el ánimo de la guerrilla trabajaron razones mucho más considerables: al fin y al cabo, éste es el único país del continente donde se ha rebajado a la mitad el salario de casi toda su clase obrera.

¿Acaso no muere aquí uno de cada tres niños que nacen? País además con experiencia armada, no sólo sus masas están oprimidas de modo absoluto, sino que han retrocedido con relación a su situación inmediatamente anterior: de alguna manera, eran masas que habían estado en el poder y lo habían perdido. Aparentemente, las condiciones no podían ser mejores. Pero 1967 es también la hora del mayor esplendor de la Restauración. El aparato militar imperialista dispone de un ejército en el momento de su mejor forma, que es una cuestión que no se compone solamente del número de fusiles: está dotado de unidad de mando y poder veloz de decisión y, finalmente, con una oficialidad todavía satisfecha, dispuesta a defenderse. La dictadura militar ha acabado por aplastar al MNR y al sindicalismo, sus rivales constantes desde el 41. Las modalidades clásicas de calentamiento popular están controladas: el disturbio de situación, que debe convertirse en motín de calles y desmoralizar al poder, tiene que enfren-
tar a los ovejeros alemanes de la policía, los gases vomitivos y a casi tantos represores como manifestantes, moviéndose con el orden pactado de una legión romana. La represión ha cambiado: los yanquis la han mejorado; pero el disturbio no se ha reajustado en cambio, y el motín conocido está como sorprendido, repitiéndose en el hábito de su fracaso. La huelga de los mineros, el instrumento sin el cual habría sido imposible la lucha del sexenio, el 49 y el 52, la huelga salarial, que debía pasar a ser huelga política y finalmente huelga insurreccional según la Tesis de Pulacayo, es ahora imposible porque en las minas el método es el de la ocupación militar permanente. Son un país enemigo. Allí, simplemente, todo hombre que hable de política desaparece. Al mismo tiempo, con un buen sentido de *timing* de la reacción social, dentro de un plan que es norteamericano y no local, se respeta la tierra campesina, pero se entregan todos los sectores estratégicos de la economía: el gas, el zinc, los desmontes minerales, el estaño. A lo último, el gobierno dispone de unos mil 400

millones de dólares adicionales, en cuatro años, sobre lo que recibió Bolivia en el cuatrienio 1958-1962, por ejemplo. El precio del estaño ha sido generoso en los últimos años, por lo menos en su estabilidad. El gobierno los utiliza no se sabe en qué, pero también en algunas obras urbanas, principalmente viviendas, destinadas a gratificar a ciertas capas medias.

Los militares salen del régimen de bajos sueldos a que los condenó el MNR, condenación que vista a la distancia resulta realmente irritante. En el fondo, ellos hicieron después con los mineros —al rebajarles los salarios— lo que el MNR con ellos durante 12 años. De algún modo, cada suboficial recibe una motocicleta; los subtenientes y tenientes, autos pequeños; y los demás, automóviles de gran costo; los generales, Mercedes Benz.

Se dice que hay más Mercedes Benz por mil habitantes en Bolivia que en Alemania, y esto advierte del hecho de que, aunque los sueldos se multiplican en 25 por ciento por lo menos, el enriquecimiento tampoco alcanza a todos los oficiales. Pero en el momento en que se producen las guerrillas, los oficiales sentían al luchar que estaban haciendo algo así como defender sus conquistas sociales. A la larga, porque la costumbre no es un éxito, deja de ser importante tener un automóvil o disponer de una casa propia, pero en lo inmediato eran el símbolo contrario de la guerrilla, que aparecía amenazado con volverlos al amargo estatuto antimilitarista. La guerrilla facilitó la reacción de los oficiales al no discriminarlos de los oficiales, superiores, primero, y segundo, en su misma definición política, que no siempre era llanamente gorila: el capitán Henry

Laredo, por ejemplo, que cayó en una emboscada guerrillera, había escrito en su diario, el día antes de morir, párrafos que merecen interpretarse como simpatía concreta por los motivos guerrilleros.

Para extremar las cosas, la imposición personal de Barrientos dentro del poder da al mando político, y también al militar, un sentido de unidad vertical que resulta ser eficiente. Barrientos se sabía respaldado, sostenido en términos personales por los americanos, en quienes confía ciegamente hasta su muerte. Ni el fuego de su muerte fue boliviano: murió lamiendo la llama de la Gulf. El poder se concreta y actúa con modalidades fulminantes, que corresponden a la índole patética de este hombre compulsivamente inferior. Quizá para compensar su inferioridad personal, la resolución se fundaba personalmente en él. Mandó publicar su diario, redactado por necios 24 horas antes, unos días después que se publicó y resonó el diario del Che, pero esta megalomanía delirante y casi graciosa no le impedía ser la voz de los crímenes, ordenar personalmente el fusilamiento de los guerrilleros, concitar las masacres de mineros cuando no eran necesarias sino para él sobrevivir en el Palacio y declararse además “personalmente responsable”, como riéndose del mundo. Pero la unidad del mando es un factor de eficiencia política, y ella no habría existido si los americanos no hubieran inventado, exornado, inflado y propagado la figura de Barrientos, que es por eso el caso de una existencia desde fuera. A su muerte no quedaron sino sus crímenes y su cuenta corriente, pero en 1967 era un factor real de poder.



LA DIFICULTAD DE LA NATURALEZA

La cobertura farsesca del régimen era engañosa, pero no lo era menos la geografía en que eligió moverse la guerrilla.

Extensivamente, Bolivia es un país tropical: el verde cubre las dos terceras partes de su territorio, pero éste no es el territorio histórico, es decir, el territorio humano del país. La tierra en que no se producen hechos humanos es sólo un pedazo de mapa. Para generalizar en un solo aforismo, Bolivia es un país en el que donde hay hombres no hay árboles y donde hay árboles no hay hombres o, para decirlo en otras palabras, un país en el que la historia de los hombres no ha sucedido allá donde está la selva, por lo menos hasta hoy. Aunque esto no tiene las pretensiones de ser una postulación, vale la pena también considerar que en Cuba, donde la guerrilla ha tomado el poder, la densidad de la población es de 70 habitantes por kilómetro cuadrado, y en Guatemala, donde ha tenido un relativo éxito, es de 68. En Bolivia hay apenas cinco habitantes por kilómetro cuadrado, y en la zona en que la guerrilla ocurrió,¹ en todo caso menos de uno. Dicho en cifras, esto apenas si impacta el entendimiento, pero hay que ver lo que es la vasta selva indescifrable sin hombres, el desconocido monte sin agua, lo que es vivir todos los días en un *chaco*² que está a cinco o seis leguas del próximo ser humano. Aquí tenemos derecho a preguntarnos antes de nada si no será más grave la dificultad de la naturaleza que la explotación del hombre por el hombre y, puesto que el juego vital consiste en sobrevivir, quizá su relación con el suelo es la misma que la que tiene el árbol con la tierra o el animal salvaje con el agua de las fuentes: difícilmente puede llamarse a esto una relación social, pero es en cambio una relación de supervivencia; no se producen vinculaciones de clase, es decir, de identidad masiva de hombres con hombres, porque las clases existen allá donde los hombres se reúnen. Es una situación que vale en estos términos estrictos por lo menos para una buena parte de los contactos campesinos del Che.

EL RECUERDO REFORMISTA

Naturalmente, todo esto está dicho de modo metafórico, y vale sólo para los casos extremos. A decir verdad, esta zona, que está en la periferia de la periferia del país, ha sido a veces notablemente activa en la historia, y los lugares en que hay un mínimo de concentración han estado en la circunscripción de las viejas reformas del fin del siglo XIX y también en las del MNR. No hay duda de que Andrés Ibáñez, jefe de los “igualitarios” alzados contra los embotinados de Santa Cruz, alcanzó con sus reformas de 1978 la misma zona que sería después escenario de la guerrilla. Ibáñez suprimió, en efecto, en toda la zona cruceña el trabajo gratuito, la prestación de servicios personales, y distribuyó tierras, en la primera reforma agraria del país, habida cuenta de la frustración de la intentada por Bolívar. El propio presidente Daza encabezó la expedición

punitiva que, propiciada por los gamonales de oriente y occidente, acabó por fusilar al noble Ibáñez. Pero ya no lograron volver a los campesinos a las condiciones anteriores; y ésta es la razón por la que, aislada o no, la zona era socialmente más avanzada, el patrón era un patrón semicapitalista, y el salario la forma normal de la retribución, de un modo que en el occidente del país no ocurriría sino en 1952. De esta manera, había una larga tradición en la propiedad del suelo, que creó una mentalidad conservadora; por otra parte, podrían hablar de un campesinado irreclutable, y eso sería mecánicamente normal. Pero las cosas sucedieron al revés; este campesinado, que no tenía tanto por ganar como el del occidente, luchó sin embargo en una escala mayor, y lo que ganó fue el estatus organizado de participación en el poder, inmediatamente deformado por el caciquismo.

En cuanto a los obstáculos para el reclutamiento, es necesario considerar la cuestión del antecedente vital; cuando vino el MNR a llamar a la gente, venía detrás de lo que había ocurrido en Busch y Villarreal: era un heredero directo y de una historia que había sido conocida hasta en el último rincón del país. Esto valía por un programa, y el MNR lo explotó con un sentido efectista: fue un partido que vivió, se expandió y se acorraló al servicio de la táctica, de la que hizo un fin. La guerrilla, en cambio, no tenía nada que ofrecer a los campesinos sino la perturbación de su vida;³ no se sabía quiénes eran: los guerrilleros carecían de identidad política, y el propio país supo que el Che estaba en Bolivia sólo unas tres semanas antes de su muerte. Nadie se ocupó (o nadie pudo hacerlo) de decir a la gente por qué tenía que luchar junto a la guerrilla que, así, sólo tenía el valor de un desafío misterioso al poder.

DESCONEXIÓN CAMPESINA DE LA GUERRILLA

Las razones de la esencial desconexión campesina de la guerrilla son, empero, más directas: los problemas del aislamiento, que son los de la asociación sobre las parcialidades remotas y la tradición democrática de Ibáñez, se sumaron al encuadramiento organizativo que impuso el año 1952. Es un tema mucho más importante que el desencuentro con el PC, por ejemplo, o que la delación, para explicarnos la perdición de esta experiencia.

Con un estilo que le es característico, Debray dice que “el campesino pobre cree en primer lugar en alguien que tiene un poder”. Pombo dijo más o menos lo mismo al llegar a Chile: los campesinos no nos apoyaron porque mientras el ejército era el poder real, nosotros no habíamos logrado convertirnos en ningún poder; éramos solamente seres peligrosos ofreciendo el peligro sin promesas. La guerrilla intenta un tipo de contacto campesino por la vía directa. En la práctica, un diálogo de persona a persona, una persuasión de hombre a hombre, modalidad que podía tener alguna perspectiva ante campesinos sin tierra ni organizaciones, largado a la soledad de su desgracia individual, por una reacción espontánea de

sus intereses, pero que no podía prosperar en las condiciones bolivianas, en las que el campesino, desde 1952, se piensa a sí mismo en términos de organización, y vive en esos términos. Si no tiene a nadie, dice: tomo la única mano que se me da. Es distinto si tiene un sindicato.

Con el MNR, a partir de 1952 se produce la distribución masiva de las tierras por la vía de la ocupación pero, sobre todo, se organiza a los campesinos y se crean los sindicatos y centrales a todo lo largo y lo ancho del país, Ñancahuazu incluso, desde luego. La guerrilla encuentra esta situación, este estatus político previo que es en todo diferente de lo que se podría encontrar en Colombia o en Brasil, o donde se quiera en América Latina, excepto México. Hasta ese momento, el campesino se define con relación a la tierra y no con relación a la política en general; pero a partir de 1952 se define siempre junto con su organización, mientras ésta sirve a la defensa de la tierra.

La restauración resulta más consciente en este estatus político previo que la guerrilla en 1967, que no lo toma en cuenta en absoluto. Siguiendo el plan norteamericano que ocupa el país de los recursos minerales, pero no el país de la tierra, no se toca el estatus de la posesión del suelo, pero se halaga y corrompe a los dirigentes y, en algunos casos, al propio campesinado, respetando siempre desde luego el estatus previo. Su definición política es elemental, y por eso la verdad es que el campesino no está contra Barrientos porque Barrientos finalmente no le toca la tierra; tampoco está a su favor, porque no se la ha dado, a pesar de sus visitas y adulatorias. Los dirigentes pueden corromperse y las bases tolerar esta corrupción porque no se altera el quid de esta clase, que es la tierra, y se sabe que los pobres no pueden darse el lujo de ser muy complicados. El cacique o dirigente, que a veces es un caudillo, es también una autoridad, ahora más poderosa que el cura o el corregidor, en cada lugar. El corregidor mismo es elegido de acuerdo entre el gobierno y las gentes, es decir, el dirigente.

Los campesinos no se alzan contra él porque no es la moral lo que les interesa y, a pesar de sus abusos, de sus concentraciones y sus *ramas*,⁴ la tierra está en sus manos y el patrón está lejos, generalmente para siempre. Si la guerrilla hubiera aceptado este hecho, se habría dirigido a la dirección de los sindicatos y no a los individuos que la acataban, a los de abajo.

Era preciso conquistar a los dirigentes, si eran reales, o distribuirlos si no lo eran. Quizá la guerrilla habría podido ser un medio para campesinos que no podían levantarse contra su propia dirección.



Lo único que no debió hacer e hizo fue omitir la existencia de las organizaciones. Quizá sencillamente no tuvo ocasión de buscar contacto de esta índole porque fue sorprendida, pero ahora hay que preguntarse qué categoría de acto es el de un campesino que va a buscar a su dirigente y a indagar cuál debe ser su actitud frente al grupo armado que le ha interceptado quizá en el monte, quizá en su chaco: ¿es una delación o es el comportamiento normal de un hombre organizado? Lo dirá el dirigente; pero el dirigente, se sabe, recibe dinero y prebendas y diputaciones del gobierno, y así está dicho todo.

LA DIMENSIÓN DISTANTE DEL CHE

En el fondo opera un fenómeno de conciencia; la guerrilla está alucinada con la propia grandeza de su misión. El ciclo de los cambios políticos del MNR, que comprende desde la insurrección de los mineros como causa hasta las organizaciones campesinas como efecto, reúne todas las características de lo que la guerrilla desprecia. Es un hecho casi psicológico: no se presta atención a lo que se desdén.

La revolución del MNR aspira a ser intermedia, y la guerrilla aspira a ser finalista; la revolución del MNR creyó hasta su caída en la negociación, y la guerrilla cree solamente en su triunfo total. El resultado de no pensarse a sí misma como un fin hace de la revolución del MNR un fenómeno impuro y extenso. La guerrilla, y aún más, el Che personalmente, que tenía una visión ética de la vida, piensan que el guerrillero es la forma más alta del ser humano y aspiran a crear el socialismo en el foco, destinado a expandirse como una onda hasta el país entero, y después abrazar el continente mismo. En esas condiciones, ¿debía la pureza apoyarse en la impureza, el heroísmo en la transacción, el socialismo en la democracia burguesa? El mecanismo de la repulsión los lleva a desdeñar todo el pasado en su conjunto, y allá donde buscaron campesinos en estado de desesperación espontánea encontraron campesinos encuevados en una organización tan impura como real.

Jamás se hizo eso que Debray llama un “trabajo de masas”,⁵ pero había un programa virtual en la guerrilla, por el solo hecho de existir. Cuando llegaba la guerrilla a los campesinos o a los poblados, ofrecía mejoras sanitarias o edificios escolares, caminos, trataba de explicar lo que sería el socialismo. Impudicamente, Barrientos decía lo mismo, sólo que con el poder y sobornando además a los dirigentes. En cambio, el programa secreto de la guerrilla y, aún más que ello, su epopeya, podía impactar a los estudiantes y a los obreros, y así ocurrió, pero como un esfuerzo de la conciencia y no como un arranque directo de la vida. De ninguna manera era fácil conceptualizar hechos tan extraordinarios como los que trataba de comprender el pueblo.

Es una vieja regla política la que aconseja que el dirigente no debe estar demasiado cerca de los dirigidos, pero tampoco demasiado lejos. El Che, en aquel momento, venía ya con una historia grande a sus espaldas y era el tipo del dirigente que está lejos. Aun antes de su muerte, era ya un héroe. Esto producía

varios problemas: en primer término, la gente que creía que la victoria estaba asegurada por la sola presencia del personaje superior, al que no se reconocía el derecho al error. Pero además, en términos ideales, lo deseable es que el dirigente crezca con la masa, que se defina junto con ella, y por esta razón Lenin advirtió alguna vez que el dirigente debe estar un paso adelante de la masa, pero sólo un paso. Aquí, en lo que se refiere al programa, se produce una nueva transgresión absoluta de la regla: “Bolivia —según la síntesis de Pombo— se sacrificará a sí misma de manera que las condiciones para la revolución puedan crearse en los países vecinos. Tenemos que hacer de América otro Vietnam, con su centro en Bolivia”. Con lo que tiene algo de juego de palabras (pero sólo un poco), se puede decir que los vietnamitas no se proponían ser un Vietnam cuando comenzaron su lucha contra los franceses. Se proponían solamente liberar a su país, y si a Ho Chi Minh se hubiera hablado de una lucha en los gigantescos términos presentes, le habría parecido absurdo; un pueblo puede llegar a ser un Vietnam, pero no se propone serlo al comenzar su lucha porque quizás, así, no la comenzaría. En otras palabras, la sola presencia del Che y el programa que se llegó a enunciar a posteriori proponía a Bolivia, al comenzar su lucha en Nancabazú, el mismo programa a que ha llegado la Revolución Cubana 10 años después, y eso, viniendo de una revolución que se propuso en su principio nada más que elecciones y libertad de los presos y de un país en el que Fidel Castro creció, sin duda, como un verdadero dirigente, junto a su pueblo, siempre apenas un poco adelante de él. Se proponían, en suma, tareas demasiado grandes a un país que estaba dispuesto, al comenzar, sólo para tareas angustiosamente defensivas, contra la dictadura atroz que lo aplastaba. Los mineros de Bolivia, aunque probablemente no estaban con muchas ganas de pronunciar palabras tan mayores y sí en cambio de reponer sus salarios, sin embargo, intentaron un titánico esfuerzo de apoyo que la guerrilla nunca les había pedido: fue la matanza de la noche de San Juan. Los trabajadores declararon territorio libre al centro de Cavi-Llallagua-Siglo xx y proclamaron su apoyo a la causa guerrillera. La respuesta fue la intervención masiva del ejército. Nunca se supo por qué la guerrilla prestaba tan lateral atención a este sector, políticamente el más definido de Bolivia, dueño de una tradición combativa enorme y el más perseguido por la Restauración.

Pero lo que ocurre generalmente en Bolivia, ocurre intensamente en sus minas, y lo de San Juan fue sólo el anuncio de lo del Churo. En todo caso, al margen de otra discusión, en este país es claro que la forma de guerra, y aun la forma de política que aspire a existir sin dar un papel de protagonista al proletariado minero, está destinada al sofocamiento. Contrasta mucho el sacrificado apoyo de los mineros con la falta de atención al hecho por la guerrilla, pero todo esto no era sino parte de una infortunada desarticulación.

Tal es, en términos sencillos, la desesperante historia de aquella trágica quebrada. En su ancho hombro minero, Simón Cuba (Willy) toma el peso del Che herido a lo largo de la

empinada cuesta de los arbustos claros del Churo. Muere defendiendo hasta el último tiro la poca vida del jefe legendario y, sin duda, este simbolismo quiere decirnos que el pueblo de Bolivia pone en sus hombros la tarea de la revolución, como Willy la agonía sangrante del Che. El Che también muere como quería, en los hombros del pueblo. Es una tarea miserable analizar los errores técnicos de lo que es en cambio una epopeya verdadera, como lo habría sido denunciar los errores estadísticos de Bolívar sobre el esclavismo en América cuando estaba liberando a los esclavos todos y a los países enteros. La hora de los asesinos es a la vez la hora en la que el Che entra como Che en la historia de América, pero también en la historia de Bolivia con las características de un héroe nacional. Él mismo eligió para sí la patria de su muerte, o por lo menos la de sus peligros y su gloria, y los bolivianos no podemos olvidarlo. En el país se habla de la línea Busch-Villarro-el Che Guevara, y no sólo en la izquierda misma.⁶

Los ojos de los héroes miran la lucha de los militantes, y ya nadie podrá a partir de ahora hablar de la independencia de Bolivia sino bajo la invocación de los hombres que vivieron su gloria y engrandecieron su muerte en el cañón de Nancahuazu. Podría escribir, como Sartre de aquel argelino, que “fue un valiente, sí, que hizo temblar a los arcángeles de la cólera”. **M**

Oxford, 8 de octubre de 1969.

¹ El hecho no es continuo. Al aproximarse a Camiri o a Gutiérrez, la guerrilla estaba en una zona más bien poblada, en términos orientales, y lo mismo cuando al final se acercó a la provincia vallegandina. Su movimiento intermedio parece haberse movido en cambio por zonas vacías.

² *Chaco*, o *chaqueado*, es el claro cultivable que logra el campesino oriental a la selva, tras haberla desmontado.

³ Francisco Herrera, campesino que era padre del corregidor de Jagüey, dijo: “No podemos seguir alimentando gratis a los soldados que a diario vienen en busca de víveres; se comen lo poco que tenemos y nos dejan sin nada, y todo por las correrías de esos guerrilleros”. “La última trinchera del Che”, un reportaje en el Churo logrado por el periodista cochabino Tomás Molina Céspedes para *Punto Final*, Santiago de Chile, 22 de octubre de 1968.

⁴ *Rama* es el tributo entregado al dirigente campesino.

⁵ “Para convencer a las masas hay que dirigirse a ellas; es decir, dirigirles discursos, proclamas, explicaciones... en resumen, realizar un trabajo político”. Régis Debray, *¿Revolución en la revolución?*, La Habana, sin editorial, 1967.

⁶ A Luis Peñaloza Cordero, en el reportaje que le hizo Teddy Córdova para la edición de los 30 años de *Marcha*, de Montevideo. Peñaloza, dirigente de la derecha del MNR, es a la vez un hombre de muchos méritos militares y un combatiente experimentado. Resulta alusivo ver usada en él la asociación de los nombres de Villarroel y de Busch con el del Che Guevara, pero así se advierte hasta dónde es algo natural a los políticos bolivianos, mucho mejor que en cualquier declaración de dirigentes izquierdistas propiamente.



UTOPIÍA AÑO 501

PARA COMBATIR LA FALTA DE PROSPECTIVA

ESTEBAN KROTZ*

El año pasado se celebró, de modo poco atendido, el aniversario 500 de la primera publicación de uno de los libros más memorables de la civilización occidental: *Utopía*. Su autor fue el abogado y juez, erudito y poeta, académico y ensayista, integrante de los llamados “humanistas” europeos de entonces, miembro y funcionario del parlamento, diplomático y consejero del rey y finalmente Lord Canciller de Inglaterra Tomás Moro (1478-1535). Un hombre, pues, como lo expresó uno de sus contemporáneos, “para todas las estaciones”; o sea, nada que ver con la conocida imagen del soñador sin pies en la tierra, que habitualmente se asocia con pensadores o escritores utópicos.

La época de Moro guarda semejanza con la nuestra, que es de una transformación civilizatoria evidente, pero por completo oscura respecto a su dirección –lo cual es evidenciado desde hace varias décadas por el uso frecuente del prefijo post en los conceptos usados para nombrarla: se entiende que se está ante la emergencia de algo nuevo, pero sólo puede decirse que las cosas ya no son como antes.

A principios del siglo XVI, la decadencia de los señoríos feudales, los cambios económicos iniciadores de la, sin que entonces se supiera nombrarla aún, acumulación originaria del modo de producción capitalista, y el efecto del “descubrimiento” de América y de las reformas religiosas como la luterana retaban la cosmovisión vigente. Al mismo tiempo, retaban la ética y la responsabilidad política, pues aumentaba la desigualdad social y crecían los reclamos de justicia social.

El libro de Tomás Moro es un intento de entender esa situación. De hecho, da los primeros pasos hacia algo que a finales del siglo XIX se consolidaría como ciencias sociales propiamente dichas. Aunque su “novela utópica” no inventa, sólo da nombre a una antiquísima tradición de pensamiento y acción (Moro se remite a textos semejantes de Platón y San Agustín), constituye un modelo literario influyente durante varios siglos, pues *busca las causas* de la situación insatisfactoria caracterizada por el despilfarro y la avaricia de los ricos y

poderosos, el ninguneo de los pobres y miserables, el desprecio de los productores de alimentos, la desigualdad lacerante y la inseguridad pública, el sistema judicial colmado de leyes ininteligibles y de penas draconianas para las mayorías populares.

Moro no busca las causas de todo esto en la moral individual, la raza o la psique. En cambio, intenta explicar los fenómenos socioculturales por otros fenómenos del mismo orden sociocultural –aclarando al mismo tiempo que dicho orden es histórico; o sea, hecho por los seres humanos y, por tanto, modificable por ellos.

¿Suena fuerte el resultado de su diagnóstico? Pues define las naciones en todo el orbe “como un conglomerado [el original inglés dice *conspiracy*; o sea, ‘complot’] de gentes ricas que a la sombra y en nombre de la república, sólo se ocupan de su propio bienestar, discurriendo toda clase de procedimientos y argucias, tanto para seguir, sin temor a perderlo, en posesión de lo que adquirieron por malas artes como para beneficiarse al menor costo posible del trabajo y esfuerzo de los pobres y abusar de ellos”.

¿Acaso su texto (las citas están tomadas, con adecuaciones mínimas, de la conocida edición de su obra en el pequeño volumen editado por Eugenio Ímaz en el Fondo de Cultura Económica, *Utopías del Renacimiento*) no evoca enseguida y una y otra vez situaciones actuales? Veamos siete de tales situaciones.

- En vista de los efectos nocivos de la privatización a rajatabla de los medios de producción observables en todo el mundo (y muy en boga actualmente en México respecto, por ejemplo, a las tierras ejidales, y en toda América Latina, a los yacimientos de minerales), que siempre se justifican con la igualmente siempre incumplida promesa de incrementar pronto y casi de manera automática el nivel de vida de todos:

En otros sitios se habla del bien público, pero se atiende más al particular. En Utopía, en cambio, como no existe nada privado, se mira únicamente a la común utilidad...

Entre los utopianos, siendo todo común, nadie teme carecer de nada, con tal que estén repletos los graneros públicos, de donde se distribuye lo necesario con equidad. Por eso no conocen pobres ni mendigos, y sus habitantes son ricos aunque nada posean.

- En vista de la enorme discrepancia de los gigantescos aparatos administrativos de planeación, regulación, reglamentación, supervisión, evaluación y difusión y sus continuos anuncios triunfales sobre la cantidad de empleos creados, por una parte, y la información oficial de que casi 60 por ciento de la población mexicana económicamente activa (la que no ha optado por migrar a Estados Unidos y Canadá) labora desde hace décadas en el llamado “sector informal” desprotegido de todo:

Podríase pensar que, como los utopianos trabajan sólo seis horas, llegarían a escasear entre ellos algunas cosas indispensables. Pero lejos de ocurrir así, no sólo les basta dicho tiempo sino que, aun, les sobra para conseguir con creces cuanto requieren sus necesidades o su bienestar. Esto se hará fácilmente comprensible si se considera cuán gran parte del pueblo vive inactiva en otras naciones... [y] el exiguo contingente de hombres ocupados en trabajos útiles porque donde todo se mide por el dinero es inevitable la existencia de profesiones en absoluto vanas y superfluas...

- En vista de la intensa promoción de consumo destinado a la ostentación, por ejemplo, en los ramos de la electrónica, relojería, ropa “de marca”, bebidas, automóviles y casas habitación para, si no se es rico, al menos parecerlo:

Mucho más asombrosa y detestable les parece la necesidad de quienes tributan a los ricos, sólo por serlo, honores casi divinos, aunque nada les deben ni les están obligados por ningún concepto, conociendo además su sordidez y avaricia y sabiendo de sobra que mientras ellos vivan no han de disfrutar de sus riquezas ni un solo peso. [Y además] Se admiran de que un imbécil cualquiera, sin más inteligencia que un tronco y más necio que malvado, esclavice a muchos hombres discretos y de bien sólo porque posee gran cantidad de monedas de oro.

- En vista de la cultura política cargada de simulación, arreglos “en lo oscurito” y la aseveración pertinazmente repetida de los ocupantes de y suspirantes por cargos públicos de ser motivados única y exclusivamente por el supuesto afán de “servir”:

El que solicita algún cargo público pierde toda esperanza de conseguirlo... Ningún funcionario se muestra terrible ni orgulloso... Considérase delito capital deliberar, fuera del senado o de comicios públicos, sobre asuntos de interés común. Estas disposiciones se tomaron, según es fama, para impedir que, conjurándose el príncipe y los funcionarios, pudiesen tiranizar al pueblo o cambiar el régimen del Estado. De este modo, cualquier negocio de importancia grande

se lleva a los comicios... A veces la isla entera participa en las deliberaciones.

- En vista de la cantidad monstruosa de reglas, normas, requisitos por doquier y la corrupción que genera para beneficiar indebidamente a quienes deberían aplicarlas y vigilar su aplicación, por lo cual curiosamente las carreras universitarias con más egresados son las de “administración” y “derecho”:

Opinan que es injusticia grande obligar a los ciudadanos con leyes, o demasiado numerosas para ser leídas en su integridad, o tan oscuras que sólo son entendidas de unos pocos. Han suprimido en absoluto a los abogados... pues la experiencia les ha enseñado que es preferible que cada cual defienda sus pleitos y exponga ante el juez lo que habría confiado a su abogado. De esta manera se evitan rodeos y se va derecho a la verdad... [considerando además que los ricos] consiguen que sus maquinaciones se manden observar en nombre de todos y, por tanto, en el de los pobres también, ya las ven convertidas en leyes... ¿Qué diremos de esos ricos que cada día se quedan con algo del salario del pobre, defraudándolo, no ya con combinaciones que privadamente discurre sino amparándose con las leyes?

- En vista de lo que un sociólogo mexicano ha calificado recientemente como “juvenicidio”, o sea, el hecho de que la mayoría de las decenas de miles de víctimas mortales de la llamada “guerra contra el narcotráfico” son, en ambos bandos, jóvenes (que, además, han dejado en el desamparo a incontables viudas y huérfanos):

Es inútil que elogiéis la justicia destinada a reprimir los robos, pues ella será más aparente que real porque consentir que los ciudadanos se eduquen pésimamente y que sus costumbres vayan corrompiéndose poco a poco desde sus más tiernos años para castigarlos cuando, ya hombres, cometan delitos que desde su infancia se hacían esperar, ¿qué otra cosa es sino crear ladrones para luego castigarlos? ... Cuando sería mucho mejor proporcionar a cada cual medios de vida y que nadie se viese en la cruel necesidad, primero, de robar, y luego, en consecuencia, de perecer.

- En vista de que instituciones educativas públicas y privadas por igual se ufanan de formar “líderes” y “triunfadores”, no ciudadanos participativos y colaboradores solidarios:

Afirman los utopianos que la naturaleza misma nos prescribe una vida agradable; es decir, el placer como meta de todas nuestras acciones... [por lo que la naturaleza] invita a los hombres a que se ayuden mutuamente para lograr una vida de contento [en consecuencia de lo cual se ha establecido] como norma no buscar la propia comodidad a costa de la comodidad de los demás... Consideran que el hombre que consuela y alivia a los demás debe ser enaltecido en nombre de la humanidad.

Nada de fantasía barata, pues, sino cuidadosamente construida, la *Utopía* de Tomás Moro es un alegato a favor del uso de la *razón*: la ilustrada, la educada, la usada por los ciudadanos para configurar la vida en comunidad, para configurar la sociedad. Es un grito de *justicia* en medio de una situación nacional y europea entonces, tres siglos antes de la emergencia de las ciencias sociales propiamente dichas, poco inteligible, que *denuncia* como intolerable y sin futuro el estado de las cosas en la isla Inglaterra. A ella y su carácter antihumano desenmascara la sociedad soñada en la isla Utopía.

¿No adquiere aquí la expresión *Nuevo Mundo* un sentido doble? Pues, por una parte, es la región recién “descubierta” por los europeos, donde supuestamente se halla la isla Utopía reportada y donde parece no haber “el uso del dinero ni la ambición de poseerlo [por lo que] se han evitado innumerables

pesadumbres y arrancado de cuajo la simiente de tantos crímenes”. Por otra parte, el libro *anuncia* la posibilidad histórica de vivir en una “república a la par felicísima y por siempre duradera”. Y de esa manera impulsa el sueño utópico y el esfuerzo analítico de la razón: pese a que no se sepa bien a bien cómo vaya a ser la nueva sociedad al final del día, sí se sabe que se debe y *se puede* actuar ya para empezar a reconocer y eliminar las causas de la miseria, la corrupción y la mentira pública, de la violencia física y simbólica contra los pobres, de la desigualdad excluyente y denigrante. **M**

* Esteban Krotz. Estudios de antropología y de filosofía. Profesor-investigador en las Universidades Autónomas de Yucatán, y Metropolitana-Iztapalapa.



EL ARIEL: TERMÓMETRO DEL CINE MEXICANO

GABRIEL RODRÍGUEZ ÁLVAREZ

La explicación estaría en el eterno forcejeo que existe entre el productor y el exhibidor, quienes ahora tienen entablada una batalla muy seria para ver quién destruye a quién. Para eso son las batallas, se nos dirá. Pero cuando esas batallas se dan inútilmente, entre dos ramas del cine que deberían verse como hermanas y no como lobas, no puede menos que pensar en que allí debería de intervenir una muy seria autoridad.¹

Efraín Huerta

Las academias de cine se han consagrado en las tradiciones del arte industrial del medio como referentes que reconocen la calidad profesional de veteranos y noveles creadores, que entre pares se reúnen y anualmente rinden aplauso y distinción a lo más destacable del año en curso. Tiene mucho mérito reconocer a los demás y ver las virtudes ajenas. La ocasión sirve también para guardar el recuerdo de los colegas que se adelantaron y, por su entrega, dejaron huella perdurable en alguna rama del cine.

En mayo de 1929 se entregó por primera vez el Academic Award of Merit, que pasó a ser mejor conocido como el Óscar de la Academia. Fundada en 1946 en México, la Academia Mexicana de Artes y Ciencias Cinematográficas (AMACC) se ha ganado un lugar en el paisaje cinematográfico iberoamericano, integrando en los gremios artísticos a los talentos emergentes y a los consagrados, creando un punto de encuentro para la prensa, la industria, las empresas productoras y los artistas, antes de la existencia de los festivales de cine en el país, iniciados con la semana de cine italiano en 1953, y que a partir de 1958 se implantaron con la Reseña Mundial de Festivales Cinematográficos.

Cuando la AMACC se organizó en 1945 y celebró su primera edición en 1947, no tenía el peso ni la presencia mediática de hoy, pero su nacimiento era otro fruto del asentamiento de la industria cinematográfica mexicana y la repercusión de sus películas en el contexto de la Segunda Guerra Mundial. Decidieron otorgar el Ariel, la estatuilla diseñada por Ignacio Asúnsolo, en la que retomaron la novela homónima de Ignacio Rodó, inspirado a su vez por *La tempestad* de William Shakespeare.

Para la Academia, representa “una apuesta por el cine como expresión del espíritu, como séptimo arte, por encima de las limitaciones materiales o las presiones del mercado”. Hasta nuestros días, no ha dejado de ser una de las máximas cajas de resonancia para responder cuestiones de la identidad colectiva mexicana. Fiesta y celebración, el reconocimiento que hacen a la producción anual resume siempre los ánimos del país, y es un termómetro para medir la maduración estética, industrial y financiera de un sector siempre presente en la opinión pública.

En los últimos lustros, el peso de la AMACC ha superado el ornato y la algarabía gratuita o adepta al régimen que acompañó al “milagro mexicano” y, por su vocación

crítica, en este siglo se vio como contrapeso del autoelogio gubernamental. Actualmente, es pieza activa de resistencia cultural que cuestiona la inmensa hipocresía de beneficiarse internacionalmente con la marca México sin apoyar con estímulos económicos, financieros y fiscales los mercados internos.

Como brújula periódica, podemos mirar el imaginario colectivo a través de los filmes en que se reconocen las problemáticas y los procesos de la sociedad mexicana. En las nominaciones y no sólo en los premiados se escribe el código anual de los gustos y las predilecciones, y en la selección se compone azarosamente un resumen que merece revisarse en cámara lenta.

LA QUINCUAGÉSIMA NOVENA ENTREGA

A diferencia de ediciones anteriores, la de este año se caracterizó por la ausencia de alfombras rojas, y las recepciones de celebridades se dieron con sobriedad extrema. A su vez, se han ampliado las categorías, incluidas revelaciones. Los que alguna vez se vieron como independientes hoy tienen las riendas, los micrófonos y la batuta.

La ceremonia fue transmitida en vivo por Canal 22. Las mujeres fueron las protagonistas de la noche en el protocolo: entregaron las preseas y leyeron los comunicados. Ganadoras de ediciones anteriores y algunas integrantes activas recibieron a sus colegas que subieron a recibir, agradecer y expresar su preocupación, consternación y hartazgo por la

situación del país. Dolores Heredia, presidenta de la Academia, subrayó que no basta producir y resulta esencial lograr que las películas lleguen a los espectadores a través de las salas.

En el último lustro se han abierto fuentes de distribución a través de la digitalización y transmisión por internet, lo cual ha acercado a numerosos públicos, pero no basta para atender un mercado local dominado por Hollywood. Pese a ofrecer películas por separado, no se incide realmente en las programaciones de las salas comerciales, y los circuitos ilegales terminan por surtir la demanda de los ciudadanos de a pie.

Ante la pavorosa crisis en la exhibición que se vive desde hace tres décadas, la Academia no se ha quedado mirando impávida, y ha emprendido foros de discusión y reflexión, así como proyectos de difusión de sus películas seleccionadas, con los ciclos Rumbo al Ariel en colaboración con la Filmoteca de la Universidad Nacional Autónoma de México, la Cineteca Nacional, el Cine Tonalá, La Casa del Cine y la Cátedra Ingmar Bergman en Cine y Teatro UNAM, con el Aula de Espectadores de Cine.

Las veteranas se hicieron presentes para brindar y recibir. Diana Bracho entregó el Ariel de Oro a Lucero Isaac, precursora y creadora de la Dirección de Arte en México que trabajó repetidamente con Luis Buñuel, Jaime Humberto Hermosillo y Arturo Ripstein, entre otros. Más tarde, cargando en el regazo el Ariel de Oro que le entregó Ofelia Medina, la actriz Isela Vega, quien antaño sacudió tabúes y concepciones morales con el cuerpo, clamó por retomar la ética y la empatía, disolver diferencias de clase y ponerse en el lugar del otro. Se leyeron cartas y manifiestos con las posturas políticas de la Academia en voz de estudiantes y egresadas de las escuelas del Centro Universitario de Estudios Cinematográficos y del Centro de Capacitación Cinematográfica.

Maestras en activo como Julieta Egurrola colocaron reivindicaciones puntuales del gremio. Estuvieron acompañadas de un baterista que, con tambores y

platillos, acentuaba y remataba los argumentos en pie de combate. Al lado estaban dos dibujantes con letreros, dibujos y animaciones realizadas en vivo sobre una mesa en el escenario, con un circuito cerrado que llevaba sus garabatos a una enorme pantalla a sus espaldas. En ese altar a la perfección y vigencia de las obras maestras, la espontaneidad de Alejandro Magallanes y del *Dr. Alderete* recordaba que la base de la imaginación está en el trazo de la mano. Aquí se expandía con la tecnología y condensaba la simplicidad y agudeza en la escucha atenta de las palabras.

Los resultados de la premiación muestran el hambre y la urgencia de revisar la historia reciente. Lo sugieren con firmeza los 10 Arieles que obtuvo *La 4ª compañía* (Amir Galván y Mitzi Vanessa Arreola, 2016), denuncia de la corrupción incubada en el seno de la impartición de justicia y las fuerzas del orden en nuestra ciudad con el PRI en el poder.

En la reciente entrega, que estuvo a punto de cancelarse por falta de fondos debido al recorte de su presupuesto anual, quedó de manifiesto que la comunidad cinematográfica mexicana goza de buena salud, pese a los intentos por asfixiarla desde los presupuestos oficiales, y se exigió tanto a las Secretarías de Hacienda, y de Cultura como a la Presidencia de la República establecer una mesa de diálogo para mejorar y reparar tan desolador panorama por sus omisiones.

La constante al recibir la estatuilla fue el agradecimiento a quienes hacen posible cada filme, invariable largo viaje en equipo, pues en cada rodaje se forja o reafirma una familia que dará luz a esa película.

Adrián Ladrón, al recibir el Ariel a mejor actor, leyó un sentido manifiesto contra las desapariciones de presupuestos, de personas, de argumentos, en una nación que poco a poco desaparece.

La cineasta Tatiana Huezo, ganadora del Ariel a la mejor dirección y mejor largometraje documental, alzó también la voz por la integridad; llamó a resistir y no dejar que se imponga la oscuridad con la clausura de opciones y la negación de soluciones.

Esa lluviosa noche de julio, en la cúpula del Palacio de Bellas Artes quedó vibrando el clamor por recuperar un país que se desmorona y por resistir ante las catástrofes organizadas e inamovibles que se justifican como perennes. Los llamados se hicieron uno solo, por escuchar al otro y empatizar con horizontes más equitativos, justos y armoniosos.

El cine mexicano vibra y se transforma; con todas sus complejidades y contradicciones, supera las persistentes adversidades y se mantiene como imprescindible mosaico de reflejos y espejos para la sociedad. **M**

¹ “La calidad de las películas y la taquilla”, 6 de abril de 1947. Efraín Huerta, *Close up*, volumen II, Ediciones La Rana, México, 2010



HERRAMIENTA

JOSÉ GUADALUPE CANDARILLA SALCADO

Cuando en marzo de este año, en reunión del Comité Editorial de la revista *Herramienta* a la que tuve oportunidad de asistir, se debatía sobre la conveniencia de aprovechar mejor el efecto en redes sociales (vía Twitter, o un aprovechamiento idóneo de la página en Facebook, o una alimentación de información más frecuente para el sitio web de la revista, a través de las secciones coyunturales), algunos asistentes plantearon la posibilidad de convertir el sello en una salida exclusivamente digital (aun cuando la revista tiene, como una de sus formas de dar salida editorial a ciertos materiales, la opción de la herramienta web activa desde junio de 2009, que cuenta con 20 números editados), lo cual generó para otros de los presentes una reacción en sentido contrario: la necesidad de conservar la publicación en modalidad impresa, así fuera en un plan de publicación de al menos uno o hasta dos números anuales.

Esa opinión se fundamentaba entre otras razones en un reconocimiento de lo que constituye ya un importante archivo patrimonial para la elaboración teórica, y como una manera de honrar el esfuerzo de casi 20 años de trabajo editorial.

Por ambos puntales, *Herramienta* se afianzó como una de las más longevas publicaciones de pensamiento alternativo en Argentina, y a escala internacional la sitúan como un destacado instrumento de reflexión de innegable orientación de izquierda, amplio y plural.

Concluida la reunión, me permití comentar a uno de sus principales promotores que *Herramienta* se merecía cuando menos llegar a su edición 60,

para alcanzar el número de fascículos que imprimió la revista *Cuadernos Políticos*, órgano de reflexión de izquierdas editada en México por Era, entre 1974 y 1990, pero sin sucumbir una vez alcanzado ese objetivo. No imaginábamos en aquella fecha que el material ofrecido (distribuido en sus más de 200 páginas y 13 colaboraciones, la mayoría de ellas especialmente enviadas para ser difundidas desde este medio) estaría llamado a convertirse en referencia ineludible para los interesados en estos temas; algunos quizá lo adquirirán en tanto objeto de colección. Y es que los editores fueron generosos: la mayoría de lo publicado exigió ardua labor de traducción del idioma inglés, francés o portugués, de tal manera que acercan al castellano en forma oportuna un acervo no despreciable que complementa y actualiza incursiones teóricas vigentes, y otras en pleno despliegue; sus lectores han de sentirse complacidos con el gesto.

Ni duda cabe de que este año se presenta como uno especialmente colmado de efemérides, y en el marco de nuestra situación histórica tan peculiar, cargada de acontecimientos que suman una larga lista de catástrofes estructuradas alrededor de un alineamiento global a la situación caótica y crítica del sistema, estamos obligados a establecer una relación política con lo recordado, a recuperar políticamente lo que de otra manera quedaría como un rastro perdido, y no —como sería más propio a las urgencias de nuestro tiempo— como sustrato histórico y cultural que nos ilumina en estos “instantes de peligro”. De entre las posibles conmemoraciones, mencionadas en la Presentación, “150 años de la primera

edición de *El capital* (tomo 1), 100 de la Revolución Rusa, 80 del fallecimiento del rehén del fascismo Antonio Gramsci y 50 del asesinato del Che Guevara, en Bolivia...”, el número especial que comentamos se concentra en las dos enumeradas al inicio.

Por eso, el número se estructura en dos partes. La primera de ellas se consagra al tema de la Revolución Rusa, gran acontecimiento histórico que pudo inclinar la historia del siglo xx hacia derroteros que posibilitaran el poder político de la clase trabajadora y que, por ello, todavía ilumina las potencialidades y los límites de la praxis emancipadora de los pueblos que en luchas desiguales y arduas pugnas se oponen a la eternización del orden social vigente. Justo en esa clave debe situarse el contenido de la segunda parte del volumen, como un acumulado de aportes en que se pondera la situación en que la humanidad se debate (nada menos que la posibilidad de supervivencia), con el hontanar teórico que Marx hace 150 años pudo finalmente ver publicado, un proyecto (*Das kapital*) que le insumió más de tres décadas, y en el que la *Crítica de la economía política* se despliega como el horizonte categorial, teórico y metodológico todavía insuperable para el enjuiciamiento crítico del capitalismo, obra cumbre del filósofo alemán tanto o más necesaria cuando este patrón de relaciones sociales de dominación/explotación y apropiación encubre sus perturbadores efectos, al amparo de un discurso que promueve un relato emancipador, el que asocia la modernidad con el sostenimiento de sus mitos más eficaces y al amparo de los que se articulan sus marcos fundantes

(progreso infinito, autorregulación del mercado, perfil prometeico de la técnica, constitución del orden a través de la voluntad general y soberana del Estado, en que se inscribe esa supuesta tendencia hacia la secularización de las sociedades, etcétera).

El comentario que pretendo formular no aspira desde luego a resumir los contenidos de cada parte; mal haríamos en insinuar siquiera la posibilidad de ahorrar la lectura o, peor, la ocasión de inclinarla hacia determinada orientación. Por el contrario, hemos de reseñar en líneas muy generales los motivos argumentales destacados o que constituyen preocupaciones comunes a diversas de las intervenciones en el debate. La parte primera sobre la Revolución Rusa evidentemente aspira a recuperarla en diversos perfiles como un hecho histórico que estremece los cimientos no sólo del espacio geográfico que compromete, nada despreciable, según la medida continental del imperio ruso (que en unos cuantos meses se derrumbó como castillo de naipes) sino, también, como la medida de una apuesta social por arribar a la construcción de coordenadas políticas en que lo posible se estructura en el refinado espacio, en que lo necesario parece comparecer día tras día en el marco de un conflicto interminable, y de escalas macrosociales, de ahí que sus efectos se proyecten también en modos posteriores del anclaje de lo utópico, en que esta dimensión se avizora en la renovación espiritual de pueblos cuya lucha cobra alcances de cierta universalidad. Este elemento es importante si consideramos que, justamente, el medio editorial ha lanzado obras recientes que han promovido un registro en el que la noción de *revolución* o *la* revolución se proyecta a un nivel molecular¹ (Félix Guattari *dixit*), o como un repertorio de instrumentos en un grado de incidencia más cotidiano (como creemos que es el caso en Popović).² Desde la propia imprenta de *Herramienta* hace ya tres lustros se abrió camino una interpretación cercana a ese talante.³

No es ése el caso en las páginas que nos ocupan, pues se privilegia un análisis historiográfico o de filosofía política,

por lo cual prima un enfoque de dicho proceso a una escala “molar”, según se diría desde cierta jerga. La gran gesta del pueblo ruso se ubica en un sitio histórico localizado en la periferia del punto neurálgico en que se ha erigido Europa para el desenvolvimiento del capitalismo y la modernidad occidental, mas evidentemente enlaza sus coordenadas con el horizonte de emancipación que ahí fue abierto, en su sentido clásico, con la Revolución Francesa, de 1789, y que prolonga su sentido en las llamadas *revoluciones europeas* de 1848, pero apunta a

una deriva de mayor radicalización en la lucha de los comuneros de 1871 (que tanto influirá en el cambio de percepción en cuanto a su programa en Marx mismo) y, por supuesto, en su emplazamiento en la Revolución Alemana de 1919 a 1921 (de la que Lenin esperaba una proyección, que finalmente no se dio, a toda Europa).

Las colaboraciones de Georges Haupt (la recuperación de un texto publicado antes, y entendible como cierto homenaje al historiador prematuramente fallecido) y de Antonio Louçã se concentran



en la figura de Lenin y en la noción de lo que el bolchevismo y luego el antibolchevismo llegaron a significar, en primer lugar, como proceso que amplió el campo de lo posible al establecer cierta noción teórica (anunciada ya en las “Tesis de abril”) para la praxis esgrimida ante la ventana histórica abierta entre febrero y octubre de 1917, y con posterioridad en esa especie de elevación a la condición de tabú con que ciertas interpretaciones intencionadas quisieron enterrar el aporte del clásico. Una de las claves con que se soterró el legado leninista fue la polaridad que se sugiere en cuanto a la confrontación con la figura de Trotsky. Por el contrario, el trabajo de Louçã no sólo relativiza esos juicios sino que brinda elementos de una práctica política más afín en ambos personajes e intenta subrayar en Lenin el carácter de ser un precursor de la Oposición de Izquierda.

De esta parte, otros dos trabajos (de Werner Bonefeld y Michael Löwy) abonan a una consideración más actualizada del proceso revolucionario ruso, de la forma en que éste se plasmó y de la herencia con que repercutió en la política del siglo xx. El primero, asociado a las posiciones del llamado *marxismo abierto*, la encara justamente desde el análisis adorniano en clave de dialéctica negativa y, por supuesto, además de reconocer la ineficacia organizativa de la forma partido o la rigidez de una forma en que se erija el sujeto (proletario, trabajador industrial), la asume en un escenario histórico de mayor incerteza. De ahí que la lucha por construir la sociedad de libres e iguales no pueda encontrar, según esta interpretación, sino una posibilidad en quienes apuesten a la política antiidentitaria guiada por el ejercicio principista de la negación. Otra es la estrategia con que Löwy confronta el legado de Marx y la lucha encabezada por Lenin, y lo es a través de iluminar la insuficiencia por incorporar una de las calamidades más formidables a que nos enfrentamos: la crisis ambiental propiciada por el capitalismo. De ahí que afirme que si una revolución ha de hacerse posible, será la que incorpore la lucha ecocomunista.

Los otros dos trabajos incorporados en esta parte vuelven a situarse en la brecha del análisis histórico. El de Maria Orlanda Pinassi es un apretado examen de la incidencia que tuvo el proceso revolucionario para incorporar las demandas y luchas de las mujeres, que llegan a plasmarse en principios legales, normas y estatutos. Desde luego, el escrito destaca la primordial aportación y el embrión de las luchas feministas en figuras como las de Clara Zetkin o Alejandra Kollontai.

Por último, el trabajo de Hernán Camarero registra en diarios y revistas de la época, en grupos de intelectuales, en las luchas sindicales y anarquistas, y hasta en la revuelta universitaria de Córdoba los primeros indicios de la huella que habrá dejado la Revolución Rusa en Argentina. Ese escrito apunta no sólo a registrar cómo fue la percepción de ese suceso en ciertos protagonistas de la historia del primer tercio del siglo xx en la nación sudamericana sino a detectar cómo ahí puede ser medido el efecto del proceso soviético en una lucha que en lo que resta del siglo comprometerá otras regiones de la periferia.

La segunda parte de la revista, no menos importante, se estructura alrededor de diversas consideraciones sobre una interpretación actual de la obra cumbre de Marx. Los trabajos que la componen ofrecen aspectos relevantes, por autores reconocidos en su campo, que además permiten proyectar la obra de los mismos comentaristas convocados, en tanto hilvanan apreciaciones desde sus *constructos* analíticos, y desde sus peculiares marcos epistémicos extraerán los elementos a que confieren prioridad en tan gigantesco acervo categorial, como el tomo I de *El capital. Crítica de la economía política*.

El corpus marxiano es asumido como un trabajo de inconclusa culminación, que ofrece un esquema de interpretación de arquitectónica categorial sólida aunque no impecable, por lo cual favorece una apropiación temática abierta al curso mismo del desenvolvimiento histórico de la lógica apropiativa del valor y acumulativa de capital. De la lectura

de las contribuciones aquí ofrecidas se colige que la filosofía compuesta por Marx en *El capital* debe entenderse en relación no sólo con el curso histórico de redacción de la obra sino con sus formulaciones previas, en particular con los *Grundrisse* y los materiales de aclaración que Marx analítica y políticamente ofreció, para diversas coyunturas, a la lucha de los trabajadores (en especial “Trabajo asalariado y capital”, “Salario, precio y ganancia”, entre otras).

Aspectos importantes para comprender la obra deben extraerse también de su voluminosa correspondencia y de los posicionamientos políticos y coyunturales que entre las décadas de 1860 y 1870 se modulan por la construcción de la Asociación Internacional de los Trabajadores, por la Comuna de París y por sus reflexiones a propósito del estallido de la crisis europea de 1875. Las tres primeras colaboraciones son acercamientos importantes no únicamente por el denso contenido temático que exploran sino porque ilustran los buenos alcances que exhibe el marxismo descifrado en clave latinoamericana.

Claudio Katz se permite rastrear la actualidad y pertinencia de la obra poniéndola a la luz de las transformaciones más recientes del capitalismo contemporáneo y en lo que nos tiene que decir respecto a las luchas emancipadoras actuales, las de nuestra región y las del mundo entero. Así, los temas expuestos en la obra son cuestionados desde su cualidad heurística para comprender la crisis actual y disputar la hegemonía discursiva al discurso económico convencional.

Edgardo Logiudice, pese a que intitula modestamente su aportación en tanto meros apuntes, ofrece ciertas claves de interés para rastrear modificaciones de forma en cuanto a las lógicas del mundo del trabajo y del aspecto tecnológico para destacar cómo el encuadre metodológico debe ser destacado para una mejor comprensión del aporte marxiano. El artículo enviado por Renán Vega Cantor es un meditado examen del proceso de entera fetichización a que se expone el mundo cuando tiende a ser

gobernada hasta la más minúscula molécula de la vida humana y no humana en la Tierra por el predominio destructivo de la forma-mercancía.

Las otras cuatro aportaciones pueden dividirse en dos bloques. Uno de ellos se asocia a la crítica de la abstracción y separación social de cierta afinidad electiva con los motivos argumentales del *open marxism*. Ahí se incluye la colaboración de Moishe Postone, quien refresca su análisis sobre lo que denomina “teoría crítica derivada del marxismo tradicional” y al exigir de la lectura de *El capital* que ésta se mida respecto a la clarificación de la singularidad histórica de la crisis por la que atravesamos, profundiza sus análisis en cuanto al carácter dual del trabajo en el capitalismo y en cuanto a la necesidad de comprometer una crítica inmanente de este proceso que no sucumba ante las urgencias del momento ni ante el encumbramiento de un determinado protagonista como el sujeto privilegiado.

John Holloway compone su aportación en una lista de 14 tesis, derivadas del sentido de la primera. No sólo subraya lo que ha hecho en otras obras (las categorías deben expresar su explosión interna y abrirse a su desenlace en cuanto liberación del hacer social) sino que apuesta a una lectura estructurada no sobre la base de lo prometido por Marx (una cientificidad crítica de la riqueza capitalista) sino de lo que no fue capaz de enunciar, el mundo de la mercancía supone el predominio del encapsulamiento de la riqueza que es el mundo en su devenir. De ahí que sugiera no al modo lukacsiano trabajar para una crítica de la cosificación sino de la “enjaulación” (sic) que nos tiene presos de su mandato.

La colaboración de Silvia Federici no se restringe a señalar las limitaciones de Marx, y en especial en la escritura de *El capital*, para incorporar el enfoque de género en su colosal crítica (que así no sería tan monumental): rastrea en la recuperación de los temas de la comunidad más que de la fábrica y de la reproducción más que de la producción las claves que

proyectaron los análisis de los enfoques sobre el trabajo doméstico a inicios de la década de 1970 hacia una de las más finamente hilvanadas críticas que desde el feminismo se elevaron al marxismo, pero también con la intención de abonar a las posibilidades de un feminismo marxista.

La revista finaliza con cierto aporte que es una especie de primicia: No hace mucho, Itsván Mészáros anunciaba que Boitempo se constituía en la editorial que más le había publicado, y así, aun cuando se trata de un autor húngaro que privilegiadamente publicaba en inglés, había caído en cuenta de que su obra más editada circula en portugués, y por esa razón ha de publicar en ese idioma y con dicho sello la que considera será su obra más reciente y ambiciosa, *Para além do Leviatã: crítica do Estado*.

El texto que ahora *Herramienta* ha publicado, y que cierra este número especial, ya permite medir en una apretada exposición el calado de los temas de que se ocupará el profesor emérito de la Universidad de Essex, pues sitúa los grados en que la incontabilidad del metabolismo social capitalista ha puesto en jaque a la eventualidad misma de debatir la persistencia de la propia humanidad. Así, las productivas mutan en fuerzas destructivas, se activan los límites absolutos del capital, y no sólo se está muy lejos de alcanzar cualquier cauce racional sino que la salida irracional es la racionalmente elegida por las grandes organizaciones corporativas que, imposibilitadas para construir un Estado coercitivo mundial (que lo tienen en su agenda de posibilidades), no hacen sino demostrar en este escenario de guerra de clases contra el ambiente y la humanidad que la posibilidad de construir un planeta habitable como un proceso históricamente imaginable deberá poner en su agenda la necesidad de desmontar en simultáneo las mediaciones de segundo orden del capital y la estructura de toma de decisiones para unos cuantos (los poderosos) en que se ha erigido de modo histórico el leviatán estatal.

Sirvan los comentarios como una invitación para profundizar en el debate

de estos dos grandes temas, la revolución política y la de la teoría, y hacer un llamado a la terca persistencia de ese equipo que sostiene tan loable esfuerzo. Quedamos en espera de los números posteriores que, no lo dudamos, también han de sorprendernos. **M**

Herramienta. Revista de Debate y Crítica Marxista, volumen 60, Buenos Aires, invierno de 2017. Número especial.

100 años de la revolución Rusa.

150 años de *El capital*.

¹ Félix Guattari. *La revolución molecular*, Madrid: Errata Naturae, 2017.

² Srdja Popović. *Cómo hacer la revolución (instrucciones para cambiar el mundo)*, Barcelona: Malpaso Ediciones, 2016.

³ John Holloway. *Cambiar el mundo sin tomar el poder. El significado de la revolución hoy*, Buenos Aires: Herramienta, 2002.



OCTUBRE CONTRA EL CAPITAL

PERLA VALERO

“La de los bolcheviques es una revolución contra *El capital* de Marx”. ¿Por qué Gramsci enunció esto en 1917? Él responde: “*El capital* fue en Rusia el libro de los burgueses más que de los proletarios; era la demostración crítica de la necesidad ineluctable de que en Rusia se formase una burguesía, se iniciase una era capitalista, se instaurase una civilización de tipo occidental” (89). ¿Cómo entender estas palabras? Para Antonio Fernández Ortiz, historiador español especializado en Rusia, significan que no podemos entender la complejidad de la Revolución de Octubre en el proceso histórico ruso si pensamos desde los paradigmas del marxismo ortodoxo eurocentrado que hizo tabula rasa del pensamiento ruso anterior con sus perspectivas sobre la civilización y su sentido histórico. Recuperar estas ideas que precedieron, acompañaron, debatieron y enriquecieron el marxismo en Rusia supone el objetivo de *Octubre contra El capital*, pequeño gran libro que trata de introducirnos en estos debates filosóficos para comprender la Revolución de 1917 y el despliegue de la historia rusa.

El autor intenta demostrar que estas ideas no sólo precedieron y convivieron con los bolcheviques y los pensadores del periodo soviético apareciendo en los debates sobre los alcances y el destino político de la revolución como socialismo en un solo país o revolución mundial; también tuvieron presencia decisiva en la coyuntura de la *Perestroika*, cuando la

discusión giró en torno a la naturaleza de la civilización rusa y su destino histórico en la historia universal.

El autor identifica dos corrientes desde el siglo XIX: el eslavofilismo y el occidentalismo, cuya reflexión propuso concepciones opuestas de la civilización rusa participantes en una discusión crítica sobre la historia universal al reflexionar sobre el sentido de la civilización rusa en la historia. ¿Era el camino histórico de Rusia el europeo-occidental? ¿Sus singularidades obedecían a su atraso? ¿Rusia constituye una civilización distinta de las occidentales y orientales? Éstas fueron preguntas asumidas por ambas corrientes que coincidían en la singularidad rusa, pero discrepaban sobre los elementos que la fundaban y su sentido histórico logrando mantener vigentes estos debates en el siglo XX y aún en el XXI. La discusión de fondo radica en cuál debe ser el camino a seguir: el de una Rusia distinta de Europa fiel a su cultura cristiano-ortodoxa, eslavo-tártaro-mongola y a sus fundamentos comunales campesinos; o bien, una Rusia que supere su atraso al sacudirse de sus fundamentos culturales y asuma elementos europeo-occidentales, con las implicaciones políticas que esto supone.

Una tercera corriente tendría gran influencia en los intelectuales rusos de principios del siglo XX: el eurasiatismo, que asumió la singularidad de la civilización rusa pero como eurasiática, pensando en un despliegue distinto del camino europeo-occidental en un marco que

considera la existencia de civilizaciones múltiples y plurales en nivel de igualdad. Para los eurasiatistas, el destino de la civilización rusa era servir de eslabón entre Occidente y Oriente; la más y la menos eslava de todas las naciones, contiene un mundo entero con vida cultural particular revestida de elementos orientales y occidentales. No es una suma sino que constituye una nueva cultura eurasiática, con lo cual establece una crítica de la visión eurocéntrica, unilineal y progresiva del desarrollo histórico. El eurasiatismo pervivió durante el periodo soviético, y hoy mantiene presencia en la academia rusa, donde ofrecen “un norte teórico” capaz de ayudar a sacar a Rusia de su crisis teórica. Ello, frente a un occidentalismo que impera como visión dominante, cuya fuerza se manifestó en el ocaso de la URSS cuando los arquitectos de la *Perestroika* desplegaron esfuerzos teóricos para legitimar “el cambio de civilización” que hacía de Europa la “casa común”. Este occidentalismo fue caldo de cultivo para un antisovietismo que vio una Rusia inmersa en un estado de barbarie acentuado por la Revolución de Octubre, el bolchevismo y el periodo soviético, con el europeo como único camino de salvación para reintegrarse a la civilización universal.

¿Dónde entra aquí el marxismo? El autor recuerda que desde finales del siglo XIX éste se convirtió en importante instrumento teórico de análisis para la *intelligentsia* rusa. Figuras como Danielson se aproximaron al propio Marx para

traducir el primer tomo de *El capital* al ruso, mientras una pléyade abrazaba abiertamente el marxismo, con Lenin como uno de sus mayores representantes. ¿Dónde reside el problema? El autor señala que en su propósito de descifrar y desmitificar el capitalismo al enunciar las leyes que rigen su funcionamiento, Marx observó el capitalismo “en la forma y en el estado de evolución que a él le era contemporáneo”, el europeo-occidental, pues “no había otro capitalismo” (77). Para Fernández, ello impregnó de eurocentrismo implícito los trabajos de Marx y de otros pensadores como Hegel que parecen considerar a Europa el canon de la trayectoria histórica por imitar. El autor afirma que el marxismo eurocentrista asumió esa idea y la transformó en las llamadas “leyes objetivas universales de la sucesión de estadios históricos”, especialmente difundidas entre el marxismo vulgarizado.

No obstante, el autor recuerda que Marx se cuidó de no caer en este error de interpretación, pues estaba consciente de las limitaciones geográficas y culturales de sus investigaciones. Advirtió que de sus estudios no podía deducirse una ley universal del cambio social y de la evolución histórica como se lee del puño y letra de Marx en las discusiones con los populistas rusos en una carta escrita a la revista *Notas Patrióticas* en 1877 y en los famosos borradores de las cartas a Vera Zasúlich, redactados por la misma época. Estos documentos no fueron publicados sino mucho después de la muerte de Marx, y su contenido fue sistemáticamente ignorado por el marxismo oficial socialdemócrata y comunista. Escondidos y retirados de la circulación hasta mediados del siglo xx, continúan siendo una curiosidad más que una provocación lanzada por

Marx para cuestionar los paradigmas eurocéntricos desde donde han pensado buena parte de los múltiples marxismos autodenominados “occidentales”, más no los llamados “marxismos herejes”, especialmente algunos de ellos, desplegados desde el Tercer Mundo, donde se asumió la discusión en torno a la interpretación eurocéntrica del marxismo institucionalizado, discusión que nuestro autor omite.



En un libro tan breve no se incluyen discusiones clave que rebaten la idea de que el último Marx cuestionó sus paradigmas eurocentrados al voltear a ver a la comuna rural rusa como una suerte de desarrollo alternativo que cuestionaba el destino unilineal y progresivo del capitalismo. En realidad, desde sus escritos tempranos Marx piensa en los campesinos alemanes; en sus artículos periodísticos observa y analiza a pueblos no occidentales, con especial interés en India, Rusia y China; en los textos

políticos relativos a Irlanda reflexiona sobre el problema colonial y la dominación de los pueblos oprimidos. Dichos temas también aparecen en sus trabajos teóricos como los *Grundrisse*, donde plantea la multiplicidad de modos de producción combinados de forma singular con el capitalista al desarrollarse su subsunción, así como en sus notas de investigación, en los *Cuadernos etnológicos* y los *Kovalevsky*, donde glosa sobre las sociedades comunitarias y sus formas de posesión y propiedad de la tierra. Es decir, a lo largo de su obra y en especial a partir de la década de 1850, Marx pensó desde los paradigmas de la multiplicidad de desarrollos en la historia con avances y retrocesos y no desde una visión progresiva y ni siquiera multilineal, pues rechaza incluso esta linealidad teleológica de la historia de la que muy a menudo se le acusa.

Fernández concluye que el marxismo hegemónico institucionalizado en su forma ortodoxa, vulgarizada y revestida de una visión histórica eurocéntrica no entendió las particularidades históricas rusas. Un marxismo pensado como un “manual de instrucciones” no explica en su gran complejidad la Revolución de Octubre y el desarrollo de la URSS con todas sus contradicciones particulares e intrínsecas; no pudo comprender que la Revolución de Octubre fue la negación del capitalismo, que no pensaba en superarlo como fase histórica sino en evitar su materialización, una herejía respecto al dogma vulgarizado. De esta conclusión se deduce una simpatía con la necesidad de un marxismo heterodoxo y autocrítico; y aquí vale recordar las palabras de Gramsci sobre los revolucionarios bolcheviques en 1917: “No son marxistas; eso es todo. No han compilado en las obras del maestro una doctrina exterior de afirmaciones dogmáticas e indiscutibles. Viven el pensamiento marxista” (90). **M**

Antonio Fernández Ortiz. *Octubre contra El capital*, España, El Viejo Topo, 2016.

NUESTRA ROSA LA ROJA

DIANA FUENTES

La Rosa roja es el título de la novela gráfica sobre la vida de Rosa Luxemburg, de la británica Kate Evans, recién editada en español por Ediciones IPS en su colección Mujer, con la traducción al español de Alejandra Crosta y Josefina Luzuriaga Martínez.

Originalmente intitulada *Red Rosa* por la casa editorial Verso, la biografía es el resultado de la investigación y el trabajo artístico con que la autora recrea la apasionante vida de la mujer más emblemática de la primera generación de revolucionarios de principios del siglo xx.

La esmerada composición y el uso de citas de textos originales combinados con ficción logran una narrativa amable, clara y lúdica, que aprovecha bien el dinamismo propio de este género, con lo cual da oportunidad a que el lector avezado en la vida y obra de Luxemburg disfrute tanto como aquél que la conoce por vez primera.

Con ese propósito, las viñetas y las láminas se completan con una sección final de anotaciones, donde figuran las referencias completas de los textos que nutren los diálogos y la voz de la narradora, de modo que el interesado en obtener más información puede buscar la mayoría de las referencias utilizadas.

La cualidad de un trabajo similar a éste tiene que ver sin duda con la desacralización petrificante de una personalidad como la de Luxemburg, quien por la fuerza de su pensamiento, pero sobre todo por la estigmatización derivada de su radicalidad tanto para propios y extraños, ha sido, lo mismo

que Lenin o Trotsky, lanzada una y otra vez al exilio de las historias librescas del siglo xx, pues —bien se sabe— no hay mejor modo de sepultar el pasado que convirtiéndolo en historia oficial y transfigurando a sus actores principales en figuras tan excepcionales que se vuelva inimaginable para el sentido común, y ya no digamos seguir sus pasos sino comprenderlos siquiera.

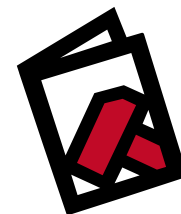
Así, alejada de bronceada historia, Evans muestra cómo de suyo la biografía supone una valoración sobre la importancia de los detalles en la reconstrucción de la vida de los sujetos, y cómo los motivos, los deseos, los avatares y el juego del azar que acompañan a la condición humana, al ser rescatados para narrar esta historia, producen una empatía en el lector que posibilita la comprensión de las profundas preocupaciones y los intereses que articularon la praxis de la revolucionaria.

Con ese telón, Rosa, nuestra rosa roja, es tratada por la autora con la dignidad que su estatura intelectual y moral ameritan. Tiene además el cuidado suficiente de revelarnos a una mujer en quien se mezclaba un profundo compromiso con su tiempo y una potente voluntad, en un cuerpo amante, sensible y solidario. Polaca, judía y comunista, toda ella, como revela la novela gráfica, era una terrible combinación para un siglo que comenzaba marcado por la emergente lucha imperial que llevaría a la muerte a millones en la Primera Guerra Mundial y que, unas décadas después, en la segunda arrasaría la vida muchos millones más.

Así, Evans nos lleva desde los primeros años de una joven brillante y rebelde capaz de romper con los cánones esperados para una mujer de principios de siglo, hasta el momento en que se vuelve una de las más sagaces continuadoras de la obra de Karl Marx, ganando así el respeto y el temor de tirios y troyanos gracias a su excepcional inteligencia y temple. Y muestra cómo la denodada oposición de Luxemburg a la guerra imperial fue parte del elemento moral que animó su labor teórica y práctica. Aguda analista, revolucionaria, fundadora con sus amigos Clara Zetkin y Karl Liebknecht de la Liga Espartaquista, esa militante conmovió con sus discursos a la clase obrera alemana y, fascinada por las posibilidades abiertas por Revolución Bolchevique, fue la voz más crítica contra la decadente socialdemocracia alemana. Esa mujer que no tuvo reparo en enfrentar a sus camaradas ni en erigir la voz ante las continuas amenazas y el encarcelamiento se nos retrata desde una óptica en la que se entretajan sus historias de amor, sus temores y su pasión por la vida con su capacidad de dirección política e infatigable voluntad, hasta el momento de su ilegal arresto y cobarde asesinato, en 1919.

Se cuenta así la vida de Luxemburg, pero se representa también la historia de las primeras décadas del siglo xx, en un momento en el que la balanza aún no se había inclinado a favor ni en contra de la revolución internacional, ese *tiempo de peligro*, como lo llamaría Walter Benjamin, en el que la moneda aún estaba en el aire. El lector, sin embargo, sabe lo que vino después y lo que siguió y siguió. Por ello, ante la inevitable desazón derivada de la desgarradora forma en que acabaron con una vida tan extraordinaria, la autora-narradora pone un toque personal que busca hacer de esta aproximación una inspiración a los lectores, recordándonos de cierto modo la vigencia de la histórica dicotomía aún irresuelta que Luxemburg supo intuir mejor que nadie: socialismo o barbarie. **M**

CENTRO DE ESTUDIOS DEL MOVIMIENTO OBRERO Y SOCIALISTA



El archivo histórico del Centro de Estudios del Movimiento Obrero y Socialista (CEMOS) surgió como una iniciativa de Arnoldo Martínez Verdugo, quien se encargó de resguardar documentación oficial y publicaciones del Partido Comunista Mexicano. Desde los inicios, este espacio se comprometió con la conservación de la memoria y la tradición de las izquierdas mexicanas, además de ampliar su acervo con materiales y donaciones de otras tendencias comunistas en México.

Después de 32 años de actividades, el CEMOS renueva su compromiso con el movimiento obrero y socialista, y continúa su labor: el rescate, la conservación y la catalogación de materiales fundamentales para su estudio, así como de la renovación editorial de *Memoria*, que en 2015 inició su nueva época.

El CEMOS pone a disposición de estudiantes, de investigadores y de todos los estudiosos de México y el mundo la libre consulta de su archivo documental y fotográfico. El

acervo comprende la documentación oficial de los Partidos Comunista Mexicano, Obrero Campesino Mexicano, Socialista Unificado de México y Mexicano Socialista, entre otros; colecciones especiales, entre las cuales destacan folletos y boletines de organizaciones de izquierda en México y América Latina; publicaciones de la Liga de Escritores y Artistas Revolucionarios y de la Liga de Agrónomos Socialistas; los archivos personales de Valentín Campa y Miguel Ángel Velasco, por mencionar algunos; y un acervo gráfico integrado por carteles, grabados y cerca de 3 mil fotografías, que abarcan el periodo 1907-1990.

Mientras, la biblioteca reúne alrededor de 6 mil títulos especializados en temas de izquierda en el ámbito continental; alberga textos de corte teórico y literario, entre los que destacan ediciones soviéticas. La hemeroteca ofrece para consulta colecciones de periódicos, entre los que sobresalen *La Voz de México*, *Así es* y *Frente a Frente*, además de revistas editadas por partidos políticos nacionales y extranjeros, sindicatos y movimientos nacionales e internacionales. Cuenta con colecciones completas o por año de *Bohemia*, *Correo de la Resistencia*, *Futuro*, *Historia y Sociedad*, *Pensamiento Crítico*, *Línea*, *Lux*, *Oposición*, *El Machete*, *Nuestra Bandera*, *Política* y *Motivos*.

El archivo ofrece consulta de lunes a viernes, de las 10:00 a las 15:00 horas.

CONTACTO:

<http://www.cemos.org/>

Facebook: [archivocemos](#)

Teléfono: 6381 6970

La dirección es Pallares y Portillo 99,
colonia Parque San Andrés, Coyoacán,
CP 04040 México, Distrito Federal.

CIUDADAL Y JUSTICIA

11 DE FEBRERO DE 2013

■ La mezcla mexicana de exportación perdió 159 dólares y el barril de petróleo

Sigue con fuerza la vertiginosa caída de los precios petroleros

La oferta de crudo en el mundo se incrementa y la demanda se reduce. Los precios de Brent y WTI terminaron en sus niveles más bajos desde 2009

- En un escenario de sobreoferta, desde el 28 de abril de 2009...
- Países productores de la OPEP se enfrentan para retener su participación...

1. Are, Routes & Number

La vertiginosa caída del precio del petróleo continuó con toda fuerza. La marca mexicana de exportación retrocedió 1.99 dólares respecto al cierre del viernes pasado, al venderse en el mercado energético internacional en 38.11 dólares por barril, indicó Petróleo (Pernat).

En un contrato de subasta en el mercado, el barri de ligeros (WTI) para entrega en febrero pagó 29 dólares, a 46.07 dólares, en el New York Mercantile Exchange (Nymex), un nivel de cierre más bajo desde

En Londres, el crudo Brent terminó por debajo de la barrera psicológica de 50 dólares, por primera vez desde 2009. Así, se extendió la segunda mayor caída de la que se tiene registro, luego de que Goldman Sachs recortó sus pronósticos de corto plazo y los productores del Golfo Pérsico no dieron señales de reducir la producción.

En el Intercontinental Exchange (ICE) de Londres, el Brent de Mar del Norte para entrega en febrero cerró a 47.43 dólares, con una caída de 2.88 dólares. No se minutos por debajo de los 50 dólares.

ra reținer su participat

Las nuevas prestaciones de Inssu Goldmann Sachs estiman a WTI a 41 dólares en tres meses, a 39 dólares en seis meses, en un retorno a 65 dólares en un año, frente a 70,75 y 80 dólares estimados en la previsión anterior. En el caso del Brent el retorno es similar, el nuevo barril a 42 dólares a tres meses, 43 en seis meses y 45 en el próximo, frente

Las valoraciones
son también de
buena fracción
múltiple igual

nes para el precio promedio de crudo WTI para el año, para un total de 51 dólares por barril o 11 dólares por debajo de un aumento proyectado. Los ajustes de Goldman Sachs y de Société Générale se sitúan a las inducciones e indican la semana pasada por bancos Citigroup, BNP Paribas y AG.

30 años La Jorna

de Petróleo (OPPE) se muestra inflexible sobre su techo de producción, actualmente en 30 millones de barriles por día.

La caída del petróleo ha desencadenado una guerra de precios entre productores para atraer clientes en Asia. La semana pasada, Emiratos Árabes Unidos se unió a Kuwait e Irak. Tijen el precio del petróleo que venden a Asia por debajo del Arabia Saudita, el mayor productor de la OPEP.

Los descontentos manifestados algunos miembros del G-15 Petróleo, que respaldan más de la mitad de la producción de la OPEP, están preparados solamente unos a otros para una participación de mercado hacer eso, pensaron más los con internacionales del crudo.

Además de tener como la al resguardo de América del Sur los ministros de Petróleo de América, incluyendo los Estados Unidos.

Archie Under, Jim Barnard
Angelenos coast Rustin.
146, para up

■ No existe sanción en su

JUAN CARLOS MORALES

Grupo Viga, la empresa ligada al Partido Revolucionario Institucional (PRI) y que la ha vendido residencias a la esposa del presidente Enrique Peña Nieto, Angelina Rivera, al mismo al secretario de Hacienda, Luis Videgaray, podría volver a participar en la licitación para construir el tren de velocidad México-Que-
 que no existe ningún
 contra de ella ni de
 poses del como
 secretario de
 tador Oliver

En una
danza de
mucha
paciencia
de la
Señal

... el fin de servir
algunos de la difusión de

México

Grupo Higa
en la lic...

Baja 75 centavos mezcla mexicana; se ubica en 57.36 dólares por barril

LA PALA
PADRES
QUE NACE

del gobierno federal, Yuliana Mancilla, subsecretaria de Asesoría Jurídica, y el director del Grupo Asesor Jurídico de la Cumbre de la Energía, Juan Carlos Rodríguez. Foto: María Luisa Serrano

ore et Toronto à la campagne.

1036

REMARKS
The sample was analyzed for the presence of the following substances:
1. Lead (Pb)
2. Cadmium (Cd)
3. Chromium (Cr)
4. Nickel (Ni)
5. Manganese (Mn)
6. Copper (Cu)
7. Zinc (Zn)
8. Iron (Fe)
9. Barium (Ba)
10. Strontium (Sr)
11. Potassium (K)
12. Sodium (Na)
13. Calcium (Ca)
14. Magnesium (Mg)
15. Aluminum (Al)
16. Silicon (Si)
17. Boron (B)
18. Fluorine (F)
19. Chlorine (Cl)
20. Sulfur (S)
21. Phosphorus (P)
22. Nitrogen (N)
23. Carbon (C)
24. Hydrogen (H)
25. Oxygen (O)
26. Nitrogen (N)
27. Carbon (C)
28. Hydrogen (H)
29. Oxygen (O)
30. Nitrogen (N)
31. Carbon (C)
32. Hydrogen (H)
33. Oxygen (O)
34. Nitrogen (N)
35. Carbon (C)
36. Hydrogen (H)
37. Oxygen (O)
38. Nitrogen (N)
39. Carbon (C)
40. Hydrogen (H)
41. Oxygen (O)
42. Nitrogen (N)
43. Carbon (C)
44. Hydrogen (H)
45. Oxygen (O)
46. Nitrogen (N)
47. Carbon (C)
48. Hydrogen (H)
49. Oxygen (O)
50. Nitrogen (N)
51. Carbon (C)
52. Hydrogen (H)
53. Oxygen (O)
54. Nitrogen (N)
55. Carbon (C)
56. Hydrogen (H)
57. Oxygen (O)
58. Nitrogen (N)
59. Carbon (C)
60. Hydrogen (H)
61. Oxygen (O)
62. Nitrogen (N)
63. Carbon (C)
64. Hydrogen (H)
65. Oxygen (O)
66. Nitrogen (N)
67. Carbon (C)
68. Hydrogen (H)
69. Oxygen (O)
70. Nitrogen (N)
71. Carbon (C)
72. Hydrogen (H)
73. Oxygen (O)
74. Nitrogen (N)
75. Carbon (C)
76. Hydrogen (H)
77. Oxygen (O)
78. Nitrogen (N)
79. Carbon (C)
80. Hydrogen (H)
81. Oxygen (O)
82. Nitrogen (N)
83. Carbon (C)
84. Hydrogen (H)
85. Oxygen (O)
86. Nitrogen (N)
87. Carbon (C)
88. Hydrogen (H)
89. Oxygen (O)
90. Nitrogen (N)
91. Carbon (C)
92. Hydrogen (H)
93. Oxygen (O)
94. Nitrogen (N)
95. Carbon (C)
96. Hydrogen (H)
97. Oxygen (O)
98. Nitrogen (N)
99. Carbon (C)
100. Hydrogen (H)
101. Oxygen (O)
102. Nitrogen (N)
103. Carbon (C)
104. Hydrogen (H)
105. Oxygen (O)
106. Nitrogen (N)
107. Carbon (C)
108. Hydrogen (H)
109. Oxygen (O)
110. Nitrogen (N)
111. Carbon (C)
112. Hydrogen (H)
113. Oxygen (O)
114. Nitrogen (N)
115. Carbon (C)
116. Hydrogen (H)
117. Oxygen (O)
118. Nitrogen (N)
119. Carbon (C)
120. Hydrogen (H)
121. Oxygen (O)
122. Nitrogen (N)
123. Carbon (C)
124. Hydrogen (H)
125. Oxygen (O)
126. Nitrogen (N)
127. Carbon (C)
128. Hydrogen (H)
129. Oxygen (O)
130. Nitrogen (N)
131. Carbon (C)
132. Hydrogen (H)
133. Oxygen (O)
134. Nitrogen (N)
135. Carbon (C)
136. Hydrogen (H)
137. Oxygen (O)
138. Nitrogen (N)
139. Carbon (C)
140. Hydrogen (H)
141. Oxygen (O)
142. Nitrogen (N)
143. Carbon (C)
144. Hydrogen (H)
145. Oxygen (O)
146. Nitrogen (N)
147. Carbon (C)
148. Hydrogen (H)
149. Oxygen (O)
150. Nitrogen (N)
151. Carbon (C)
152. Hydrogen (H)
153. Oxygen (O)
154. Nitrogen (N)
155. Carbon (C)
156. Hydrogen (H)
157. Oxygen (O)
158. Nitrogen (N)
159. Carbon (C)
160. Hydrogen (H)
161. Oxygen (O)
162. Nitrogen (N)
163. Carbon (C)
164. Hydrogen (H)
165. Oxygen (O)
166. Nitrogen (N)
167. Carbon (C)
168. Hydrogen (H)
169. Oxygen (O)
170. Nitrogen (N)
171. Carbon (C)
172. Hydrogen (H)
173. Oxygen (O)
174. Nitrogen (N)
175. Carbon (C)
176. Hydrogen (H)
177. Oxygen (O)
178. Nitrogen (N)
179. Carbon (C)
180. Hydrogen (H)
181. Oxygen (O)
182. Nitrogen (N)
183. Carbon (C)
184. Hydrogen (H)
185. Oxygen (O)
186. Nitrogen (N)
187. Carbon (C)
188. Hydrogen (H)
189. Oxygen (O)
190. Nitrogen (N)
191. Carbon (C)
192. Hydrogen (H)
193. Oxygen (O)
194. Nitrogen (N)
195. Carbon (C)
196. Hydrogen (H)
197. Oxygen (O)
198. Nitrogen (N)
199. Carbon (C)
200. Hydrogen (H)
201. Oxygen (O)
202. Nitrogen (N)
203. Carbon (C)
204. Hydrogen (H)
205. Oxygen (O)
206. Nitrogen (N)
207. Carbon (C)
208. Hydrogen (H)
209. Oxygen (O)
210. Nitrogen (N)
211. Carbon (C)
212. Hydrogen (H)
213. Oxygen (O)
214. Nitrogen (N)
215. Carbon (C)
216. Hydrogen (H)
217. Oxygen (O)
218. Nitrogen (N)
219. Carbon (C)
220. Hydrogen (H)
221. Oxygen (O)
222. Nitrogen (N)
223. Carbon (C)
224. Hydrogen (H)
225. Oxygen (O)
226. Nitrogen (N)
227. Carbon (C)
228. Hydrogen (H)
229. Oxygen (O)
230. Nitrogen (N)
231. Carbon (C)
232. Hydrogen (H)
233. Oxygen (O)
234. Nitrogen (N)
235. Carbon (C)
236. Hydrogen (H)
237. Oxygen (O)
238. Nitrogen (N)
239. Carbon (C)
240. Hydrogen (H)
241. Oxygen (O)
242. Nitrogen (N)
243. Carbon (C)
244. Hydrogen (H)
245. Oxygen (O)
246. Nitrogen (N)
247. Carbon (C)
248. Hydrogen (H)
249. Oxygen (O)
250. Nitrogen (N)
251. Carbon (C)
252. Hydrogen (H)
253. Oxygen (O)
254. Nitrogen (N)
255. Carbon (C)
256. Hydrogen (H)
257. Oxygen (O)
258. Nitrogen (N)
259. Carbon (C)
260. Hydrogen (H)
261. Oxygen (O)
262. Nitrogen (N)
263. Carbon (C)
264. Hydrogen (H)
265. Oxygen (O)
266. Nitrogen (N)
267. Carbon (C)
268. Hydrogen (H)
269. Oxygen (O)
270. Nitrogen (N)
271. Carbon (C)
272. Hydrogen (H)
273. Oxygen (O)
274. Nitrogen (N)
275. Carbon (C)
276. Hydrogen (H)
277. Oxygen (O)
278. Nitrogen (N)
279. Carbon (C)
280. Hydrogen (H)
281. Oxygen (O)
282. Nitrogen (N)
283. Carbon (C)
284. Hydrogen (H)
285. Oxygen (O)
286. Nitrogen (N)
287. Carbon (C)
288. Hydrogen (H)
289. Oxygen (O)
290. Nitrogen (N)
291. Carbon (C)
292. Hydrogen (H)
293. Oxygen (O)
294. Nitrogen (N)
295. Carbon (C)
296. Hydrogen (H)
297. Oxygen (O)
298. Nitrogen (N)
299. Carbon (C)
300. Hydrogen (H)
301. Oxygen (O)
302. Nitrogen (N)
303. Carbon (C)
304. Hydrogen (H)
305. Oxygen (O)
306. Nitrogen (N)
307. Carbon (C)
308. Hydrogen (H)
309. Oxygen (O)
310. Nitrogen (N)
311. Carbon (C)
312. Hydrogen (H)
313. Oxygen (O)
314. Nitrogen (N)
315. Carbon (C)
316. Hydrogen (H)
317. Oxygen (O)
318. Nitrogen (N)
319. Carbon (C)
320. Hydrogen (H)
321. Oxygen (O)
322. Nitrogen (N)
323. Carbon (C)
324. Hydrogen (H)
325. Oxygen (O)
326. Nitrogen (N)
327. Carbon (C)
328. Hydrogen (H)
329. Oxygen (O)
330. Nitrogen (N)
331. Carbon (C)
332. Hydrogen (H)
333. Oxygen (O)
334. Nitrogen (N)
335. Carbon (C)
336. Hydrogen (H)
337. Oxygen (O)
338. Nitrogen (N)
339. Carbon (C)
340. Hydrogen (H)
341. Oxygen (O)
342. Nitrogen (N)
343. Carbon (C)
344. Hydrogen (H)
345. Oxygen (O)
346. Nitrogen (N)
347. Carbon (C)
348. Hydrogen (H)
349. Oxygen (O)
350. Nitrogen (N)
351. Carbon (C)
352. Hydrogen (H)
353. Oxygen (O)
354. Nitrogen (N)
355. Carbon (C)
356. Hydrogen (H)
357. Oxygen (O)
358. Nitrogen (N)
359. Carbon (C)
360. Hydrogen (H)
361. Oxygen (O)
362. Nitrogen (N)
363. Carbon (C)
364. Hydrogen (H)
365. Oxygen (O)
366. Nitrogen (N)
367. Carbon (C)
368. Hydrogen (H)
369. Oxygen (O)
370. Nitrogen (N)
371. Carbon (C)
372. Hydrogen (H)
373. Oxygen (O)
374. Nitrogen (N)
375. Carbon (C)
376. Hydrogen (H)
377. Oxygen (O)
378. Nitrogen (N)
379. Carbon (C)
380. Hydrogen (H)
381. Oxygen (O)
382. Nitrogen (N)
383. Carbon (C)
384. Hydrogen (H)
385. Oxygen (O)
386. Nitrogen (N)
387. Carbon (C)
388. Hydrogen (H)
389. Oxygen (O)
390. Nitrogen (N)
391. Carbon (C)
392. Hydrogen (H)
393. Oxygen (O)
394. Nitrogen (N)
395. Carbon (C)
396. Hydrogen (H)
397. Oxygen (O)
3

...a transmissão por lá (procurado)
...a 'Wendelline' para a mãe
...a 'Gloria' e 'Dina', a irmã
...a de garotas de...

DE LOS
LUCHA



LA PALABRA DE LOS
PADRES Y LA LUCHA
QUE NACE

10:10



WWW.JORNADA.UNAM.MX

La Jornada

OCTUBRE

3

REPENSAR LA REVOLUCIÓN RUSA
ALDO AGOSTI



EL SENTIDO DE LA REVOLUCIÓN
ELVIRA CONCEIRO BÓRQUEZ

19

LA POLÍTICA ECONÓMICA BOLCHEVIQUE
MATARI PIERRE

25

MARIÁTEGUI Y LA REVOLUCIÓN RUSA
MARTÍN BERGEL

30

1991: ¿POR QUÉ SE DERRUMBÓ LA URSS?
ENRIQUE SEMO

EL CAPITAL: 150 AÑOS

37 **TRADUCTORES Y EDITORES DE LA "BIBLIA DEL PROLETARIADO" LA SUERTE DE EL CAPITAL EN EL MUNDO HISPANOAMERICANO/2**
HORACIO TARCUS

MÉXICO

55 **CONTRADICCIONES DE LA CONSTITUCIÓN DE LA CIUDAD DE MÉXICO**
PABLO GÓMEZ ÁLVAREZ

HACER MEMORIA

60 **EL CHE EN EL CHURO**
RENÉ ZAVALTA MERCADO

62 **UTOPIA AÑO 501: PARA COMBATIR LA FALTA DE PROSPECTIVA**
ESTEBAN KROTZ

MIRADAS Y MIRADORES

71 **EL ARIEL: TERMÓMETRO EL CINE MEXICANO**
GABRIEL RODRÍGUEZ ÁLVAREZ

LIBRERO

73 **HERRAMIENTA**
JOSÉ GUADALUPE GANDARILLA SALGADO

77 **OCTUBRE CONTRA EL CAPITAL**
PERLA VALERO

79 **NUESTRA ROSA LA ROJA**
DIANA FUENTES



60 PESOS

2017-3
NÚMERO
263

MEMORIA

